

# AL RESGUARDO DEL **TILO ROJO**



ALEJANDRO GARCÍA MALDONADO

**Letrame**  
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.  
Letrame Editorial.  
www.Letrame.com  
info@Letrame.com

Colección: Novela

© Alejandro García Maldonado

Edición: Letrame Editorial.  
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes.  
Diseño de portada: Antonio F. López.  
Fotografía de cubierta: © Fotolia.es

ISBN: 978-84-17499-07-5

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

A los niños de Gendhu Kens

Era la primavera de 2010 y me hallaba en Rumania. Me encontraba de viaje con tres amigos por Transilvania: Antonio, un onubense de los míos, el bueno de Fran, mi Ponce de la Puebla, y Mauri, granaíno bonachón donde los haya.

Nos encontrábamos en la carretera que unía Cheile Turzii con Sighișoara. Al volante iba Radu, un simpático taxista que habíamos contratado para llevarnos por aquellas extrañas carreteras plagadas de pequeñas banderas donde, conforme te alejabas un poco de la ciudad, eran más comunes los burros que los coches, y en la que era imposible aburrirse: puestos ambulantes de pieles de animales, vendedores de vidrio, frutas y artesanos daban color y vida a aquellas travesías.

Era mediodía e hicimos un alto en el camino para comprar unas cervezas en una especie de autoservicio. Allí mismo nos sentamos en unos bancos para degustarlas contemplando el paisaje.

De repente, nos dimos cuenta de que, al otro lado de la carretera, teníamos público. Unos niños trataban de llamar nuestra atención y nos saludaban desde unas ventanas en lo que parecía una escuela improvisada, si bien el edificio no era más que un barracón de dos plantas con bastantes años a sus espaldas.

No sé quién de nosotros tuvo la idea, pero todos estuvimos de acuerdo: nos levantamos, volvimos a aquel ultramarinos de las cervezas y no sé cuántos paquetes compramos entre chokolatinas, gominolas, patatas y caramelos.

Cruzamos y esos niños comenzaron a gritar revolucionados mientras avisaban al resto de la clase. No tendrían más de seis años. De repente, decenas de manitas empezaron a moverse entre gritos desde los ventanales y comenzamos a lanzarles cual cabalgata de Reyes. Tuvimos que volver a comprar más.

En uno de esos momentos, incluso unos de aquellos niños se escaparon de la escuela y se agarraron a nosotros. Se sacaban los bolsillos como señal de que no les había caído nada. Recuerdo las caras de algunos como si fuera ayer.

Dos profesoras se asomaron y tras darnos las gracias besándose la mano y posándola en el pecho, llamaron al orden a aquellos niños, gritaron los nombres de quienes se habían escapado y cerraron los ventanales.

No éramos ningunos santos, como tampoco lo somos ahora. Sin embargo, he de reconocer, que en aquel instante, sentí que podría estar toda la vida haciendo lo que hice. De hecho, creo que disfrutamos casi más que los propios niños.

Tras aquel momento tan divertido, recordé que el nombre del pueblo estaba escrito en un trozo de madera con pintura blanca a escasos cien metros de donde estábamos. Lo habíamos pasado con el coche, pero no le había prestado atención.

Fui a mirarlo por curiosidad y se me quedó grabado su nombre: Gendhu Kens. Por temor a que en realidad se tratase de otra cosa, me acerqué a unos ancianos y pedí a Radu que viniera conmigo para ayudarme a preguntarles y así asegurarme. Era el nombre del pueblo, sin ninguna duda.

Sorpresa mía que cuando volví a Italia, donde residía entonces, y busqué en Internet su nombre, no aparecía ninguna mención del pueblo.

Sorpresa mía que, años después, comenzara una novela que tendría lugar en aquel

paraje.

## Capítulo Uno: La Espera

La alambrada sonaba a lo lejos movida por el viento, y la tierra mojada parecía crujir con el andar de los carruajes que pasaban de largo.

«Templanza requiere acción, voluntad, esfuerzo; sangre instruyendo almas... Encienda el candil cuando haya regresado». Una y otra vez, como un péndulo, esas dos frases iban y venían en la mente de Tiziano. Aquel recadero llegó con ese mensaje hacía solo unos días, el cual firmaba una mujer de la que jamás había escuchado su nombre: la dama del Éromo de Aras.

Alrededor de la cabaña reposaba un ambiente salvaje, primitivo, como si no hubiese nada más alrededor que tierra yerma. El olor a humedad se mezclaba con el de la madera curtida por noches de tempestades. Los rayos de sol, como en cada amanecer, luchaban por despuntar tras los rocosos Cárpatos.

Tiziano se encontraba junto al casetón de las herramientas buscando el fuelle, y solo hallaba maldecir todos y cada uno de los objetos que encontraba a su paso. Quedaba demostrado que "el orden del desorden" ya no le valía como excusa y principio que justificase aquel estropicio desordenado. Y es que así solo conseguía una cosa: perder el tiempo.

—Aquí está —refunfuñaba malhumorado para sí mismo. Al agacharse, se dio cuenta que llevaba demasiados días aplazando recortarse la barba.

El amanecer era sombrío, y los árboles se dejaban airear la cima de sus copas mientras se zarandeaban frágilmente. Así, casi sin querer, permitían a las gotas de rocío deslizarse por sus hojas para precipitarse violentamente al vacío.

Era finales de otoño, y aún no hacía tanto frío como de costumbre en esas fechas. El ambiente era frío y las casas se encontraban alejadas entre sí. Como si el destino, caprichoso, no hubiese querido que naciera apego alguno entre sus habitantes. Tampoco había vecino ningún río que aglutinara poblaciones. Tan solo, a lo lejos, a los pies de las montañas desde donde aún la luz no lograba germinar, un enorme lago se mostraba imperante ante el paisaje. Allí, sus mansas aguas se entremezclaban con el lodo, lo cual no lo hacía precisamente un lugar indicado para el baño. El ambiente en sí era bastante desangelado, pero a la vez extrañamente familiar.

Recogió, además del fuelle, otros tantos utensilios que había sacado del casetón y recordó quizá poder necesitar. En cambio, dejó el resto en idéntico desorden a como lo encontró. Cerró con llave y entró en la casa al oír el rechinar de la tetera que había dejado en el fuego y de la que se había olvidado por completo. Sin embargo, llegaba tarde, y la espuma brotaba fuera de la tetera. Con tranquilidad, y recordando que en ocasiones anteriores ya había perdido piel de sus yemas por un exceso de ímpetu, la separó del fuego y se sirvió una taza de agua caliente a la que añadió después unas hojas de menta.

Limpió con la mano derecha el mantel que aún contenía pequeñas migas de pan de la noche anterior y se dispuso a extender delicadamente un papiro en su escritorio. Dio un sorbo y tomó la pluma del tintero para empezar a escribir. Había estado toda la noche soñando, y sentía la certeza de que podría entrecruzar tales frutos de su imaginación con hechos cotidianos para darle un mayor realismo a su futura obra. Esa obra fantástica que se

le resistía y jamás llegaba a comenzar. Una vez más, en cuestión de segundos, quedó paralizado, bloqueado, mientras miraba el papiro con la pluma entre sus dedos. En la punta de la pluma una gota de tinta se balanceaba, suspensiva, como vacilando con la gravedad. No se le ocurría cómo comenzar su prosa. Cómo comenzar esa flamante historia que no había manera de que fluyese de su mente y sus manos. No era muy paciente con él mismo, luego decidió abandonar momentáneamente sus ansias de dar vida en papel a sus cavilaciones.

Se acomodó cuidadosamente hacia atrás en el respaldo de la silla mientras se mullía sus ropajes. Soltó la taza, aún caliente entre sus manos, y desesperado cerró los ojos. Aquellos sueños y experiencias que tenía en mente relatar se le habían desvanecido y se preguntaba a sí mismo qué hechos podría relatar entonces.

Movía el entrecejo ininterrumpidamente mientras continuaba con los ojos cerrados. Era como si quisiera convencerse a sí mismo de que estaba pensando en algo interesante cuando no era así. Se irguió de su silla y, decidido, agarró la pluma para dar inicio. De repente, un golpe tosco del ventanal que permanecía entreabierto le sobresaltó. Disgustado por haberle roto su presunta inspiración, se levantó y se dirigió veloz al ventanal para cerrarlo, como quien acude a reprender a su hijo tras una travesura.

La mañana iba avanzando y cada vez más pájaros se dejaban oír revoloteando. Las matas se convertían en una especie de salvajes péndulos que bailaban haciendo ondas mientras se rozaban unos con otros. A su vez, el viento, que se hacía cada vez más insurgente y tenaz, chocaba contra las maderas desclavadas del exterior de la cabaña.

No pensaba salir en todo el día de casa, y previendo que sería un día hogareño, decidió prender el fuego de la chimenea para así darle utilidad a aquel fuelle que tantos quebraderos de cabeza le trajo por la mañana. Prendió el fuego y volvió a coger la taza para sentarse en su butaca, mucho más cómoda que su silla del escritorio. Aquella butaca era muy antigua, tanto que, con el paso de los años, había ido cediendo hasta prácticamente rozar el suelo con su asiento. Con cierta desidia y ansiedad, cogió de la mesa su pipa con la otra mano y comenzó a fumarla.

Hacía ya años que Tiziano no tenía noticias de nada, ni de nadie. Vivía apartado de la sociedad por voluntad propia y no le apenaba, le alegraba que así fuese. Sin embargo, no se consideraba un ermitaño, ni tampoco alguien que con resignación hubiese perdido la esperanza en todo. De hecho, nunca se reveló así en público, ni siquiera en la intimidad ante su noble y fiel Sánom, un perro de pelaje trufado y robusto esqueleto que siempre esperaba el momento en que la chimenea comenzara a caldear para situarse plácidamente sobre la alfombra.

En otro tiempo, Tiziano había sido líder de una pequeña comunidad, y en el momento en que esta alcanzó su mayor esplendor, decidió abandonar el cargo sin mediar razón alguna a los demás. Continuó un largo tiempo en la ciudadela de la que fue gobernador, pasando desapercibido. Prefirió pasar a convertirse en un testigo anónimo del devenir de los acontecimientos que se daban en las calles. Más adelante, decidió reunir sus pocas posesiones y, con una misión encomendada, marchar con Sánom hacia el bosque.

Semanas más tarde encontró este recóndito lugar del mundo. Por el camino avistó algunas casas solitarias con claros síntomas de abandono. Jugaba a imaginar qué había

pasado con la vida de sus últimos moradores. Quizás huyeron tiempo atrás, o tal vez no tuvieron descendencia y a nadie le constó sus muertes.

Ya había desistido de su enésima intentona de escribir, vencido por aquello que le producía aquella extraña contradicción en su interior y a la que no lograba darle nombre. Realmente no le preocupaba porque estaba firmemente seguro de que algún día le vendría esa maldita inspiración que tan empeñada estaba en esfumarse. Sin embargo, a su vez, también le enojaba no ser capaz de dar el primer paso y ver cómo los días pasaban teniendo por momentos ideas que para él eran reales y fantásticas, pero sin llegar a plasmarlas como él deseaba. Este conflicto le duró unos minutos mientras se mecía en su butaca. El crepitar la leña fogueando hizo que sus ojos se cerrasen adentrándose en una deliciosa somnolencia.

Le encantaba pasar las horas durmiendo. Odiaba la pereza, pero tampoco se veía capaz de luchar contra ella, refugiado en la tranquilidad y la calma que le producía el simple hecho de vivir sin responsabilidades y tener la certeza de que podía alimentarse con lo que le daba la tierra.

Antes de conciliar el sueño dirigió una última mirada al tintero, el cual servía de apoyo a la pluma, ya seca en su punta. Sánom no dejaba de observarle. Tiziano se percató y le llamó con un gesto imperceptible. Poco hacía falta para que ambos viejos se entendieran. El perro se acercó lentamente y con una docilidad pasmosa colocó el cuello a la altura de la mano de Tiziano. Este empezó a rascarle cariñosamente la oreja mientras se confesaba:

—¿Qué debería hacer, Sánom? No valgo para escribir, y ya sabes que para actuar... Preferiría seguir pensando que sí, que habría podido proseguir. No era tan difícil, aquellas gentes vivían en armonía, y no por mí, sino porque no conocían la malicia.

Trataba de quitarle hierro a su época de líder comunal, y de ello hacía confesor a Sánom. Hacía tiempo que no se asustaba de hablar solo o en su defecto al perro, el cual comenzó a agazaparse hasta quedar dormido mientras continuaban las divagaciones de su amo.

Durante años, Tiziano había recibido una educación humanista, de ciencias nobles, alquimia y artes. Hijo de padres con escasa instrucción, algo totalmente normal por entonces, Tiziano nunca quiso dedicarse al trabajo familiar. Sorprendentemente, sus padres aceptaron y dispusieron ciegamente sus ahorros para conseguir una rica enseñanza para su primogénito.

Tiziano jamás había experimentado en su vida lo que había más allá de aquellas preciosas montañas que podían observarse desde el alfeizar de su cabaña, y no más de tres días de camino le distaban de la ciudadela que en su día gobernó. Sin embargo, aquel lugar en el que hoy se hallaba jamás pudo pensar que existiese más allá de su propia imaginación. Había oído hablar de otros bellos lugares por boca de Diurno. Lugares que, como aquel, contaban con preciosos atardeceres en los que las hojas de los árboles enrojecían como brasas con la luz del sol.

En cambio, aquello superaba toda expectativa. Era, para él, y probablemente solo para él, un lugar perfecto.

Una era la fuente de saber que le había narrado qué se encontraba más allá de aquellos Cárpatos que lo habían visto nacer, crecer y envejecer. Se trataba de Collin de Rais, un



guerrero proveniente de reinos extranjeros durante su juventud, sabio druida en su vejez. Fue él su mentor en las artes y ciencias. Además, le transmitió todos aquellos saberes que ya siendo pequeño y benévolo le hacían sentir una inquietud en el alma, una inquietud que le pedía a gritos librarse de la inmundicia de la rutina.

Sin embargo, entre tantos inventos, elementos naturales, reflexiones filosóficas y lecciones humanistas que ambos acuñaron en infinitas e innumerables veladas, jamás De Rais le mencionó algo que quizás se antoja indispensable para el progreso intelectual de una persona. No fue del todo casualidad que así sucediese.

En los últimos días de vida de Collin, este, en su lecho de muerte, pidió que acudiese Tiziano a su lado. Con dificultad para respirar agarró la mano de su discípulo y trató de decir algo. Tiziano, superado por la situación, se acercó a su boca para poder escuchar lo que su maestro quería decirle. Este, frágilmente le confesó al oído: «Jamás quise corromperte. Por eso jamás hablamos de Historia».

Aquella confesión fue tan lapidaria como impactante para Tiziano. Para De Rais nunca tuvo sentido alguno enseñarle a su discípulo acerca de la Historia. Sabía de la valía instrumental de la misma, pues resulta innegable que enseña errores y aciertos del pasado. No obstante, más le pesaba la idea de que el hecho de estudiarla era una burda fatalidad humana. No serviría realmente para instruir ni a Tiziano ni a nadie. Todo lo contrario, consideraba que era eso lo que realmente hace que el ser humano no sea capaz de desarrollarse plenamente, superarse y evadirse de estereotipos, tópicos y márgenes que limitan y atroflan su genio.

A fin de cuentas, el hecho de contar la Historia iba a ser siempre para que el discípulo supiese quiénes fueron los vencedores y quiénes no, y de estos últimos nunca contarían la versión, ya que no se permitiría al vencido legado alguno desde sus vivencias. En otras palabras, el tren de la Historia no se podía permitir perder el tiempo con los caídos. Además, el ser humano, para De Rais, siempre caería una y otra vez en los mismos errores hasta la posteridad, supiese o no lo acontecido en el pasado, porque así era su condición.

Podría parecer que recordar lo que hicieron nuestros antepasados sí que podría liberarnos de cometer los mismos errores y que De Rais estaba totalmente equivocado. Sin embargo, De Rais consideraba que esos «errores» dependerían de si tus antepasados fueron vencedores o vencidos, si aquellos errores les favorecieron o todo lo contrario.

La Historia, para De Rais, impedía al ser humano simplemente progresar, crear dentro de él una fuente de energía que llegase a darle a la humanidad la felicidad colectiva de la que realmente podría y debería gozar. La Historia siempre se vería menoscabada por manipulaciones, traiciones, demonizaciones, injurias, calumnias o vanaglorias sobre hechos o personas que probablemente no las merecerían. Ya fuese para bien, ya fuese para mal.

Jamás, sin embargo, le oyó Tiziano decir estas palabras a su mentor. De Rais le hizo saber todo esto en unas hojas de papiro que le entregó mientras se encontraba postrado en aquel lecho a punto de abandonar la vida. Para amarga sorpresa de Tiziano, jamás había experimentado tal laguna en su estudio. No concebía más que estudiar lo creativo que rebosaba de la ciencia y el arte procedente de las manos del hombre. Una vez leído lo último que De Rais le entregó en sus manos, no pudo evitar llorar ante tales escritos, pues con esas palabras taciturnas puso De Rais fin a su enseñanza. Así, en silencio, fue en

aquella noche Tiziano el último testigo de la última exhalación de aquella eminencia.

Tras aquella noche, Tiziano sintió la enorme necesidad de conocer qué había más allá, necesidad la cual le carcomía por dentro. Sin embargo, también le atraía la idea de gobernar aquella ciudadela y en honor a De Rais decidió dedicarse en cuerpo y alma a ello.

Siempre le quedó la duda de si fue poco tiempo tan solo dos años, pero fue el tiempo suficiente que necesitó para «poner las cosas en su sitio». Quizás, lo difícil no era hacer aquel laborioso empeño, sino mantenerlo, que la ciudadela no perdiera aquella preciosa armonía sinfónica que entonces poseía.

Aun así, tras aquellos dos años, y tomada su decisión de partir hacia aquella soledad escogida, decidió encomendar una misión a alguien antes de abrazar aquellos prados de hojas secas y gigantes tilos, alejados de su pueblo.

Se decidió así a observar a las gentes que vivían en su ciudadela, y les hacía preguntas sobre la Historia. Ninguno hablaba de hechos concretos, y si lo hacían, era por testimonios de testigos o forasteros que se lo habían contado. Nadie sabía a ciencia cierta nada de la Historia, de algo que cada vez sentía Tiziano más importante, básico, ya no para corregir errores, pues creía aún en las disciplinas de De Rais y en el virtuosismo de la mente limpia del hombre, sino simplemente por el afán de conocimiento.

El tiempo pasaba conforme iba haciendo preguntas a los aldeanos y comerciantes que pasaban cada cierto tiempo cerca de las murallas de la ciudad.

Una mañana, se encontró a un chico joven, de cuerpo delgado y fibroso, que recogía arándanos en un pequeño huerto. A pesar de los pequeños temporales de los últimos días, aquellos frutos aún permanecían milagrosamente intactos. Tiziano se acercó a él.

De complexión ancha, era visible que aquel cuerpo estaba curtido en el trabajo del campo. Las cicatrices resaltaban en sus manos, y poseía ojos muy claros e inocentes que penetraban con su mirada. Era alto, un poco desgarrado, como si su cuerpo hubiese decidido crecer antes de dar al chico tiempo de asimilarlo. Caía en sus hombros una prominente melena castaña y destacaba en su faz una incipiente barba que aún no había llegado a definirse del todo. Le preguntó qué sabía de más allá de las murallas, de la Historia, y su respuesta fue inesperada.

—Nada, señor.—respondió aquel chico.

Era una persona única en la aldea, presa de su inocencia, tanto que era capaz de hacer confesión abierta de su propia ignorancia sin siquiera darse cuenta. Por primera vez, tras varios días deambulando por la ciudadela mientras escuchaba insustanciales conversaciones en las que el orgullo no permitía asumir el desconocimiento propio, al fin Tiziano encontró una persona capaz de responder con una sinceridad atronadora.

Estaba convencido de que ninguno de los otros sabía algo con total seguridad, ni tan siquiera podían dar una fecha sobre hechos que de seguro fueron trascendentales para la evolución de la Historia. Sin embargo, todos quisieron contar algo, ansiosos de hacerse notar como personas que conocían algo más que las miserias y bajas pasiones de quienes habitaban la ciudadela.

—¿Te gustaría aprender? —le espetó Tiziano.

—¿A qué se refiere, señor? —contestó el chico con voz sumisa.

Tiziano pensó que aquel chico lo habría reconocido. En cambio, no parecía que supiese

que estaba hablando con quien hasta hace poco era su gobernador. Tal vez incluso era mejor así. El chico se mostraría más natural.

—Al conocimiento, al saber, pero al conocimiento real, más allá de saber leer y escribir.

El chico lo miraba como si fuese una aparición. Permanecía en silencio y dejó de mantenerle la mirada, devolviéndola a la tierra.

—No has de demostrarme nada, pero si me lo permites, te instruiré.

El joven se encontraba intimidado y permanecía cabizbajo sin saber aún qué decir. Es más, estaba seguro de que no llegaba a comprender lo que aquel hombre le quería decir. Había entendido que le quería ofrecer una instrucción. Era la primera vez que alguien le ofrecía la posibilidad de ser educado, de enseñarle algo que no fuese realizar trabajos más propios de animales de carga que de seres humanos.

Entró al establo, donde su viudo padre se encontraba limpiando las herraduras de los caballos, mientras sus dos hermanas pequeñas jugaban despreocupadas haciendo revolotear la paja por el granero del altillo.

—Padre... —dijo el chico.

En cambio, Tiziano le interrumpió en seco.

—Caballero, soy Tiziano Moradis, el antiguo gobernador de esta ciudadela que los mercaderes llaman Gendhu Kens. —El chico sintió como un puño sobre su estómago, ¿cómo no le había reconocido?—. En el pasado fui discípulo de De Rais, hombre querido y respetado dentro y fuera de estas murallas. He observado el buen hacer de su hijo durante el trabajo y querría saber si estaría dispuesto a que me sirviese de asistente. Precisaría de sus servicios y además podría aprender de mí acerca de todas las nobles ciencias que abarca el conocimiento.

El chico quedó atónito al oír esto. Su padre, entre tanto, continuaba limando las herraduras y, sin levantar la mirada hacia los ojos de Tiziano, le respondió:

—Mi nombre es Pelago y necesito a mi hijo para el trabajo, ¿cuánto tiempo le robaría? ¿Por qué él? ¿Acaso cree que porque seamos pobres puede venir así a llevarse a mi hijo? —le preguntó rudamente ya sí mirándole a los ojos.

Tiziano no se esperaba una respuesta así. Sin embargo, entendía que aquel padre actuase de aquella manera. Quizás había sido demasiado directo en sus formas. Tiziano, pesar de haber sido el gobernador local, era más joven que Pelago, lo cual le imponía un enorme respeto. Siempre se había mostrado partidario de hallar consejo en los más ancianos durante sus años de mandato. Tal vez había sido demasiado directo al presentar sus intenciones. Volvió a ordenar sus palabras y respondió:

—Disculpe mi osadía. No crea que ofenderle es mi intención. Mi hermano menor podría trabajar en las mismas labores que su hijo. Tiene bastante experiencia y es corpulento. Estaría encantado, estoy seguro. Me debe algunos favores.

—¿Por qué mi Saifel? —insistió de nuevo Pelago—. Solo sabe leer y escribir. Sé bien quién eres, tú regías esta ciudadela. Estoy seguro de que podrías encontrar a otras personas más listas y sin callos en sus manos. Mi hijo es noble, pero solo de espíritu, y a sus quince años solo sabe de arándanos y de caballos. No entiendo su interés, ¿por qué?

—Porque arde en deseos de saber. Él no me lo ha dicho, pero lo percibo. Créame, sé que sería bueno para su hijo.

El padre quedó perplejo. No era para menos: su ignorancia iba acompañada de formas que dejaban mucho que desear. Aquel joven había sido tratado como una bestia durante mucho de sus trabajos, y de bestia eran de hecho algunos de sus rutinarios quehaceres. Pelago quería a su hijo, pero no confiaba en que tuviera las capacidades que Tiziano esperaba. Tras unos segundos de silencio en los que el padre seguía con sus quehaceres dijo finalmente:

—No pienso mal de usted, es más, se lo agradezco... No solo hablo yo, sino también en mis palabras habla su difunta madre: le confío pues a mi hijo. —concluyó Pelago .

Y así, finalmente, le brindó a Tiziano su colaboración: permitiría al joven que fuese educado e instruido. Sentía Tiziano un profundo nudo en el estómago, una incertidumbre que le entusiasmaba y a la vez le obstruía la garganta mientras caminaba rumbo a casa; el próximo amanecer sería el primero en el que se vería delante de una mente incorrupta y podría llevar a cabo todas esas habilidades didácticas que había elucubrado durante tantas tardes en las que siendo gobernador se marchaba a meditar solo en el valle... No obstante, temía no estar a la altura. Le producía pavor pensar que pudiese ser así.

Mientras continuaba dándole vueltas, Tiziano se alejaba de la casa de Saifel y caminaba por la ciudad lentamente. Tras pasar por debajo de un pasadizo de piedra desde el que se vislumbraban con claridad las murallas que rodeaban el pueblo, transcurrieron unos segundos que le hicieron percibir la importancia que tenía aquella Historia que De Rais no le había mostrado hasta su muerte: aquella fortaleza llevaba ahí desde que nació, había jugado frente a ella, escrito en su piedra en la infancia, aprovechado su cobijo en días de sol y de lluvias. Sin embargo, jamás supo cuándo se hizo, ni quién. ¿De cuántos acontecimientos habría sido testigo aquel pasadizo y aquella muralla? Fue en ese momento cuando empezó a entender la vital importancia que tenía la Historia hasta para lo más cotidiano e insignificante y el cuidado que había de tener cada uno al estudiarla, pues de nada serviría aprenderse una Historia de vencedores y vencidos si solo se escuchaba a los opresores o a los oprimidos.

Pasó por la plaza principal de la aldea y aminoró su paso. Sin darse cuenta, se detenía cada pocos pasos y observaba todo lo que pudiera tener el más mínimo vestigio del pasado. Figuras esculpidas en las fuentes, retazos de la muralla, tantas cosas que antes no había prestado atención.

Ese día Tiziano se fue a su cama antes de que se pusiera el sol. Ansiaba que volviese a amanecer cuanto antes para así iniciar aquel aprendizaje. Aprendizaje que no se había planteado siquiera cómo empezar.

Sin embargo, aquella noche fracasó en su intento por conciliar el sueño. No lo lograba por culpa de su ansiedad. De hecho, sentía los mismos nervios que aquel día en que supo que iba a conocer a De Rais. Recordaba cómo percibió por primera vez la mirada de su mentor mientras contaba las hogazas que su padre había horneado, y cómo aquel desconocido examinaba todos sus movimientos mientras las metía ágilmente en las bolsas de papel. A aquel hombre de frondosa barba grisácea y encorvada espalda le había llamado la atención la rapidez de Tiziano con las matemáticas. Era lo que más le gustó siempre de entre sus cualidades.

De Rais, por entonces, no era únicamente el mentor de Tiziano. Se ganaba la vida

enseñando a los agricultores y ganaderos técnicas que eran totalmente innovadoras, aunque nunca le pagaban en monedas sino a cambio de comida y cobijo. Fue tal su importancia que llegó a ser asesor del gobernador que había durante la infancia de Tiziano. De hecho, que De Rais fuese su mentor es lo que propició que Tiziano llegase a asumir el puesto de gobernante.

Paradójicamente, a Tiziano no le había llamado la atención ninguna habilidad de Saifel. Simplemente, su honestidad al reconocer su no saber.

Al ver que no le era posible dormir, empezó a rememorar en su mente sus años de gobierno. Le venían a la mente todo tipo de pensamientos sobre algunos de los acontecimientos:

«Aún no me explico cómo logramos que volviera la calma tras el amotinamiento de la vendimia. Los campesinos ardían en deseos de derramar sangre. Desde luego, no se me ocurre un peor inicio de gobierno. Qué dura fue aquella sequía, no más que tranquilizar a aquellas gentes. Y la Venganza de los Pobres, como llamaban los señoríos y recaudadores a aquellos días de desgracias, qué días más difíciles vivimos entonces. Jamás sabré si hice bien al ahorcar a aquel noble. Tampoco tenía otra opción, por más que se me amenazase si ejecutaba la sentencia. A fin de cuentas, de no morir en la horca, lo matarían de una paliza los propios ciudadanos. Quién sabe a cuántas de sus mujeres violó. Quién sabe... Por suerte no siempre fue así de turbulenta la ciudadela y la sequía no volvió durante su época de gobernante. Las plantaciones gozaron de salud, la dama fortuna me sonrió y mucho durante todo ese tiempo...».

Continuó con sus cavilaciones hasta bien entrada la noche mientras le afloraban todo tipo de sentimientos. De entre todos, el remordimiento de conciencia siempre estaba latente.

Ocasionalmente le asaltaron algunos impulsos propios de la avaricia de detentar. Esa soberbia que produce el tener poder sobre otros. De hecho, a solas se reconocía a sí mismo que el despotismo en alguna que otro momento trató de apoderarse de él, a pesar de que De Rais le hizo trabajar la meditación para no caer en ello. La tentación irrefrenable que da la sensación de dominio sobre otras vidas.

En cambio, era él quien ahora habría de enseñar a otra persona a realizar los mismos ejercicios de humildad y sosiego que nunca llegaron a ser siempre útiles para él, lo que le hacía sentirse defraudado consigo mismo. De Rais jamás dio muestra alguna de aquella soberbia. Ni en sus acciones ni en sus palabras. Ni siquiera en el brillar de sus ojos vio jamás atisbo alguno de ira. Este era el pequeño detalle que siempre consideró Tiziano que le hacía vulnerable a los demás: sus ojos le desnudaban el alma. Era fácil saber qué pensaba si se le miraba a los ojos. Cualquier persona, por poco que le llegase a conocer, sería capaz de saber qué le pasaba por su cabeza: odio, veneración, nuevas ideas o inseguridad.

Tiziano achacó aquella templanza y temperamento de De Rais a los años. A fin de cuentas, la sabiduría aumenta con los años de vida, y él era bastante más joven que De Rais cuando comenzó a ser su mentor. Tal vez, cuando fuese más viejo, lograría tener aquel temperamento que siempre admiró en De Rais.

En esta vorágine de reflexión que no le dejaba descansar, Tiziano cayó en la cuenta de

que había algo más que le diferenciaba realmente de De Rais. Mientras que sus padres fueron quienes acudieron a De Rais para que aprendiese, él había sido quien había ido al padre de Saifel para enseñarle. Y tenía una razón que solo él sabía: mientras que la intención de De Rais no fue más que la de enseñar a Tiziano, la de Tiziano era algo más que simplemente enseñarle. Sin embargo, tales intenciones se las haría saber a Saifel cuando llegase el momento. Aún quedaba para ello.

¿Cómo esculpiría el alma de aquel joven? ¿Lo lograría o fracasaría? ¿Sería capaz de llegar hasta el final? ¿Podría cargar con el peso de la misión que Tiziano deseaba encomendarle? En el vaivén de estas preguntas finalmente el agotamiento venció a Tiziano y pudo conciliar el sueño ya avanzada la noche, a la espera de que el viento frío del amanecer lo despertase para acometer la que sería la mayor empresa de su vida. para el comienzo.

## Capítulo Dos: Origen

Era por la mañana y la ventana abierta había impregnado la casa de un fresco agradable. Tiziano se irguió, asomó la cabeza por la ventana la brisa matutina y sintió que el pecho se congelaba por momentos. Desde pequeño le había gustado revivir esa sensación de respirar el aire gélido de la mañana que tanto caracterizaba a la ciudadela.

Se levantó del jergón, expectante en lo que sería su primer día. Se dirigió hacia el pozo para recoger agua y aprovechó para refrescar su barba. Acto seguido, recogió objetos que aún seguían esparcidos por el cobertizo y deshuesó un pequeño pollo que guardaba conservado en la despensa para Sánom. Mientras aquella dócil bestia lo devoraba con ansia, se preparó para él unas gachas en avena. No sería lo mejor acudir a su cita en ayunas.

Salió por puertas con un aire triunfal inapreciable para el resto de los viandantes y marchó calle abajo en dirección a la casa de Saifel. Desde que era adolescente fue haciendo propias las manías de De Rais, entre ellas repetir continuamente lo que habría de decir cuando se encontrara próximo a un nuevo desafío. Y así, entre murmullos, caminaba mientras sorteaba el fluir de mercaderes y pueblerinos que se dirigían hacia las puertas de la ciudad para sus quehaceres. Le gustaba ser la única audiencia de sus discursos.

El sol salía poco a poco, tímido, y daba al cielo un vespertino tono rosáceo. Llegó más pronto de lo que pensaba a casa de Saifel, donde al detenerse cayó en la cuenta que el día anterior tardó tanto porque caminó ensimismado observando todos los detalles de la ciudad y pensando qué habían sido o pudieron haber sido cada uno de ellos tiempo atrás.

Al llegar vio al joven limpiando los caballos con un cepillo desgastado mientras que sus dos hermanas pequeñas peinaban la crin de un potro que poco le quedaba para ir tomando la corpulencia de su padre. Trató de acercarse sin hacer ruido, para observar en silencio el comportamiento de Saifel con los animales sin ser percibido. De Rais le había enseñado que se puede intuir el temperamento y el grado de benevolencia de una persona por el trato que tiene con las bestias. Por otro lado, el joven tenía algunas cualidades más propias de los animales. Entre estas cualidades comprobaría Tiziano más adelante que se hallaban la audacia y la perspicacia. De repente, el joven percibió que había alguien detrás de él y se dio la vuelta. Se quedó mirando a Tiziano tratando de adivinar por qué éste se había detenido en lugar de acercarse, pero esta reacción le duró solo unos segundos: soltó el cepillo en el cubo con agua y jabón y se dirigió con alegría hacia Tiziano.

—Buenos días, señor.

Le estrechó la mano toscamente tras limpiársela en sus ropajes y, sin quitarle la mirada de encima, esbozó una sonrisa cortés.

Tiziano le devolvió el saludo, y le devolvió una mirada escrutinadora. Era fácil sentir que entre ambos existía una mutua expectación. Como hiciera De Rais, le pasó el brazo por la espalda a Saifel y entraron en casa. Ya había desaparecido en el ambiente el frío con el que Tiziano despertó, así como el nerviosismo que le había acompañado desde la noche anterior. Sin embargo, Saifel se detuvo y le dijo con cautela:

—Aún no he terminado con el caballo, he de continuar, en seguida estaré a su disposición.

Tiziano asintió al oír sus palabras cuando de repente algo vino a su mente. Había

olvidado ir a casa de su hermano para hablarle del favor que habría de hacerle. Su hermano vivía al otro lado de la ciudad y se negaba a perder parte de aquel día. Era preferible esperar allí mientras Saifel terminaba con los caballos. Podría utilizar ese tiempo hablando con su padre.

Tiziano hizo ademán de entrar en casa cuando observó que el padre se hallaba dentro y esperó a que aquel hombre se diese cuenta de su presencia. Entrar sin ser invitado sería muy atrevido por su parte. La espera fue muy breve, y pronto el padre se percató, invitándole a entrar en casa.

—Buen día, caballero, a partir de mañana le traeré a mi hermano para que haga las labores de los caballos y las de arándanos en tiempos de vendimia.

—Lo de su hermano no es menester. Lo que sí le agradezco enormemente lo que va a hacer con mi hijo —dijo el padre de Saifel dando poca importancia a lo que acababa de decir Tiziano.

—Soy yo en realidad el que se siente agradecido.

—Su madre habría querido que Saifel llegase a ser un hombre cultivado. Ella murió días después del parto del tercero de mis hijos mientras yo me encontraba ausente. Yo estaba entonces preso, ¿sabe? Ataqué a un alguacil del castillo que quería excederse con la hija de los vecinos y por ello di con mis huesos en el calabozo por más de un mes. No vi a la más pequeña venir a este mundo, aunque me permitieron salir para poder despedirme de mi mujer en el lecho de aquella habitación —dijo mientras señalaba hacia el fondo de la sala—. Era muy querida en Gendhu Kens y su fallecimiento conmocionó a muchos de aquí. En vida siempre trató de enseñar lo poco que sabía a Saifel. No tuvo el mismo tiempo para sus hermanas, las dos pequeñas que viste fuera. Ellas vinieron muy seguidas...

El gesto del padre de Saifel desprendía pesadumbre y una auténtica devoción por su difunta esposa. Podía sentirse en su voz cuánto la había querido y la tristeza que le daba hablar de ella en pasado. Aunque con entereza, sus esfuerzos por ocultar sus emociones eran en vano.

—¿Sabe? —prosiguió—. Saifel era muy pequeño cuando ya aprendió las reglas de la aritmética y de la lectura. Escribir le costó un poco más, ya que, a los cuatro años de nacer Saifel, su madre hubo de ayudarme en mis trabajos artesanales y en los pequeños negocios que iban surgiendo. Él tuvo que hacerse desde muy niño más independiente... Todo ese tiempo lo pasaba con los caballos. Créame, aunque su hermano me eche una mano el tiempo que Saifel no esté conmigo, Saifel continuará estando con los caballos el tiempo que no pase con usted.

Tiziano le escuchaba en silencio. Atento, analizaba todo lo que el padre contaba de Saifel y sentía que la elección había sido aún más certera de lo que en un principio había pensado.

—Algo que debe comentar a su hermano —prosiguió el padre— y que ayer no concretamos es la remuneración...

Tiziano salió de su silencio en este punto de la conversación.

—No se preocupe, porque el favor que me debe mi hermano sería así compensado y no me duele perder el dinero que pudiera perder si deja la instrucción de su hijo a merced mía.



El favor que le debía su hermano no era otro que haberse quedado con todo el negocio familiar y con sus beneficios. Al ser sus padres los únicos panaderos que tenían molino propio y que podían hacer numerosas hogazas diarias, los beneficios eran enormes. Por tradición, los oficios en Gendhu Kens habían de pasar siempre por igual a mano de los hijos cuando los padres bien fuesen demasiado ancianos, bien hubiesen fallecido. Los padres de Tiziano eran ancianos y vivían a las afueras. Tiziano, cuando De Rais le abrió las puertas al conocimiento, acordó con su hermano rechazar los beneficios del negocio de sus padres a cambio de cualquier favor en el futuro dentro de los límites que marcaba la buena costumbre del poblado. Realizar un trabajo no arriesgado que te solicite tu hermano tras rechazar el negocio familiar para tu beneficio entraba sin duda alguna en tales límites. Quizás fuese difícil imaginar a su hermano manchado de arándanos y entre bestias, pero no tendría otra opción que aceptarlo.

—Me ha entendido mal —prosiguió el padre—, por ventura no andamos mal económicamente. Tampoco somos ricos, pero vivimos con dignidad. No podría permitir que instruyese a mi hijo a cambio de que su hermano trabajase para mí como si se tratara de vasallaje. Preciso remunerar a su hermano, y la instrucción de la que dote a mi hijo debe ser igualmente reembolsada. No acepto altruismo. El honor de mi familia va por encima del de cada uno, y sería indigno e ilógico que trabajase para mí a cambio de proveer educación a mi hijo. Le agradezco su generosa oferta, pero pagaré a su hermano.

Tiziano meditó sobre ello unos minutos y finalmente accedió. Quizás podría incluso guardarse el favor de gracia. Esto podría no ser considerado por su hermano como un favor, ya que el hecho de que le hubiese conseguido este trabajo no le quitaría tiempo en exceso.

Tiziano jamás podría dar queja alguna sobre su padre. Siempre extrañó a todos los vecinos de la zona que se mostrase tan abiertamente a las ansias de saber de su hijo años atrás y que brindara a De Rais a su hijo como discípulo. No obstante, el preferido de su padre siempre había sido Cabana, su hermano menor.

Por unos segundos, Tiziano rehízo el entramado que yacía desordenado en sus pensamientos. No debía haber ido a casa de Saifel hasta que no hubiese hablado con su hermano. Su impaciencia le había hecho calcular mal los tiempos. Así pues, cortésmente, se despidió del padre de Saifel y le aseguró que volvería en la mañana junto a su hermano. De inmediato, sin despedirse siquiera de Saifel, puso rumbo a la casa de sus padres. Su familia se había trasladado a vivir a las afueras de la fortaleza, en una amplia finca. En su época de mandato ordenó que hubiese guardias en los alrededores de las afueras de la fortaleza, cara al poblado, para poder avisar antes en caso de revueltas o ataques de forajidos, mas el hecho de que su familia viviese fuera de la fortaleza fue lo que le hizo tomar tales medidas, ya que siendo pequeño en más de una ocasión fue testigo de saqueos por parte de las gentes que vivían fuera de las murallas. El hecho de que su familia viviese fuera obedecía al sentido práctico del oficio que llevaban a cabo, ya que la edificación para moler el grano y los hornos de leña para las hogazas precisaban de más espacio que el que pudiesen tener dentro del pueblo para edificarse una casa.

Hacía tiempo que no caminaba fuera de las murallas de la ciudad. Las tierras de cultivo, sus gentes y sus hogares continuaban como lo recordaba. La cerca de la casa de sus padres

estaba a escasos cien pasos de la entrada a Gendhu Kens. No le costó reconocer a su hermano, quien enseñaba a un aprendiz a usar las bestias para la siembra. Tenía rasgos similares a los de Cabana, pero él era más alto. Cabana también se percató de la llegada de Tiziano y no tardó en gritarle:

—¡Qué tal, hermano! ¿Aún te acuerdas de los plebeyos?

No existía maldad en las palabras de Cabana.

—No empieces, hermano, te traigo buenas noticias.

—Pues bienvenidas sean, cuéntame.

Se acercaron y se dieron un abrazo como el que acostumbraban cada vez que se veían: golpeando la espalda del otro con una rudeza innecesaria.

—Sé que los cultivos traen en bonanza a la familia, y que ha permitido que padre y madre no tengan que volver a trabajar, pues tú te bastas para la siembra y para el comercio del pan. Verás, sin rodeos: he conocido a un joven a quien querría instruir como hiciera De Rais conmigo, y su padre me preguntó si conocía a alguien interesado en ayudarle con los caballos.

—Luego me estás pidiendo el favor de gracia —le espetó Cabana.

—En absoluto, hermano, a mí en nada me repercute, tan solo era por tu beneficio, pues jamás viene en falta el trabajo de más, ¿o no nos enseñaron eso?

Cabana se detuvo a meditar. Era cierto lo que decía su hermano. Disponía de suficiente tiempo en el mes para cuidar a los caballos de la familia de aquel joven. No indagó si realmente existía un favor (como así era) hacia su hermano. Tampoco reflexionar era uno de sus fuertes. Además, en caso de insistir en que sí era un favor de gracia, su hermano sabría con más artimañas conseguir lo que hasta el momento había logrado con apenas unas palabras: dar la vuelta a la situación.

—¿Acaso pensabas irte sin dar un abrazo a tu padre? —dijo mientras aparecía tras ellos el mayor de los Moradis.

—¿Cómo está el viejo Acriga? —dijo Tiziano cogiendo entre los brazos a su padre—. Aquí vengo a dar una buena noticia a Cabana: un amigo busca alguien para echarle una mano con los caballos.

—No le busques trabajo sino una esposa...

—¡Padre, no empiece! —le reprobó Cabana ante la carcajada de Tiziano—. Claro, como a ti ya te da por perdido...

—Vamos, no podemos perder tiempo, está esperándonos —replicó Tiziano empujando al hermano y volviendo a abrazar a su padre.

Caminando, Cabana sintió curiosidad por aquella situación y decidió preguntar.

—¿Por qué decidiste enseñar a alguien? ¿Qué viste en él?

—Su mirada me dijo todo. Sé que elegí bien. No precisé ni mediar palabra con él.

—Interesante, espero ser testigo de sus avances. Seguro que será bueno cuando se convierta en el nuevo gobernador del pueblo.

Tiziano sonrió. Seguramente las gentes que se enterasen de que estaba instruyendo a Saifel pensarían que se debía únicamente a su admiración por De Rais y quería imitarle en su vida buscando a otro discípulo.

—Quién sabe, hermano. Quién sabe.

Llegaron a la fortaleza mientras su hermano le pasaba el brazo por el hombro. Nada había cambiado. Seguían dándose codazos y jugaban como críos mientras se burlaban entre sí.

Al llegar a la casa de Saifel, Cabana quedó prendado de los caballos, sobre todo de uno negro con fuertes patas y un rostro fulgurante de energía. Habló con el padre para acordar qué días habría de ir sin mediar más palabras sobre las condiciones del trato. Probablemente, el padre de Saifel dio por hecho que ya se lo había explicado Tiziano. Por otro lado, el hecho de que existiese un favor de gracia no era algo que se hiciese saber en público: siempre quedaba en la propia familia de sangre.

Tiziano sentía que no cabía en sí. Aquella interrupción por su descuido de no haber acudido antes a hablar con Cabana. Los caminos que se le hacían eternos mientras hablaba consigo mismo. El desasosiego de que las cosas no salieran bien. Las dudas que pudieran surgir en Saifel y pudiese negarse a colaborar. Eran muchos los pensamientos y sentimientos encontrados que libraban una enorme batalla dentro de la mente de Tiziano.

Al ver que Cabana se despedía, Tiziano sintió que por fin iba a tener lugar aquel momento tan esperado por él, aquella ansiada epifanía. Nacía en él la misma excitación que un escultor frente a una cantera de mármol, pues habría de moldear el alma y la mente de una persona. Pensó en sacar su pipa y reflexionar durante ese periodo de éxtasis, pero se negaba a retrasar más el inicio del aprendizaje de discípulo.

Se acercó a Saifel, que ya había acabado de peinar la crin de sus caballos, y se dirigió a él sin miramientos:

—Bien, Saifel, llegó el momento. ¿Dónde podemos acomodarnos?

—No lo sé, señor. En casa no hay mucho espacio, y no sé exactamente qué es lo que vamos a hacer...

—Sabes, Saifel, despídete de esas palabras.

—¿De cuáles, señor?

—De decir que no sabes, y llámame por mi nombre; no te elegí para que fueses mi vasallo, sino mi igual. Coge algo más de abrigo, iremos a mi casa.

Esperó fuera, espoleado por el frío de la mañana que anunciaba el mediodía y por los nervios de la situación. Al salir Saifel, Tiziano le sonrió de un modo paternalista y anduvieron calle arriba sorteando los charcos de lodo que salían a su paso. No mediaron palabra en todo el camino. Uno dubitativo por cómo iniciar la enseñanza, el otro desconcertado porque hacía minutos no era más que un siervo al servicio de los dictados de su padre.

Atravesaron las calles entre las cuales se atisbaban las tímidas colinas entre cada uno de los pasadizos que dejaban atrás, hasta llegar a la mitad del sendero que les conducía a la casa de Tiziano.

Entraron en la casa de Tiziano, quien se apresuró a recoger el desorden que reinaba en la casa para habilitar la mesa de tilo que dominaba el salón. Tras derribar con las prisas algún que otro tintero sobre algunos de los papiros que yacían sobre la mesa, invitó a Saifel a que tomara asiento, quien se encontraba un tanto cohibido. No era la casa de Tiziano una casa común del poblado, no solamente por su condición social, sino también porque solía coleccionar objetos insólitos que compraba de mercaderes o hallaba en uno

de sus paseos por los bosques cercanos. Se sentaron frente a frente, y de puro nervio le salió una sonrisa a Saifel. Tiziano aportó un gesto de complacencia para tranquilizar la situación y volvió a levantarse para servir un poco de turt<sup>1</sup> y un trozo de mjāmāligă<sup>2</sup>.

—Inquietudes.

Saifel dio un sorbo corto y frunció el ceño.

—¿Inquietudes? ¿En mi vida?... Siempre quise llegar a saber de caballos tanto como mi padre. Además, en mi casa hay un pequeño óleo donde un artesano retrató a mi madre. Me gustaría ser capaz algún día de recrearlo aportándole, si cabe, más belleza.

Vio Tiziano en estas palabras que el trabajo iba a ser complicado, lo cual no le hacía sentir pesimismo alguno. Sería un desafío precioso. Mientras se frotaba las manos para entrar en calor, mantuvo la mirada fija en Saifel. Esperaba que prosiguiese su respuesta, pero no parecía que tuviese más que decir. Asintió al escucharlo y prosiguió.

—Está bien. Imagina lo siguiente. Si llevases una vida cómoda y no te fuera necesario trabajar cada día al salir el sol, ¿cuáles crees que serían tus inquietudes?

Saifel miró al vacío buscando la respuesta más certera mientras partía lentamente la māmāligă.

—Conocer qué hay más allá de la Provincia, pues cada mercader cosa distinta dice.

Tiziano se mostró impasible ante esta respuesta y siguió removiendo el azúcar en su té.

—Tu intriga por conocer qué hay más allá de las fronteras es propia de tu edad, y has de intentar que jamás muera en ti. Conocer mundo quizás sea la actividad más fascinante que el hombre puede realizar en la vida. Pero antes de ello habrás de conocerte a ti, aprender de mí y dejarte llevar por el conocimiento.

—¿Cómo?

—Esa pregunta llega demasiado pronto, pues no existe una forma en sí de lograrlo. Cada hombre es un dilema diferente y tú no eres menos, aunque todavía seas solo un joven.

Saifel miraba fijamente a los ojos de Tiziano, así como a las manos de este conforme se iba expresando. Sin embargo, interiormente, se hallaba un poco perdido. Encontraba enigmáticas las formas de su maestro, y temía quedarse atrás en sus explicaciones. Tiziano lo presentía y solía contemplarle con un paternalismo del que él mismo se sorprendía, ya que un sentimiento parecido le era completamente desconocido. La ventana no cesaba de crujir como respuesta al fuerte viento que fuera acechaba, y la luz, poco a poco, iba abandonando Ghendu Kens, de modo que Tiziano decidió levantarse a cerrarla y encender la chimenea.

—Hemos de aprovechar el primer día, no desperdiciemos nuestro tiempo. No pensemos que ya es tarde y que mañana tendremos más tiempo y energía para abordar nuestra tarea pendiente. Esa es la vía que conduce a la pereza, gran enemiga de los hombres. Haré algo para cenar mientras me hablas de ti. Entonces, pasaremos a abordar el primero de los Pilares. Ponte cómodo.

Esbozando una sonrisa, se levantó y se dirigió hacia la despensa que estaba en la habitación contigua.

—¿Pilares?

—Es lógico que la palabra te suscite desconcierto. Como ya te dije, no existe un itinerario definido en el conocimiento del hombre, así como tampoco lo hay en el territorio más allá de las fronteras de Gendhu Kens. —Volvió de la despensa con algunas verduras y prosiguió mientras las cortaba a espaldas de Saifel—. Sí lo hay, en cambio, para otras doctrinas como las artes, la música, el óleo o las esculturas, pero no para lo que vamos a tratar. Verás, Saifel —dijo girándose y mirándole a los ojos—, no trato de enseñarte habilidades, tampoco de que te conviertas en alguien que pueda considerarse incomparable. Quiero que seas un hombre y que también seas humano. ¡Cuántas personas vemos en los senderos y en la propia ciudadela que solo responden a lo primero! Que ni siquiera se plantean por qué están aquí, por qué su existencia. Quiero que seas un ser humano, y eso conlleva poseer y concebir una serie de criterios, unos principios que logren blindarte hasta que poseas una sensación verdadera de control sobre ti mismo, sobre la tierra y sobre las bestias. Pero jamás deberás confundir controlar la naturaleza con someterla. Jamás.

Conforme Saifel escuchaba a Tiziano, sentía que se encontraba ante un hombre en cierto modo adelantado a su tiempo, al que admiraba con un temor reverencial que ni con su padre antes experimentó. Algunas de las expresiones con las que Tiziano le había hablado no llegaban a su conocimiento, pero prosiguió escuchándolo como cuando se encontraba con gentes de la tierra más allá de la muralla, que pese a compartir una misma lengua, hablaban acorde a dialectos que entorpecían un poco la comunicación, sin llegar por suerte a comprometer el sentido de lo dicho.

Aun así, creyó captar el mensaje que le enviaba. “Formarlo como humano”, se dijo para sí. Le horrorizaba tal cosa, pues siempre se consideró formado, no solo él, sino cualquier persona al nacer. No obstante, Tiziano le llevaba de la mano al encuentro de una disciplina cuyo nombre nunca antes escuchó: la filosofía. Y es que al parecer no bastaba con vivir para ser una persona, como tampoco bastaba saber leer para dejar de ser un analfabeto.

En todo este tiempo había percibido la felicidad propia de la que dota la ignorancia, una felicidad loable y acomodaticia porque no demanda atravesar este camino de zarzas en cuyo final aguarda la dicha, senderos si bien tortuosos, aunque también placenteros. Era algo difícil de entender para Saifel. Era una virtud que presentía, pero cuya magnitud era incapaz de adivinar.

Mientras en su cabeza los pensamientos se cruzaban a gran velocidad, y trataba de captar lo que continuaba explicándole Tiziano, Saifel decidió por primera vez interrumpirle. Inconscientemente, había dejado de seguir la perorata de Tiziano y seguía preguntándose por eso de los “Pilares”. Esperó a que su maestro se levantase a servir la sopa para ello. En el ambiente reinaba por momentos una sorprendente calma que permitía escuchar la incipiente lluvia impactando contra el techo de la cabaña. Conforme Tiziano servía la sopa en dos cuencos, Saifel formuló la pregunta.

—¿A qué se refería con pilares? —preguntó confuso mientras veía exhalar la sopa hirviendo frente a él.

—Verás, Saifel, existen pilares que son imprescindibles inevitables en la vida, y no me refiero solo a la de cada individuo, sino de cada comunidad. E incluso me atrevería a decir

que existen más allá de la Provincia y estoy seguro que por ellos se ha debatido, luchado e incluso derramado sangre. En mi estudio he pensado en ellos y he tratado de que ninguno se me escapara, si bien cualquier otro erudito podría formular e incluso ampliar mis propias pesquisas sin deterioro alguno de mi trabajo. No me cabe la menor duda.

Tiziano se aproximó a la estantería que había tras él y acercó a la mesa un estuche de madera. Introdujo la mano y sacó de él dos papiros amarillentos desgastados por sus contornos. Se notaba que estaban muy usados, como si hubiese reescrito concienzudamente sobre ellos día tras día: corregido y vuelto a corregir una y otra vez. El contenido en ambos era idéntico. Se quedó con uno de ellos y dio el otro a Saifel. Rezaba así el papiro:

Justicia  
Igualdad  
Libertad  
Educación  
Dignidad

Junto a cada palabra aparecía una diminuta calavera, lo cual llamó la atención de Saifel.

—¿Por qué hay dibujadas unas cabezas?

—Lo sabrás más adelante —respondió Tiziano sonriente.

Saifel prosiguió mirando el papiro detenidamente. Sin poder contener su desilusión le inquirió a Tiziano:

—¿Hablares sobre esto? Le oí decir a mi padre que trataríamos sobre el conocimiento, y como siempre lo vieron con su maestro en los tiempos de gobernador hablando de plantas...

—No extremes lo que te dije sobre ello. Claro que te instruirás y que aprenderás más cosas, dispongo de copiosos libros que te servirán para ello, pero para aprender de ellos no precisarás tanto de mí como de los cientos de miles de volúmenes que te versarán en las maravillas de la naturaleza y del hombre.

»Sin embargo, para estas palabras que te entrego, vamos a necesitar intensas sesiones de charla en las que te darás cuenta de que sabes más de lo que crees, y al terminar, podrás sentir cómo hay una parte antes imperceptible en tu interior que germina y crece con cada encuentro».

Saifel estaba atónito. Las palabras de Tiziano le hacían entrar en un trance que absorbía toda su concentración.

—Y no te culpes por el sentimiento de frustración que emerge al percibir que no te valoras lo suficiente, pues lo sienten todos los muchachos y hombres alguna vez en su vida, incluso los más arrogantes que conocerás en los años venideros.

—¿De qué hablaremos hoy? —le espetó Saifel

—Hoy solamente quería exponerte los pilares que dilucidaremos en adelante. Hoy se da el primer paso de un camino que llegará hasta donde seas capaz y que no quedará en meras charlas. Quiero construir en ti un refugio al que puedas acceder, y que cuando sientas que eres testigo de alguna injusticia, por desigual, represora o indigna que sea, sepas crear en ti una contraofensiva que genere una respuesta visible. Mañana volveremos a vernos. Mientras tanto, te ruego reflexiones sobre el primero de ellos: la justicia.

Saifel asintió dócil, sorbió del plato lo poco que quedaba y se puso de pie. Agarró con cuidado el papiro y lo dobló. Tras guardarlo, se estrecharon la mano. Tiziano se sentía gratificado, a pesar de que Saifel no había participado apenas en la conversación y más bien se había limitado a escuchar. No siempre era preciso hablar para demostrar que se tenían aptitudes en el aprendizaje.

—Cuidado, Saifel —dijo tras abrir el cerrojo de la puerta—. Continúa lloviendo, será mejor que saques el papiro del zurrón y lo guardes dentro del abrigo. Será más difícil mojarlo para la lluvia.

Saifel sonrió y así hizo.

—Buena tarde, maestro.

—Buena tarde.

Era la primera vez que le llamaban maestro. Siempre le habían hablado en calidad de gobernador o autoridad. Sin embargo, esta vez Saifel le apelaba como una fuente de conocimiento. Le fue inevitable recordar a De Rais, quien años atrás fue quien le acogió en los brazos del pensamiento.

Al abrir Saifel, Sánom entró rápidamente. Ambos se habían olvidado del cachorro al comenzar a llover, y este había estado esperando paciente en la puerta a que abrieran. Se acercó a Tiziano y este lo secó con paños.

Tras marchar Saifel, Tiziano se sirvió un té que largamente había reservado para la ocasión. Se lo había regalado en el pasado un extraño hombre de ojos rasgados. Era una bolsa que contenía unas rugosas hojas de un fuerte sabor amargo. Una noche, aquel hombre necesitó cobijo y el padre de Tiziano se lo proporcionó a su paso por Gendhu Kens. El extraño, como muestra de gratitud, volvió pasado el tiempo a la ciudadela para obsequiarle. Aquellas hojas medicinales se llamaban Pu-erh<sup>3</sup>, y teñían de un extraño color rojizo al agua. Es cierto que solo fueron unas hojas. En cambio, para Tiziano, este tipo de gestos eran los que daban sentido a la mayoría de las cosas buenas que regalaba la vida. Ya a solas con Sánom, echó más leña a la chimenea y se dejó caer en la butaca. No tardó el cachorro en acomodarse en su regazo.

La noche se había hecho con la ciudadela y Tiziano se entretuvo en imaginar lo que al día siguiente sucedería. Fuera de la casa, la lluvia comenzó a amainar. El sueño, como en tantas otras ocasiones, se fue apoderando de ambos antes de que pudiesen darse cuenta.

## Capítulo Tres: Justicia

No habían concertado hora para el día anterior, pero antes de que el sol despuntara tímidamente entre los valles y montañas que abrazaban la ciudadela, ya estaban llamando a la puerta. Tiziano despertó aturdido al ver dónde se encontraba, pues toda la noche la pasó dormido en el sillón. Tras unos segundos de perplejidad se preguntó quién estaría llamando si aún no había amanecido. Al abrir, su impulso de reprender a quien esperaba para entrar se desvaneció al comprobar que era Saifel.

—¿Qué haces ya levantado? —le preguntó con una voz aletargada y ronca.

—¿He sido inoportuno, maestro? —respondió Saifel con una vitalidad impropia de aquellas horas.

—Nunca lo serás en mi casa, pero debes entender que me extrañe, son horas intempestivas.

—Faltan minutos para que amanezca y ya se nota el color malva del alba —le advirtió sonriente apuntando al cielo.

Comprobó Tiziano que Saifel no solo sería su discípulo, sino alguien de quien también aprendería. El viejo de Tiziano siempre había hecho gala de un carácter despierto y vivaracho alentado por su inagotable curiosidad. No obstante, hacía años que no despertaba antes de entrar la luz por las vidrieras y tampoco en esas contadas ocasiones se paró a descifrar los tonos del firmamento. De Rais ya en el pasado le recriminaba su exceso de horas de sueño, pero lo compensaba sobradamente con su intensa vitalidad en sus horas de vigilia. Accedió Saifel al habitáculo y Tiziano se ocupó de avivar el fuego.

—¿Quieres desayunar?

—No, maestro, se lo agradezco. También me lo ofreció su hermano cuando llegó a mi casa justo antes de que partiese. Traía consigo unas hogazas recién hechas que seguro devorarán mis hermanas.

—¿Cómo?

Al oír esto, Tiziano esbozó una sonrisa nostálgica. Atizó la chimenea para reavivar las llamas y cortó pan para tostarlo junto a ella. Lo enjugó en aceite de maíz y se sirvió un tazón de leche con un poco de tuica<sup>4</sup>. Le sirvió también a Saifel un pequeño vaso con el licor. Saifel solamente había probado la tuica en una ocasión durante una ceremonia familiar. Se sorprendió del ofrecimiento de Tiziano, pues era costosa su elaboración. Carraspeó tras beber, pues su garganta no estaba hecha a licores. Aquel sorbo de tuica había apaciguado sus ánimos. En cierto modo, a Saifel le gustó aquel ofrecimiento de Tiziano. A sus ojos, Tiziano le estaba dando a entender que no veía un niño ante sí, sino a un hombre. En cambio, nada más lejos de la realidad, lo que Tiziano intentaba era simplemente que entrase en calor y se relajase.

—Quizás es demasiado fuerte, pero la garganta se acostumbra —le dijo Tiziano con una sonrisa socarrona.

—Tienes razón... Sabe qué, igual no era necesario, pero respeté el orden del papiro, por lo que hice por pensar acerca de lo primero que escribí: sobre la justicia en Gendhu Kens —respondió Saifel un poco trastabillado, como si ardiese en deseos de comenzar



cuanto antes y hubiese premeditado soltarla de ese modo.

—¿Por qué aquí? —le replicó sorprendido Tiziano.

El chico quedó paralizado y miró fijamente a Tiziano. No esperaba tal inquisitiva reacción. Al comprobar su perplejidad, Tiziano decidió hacerle unas preguntas:

—Aunque no hayamos estado, ¿piensas que existe la injusticia más allá de estas montañas?

—Claro, maestro. Pero creí que se refería a lo que conocíamos.

Tiziano le observó unos segundos en silencio ante la mirada por momentos huidiza de Saifel.

—¿Alguna vez hablaste desde el desconocimiento? Seguro que sí, todo ser humano, hasta el más cuidadoso con sus actos, lo ha hecho, y tú y yo no somos superiores. Desde temas espirituales sobre sensaciones o vivencias que no hemos llegado a tener, hasta de lo más mundano y natural. Por ejemplo, Saifel, seguro que habrás hablado con jóvenes de tu edad sobre la muerte a pesar de que no la habéis experimentado, o de cosas que, como el mar, vuestros ojos aún no han alcanzado a ver. —Bajó un poco el énfasis en sus palabras y prosiguió menos entusiasta. A fin de cuentas, apenas habían comenzado y Saifel podía cohibirse—. Si te hago estas comparaciones es para que compruebes que los razonamientos universales han de ser extensibles a todo. Si no, dejan de tener tal cualidad. Precisamente por ello te entregué el papiro. Podría hacer que vinieses aquí sin reflexionar sobre alguna temática, ya que lo que traías preparado probablemente se centraba en las virtudes y errores que nuestros jueces y gobernadores llevan a cabo.

Tímidamente asintió Saifel, no muy seguro sobre qué asentía.

—No obstante —prosiguió Tiziano mientras levantaba ambos brazos—, para poder abrir tu mente era preciso que cometieras un error como este en cuanto a lo que tú entiendes por justicia en este caso.

—Vaya, parece que hasta mis errores tenía previstos —dijo Saifel con una sonrisa bobalicona que era incapaz de borrar de su rostro y le hacía sentir un poco estúpido.

—No creas... —respondió Tiziano con cierta complicidad—. Ahora sí, sé sincero conmigo y dime. ¿Qué es justicia?

Saifel lo miró consternado y un poco cabizbajo, pues todo lo que había preparado la noche anterior a la hora de exponer su opinión sobre los mediadores de paz de la ciudadela se había ido al traste. Sopesó la respuesta, pues no quería soltar ninguna absurdez, y pensó que antes de decir cualquier cosa quizá no venía mal degustar un poco más la tuica. Tras un largo silencio al fin dio una respuesta:

—La justicia sería algo así como el buen hacer posterior a un hecho por el que alguien se vio afectado, siempre que tal hecho fuese una injusticia.

Cayó tímidamente y aguantó la mirada a Tiziano como quien espera recibir un golpe de un momento a otro. Pero no era por temor, sino por pensar que había dicho una insolencia.

—Te aviso de que no espero respuestas correctas a cada pregunta que realice, pero me es grato tu esfuerzo por buscarlas. Tu respuesta tiende más a lo que podríamos definir como «impartir justicia», que es efectivamente actuar adecuadamente tras producirse sobre alguien un hecho que podríamos considerar injusto. El problema radica en qué consideraríamos «actuar adecuadamente», pero antes de adentrarnos en ello... ¿Acaso la

justicia solo aparece en la vida como salvadora? ¿Solo surge cuando alguien comete un acto culpable?

Esta vez Saifel quedó mudo, e hizo un gesto para que su maestro continuase.

—¿Hay justicia cuando vemos al mendigo pidiendo a las puertas de la ciudadela?

—No, señor, pero buscan monedas para embriagarse, y dárselas tampoco es justo.

— ¿Todos? Tienes una visión absoluta. Piensa qué ocurriría si tu casa se incendia y perdeses las bestias y las tierras, o peor aún, si por difamación de algún acomodado tu padre fuese desterrado y condenado a ser un proscrito. ¿Sería también indigno de recibir limosna?

—No, mi señor. Pero discúlpeme, pocos son así.

— ¿Alguna vez te paraste a hablarles?

— No...

Tiziano combinaba un tono firme y severo con la suficiente pedagogía que precisaba el aprendizaje, y así se lo trataba de transmitir a Saifel.

—Es cierto que pocos habrán de ser como yo te los he descrito, pero por existir uno, ya tendríamos que prescindir de tal razonamiento. Por ello, es más favorable adoptar una visión relativa en vez de absoluta al respecto. —Mientras Tiziano hablaba, no paraba de mover las manos. Saifel, por su parte, no le quitaba el ojo de encima—. No obstante, en el ejemplo que te ofrecí, sí que se daría un «impartir justicia» de darse una blasfemia sobre tu padre. Pero, ¿y el incendio? ¿Y si se provocase sin que medie ninguna persona?

—Podría ser voluntad de Dios.

Este argumento hizo despertar a Tiziano la sensación de que podría haber errado al hacer su exposición de los pilares. Durante todo este tiempo, los motivos religiosos habían pasado desapercibidos en su corpus de razonamiento. Si bien la población rural era de sólidas creencias religiosas, su familia siempre vivió ajena a las tradiciones y cultos de la ciudadela. Él no era practicante de religiones, y De Rais jamás le habló de deidad alguna. Sin embargo, tampoco De Rais increpó jamás a las religiones. Tiziano no creía en ningún dios, pero no era su pretensión convertir a Saifel en ateo.

—¿Voluntad de Dios? ¿Crear la desgracia en un hombre? ¿Consideras que podría ser su voluntad?

—Dios nos pone retos difíciles en la vida.

—¿Sabes? Me resulta interesante tu visión de estos hechos. Acércame el papiro que te entregué.

Saifel lo sacó con cuidado y lo abrió frente al maestro. Tiziano también sacó la otra copia que se había quedado. Bajo «Dignidad» escribió «Fe», y le devolvió la copia a su discípulo.

—Sé por qué me has dado esta respuesta. En muchas ocasiones me la he encontrado en la vida, pero sin una fundamentación objetiva. Y no espero la tuya, al menos aún. Es más, es probable que con tu aprendizaje la logres obtener quizás algún día. Pero como ya te he señalado, será la Fe el último tema que trataremos.

No quiso entrar aún en dicho tema por dos razones. En primer lugar, no quería desviarse sobre la "Justicia" para divagar en el último pilar. Por otro lado, jamás había habido conflictos religiosos en la ciudadela, pero sí era desconcertante para la gran mayoría

el hecho de que hubiese gente que no creyese. De hecho, tuvo Tiziano buena relación con los hombres de piedad que se dedicaban a la caridad en el templo y las calles, y los consideraba hombres válidos e imprescindibles para la vida cotidiana, más aún para los desamparados. Incluso en su época de gobernador, había llevado con total discreción estos aspectos, y jamás reveló que no creyese en el Dios que, desde pequeños, les enseñaban a creer en Gendhu Kens.

—Aunque tratemos la religión más adelante, considero de todos modos arriesgada tu deducción. Reconozco que hay cosas a las que le damos un significado en torno a Dios porque nos vemos incapaces de dársela de otro modo —iba mordiéndose la lengua a cada sílaba que pronunciaba—, pero en la Justicia podemos dejar a Dios tranquilo. Contigo quiero hablar de la justicia de los hombres, y no de la divina.

—Comprendo, maestro. En tal caso, en el ejemplo expuesto, de producirse esa desgracia en mi familia, no sería justo.

—Luego —concluyó Tiziano—, podemos decir que podrían darse realidades que no son justas, y que la justicia escapa de la voluntad de los hombres.

—En ocasiones, sí. Pero los propios hombres sí tienen posibilidad de rebatir a la injusticia que pueden evitar.

A Tiziano se le iluminó la vista y conforme pasaba por detrás de Saifel le apretó enérgicamente los hombros.

—¡Bravo Saifel! Exacto, los hombres somos capaces de rebatir la injusticia, pero fíjate cómo una simple palabra que a tinta remarqué en tu papiro puede provocar discrepancias y connotaciones de lo más diversas. Y decenas más de las que lleguemos a ahondar habrás de encontrar en la vida. La justicia no es una sola. La fuente de la que emana, el sentir de ella misma o incluso el devenir que provoque alteran su contexto, sentido y energía intrínsecamente.

Un fuerte estruendo sobresaltó a ambos y se dirigieron a mirar por la ventana: un mercader había sido testigo de su desdicha al romperse uno de los ejes de las ruedas y ver cómo se desplomaban todas las manzanas que transportaba.

—Observa la situación —dijo señalando al mercader arrodillado recogiendo sus frutos—. Se ha levantado temprano para acudir a los manzanos que están a una hora a pie, y al poco de entrar en la fortaleza se le rompe el eje de una rueda, se da al traste y algunas de esas manzanas que provocaron el sudor de su frente serán ya inútiles por el golpe. ¿Es justo?

—No, señor, pero son injusticias frente a las que nada puede hacerse y que, además, no son tan graves.

—Tienes razón, Saifel. Hablar de injusticias desde planos tan bajos sería desvirtuar el concepto e incluso tomarlo un poco a burla. Pero también de la burla se aprende. Poniéndonos en la piel del desgraciado mercader, su injusticia acabaría si comprásemos en el mercado sus manzanas, aunque supiésemos que, por ejemplo, de cada siete, una de ellas no estará en buen estado.

—Sí, una opción podría ser esa.

—Pero con la mano en el pecho, ¿estaríamos dispuestos a hacer una compra así a sabiendas de que no todas serán para nuestro disfrute? ¿A sabiendas de que una de ellas

jamás satisfará nuestra boca?

—Lamento decirle que no, solo un loco lo haría.

El rostro de Tiziano se ensombreció y su gesto mostraba hastío. Su expresión había cambiado por completo, y ahora su tono de voz pasó de ser el de un maestro a ser el de alguien que revive acontecimientos de los que preferiría no haber sido testigo.

—Lamento reconocerte que algún que otro loco perdió cosas muy valiosas por querer ser justo con los que menos tienen, pero... —Apartó la mirada unos segundos y la vitalidad volvió a su garganta—. ¿Por qué un loco? Fíjate un momento. Antes hablábamos de la injusticia y de ti salió decir que los hombres seríamos capaces de rebatir injusticias, afirmando que el hombre tiene la posibilidad en ocasiones de rebatirlas mediante su voluntad. Y, sin embargo, iobrar tal y como te ofrezco dices que sería actuar cual loco!

—¿Quién compraría manzanas a un mercader a sabiendas de que no son todas sanas? —le replicó Saifel.

—Todos podrían, Saifel, pues la voluntad de los hombres podría hacer que no todas, pero sí muchas injusticias que sufren otros pudiesen ser rebatidas. Y al igual que hablamos de este desdichado mercader, podemos hablar del mendigo mutilado, del proscrito, del desterrado, o del desgraciado que viese desaparecer todo su esfuerzo de años por un incendio. Sería una justicia colectiva que acabaría con penurias, y lo más importante es que pueden erradicarse.

—Pero entonces la injusticia se cerniría sobre mí. Sería yo el que se viese perjudicado, y nadie consentiría sufrir un perjuicio sobre sí mismo por causa de un desconocido.

—El hijo del dios que me mencionaste sí.

Saifel quedó mudo por la ocurrencia de su maestro. Éste lo miró con condescendencia y prosiguió.

—A ti te provocaría un perjuicio, es cierto, y podría parecerte una injusticia sobre ti. Pero de treinta manzanas golpeadas, con treinta compradores, solo quedaría con una. De este modo tendría sentido la Justicia Colectiva, pues mejor será que cada uno se vea afectado por una unidad, a que uno solo, aun siendo desconocido, se vea afectado por treinta infortunios cuando son evitables, ¿no te parece?

—Pero, maestro, sería imposible.

—¿A qué te refieres? —preguntó un desconcertado Tiziano.

—Verá, no podemos estar a expensas de solucionar todos los males, por pequeños que sean, para sanar injusticias que cada ser humano de este mundo sufra.

—Y razón tienes, Saifel, no será preciso ayudar a ese mercader, pero si tomé ese ejemplo era para extraer una idea abstracta, y es que la Justicia Colectiva, a priori, será más ventajosa que el beneficio individual. Es cierto que todos preferimos el placer hedonista de morder siete manzanas duras y frescas, y no llevarnos el fiasco en una de ellas, pero, extrayendo este ejemplo que puede parecerte insignificante, lo que quiero que entiendas es que a veces un leve perjuicio en todos puede suponer una enorme bocanada de aire para otros. Y es algo esencial para el hombre que quiero que te conviertas. No quiero que ayudes solo a comerciantes, sino también a mendigos. Tampoco quiero, por ejemplo, que ayudes a proscritos, pues de sus delitos cumplen pena en el exilio, pero sí a las mujeres que dejan solas y marginadas en la ciudadela. A estas personas,

la ayuda no será cosa de una manzana, incluso puede que ni siquiera sea material. Las injusticias no siempre crean consecuencias directas, pues también puede que aquello en que desemboquen provenga de una compleja conexión de infortunios y tragedias a las que nos es preciso profundizar para actuar acorde a la justicia. En cierto modo nos lleva esto a convertirnos en «gobernadores» de nosotros mismos, y de nuestro entorno. No es una justicia de emperadores, ni una justicia divina, pero sí los cimientos que marcan que una sociedad consiga la justicia y con ella la prosperidad.

—De impartir justicia vine yo pensando que había de hablarle, si bien en un plano cerrado que es Gendhu Kens. Maestro, ¿cómo sabremos si “actuamos adecuadamente” a la hora de impartir esa justicia en el entorno?

Tiziano comprobaba poco a poco que Saifel era un joven muy despierto, y que su concentración era mayor de la que él pensó que tendría desde un comienzo. No le intimidaba, todo lo contrario, y podía ver en los ojos de su discípulo el ansia de saber y dialogar que De Rais un día vio en los suyos. Migó un poco de tabaco y le prendió fuego a la pipa.

—En primer lugar, hemos de realizar una diferenciación en cuanto a «impartir justicia». Es un concepto unitario, pero la procedencia de la acción no lo es; es posible que hayamos de impartir justicia de un modo concreto, debido a unos hechos determinados o casi determinados que han provocado la situación de injusticia.

Mientras hablaba, andaba de un lado a otro moviendo la pipa con una solemnidad no antes vista por Saifel.

—En cambio, puede que desconozcamos los hechos que han conducido a tal situación, y aun así hayamos igualmente de impartir justicia. Es al segundo tipo al que ha derivado nuestra conversación, y puede que te parezca el más complicado, pero es más bien todo lo contrario. En ocasiones es más fácil actuar sin saber qué sucedió antes, y es más directa la ayuda pues no nos encontramos aturdidos por los hechos, ni nos dejamos llevar por emociones ni pasiones que pueden nublar nuestro juicio.

—A mi parecer, más difícil será actuar cuando no conozcamos los hechos que preceden a la injusticia, pues no estaremos abarcando todo el contenido de lo justo que precisaríamos abarcar.

Tiziano estaba asombrado por lo rápido que Saifel tomaba las palabras de su maestro y las hacía suyas.

—De ser así, Saifel, obrar con piedad sería una de las acciones más complicadas para el hombre. Y por nuestra experiencia, sabemos que es la piedad una de las acciones más bellas, espontáneas y humanistas que puede realizar un ser humano, y aunque a veces lo olviden las gentes, es de las más simples que pueden realizarse. Quien se acerca a un vagabundo enfermo desconoce las injusticias que ha podido vivir, o incluso si se merece o no la situación precaria en la que se encuentra, pero es la piedad la que le mueve a ayudarlo. Tender la mano nos convierte en justicieros, en personas que imparten una justicia plenamente humana, total, que no se ve afectada por las imperfecciones a las que te referías.

—Sí, en ello llevas razón, maestro, pero se produce un peligro contra la justicia y contra la seguridad de uno mismo, pues, como bien dices, por desconocer los hechos que

han llevado a una vida de privaciones a ese vagabundo, puede que ante nosotros nos encontremos a alguien con el que la vida ha sido justa, pues por su mal obrar en esas circunstancias se encuentra.

—Dime, Saifel, ¿habremos de condenarlo a no tenderle la mano?

—Si su obrar fue injusto, merece un correctivo.

—Jamás podremos saber si fue o no injusto su obrar, pues ante nuestros ojos solamente tendremos a un pedigüño, a un moribundo, y en ocasiones la amenaza de la que hablamos solamente la ven nuestros ojos, y nos hace huidizo, como el gato que ve al hombre acercarse, y que, lejos de infringirle algún daño, solo desea acariciar al pobre animal. ¿Y acaso no somos diferentes a las bestias? Eso nos decimos y nos vanagloriamos en ello, sin embargo, con los de nuestra propia especie nos comportamos como el gato con el hombre. No trato de hacerte absoluta esta visión, pues razón también tienes en tu palabra, y es que es esta la finalidad de nuestras veladas: forjar principios en nuestra mente. Principios que no busco que al llegar a tu casa escribas para recordar lo hablado, pues es con estos diálogos con los que realmente se aprende y los que graban en la mente del hombre los valores humanos.

»Volviendo al tema, no sabremos las injusticias que hubo anteriores, o si sencillamente estas se produjeron o no, pero aun así será más fácil determinarlo que de saber a ciencia cierta qué hechos llevaron a la injusticia».

—No se trataría entonces de consolar únicamente al que sufre la justicia —continuó Saifel—, sino también de castigar al que la ha provocado.

—Verás, Saifel, partiendo de esa visión, la complejidad realmente la hallo en la forma de unificar ambas acciones: consolar al que sufre y castigar al que la provoca. El problema también radica en: ¿debe ser parte del consuelo el mero castigo? ¿O habrán de ser cosas independientes? Imagina que un hombre es testigo del hurto por parte de otro hombre sobre sus bienes. Nos encontraríamos ante una injusticia, y sabríamos determinar, grosso modo, los hechos previos a la misma. Para consolar al afectado, ¿valdrá con una restitución de los bienes? ¿Habría de abarcar dentro de ese consuelo del afectado el castigo que se le va a enmendar al rufián? Aquí veo uno de los problemas morales más grandes al respecto.

—Maestro, pienso que habría de entrar el castigo dentro de ese consuelo, pues cualquier hombre que viviese tal experiencia, querría ese castigo sobre el ladrón, y ese castigo lo subsanaría en cierto regocijo interior, por macabro que pueda parecer.

—Es así, Saifel, pero ¿cómo limitaríamos ese regocijo del que hablas? Porque si se tratase de mí, igual con pasar un tiempo en el calabozo lo vería suficiente, pero puede que para ti sea más adecuado amputarle la mano, o incluso ahorcarlo.

—Sí que resulta difícil, si bien estas cosas podrían preverse, de hecho, pautas existen para los delitos.

—Sí, pautas existen, pero poniéndonos en casos más peliagudos. De ser violada tu esposa, ¿qué pena querrías para el causante de la violación?

—Una muerte lenta.

—Tu tono, Saifel, desvela una fuente de inspiración que disiente con este tema.

—¿A qué se refiere maestro?

—A que nos habríamos caído del árbol de la justicia y nos habríamos adentrado en los

helechos de la venganza. Es cierto que es dolorosa la violación sobre un ser querido, o la muerte por asesinato, o la profanación de su tumba, pero considero que hemos de abstraer el castigo al ejecutor de la injusticia de la justicia en sí sobre el perjudicado.

—Pero existe una dependencia total entre ambas, maestro.

—Lo sé, y es difícil eliminar esta simbiosis, pero considero que un sistema podrá ser justo cuando sea capaz de desgranar la justicia de la venganza, y sepa diferenciar entre el castigo al malhechor y la justicia al indefenso. El perjudicado debe estar sediento de justicia, no de sangre, y hacer una equiparación sería convertirnos una vez más en los animales de los que presumimos ser superiores. Es evidente que cuando se trate de asesinatos, los afectados e indefensos serán los del entorno de la víctima, pero la muerte o la tortura del que actuó contra la vida de la víctima solo pondría a la Justicia al nivel del malhechor. Todo esto sería partiendo de la justicia personal, de la que se produce en los términos más concretos, pero veo más interesante proseguir por los senderos de la justicia colectiva.

—¿Haría un paralelismo entre lo que ha llamado como justicia personal y justicia colectiva?

—En cierto modo, esta justicia personal queda englobada en la colectiva, pues cuando se trata un crimen, no solo se actúa para restituir al que lo sufre o a su entorno, sino también para reforzar la protección sobre toda la sociedad, que escupe sobre este tipo de conductas.

—¿Cree pues en la justicia?

Soltó una carcajada Tiziano por la elocuencia de su discípulo.

—Así me gusta, tú también has de hacerme preguntas directas. Por supuesto que creo, pero solo creo que sea posible cuando los hombres son justos, y no cuando lo son únicamente los que gobiernan. De hecho, unos gobernadores jamás serán justos si no lo son los hombres que viven bajo su gobierno, y viceversa. Es indispensable la justicia, la justicia colectiva, que veo como algo indispensable para toda la humanidad. Si nos enseñasen desde pequeños a anteponer el bien colectivo sobre el individual y, por ende, la justicia social frente al hedonismo que nos acapara, dicha justicia podría llegar a su cúspide. Pero de nuevo he de morderme la lengua, pues antes fue con la Fe, y ahora es con la educación, quinto pilar de nuestra obra. Y tú, ¿crees en ella?

—Necesitaría tiempo para darle una respuesta, pero considero difícil la justicia que plantea.

—En ningún momento te dije que fuese fácil llegar a ella. De serlo, no sería preciso que yo te trajese aquí, y tampoco sería necesario el afán de superación que profeso, pues habría llegado a la cúspide hace años entonces. Y sé perfectamente que costará llegar, pero no se trata de alcanzar una meta, Saifel, sino de continuar un sendero, de progresar en él, a sabiendas de que será una difícil empresa obtener fieles y brillantes resultados. Pero no por ello dejará de ser menos bella la tarea. Por hoy pienso que ha sido suficiente, se nos pasó la hora del almuerzo. Ponte cómodo en mi butaca, y haré de comer para los dos.

—Se lo agradezco, maestro, pero si va a mirar por la justicia colectiva, ponga otros dos vasos de tuica para acompañar.

Ambos rieron y pasaron la tarde juntos hasta que ésta cayó y poco a poco fueron las estrellas anidando el cielo. Saifel volvió a casa y Tiziano quedó dormido junto a Sánom en el colchón de lana. Había sido un día brillante y arduo a la vez. No obstante, todo había parecido comenzar con buen pie. Se preguntaba ahora Tiziano cuándo habría de hacer saber a Saifel la misión que le tenía preparada, pero consideró que era aún temprano para pensar en ello y de nuevo, mientras acariciaba el lomo de su leal mascota, se volvió a quedar profundamente dormido.

Más tarde, en mitad de la noche, Tiziano despertó, cogió un papiro y a la tenue luz de tres velas se dispuso a escribir.



## Capítulo Cuatro: Igualdad

Un estrépito de Sánom contra el diván sobresaltó a Tiziano y le hizo despertar más pronto que de costumbre. Tenía medio cuerpo entumecido. Había dejado los ventanales abiertos y el rocío de la noche había calado en su cuerpo poniendo a prueba sus huesos. Se apresuró a cerrar las ventanas, como si así pudiera quitarse esa sensación de entumecimiento, y sintió un rugir en su estómago. Por un momento, volvió a la realidad y cayó en la cuenta de que en esta ocasión Saifel no se había dirigido tan temprano al encuentro que de nuevo mantendrían. La semana que había versado sobre la justicia había sido bastante intensa. Habían debatido en torno a la justicia, personal y colectiva, pero no habían osado a adentrarse aún en la tan tentadora justicia divina. Dejarla a un lado en la discusión había provocado una súbita necesidad por hablar de ella. Al igual que ocurre con aquel niño de pocos años que prueba el azúcar por primera vez, la mente de Saifel confabulaba consigo mismo y le hacía querer hablar sobre ello. No tanto por su creencia en Dios, sino para más bien descubrir las razones de esa omisión, pues jamás pensó que hombre y Dios tuvieran concepciones distintas en torno a la justicia. A su parecer, y tal y como enseñaban las escrituras, el hombre fue concebido como la creación de Dios, y por tanto la Justicia que aplicaban los hombres iba aparejada a la voluntad de Dios. Sin embargo, no parecía que Tiziano estuviera de acuerdo. Aunque esto no era algo que ofendiese a Saifel. No era un discípulo dogmático, sino que simplemente era un joven movido por una infinita curiosidad.

En su vida, Tiziano había sido testigo de muchos charlatanes que usaron la palabra para convencer, seducir o incluso estafar a personas. Y no solamente la gente inocente y analfabeta que abundaba en la ciudadela. Al poder de la palabra sucumbían incluso aquéllos que se vanagloriaban a sí mismos de ser los más sabios o prudentes. Tiziano no quería ser uno de ellos, y tras cavilar y divagar mañana y tarde en compañía de Saifel tenía muy claro que su discípulo debería llevar a la práctica todas aquellas vivencias y enseñanzas que iba aprehendiendo conforme pasaban los días. Pero no sería de un modo directo, en Saifel no buscaba un sucesor. Su misión no era llegar a gobernador, como tampoco convertirse en un mero transmisor de sus ideas para que usase la charlatanería sobre tantos otros. Su método, para él, era pionero, y no podía triunfar o fracasar. No andaba dirigido a tales posibles. Triunfo o fracaso que tanto obsesionó siempre al hombre. Su misión estaba por encima de ello, y cuando fuese preciso, la descubriría.

Los siete días de debate del primer pilar habían transcurrido, y siete más habrían aún de pasar de cada uno de los pilares. Si bien las reuniones podían parecer improvisadas a ojos de un espectador —que en ocasiones Tiziano se imaginaba—, tenía el maestro medidos cada día, y el hecho de que fuese únicamente una semana no era por mero capricho gregario. Con ello, buscaba que la limitada cantidad de encuentros motivaran a Saifel para exprimir cada uno de ellos al máximo.

Durante todos y cada uno de los amaneceres, algunos días cuando el anochecer se apoderaba del sol, en otros con un Tiziano vigoroso que se adelantaba a su propio sueño para no andar aturdido en los inicios de las sesiones, la latente sensación de que estas enseñanzas darían pie a algo grandioso aún desconocido crecía en su pecho con cada

lección.

Sin embargo, aquella fría mañana, a pesar de estar presente el sol, Saifel no había llegado aún y era algo raro en él. No le preocupaba esta tardanza en sí a Tiziano, pero le intrigaban los motivos por los que Saifel se retrasaba. Partió un trozo de pan, dio la mitad a Sánom y se puso su jergón. Encapuchado, con el frío aún calando en sus huesos y su fiel bestia a su vera, echó a andar hacia casa de su discípulo mientras miraba con recelo los restos de escarcha que encontraba en las tejas de las casas vecinas.

Caminó tres calles abajo y atisbó la casa al cruzar esquina, en silencio. Se acercó y vislumbró al padre de Saifel que limpiaba la crin a uno de sus caballos. Al observar que nada había cambiado en su casa prefirió no acercarse. No quería preocupar innecesariamente al padre, aunque a la vez dudaba de si hacía lo correcto. Quizás le había sucedido algo a Saifel y ninguno de los dos lo sabía. Decidió callar y no crear alarmas por gusto. Silbó en seco llamando a Sánom y este volvió sobre sus pasos Saifel era un joven prudente, comedido, y Tiziano en el fondo estaba seguro de que existiría una justificación a su tardanza. Aunque realmente no existía, solo que se había malacostumbrado a la taciturna puntualidad de su discípulo, y su afán y pasión por continuar lo habían llevado a las calles en su busca.

Llegó de nuevo a casa y Sánom, que parecía molesto por haber salido tan temprano a la calle con su amo, bebió bruscamente agua de su cuenco, se sacudió las tenues gotas de lluvia que habían acristalado su lomo y continuó su interrumpido su letargo junto a la alfombra. Bien sabía que poco tiempo tardaría Saifel en llegar y su dueño en encender la chimenea.

Tiziano se mantuvo paciente y aprovechó el desvelo matutino para ordenar los viejos libros que rebosaban de las estanterías de madera de cada rincón de la casa. Hojeaba manuscritos que De Rais le escribió para asesorarle en su etapa de gobernante en la ciudadela y saboreó un poco de tuica, aunque fuesen horas prematuras de la mañana. Se sirvió un poco más y le dio otro pequeño sorbo mientras miraba de frente al ventanal. La cristalera estaba todavía empañada por la humedad nocturna, pero eso no le impidió avistar desde lo lejos a una figura desgarrada que se aproximaba caminando lentamente y que no era otra que la del propio Saifel.

Conforme el joven se estaba aproximando a la cabaña surgieron aún más interrogantes. Cada paso que daba Saifel volvía más nítida su figura, lo que permitió a Tiziano observar que su discípulo llegaba cubierto de barro, con polvo impregnado a sus ropajes y el cabello mojado, quién sabe si por el sudor o la humedad. Su cuerpo, encorvado, daba la sensación de que con cada paso se le fuese un poco de vida al chico. Mientras se iba aproximando, esquivaba pequeños charcos que habían nacido la noche anterior, y saludó con una divertida mirada a Tiziano, quien se apartó del ventanal, dejó los manuscritos sobre la mesa y fue a recibirlo en la puerta.

—¿Vienes de batallar con proscritos? —bromeó.

—No, por suerte no —prosiguió Saifel la broma—. Vengo de los campos de cultivo, pero mire qué guisa llevo, demasiado sucio para el trabajo que hice en realidad.

—No te preocupes, traeré el barreño.

Entró Tiziano a la casa y atravesó la sala de estar hasta llegar a la habitación. Saifel, a

riesgo de que ensuciase todo, esperaba fuera. Cargó con el barreño y se dirigieron al pozo que poseía en el techado junto al cobertizo. Extrajeron agua y Saifel comenzó a desvestirse y asomaron a la vista de Tiziano varias magulladuras en las extremidades y el torso del chaval. El clima de la mañana era extraño, pues la humedad y el calor aumentaban a la vez.

—Bien, ¿piensas decirme dónde anduviste?

—Pensé en todo lo que hemos ido hablando en la semana maestro, y las conversaciones me empujaron a hacer algo al respecto.

A Tiziano tanto entusiasmo lo hacía sentirse temeroso e inseguro, aunque esto no se reflejaba ni un ápice en su rostro. Mientras trataba de no cambiar el semblante, apartó el cubo y se dispuso a cambiarle el agua al barreño, pues el barro había ennegrecido el agua.

—No se alarme, maestro, a las plantaciones me fui candil en mano, cuando aún no había despuntado la mañana, y encontré en los cobertizos de madera a los recolectores. Quedé a la espera hasta que hallé el frágil rostro de aquel hombre que vimos días atrás a través de los ventanales cómo se le cayeron las manzanas. Se encontraba tratando de levantar el carro, el cual aún no había reparado. Me acerqué, luego volví a casa por herramientas y estuve con él hasta que amaneció. Es por ello que hoy llegase con retraso.

Tiziano articuló un tímido asentimiento en reacción a la acción de Saifel. Sentía una alegría esplendorosa, pues Saifel había entendido que las palabras no bastan por sí solas. Ellos podrían encerrarse y dedicar toda su vida a la meditación y discusión de los Pilares, y también podían pararse a analizar ejemplos azarosos de la vida cotidiana. Pero eso, fácticamente, de nada serviría si después no se abrían las puertas del pensamiento hacia el campo de la acción y se actuaba, no ya para inculcar los pensamientos en sí, que por reflexión se ven expandidos, sino por el mero hecho de actuar acorde a los mismos sin precisar caer en adoctrinamientos.

—¿Le dijiste que habías sido testigo de su desdicha?

—Así es maestro.

—¿Por qué?

—Bueno, pensé que podía extrañarse de que un desconocido se le acercase para ayudarle. De hecho, en el momento en que me acerqué, se mostró retraído, como si pensase que iba a hacerle daño.

—Has de actuar sin miramiento al acercarte a personas que necesiten ayuda.

—¿Cómo? —dijo con cierto dolor, pues a fondo se estaba empleando para poder sacar toda la suciedad de sus brazos.

—Mirar de frente a los ojos y trata de inspirar confianza y seguridad hacia la otra persona. Es una confianza corta, pues para la plena se precisa mucho más tiempo, situaciones y encuentros. Pero en el momento de encontrarte a alguien que precise de ayuda, mírale siempre directamente a los ojos.

—Pero no fue preciso, maestro. Él, al explicarle que había sido testigo de lo que le había sucedido, entendió mi ayuda y me la agradeció fraternalmente.

—Sí, pero no es ese tipo de agradecimiento que hemos de buscar. Piensa, Saifel, que el ser humano, desde tiempos remotos, ha tenido un defecto del que no todos se han percatado: cuando una persona ayuda a otra, la desconfianza se produce por varias

conjeturas, pero sobre todo por la incertidumbre de no saber la respuesta a una pregunta: ¿por qué me ayuda? ¿Querrá algo de mí a cambio? Y debemos tratar de eliminar esa concepción primitiva.

»La ayuda se puede dar por caridad o por solidaridad, que no son concepciones idénticas. Tú la diste por caridad y yo quiero que la des por solidaridad. No te confundas si te reprendo, pues orgulloso estoy de lo que has hecho. Pero entiende por qué actuaste caritativamente: tras ayudarlo, había tres formas de analizar tu proceder.

»Por un lado, está lo que hiciste, dirigirte a él, tratar de ayudarlo, explicarle el por qué y a posteriori actuar en consecuencia. En este caso actúas caritativamente, pues le haces saber que se ha sido justo con él, pero por una razón azarosa y es que tuvo la buena o desdichada suerte de que se le rompiese su carro de madera junto a mi ventanal. La cuestión es que tras este hecho, este hombre se siente en deuda contigo porque tú le has ayudado por una desgracia que le pasó y él habrá de actuar por su propia moral de modo recíproco sobre ti, si es que algún día es testigo de que algo te ocurra.

»En segundo lugar, podrías haber caído en la banalidad y el dogmatismo que irrumpe también en el corazón caritativo de muchas gentes. Tanto antes como después de ofrecer tu ayuda, podrías haberle dicho que actuabas en nombre de Dios y que por voluntad de Dios le echabas una mano, ya que fue quien hizo que tú estuvieses allí presente y demás justificaciones al destino... En este caso, de nuevo sería la caridad y no la solidaridad la que dirigiría tus acciones. Pero de nuevo este desgraciado se sentiría en deuda, ya no solo contigo sino también con Dios.

»Pero queda una tercera alternativa: haberle ayudado tras comprobar que su carro estaba defectuoso, sin más. Haberle mirado a los ojos y haber aprovechado ese momento tan corto e intenso que se produce cuando dos miradas se cruzan y que llega a tal punto que una de las dos personas siempre en pocos segundos la apartará. Tenías ese mágico momento para ofrecer tu mano y, sin mediar palabra, ir a por tus herramientas y repararlo. Entonces, y solo entonces, habrías actuado por solidaridad y no por caridad, pues la justicia debe ser solidaria, y nunca caritativa.

»Puede ser que encuentres parecido entre las tres, pero créeme que no lo hay en absoluto, y lo vas a entender por la consecuencia de esta tercera. Al ayudarlo y no explicarle que supiste antes de su desgracia, él no se sentirá en deuda contigo, y si no se lo atribuyes a un Dios, o a un Líder, o a un tótem, tampoco se sentirá con este en deuda. Pero lo más maravilloso es que no se sentirá en deuda con nadie. Se dará un momento en su mente que le hará ver que la bondad por bondad, solidaria, horizontal, sin precisar de razones, fundamentos y dogmas puede producirse, y ya no habrá de esperarse a que sea testigo de una desgracia tuya, sino que sabrá actuar para socorrer la de cualquier otro. Probablemente él sí caiga en la caridad, pero no podemos tratar de cambiar todo en poco tiempo. ¡Ojalá todos fuesen caritativos para que ese fuese el problema! ¡Bendito problema sería!

»Una vez más, creemos diferenciarnos de los animales, pero actuamos como ellos, como el lobezno destetado que pierde de vista a la madre en el valle y alguien lo cuida hasta que se convierte en lobo y huye salvaje. Si algún día se vuelven a ver y aquel está en peligro por un ataque de otro lobo, aquella bestia lo reconocerá y salvará, pero si se trata

de otro hombre, luchará por el botín de la carne y no por la vida del que se desgarrá entre zarpas.

Saifel hacía ya tiempo que había dejado de lavarse, pero seguía sosteniendo la esponja, la cual incluso se había secado en gran parte. Oía a su maestro sin saber qué decir, pues jamás se había planteado algo así. Tiziano metió ambas manos en el cubo y enjuagó su cara, y después, con cierto paternalismo, hizo lo mismo con Saifel. Posteriormente, se dirigieron a la casa. Aún era temprano, por lo que poco a poco los habitantes de la ciudadela iban despegándose de sus sábanas y se iban poniendo manos a la obra.

Sánom se encontraba correteando por entre las pequeñas vallas de madera que separaban a la casa vecina, espantando a las gallinas. Al sentir la presencia de su amo, dejó de corretear y aminoró su marcha hasta un suave trote para evitar cualquier correctivo. Sabía aquel perro más de lo que pudiese creerse. Entraron en casa y comprobó Tiziano que el rostro de Saifel, ahora pulcro, estaba exhausto. Así pues, le preparó un desayuno copioso para ambos: tortilla de patatas con cebolla y tocino, cereales de avena, leche de oveja, pan tostado, frascos de mermelada de arándanos... A Saifel se le hacía la boca agua de ver tanta comida encima de la mesa y no podía esperar a ver a su maestro sentado a la mesa para empezar a zampar, lo que, por fortuna, no se hizo esperar.

No hablaron durante el desayuno, pero Saifel continuaba dándole vueltas a lo que le había dicho Tiziano en el pozo. Entonces, le espetó a su maestro:

—¿Qué tiene de malo la caridad? Es decir, sé que no es mala, puede que tenga cosas que no te gusten, pero ¿por qué sí la solidaridad y no la caridad?

Tiziano, que aún andaba masticando el kashkaval<sup>5</sup> que tenía frente a sí, se limpió las comisuras y dio un sorbo a una botella de vino que estaba perenne en la mesa del salón.

—La solidaridad tiene un trasfondo que no tiene la caridad.

Saifel sintió una cadencia rota dentro de su alma. Esperaba que continuase Tiziano en una de sus exhibiciones de oratoria, pero este no añadió más. Sonrió y continuó con el desayuno. Desconcertado, asintió como si todo fuera ahora más claro que antes y prosiguió haciendo remolinos dentro del tazón.

—No soy creyente del destino —irrumpió Tiziano—, pero el segundo pilar que hoy iniciamos ha sido precisamente ese destino quien ha querido que tome fuerza por hechos que escapaban de nuestra experiencia. Te preguntarás: ¿a qué se refería con el trasfondo de la solidaridad? No era a otra bella palabra sino a la igualdad. La solidaridad crea igualdad, mientras que la caridad crea deuda, una deuda de las que tienen mayor ternura, pues aflora la usura, pero del alma y no la material. Aunque en ocasiones pueda ser más peligrosa esta que aquella.

—¿Entonces con mi acción no promoví igualdad alguna?

—Hubo bien, hubo bondad, pero no de igual a igual. Y partimos de que no todos somos iguales, con la riqueza que ello conlleva, pero me refiero a una «no-jerarquía» a la hora de servir la mano al desvalido.

—Sé bien que no todos somos iguales.

Este comentario de Saifel vino acompañado de un halo que produjo a Tiziano pavor en sus entrañas. Aun así, se contuvo y prosiguió.

—Explícate.

—Bueno, maestro, ya lo sabe, en la ciudadela no somos todos iguales y por lo que supe más allá de la ciudadela se acentúa aún más la diferencia entre ellos y nosotros.

No había errado su intuición y sabía a qué se estaba refiriendo.

—No quiero que uses medias tintas en nuestras conversaciones. ¿Quiénes ellos, quienes nosotros?

Entendía perfectamente a lo que hacía mención Saifel, pero como a otros tantos, le costaba hablar claramente al respecto.

—Sabe a lo que me refiero maestro. Zíngaros. No son semejantes a nosotros, por eso realizan trabajos forzosos y sus niños van descalzos. Además, duermen en establos o a la intemperie y raramente comen a diario. No son iguales a nosotros.

En la ciudadela, y en toda la región transilvana, existía un enorme repudio humano a los zíngaros. Los blancos les trataban como despojos y eran hacinados en pésimas condiciones de higiene, como bestias. No era esto lo más grave, sino el hecho de que se había logrado que los jóvenes como Saifel lo viesen lógico, es decir, que se hubiese normalizado este cisma y no dilucidaran que eran también seres humanos. Este tema dio muchos problemas durante su gobernanza a Tiziano, ya que hizo todo lo posible por aliviar las situaciones de estas gentes. Precisamente, su frustración personal durante su época de mando vecinal en Gendhu Kens era no haber logrado erradicar en sus murallas los tratos vejatorios a los que, de puertas para adentro y en ocasiones también al descubierto, eran sometidos los zíngaros.

—Viven en penuria, pero ¿en qué se diferencian?

—En que así se adaptaron a vivir y están más cerca de las bestias que de nosotros. Maestro, ¡solo hay que verles en su día a día!

—¿A cuántos viste?

—¡Por docenas!

—¿A cuántos hablaste? —A esta pregunta le acompañó una mirada intimidatoria que ensombreció el rostro de Tiziano quien, apoyando las manos sobre la mesa, acercaba su mirada a la de Saifel—. Y medita tu respuesta, porque dar órdenes, insultar o burlarse no son sinónimos de acercarse a hablarles.

Saifel se sentía ridiculizado y en este caso odiaba tener que dar la razón a su maestro, pues jamás había parado a escucharles ni por un segundo. ¿Cómo iba a pararse a hablar con bestias?

—Saifel, por todas las tierras de este mundo hay personas de muchas razas, y puede que en otras nosotros seamos sumisos de otra raza, y que los aquí sometidos sean libres en otras comarcas lejanas. Has de eliminar estos prejuicios por tu parte, los cuales fue un error mío no haber comprobado antes de iniciar este pilar..., aunque igual puede ser hasta mejor. Sea como sea, respóndeme a esto: ¿a qué hora se levanta tu padre por las mañanas?

—Dos horas antes de cantar el gallo.

—¿Hace algo más en el día que no sea trabajar y comer?

—No. —Saifel, al dar su respuesta, se sintió desangelado.

—¿Se ensucia trabajando con los metales y caballos?

—Sí, suele mancharse de barro y óxido.

—¿Lava a diario sus ropas para trabajar? ¿Se lava a sí mismo?

—No maestro, solo un día semanal y en ocasiones festivas.

Le hizo un ademán para que se levantase y salió afuera. Saifel, desconcertado, siguió sus pasos y a pocos metros de la muralla se detuvieron. Frente a ellos, un zíngaro de mediana edad vestido con ropajes ajados y con un largo cabello lleno de tirabuzones y sucio que le cubría el rostro. No obstante, Tiziano disimulaba mientras hablaba con Saifel para no protagonizar una situación violenta, como si lo anduviesen analizando igual que a un animal. Se puso de espaldas al zíngaro y retomó el interrogatorio.

—¿Ves sus ropajes y su rostro? ¿Son sucios?

Saifel asintió.

—¿Crees que eligió andar todo el día obedeciendo? Ya no como un esclavo, que al menos es racional, sino como una bestia a la que maltratan y con la que desfogan sus iras. ¿Crees que lo eligió?

Saifel negó y empezó a sentirse avergonzado por la situación. Tiziano quería irritarle y a la vez avergonzarle pues sabía que solo así podría suprimir prejuicios tan bien implantados.

—Ven, vamos a acercarnos a él.

Saifel se quedó pálido. Acercarse a un zíngaro era algo poco habitual entre las gentes y si lo hacían era para menospreciarlo, ofenderle y humillarle. Él no solía hacer ninguna de esas cosas, pero porque su padre le prohibía acercarse a ellos por temor a que les contagiaran alguna enfermedad. Tiziano quería acercarse y por su forma de actuar parecía que no iba a tratar precisamente de degradar al zíngaro. Estaban a pocos metros y el zíngaro parecía entumecido, se fijó en que andaban hacia ellos y se agarró a sí mismo, mostrando una mirada que recordaba a la de un perro vagabundo, mezclando temor y odio.

Se quedaron quietos a unos metros del zíngaro, y este cambió su mirada: había reconocido a Tiziano. Fue entonces cuando se le mostró un poco más receptivo, pero aún guardaba en sí el temor.

—¿Tu nombre? —espetó Tiziano con firmeza.

El hecho de que se dirigiese así hacia el zíngaro extrañó a Saifel, pues pensó que lo trataría de un modo más paternal.

—Sófolen.

—Te ruego que te levantes.

«¿Rogar a un zíngaro?», repitió Saifel en su mente. Nada tenía sentido para él.

El zíngaro clavó sus ojos en ambos y se levantó con indiferencia. Tras una primera impresión de debilidad y anémica anatomía, pudo comprobar Saifel que el hombre que tenía delante era un hombre fibroso, desnutrido a la vez, pero también esbelto. Estando frente a frente, Tiziano le pidió que le mostrara las palmas de sus manos y exhortó a Saifel a que las tocara. La situación tenía desconcertado al zíngaro, pero más aún a Saifel. Cuando Saifel, dubitativo, tocó ambas manos, Tiziano agarró las manos de ambos y las apretó. Las llagas, callos y heridas en las manos del zíngaro eran fácilmente identificables. Saifel, instintivamente, se zafó de Tiziano y se apartó de Sófolen, el cual se mostraba impasible. Tiziano se lo agradeció, le dio una moneda y retornó a casa, agarrando del

hombro a Saifel. Este sintió pavor, y era eso precisamente lo que andaba buscando Tiziano. Pavor por percibir con sus sentidos el dolor de esas manos, cuando antes jamás se paró a pensar sobre el dolor que pudiera o no llegar a sentir ninguno de ellos. Antes de llegar, Saifel le abordó con otra pregunta:

—¿Por qué le hablaste así al zíngaro? —le preguntó Saifel.

—Ese hombre acumula odio y somos nosotros los culpables de dicho odio. El hombre no es malvado por naturaleza, pero los propios hombres pueden invocar la maldad en otros hombres mediante la vejación, la humillación y el desprecio, actitudes como las que nosotros, los que se autoproclaman como blancos, les damos... Siento compasión por él y así actúo con ellos, pero sin dejar ver ni un ápice de ternura o debilidad, porque ellos la aprovecharan para su favor, para una pequeña venganza por las mil y una humillaciones que han sufrido.

Solo mediante el apaciguamiento y generalizando un trato más humano se podrá erradicar esa sed de venganza, pero eso es algo que habrá de ser paulatino y gradual. Imagina que me acerco a él más cariñosamente, no dudaría en robarme o atacarme y no lo acusaría. Sería la forma de actuar de cualquier pobre diablo que siente que el mundo ha sido injusto con él. No siempre le ha sido el mundo realmente injusto, solo que lo piensa y esa visión de que todo va contra uno también es culpa de nosotros mismos, la sociedad, no educar bien cuando niños son... Entremos de nuevo en casa y vayamos al salón. Hablemos de la igualdad, presiento que es un tema que dará bastante de sí.

—Entiendo...

Entraron en casa y se acomodaron sin interrumpir la conversación.

—¿Sabes que llegaron aquí antes que nosotros? De hecho, ellos fundaron Gendhu Kens. ¿sabes que hasta que no llegamos nosotros no había fortaleza? ¿Sabes que realizan un juramento con la naturaleza cuando cumplen once años y con este consiguen la mayoría de edad? ¿Y que tras su juramento el chamán les tatúa con hierro hirviendo?

—¿Qué juramento? ¿Qué se tatúan?

—Juran no dañar la tierra, impedir en la medida de lo posible evitar el sufrimiento de la fauna y flora del entorno en el que vivan, cuidarla, quererla y respetarla, eso juran... El qué se tatúan escapa a mi conocimiento, nunca se tatúan partes visibles, pero hasta donde sé, lo decide el padre de la criatura o el varón que por él respondiera hasta su mayoría de edad...

El viento golpeaba sin piedad las maderas que sostenían la casa. El día se tornaba sombrío y las espesas nubes grisáceas se postraban en las cimas de las montañas, las cuales estaban pintadas en sus cimas por pequeñas motas de nieve.

—Pensé que la justicia sería el pilar más difícil e importante. Aunque al hablar sobre la igualdad, quizás todos lo son.

—Todos tienen igual importancia Saifel, absolutamente todos, y por ello poseen una complejidad similar entre ellos..., aunque en los últimos pilares presiento que no la percibirás del mismo modo: querrá decir que te enriqueciste; el orden de los pilares tiene un sentido, no es azaroso, sino que van concatenados: la Justicia busca la Igualdad entre los hombres, solo tal les hará sentir realmente Libres, y para ello es fundamental la Educación que desde que el niño crece se le ha de aportar... ya que ella será quien le



permita poseer la Dignidad que ha de sentir como seres humanos. y la Fe, no la consideré en un principio, pero será de gran utilidad debatir sobre ella...

—¿Por igualdad solo se refería a la igualdad en la justicia?

—No, forma parte de la búsqueda de la igualdad, pero trasciende la justicia y abarca todo aquello en lo que veamos desigualdades, y que puede que para otras personas no radiquen en cierto modo dentro de la justicia. Te pongo un ejemplo, la desigualdad económica. ¿Es justa?

A Saifel le retraía en cierto modo hablar de ello, pues era evidente en su ciudadela las diferencias económicas entre vecinos, pero mayor aún si se comparaba con los nobles que vivían en las afueras o a los que gobernaban castillos en la región...

—Saifel, no temas en mostrarme tu opinión.

Saifel confiaba en Tiziano, pero cualquier comentario podía acabar en malentendido y ser malinterpretado por gentes que pudiesen pasar cerca de la casa y, curiosos, se detuviesen a escuchar. Tiziano, que lo entendía, cerró las ventanas.

—Claro que no la considero justa, pues ellos viven entre lujos y manjares por haber nacido en una estirpe rica y yo siquiera pude disfrutar de los brazos de una madre. No es justo, no es justa la desigualdad...

—Frente al destino no es nuestra lucha por la igualdad... Probablemente cualquiera de los de la ciudadela te darán la razón, así como los señores de los castillos te la negarán. No obstante, algunos subordinados, con fueros, conscientes de la situación y en privado así me lo han reconocido..., pero vayamos más allá: es imprescindible ser visionarios. Todos vivimos en la ciudadela, pero no todos vivimos igual y es cierto que es una diferencia menos abismal respecto a los señores, pero existe. Pero no has de llevártelo a lo de tu madre, la parca no entiende de cunas ni estirpes y también hay ricos sin madre desde pequeños.

Saifel asentía, pero su cara mostraba cierto enfado. Le iba a ser difícil a Tiziano arrancar de la mente de Saifel la rabia fundada que le producía que su familia durmiese entre pajas y los señores en grandes y frondosas camas...

—¡Y la gente los aclama! ¡Y les piden larga vida! —continuó Saifel como si no hubiese querido prestar del todo atención a Tiziano.

—Veo que en ti se ha despertado la conciencia que yo quería desenterrar del conformismo al que se aboca a las gentes de las ciudadelas, pero no quiero que te dejes llevar por la cólera, no te sería buena ni leal consejera...

—Lo sé, pero la cólera la infunden ellos, con sus despotismos, sus creencias en que somos escoria a la que cobrar diezmos, sus maneras de tratarnos discriminatoriamente...

—¿Hablas de los señores y las ciudadelas? ¿O de las gentes de las ciudadelas y los zingaros?

Saifel tenía preparados más argumentos, pero no esperaba esa respuesta de Tiziano, por lo que guardó silencio. Por unos segundos, se sintió un zingaro más embarrado en fango y con ropajes hechos jirones.

—Existen evidencias de que hay paralelismo en ambos casos. Ellos viven en unas condiciones que cualquier granjero, herrero o leñador de la ciudadela anhelaría, y a su vez los zingaros desean la de estos trabajadores... ¿Y entre ellos?

—No entiendo su pregunta maestro...

—Sientes, Saifel, que posees cientos de razones por las que odias a aquellos que están por encima de ti, superioridad que dan por hecha los nobles y señores, y a tal la consideras una desigualdad injusta. En cambio, no percibiste la misma desigualdad frente a los zingaros, ¿cierto?

—¿Y a dónde quiere llevarme? Quiero decir, tiene razón, sí, reconozco que pueden parecerse, pero ¿qué le hacemos? ¿Cree que podemos cambiarlo? ¡Resulta una locura!

—Saifel, los verdaderos cambios sociales son lentos, generacionales, no busco soluciones inmediatas a tales problemas. Ahora bien, si eres consciente de lo que cuento y germinan en ti esos pensamientos, tus hijos, tus hermanos, vecinos al comprobar tu ejemplo tendrán concepciones que no tuviste tú cuando eras pequeño. Los hombres han de tratar de cambiar el mundo, es una obligación inherente a cada ser humano, pero salvo genios tomados por locos, pocos ven los frutos del cambio. No desesperes pues, que largo camino te queda por recorrer...

Tiziano sacó un frasco con raíces de arnica<sup>6</sup>, las mezcló con agua y abundante azúcar y las puso a hervir. Tomaron una taza cada uno. La humedad crecía en el ambiente, así que Tiziano encendió el fuego sobre las maderas carbonizadas que yacían junto a la chimenea y continuaron con su diálogo.

—Igualdad, Saifel, es lo que hace a una sociedad justa y digna, pues la igualdad de oportunidades, la igualdad de enjuiciamiento y la igualdad ética son cimientos imprescindibles e inviolables.

—¿Y la económica?

Tiziano hizo una mueca, pues era un tema que durante numerosas noches había discutido y debatido largo y tendido con los consejeros de la ciudadela en su época de gobierno.

—Ahí radica, Saifel, uno de los dilemas...

—Pero es vital, es cierto que mi desigualdad respecto de los señores no la veo justificada, pero sí que entiendo que el médico curandero de la corte sí gane más dinero que mi padre, pues merece mayor recompensa que la de quien limpia caballos.

—¿Y así se soluciona?

—No le entiendo maestro.

—¿El médico ve así retribuida en todos los aspectos su labor? ¿Por ganar un puñado más de monedas que el que limpia los caballos o remueve las pajas de los establos para evitar que se pudran?

—Me desconcierta lo que dices, Tiziano, es con dinero con lo que se valora el esfuerzo. El maestro no pudo evitar soltar una carcajada.

—Por desgracia, Saifel, el dinero no va a parar en la mayoría de los casos a los que más se esfuerzan, sino a los que, como abejas a la miel, se arremolinan junto a él..., pero dejando la usura, ¿ves natural tu apreciación? ¿Inevitable?

—Si no tenemos en cuenta las monedas de bronce, plata y oro, que son las que se manejan en los mercadillos y con las que se adquieren casas de la ciudadela, ¿qué tenemos en cuenta?

—No me entiendas mal, no digo que no haya que tenerlo en cuenta, por supuesto que

sí, puesto que es un avance de nuestra sociedad respecto a la antigua, donde un trueque valía hasta que se complicaban los negocios. Pero tenerlo en cuenta no quiere decir que no se le deba tener desprecio. El dinero, por más que te desconcierte, causa más males que bienes, porque por él se traiciona e incluso se mata a inocentes. Es un enemigo del ser humano, con el que hay que saber convivir, pero siempre dejándolo en un segundo plano, en todas las situaciones. Sé que la avaricia, la codicia y la vanidad son sentimientos que se apoderan del alma más cándida de los hombres en menos de lo que te piensas, algo que ojalá ocurriese del mismo modo con la templanza, la generosidad y la modestia. Pero la caja de Pandora solo encerraba los males de la tierra para que crezcan solos y salvajes, y no los bellos árboles, aquello que nosotros mismos hemos de plantar y cuidar para que crezca su fruto.

—¿Hablabas de un segundo plano? —preguntó Saifel.

—Así es, pienso que habrás de saber el primero. —Tiziano abrió los ojos como si tratase que entre sus pupilas se reflejara la respuesta—. ¿Por qué estamos aquí, Saifel? Y no me refiero en este mundo, que también, sino en mi casa, en esta ciudadela ruin de avaros que he reconvertido como mejor supe, compartiendo atardeceres y anocheceres, ¿por qué?

Saifel se sentía intimidado por el entusiasmo que profesaba Tiziano y tenía la sensación de que algún día lograría aprehenderlo, hacerlo suyo, y así, poder hablar con el mismo fervor y pasión que su maestro, pero no se le ocurría respuesta alguna.

—Por los hombres, Saifel. Por la humanidad, por la búsqueda de la virtud de la sociedad, tan compleja como pura, por eso estamos aquí. Por los hombres. Y ese es nuestro primer plano, los niños, las mujeres, los ancianos, los hombres, desde el zingaro al señor.

—¿También el señor? Pero si precisamente de su poder nacen todas las desigualdades, ¿cómo es que también el señor? Yo no estoy aquí por él.

—No hables por instinto, Saifel, te hablo sobre lo que ha de concluir, un todo más allá de estos días y de los días en los que ni tú ni yo estemos para vislumbrar los equinoccios. Pero en la construcción de sociedad que a ti quiero mostrar, todos han de tener sitio, o qué prefieres, ¿la horca? ¿El empalamiento quizás?

Saifel prefirió no dar respuesta, pero en sus ojos podía entreverse de forma nítida que no sería él quien cortase la soga para evitarlo.

—Tuvo culpa el rey, si sus acciones fueron ingratas, si la injusticia iba bordada a sus banderas y si no cuidó de su pueblo. Y puede que en una batalla se diese su muerte, y probablemente, aunque se le concediese conservar la vida, sería difícil, imposible tal vez, eliminar ese ánimo de soberbia y desdén que la avaricia del poder crea en los hombres. Por otro lado, sus hijos pequeños que aún no fueron educados ni adoctrinados para estar convencidos de su superioridad frente al resto de los mortales no tienen culpa de que el azar les hiciese venir al mundo en esas cunas y no en otras. Pero es mejor que nos detengamos sobre ello, ya que adentrarnos en estas lindes es algo que ya haremos cuando hablemos de la dignidad...

—Disculpe, maestro, si no encuentro relación entre el primer plano y que el médico gane más o menos monedas...

—No son las monedas las que han de mover, no ha de ser lo primordial para quien cura a enfermos. Sí ha de ser su deber de cumplir su juramento de socorrer al enfermo lo que prevalezca sobre el bronce, el oro o la plata. Ha de ser la igualdad moral la que se imponga y haga sentir al médico satisfecho por su brillante labor dentro de la convivencia ciudadana y que no le sea el dinero su única motivación. Sé que es difícil si nos imponen diezmos, impuestos, ofrendas y además nos infunden el temor por no tener la seguridad y protección que un rey, señor, o como queramos llamarlo, habría de dar a sus ciudadanos, pues tanto el médico como tu padre, de caer enfermos, nadie acudiría a su socorro. No obstante, es algo que puede cambiarse y probablemente se logre en algunas partes, si bien este cambio no alcanzará a la mayoría si se continua alimentando el círculo vicioso del egoísmo. Y en ese círculo solo ganan los poderosos. Por eso, Saifel, de una manera u otra, los de abajo son los que más han de dar ejemplo al anteponer la igualdad entre los suyos y los que no lo son.

—¿Cree que sería posible, maestro?

—No sé si es posible, pero sí sé que es imposible no luchar por tratar de conseguirlo... Y de no lograrlo no será una derrota. La victoria radica en el intento.

Le despeinó Tiziano con cierta rudeza el cabello del cogote y Saifel bebió de un sorbo lo que quedaba en la taza. Se puso el abrigo, y Tiziano le dejó su capa, pues el frío otoñal arreciaba asomando a pinceladas la llegada de un invierno inminente. Ya no solo anochecía antes, sino que las temperaturas ponían a prueba la resistencia de cada uno. Tiziano cerró las puertas de la casa sin pensárselo dos veces. Fatigado, había olvidado que debía dar de comer a las gallinas y ordenar el granero en el que Sánom correteando había dejado todo patas arriba. Se puso manos a la obra sin pensar en el cansancio y pronto cayó rendido en el lecho, sin recordar siquiera lo que le gustaba fumar de su pipa minutos antes de caer en un profundo letargo.

De repente, en la noche, despertó sobresaltado y entre sus libros recogió un papiro, donde a la luz de tres velas, se dispuso a escribir.

## Capítulo Cinco: Libertad

Niebla, una espesa niebla ensombrecía el firmamento que podía observarse desde el tragaluz. Con el cuerpo todavía agarrotado, comenzó a despertar Saifel mientras arqueaba lentamente sus delgadas piernas. La semana había sido agotadora y a la vez fascinante. Continuó tras el batallar dialéctico entre la justicia y la igualdad, pero a su vez, a pesar de lo pactado entre Tiziano y el padre de Saifel, cumplía con sus labores al llegar a casa ayudando a Cabana con los caballos.

Había leche recién ordeñada sobre la mesa y un tazón repleto de copos de avena. Hizo como pudo para apartar la nata, que guardó en otro recipiente, y se despidió del ayuno. El día era extraño, la oscuridad inundaba en los ventanales, pero el ruido ensordecedor de afuera apuntaba a que ya debería haberse impuesto el sol. En los años anteriores, el sol había tardado más en despedirse hasta la primavera. Sin embargo, en esta ocasión, parecía haber decidido huir antes y sus frágiles rayos apenas se dejaban entrever tímidamente. Pareciera que sus destellos jugaban caprichosamente con el cielo para así darle diferentes tonalidades grisáceas.

Su padre había partido a los límites de la muralla antes de que se despertasen sus hijos, pues usaba un pequeño trastero de la casa de Cabana como almacén para aquellas herramientas de menos uso. Cuando Saifel se levantó de la cama, lo primero que hizo fue fijar la mirada en el rostro de su madre. Su padre se lo encargó como un regalo a un viejo amigo artesano poco después de casarse con ella. A veces conversaba con ella durante largos ratos de silente contemplación. Era algo que hacía desde pequeño. Saifel había crecido con la ausencia de su madre. Durante todo ese tiempo, su padre continuó como era de cara a la ciudadela. Sin embargo, de puertas para adentro, su carácter era totalmente desconocido para los vecinos. Era cariñoso, tierno, comprensivo y con un carácter que siempre desconcertó a Saifel. Aunque no podía saber cómo eran otros padres en la intimidad, sabía que no era algo común. Su padre se había esforzado en representar las dos figuras en casa. No obstante, como es evidente, por más que meritorio fuese el empeño, un padre no puede sustituir jamás el calor de los abrazos y el afecto de una madre.

Saifel llevaba ya más tiempo que de costumbre mirando embobado el retrato, relatando con su mirada lo que había hecho estos días. Aquel cuadro era el único testigo de su desasosiego de altas horas de la madrugada. Cada noche, cuando somnoliento y fatigado volvía a casa tras estar con Tiziano, los pensamientos comenzaban a aflorarle cuando se dejaba caer sobre su lecho. Allí, un torbellino de pensamientos empezaba a recorrer su mente y le surgían preguntas e ideas que precisaba anotar en algún papiro. Sin embargo, no era posible. Su casa no era la de Tiziano y allí algo tanpreciado no estaba al alcance. Todo ello lo meditaba como si tratase de transmitírselo al lienzo de su madre.

—Yo no sé, mamá. Justicia. Igualdad. Podríamos haber hablado del hambre, que a ese sí que le conocemos todos. Bueno, todos no. Los ricos no. Me encantan estas veladas. ¿Sabes? Al principio me cuesta concentrarme, pero cuando comenzamos a charlar por momentos deseo que la tarde no acabe nunca. Querría saber para qué tanta charla. Aprendo, pero eso en nada cambia mi vida. O quizás es a mí en realidad a quien cambia y

no me doy cuenta. No sé, mamá. Sé que me escuchas, ojalá yo también...

Mientras hablaba con la mente, sus pequeñas hermanas, Oriosar y Erein, permanecían profundamente dormidas junto a él. Saifel despertó del trance y se dirigió al barreño. Se enjuagó la cara, el cabello y salió a la calle para comprobar cómo de fría había despertado la mañana en Gendhu Kens. Era cierto que el ambiente era fresco y que no era aconsejable mojarse la cabellera con las temperaturas de aquella mañana, pero Saifel disfrutaba de esa momentánea y gélida sensación mientras se encaminaba a casa de Tiziano.

Aquella semana debatiría sobre uno de los pilares que más le atraía: la libertad, si bien la justicia y la igualdad seguirían presentes en un segundo plano como ya le anticipó su maestro. Si de él hubiese dependido el orden de los Pilares, sus lecciones habrían empezado a tratar la libertad desde el primer momento. Le desconcertaba en cierto modo el orden que habían tomado los Pilares, aunque ya se lo había explicado Tiziano. De todos modos, para sí, pensaba que de haber hecho un esquema, habría enfocado la libertad como el primero de todos, pues la consideraba la virtud más importante de todas.

Intrigado, no tardó mucho en salir de casa. Su cabello, aún húmedo, le hacía ralentizar el paso cuando las calles perpendiculares le agasajaban con algo de luz solar. Resultaba placentera la diminuta sensación de calor que le producía el Sol al colarse por entre las casas, dibujando a su vez el contorno de las cornisas de las casas colindantes.

En ocasiones divagaba acerca de cuál sería esa «misión» que le tenía atribuida su maestro. A veces, incluso, Tiziano la mencionaba involuntariamente y rápidamente cambiaba los senderos de la conversación. Llevaban tan solo dos pilares y le sorprendía percibir cómo asimilaba todo cuanto le aportaba Tiziano. Además, sentía que le resultaba de mayor facilidad a cada día que pasaba. No obstante, le atosigaba la idea de que, llegado el día, no se encontrase a la altura de las expectativas de Tiziano. En aquella ocasión, prefirió no continuar dándole vueltas y siguió caminando dejando la mente descansar, ya que aquel día era el inicio de un nuevo Pilar, sesión que siempre resultaba más compleja y larga que las restantes, las cuales buscaban más afianzar los conceptos. Esto no laceraba su ánimo, al contrario. Para Saifel, era por ello precisamente el día más motivador, como sucede casi siempre con las novedades que regala la vida. Un día de iniciación y seis días de afianzamiento. Tiziano sabría por qué organizarlo así.

Saifel se encontraba a pocos pasos de la valla exterior de la casa de Tiziano. La apartó y caminó hasta la puerta de la casa mientras se entretenía dando patadas a las pequeñas piedras que salían a su paso. La puerta se encontraba entornada, e hizo ademán de abrirla cuando de repente alguien gritó desde el interior:

—¡No entres!

Saifel quedó paralizado. Era sin duda la voz de Tiziano, quien, desde dentro, le había exhortado a no entrar en casa, a lo que Saifel obedeció inmóvil. Permaneció en el rellano de la entrada, quieto, mientras Tiziano se acercaba a divisarle desde el interior a través de la ventana.

—¿Qué ocurre, maestro?

—Te lo pregunto yo a ti, Saifel, ¿qué presientes que ocurre?

Saifel no sabía si se debía a las horas tan tempranas del día o a que simplemente, fuese la hora que fuese, no entendía a su maestro, al que a veces de genio, lo sentía como un

loco, pero de los que sin duda eran necesarios en este mundo y en cualquier otro.

—¿Por qué no te dejo entrar? No soy un dios, es cierto que es mi casa, y de ella podría decirse metafóricamente que lo soy, pero incluso un dios debería justificar lo que hace o eso pienso yo... —comentaba divertido Tiziano mientras se mordía la lengua para no reír.

—Estoy convencido de que existen razones, pero no quiere decir que yo las conozca... como ocurre con Dios, que a veces a nosotros escapa las intenciones de su propia voluntad...

Tiziano hizo una mueca agriando el rostro; muchas veces había oído dar esa misma explicación a los monjes nómadas que cada cierto tiempo pasaban por la ciudadela, que agrupaban todo aquello que no sabían explicar en torno a «la voluntad y los caminos inescrutables».

—Vuelve a casa, Saifel... Continuaremos mañana —dijo a la vez que se giraba y alejaba de la ventana.

Saifel se quedó perplejo. No era normal la reacción de Tiziano. Pensó que podía ser que le ocurriese algo, pero no veía oportuno preguntarle el qué. Es cierto que la relación entre ambos era cercana, pero aún sentía ese respeto que le impedía tratarlo como un igual.

—¿Y la libertad?

—¿Te imaginas cuántas veces se ha hecho esa pregunta el ser humano? —le respondió volviéndose a él. Saifel quedó confuso hasta que notó que era una de esas preguntas retóricas que tanto gustaban a Tiziano—. Vuelve a casa, mañana retomaremos...

Saifel no reincidió en preguntar y volvió sobre sus pasos. Apesadumbrado, se dio la vuelta dando patadas a las pequeñas piedras que, mojadas por el rocío de la mañana, se encontraban a su paso por el sendero que bordeaba el interior de la fortaleza. La excéntrica reacción de Tiziano le hizo optar por un camino más largo que el de costumbre. No sabía si quizás era culpa suya y no se había percatado de ello. Desconcertado, miraba ensimismado a su alrededor. Los campesinos entraban y salían de los muros de la ciudadela mientras que Saifel evitaba cruzar su mirada con la de ellos. Incluso con los que sin querer chocaba, ni siquiera se paraba a disculparse. Se mantenía inmerso en la incertidumbre de qué podría haberle ocurrido a Tiziano. ¿Se habría molestado el maestro porque hizo una alusión a Dios? Bien sabía que su maestro era respetuoso con la religión, pero que tampoco era un firme devoto. Aunque no tendría mucho sentido, pues incluso a la fe le tenía asignada otra semana de dedicación. Todo le era demasiado confuso y no solo eso, sino que al llegar a casa, ¿qué habría de hacer? Su padre se extrañaría por verlo allí de nuevo. Probablemente iría a hablar con Tiziano para saber si esto había sucedido a causa de su comportamiento. Decidió dejar de errar sin una dirección fija y aceleró el paso entre atajos sinuosos para llegar a casa.

Fruto de su frustración, al alargar la senda, se encontró con gentes con las que rara vez coincidía, y se preguntó si estas personas alguna vez se habrían planteado ni la décima parte de lo que Tiziano y él trataban a diario. Era consciente de que algunos de ellos no se lo habían planteado jamás simplemente por el hecho de que aquellas criaturas no vivían, sino que sobrevivían, y quienes no saben si la próxima semana seguirán teniendo de comer o para pagar sus impuestos no tienen tiempo para imbuirse en dilemas morales o

filosóficos... Pero había otros que vivían cómodamente que contaban con propiedades y con una cantidad de riquezas que, si bien no era desorbitado, al menos sí lo suficiente para no tener que preocuparse por la supervivencia. Aun así, no se paraban a pensar en nada de aquello. Pero lo cierto era que no podía reprocharles nada. Haciendo introspección, él jamás se habría planteado profundizar en qué es o no igualdad, justicia y dignidad de no haber sido por Tiziano. Sin embargo, esa vieja desidia le parecía hoy algo vergonzoso e inmoral para cualquier ser humano. Y se incluía entre ellos, pues no pensaba poseer ya férreas convicciones sobre la vida y sus pilares.

Ya había atravesado las pequeñas callejuelas y llegaba a la avenida principal. Su casa podía divisarse al final de la misma. Destacaba del resto por los frondosos arbustos de arándanos que la rodeaban. Se sentía raro, y en todo este tiempo no había pensado qué le diría a su padre, porque lo primero que este pensaría es que su temprano regreso esa mañana no se debería a nada honroso.

Ya se encontraba junto a casa con la verja al alcance de la mano, y observó que no había nadie, al menos a primera vista.

—¡No entres!

Saifel se quedó paralizado de nuevo. Se trataba de una voz familiar: ¡de nuevo era la voz de Tiziano!, pero no lo veía por ningún sitio. «¿Estaré alucinando?». Miró hacia un lado y el otro hasta que se percató en la esquina de la valla de un hombre con capa y sombrero. El hombre irguió la cabeza poco a poco con una amplia sonrisa y comprobó Saifel que efectivamente era Tiziano. Todo aquello no tenía sentido alguno.

Saifel permaneció sin mover ni un solo músculo. No concebía lo que pretendía Tiziano cuando le ordenaba no entrar a su propia casa. Esperaba cada eterno segundo que iba pasando a que Tiziano cogiese aire y le explicase aquella extraña mañana, pero los segundos pasaban y daba la impresión de que se había detenido el tiempo, pues ni él hacía gesto de desobediencia alguna, ni Tiziano de explicarse.

—Maestro, ¿qué ocurre? —irrumpió Saifel.

—Dime Saifel, ¿consideras que, cuando viniste a mi morada, como cada mañana, y te dije que no entrases en casa, sino que volvieres sobre tus pasos, yo estaba coartando tu libertad?

—No, maestro, ¿por qué había de pensarlo?

—Respóndeme a esto otro: ¿y en este instante? Estás en la puerta de tu propia casa y yo te he dado la orden de no entrar, ¿crees que coarto tu libertad?

—Tampoco, maestro.

—¿Por qué no en este caso? Es tu casa.

—Porque, maestro, podría mover mis piernas y entrar en ella.

—Entonces, consideras que al tener tu libertad de movimiento, dispondrías también de libertad para no obedecer a tu maestro. Luego te es suficiente con saber que posees libertad de decisión.

Saifel se mostraba reflexivo, tratando de descifrar en la cabeza lo que Tiziano había dicho, pero no lograba darle un sentido lógico.

—¿Qué tiene que ver poder moverme a la desobediencia?

—Más allá de responderte ahora, Saifel, ¿crees que alguien podría considerar que sí he



actuado en coacción de tu libertad en algunos de los dos casos?

—Claro que sí, puede que alguien lo viese de esa forma.

—Bien, mi discípulo, volvamos a mi casa, queda mucho por hacer, pues es éste, probablemente, de los más complejos de entre todos los pilares...

Saifel echó a andar junto a su maestro, pero aún no entendía la serie de acontecimientos que se habían ido sucediendo desde que irrumpiese la luz en el cielo. Pero no fue necesario realizar pregunta alguna, pues Tiziano se adelantó a ello.

—Hablar de libertad es peligroso Saifel, fíjate en el ejemplo tan absurdo de esta mañana. Puede que donde solo vemos una situación cotidiana, otros vean una opresión a la libertad, una coacción a que esta fluya. Lo peligroso en sí no es la libertad, sino cuando se habla de ella, pues al ser algo tan apreciado por los humanos, existe una gran confusión sobre la misma. Hasta el punto que hay quienes en distorsionar su sentido basan sus ideas. Es imposible de concebir la libertad si no le asociamos un apellido. Y te digo algo más, tanto opresores como libertarios la usarán en sus discursos, de tal modo que hasta ellos se crearán sus propias palabras y quienes les oigan probablemente también. Es un tema que nos va a precisar mucho más tiempo del que hemos utilizado hasta ahora. Nos espera una fecunda semana.

Continuaron la travesía hacia casa de Tiziano mientras este le rodeaba con el brazo y le apretaba el lóbulo de forma paternal. Los rayos de sol continuaban filtrándose entre las callejuelas y la brisa cada vez más fría les hacía daño en sus rostros, lo que hizo que aceleraran el paso a la morada del maestro.

—¿Por qué dice que es peligroso? —preguntó curioso Saifel al rato.

—Es la reina madre de la demagogia. Es imposible poner de acuerdo a ni siquiera una ciudadela tan pequeña como la nuestra para poder decir qué es libertad. Y ocurre con todos los pilares, pero este es el que más confrontaciones suscita. Libertad de expresión, de actuación, de reunión... Todas ellas suelen venir unido a un «según para qué». Y es esta coletilla la que hace germinar conflictos sociales.

—¿Puedo considerarme libre? —preguntó tajante Saifel ante tanto desconcierto matutino.

—Puedes considerar que tienes un margen de libertad, pero no eres libre. Por ejemplo, no eres libre de decir lo que quieras. Yo tampoco. No podría ir al señor de nuestra región y decirle todo lo que pienso sobre lo que hace y deshace, aunque lo hiciese con respeto.

—Tengo claro que no tenemos libertad total de decir lo que pensamos... pero ¿y de hacer?

—Si partimos de que existe un cisma entre lo que se considera libertad y libertinaje, es decir, entre las acciones que expresan libertad sin perjudicar libertades del resto o causando perjuicio, podría decirse que sí la tenemos, aunque es diminuta, pero no por ello ha de ser infravalorada. Podemos actuar para conseguir nuestros objetivos, y tenemos una libertad intrínseca para ello si es a lo que te refieres.

—Pero serán objetivos personales, si se tratase de objetivos grandilocuentes, si no se cuenta desde un inicio con apoyo de más personas es inviable, sería imposible.

—Cuidado Saifel, piensa mucho tus palabras si dices «imposible» o «siempre». Tener la

creencia de que una persona, por sí sola, es incapaz de conseguir un objetivo, por grande que fuese, sería peligroso, pues infravalorarías lo que es capaz de hacer el hombre. Sería como decir que una chispa de fuego no puede abrasar un bosque entero, cuando sabemos que puede ocurrir.

—Sabes, Tiziano, me es difícil que hablemos de libertad. He podido usar la palabra «libre» en infinidad de situaciones, e igualmente he oído a mis vecinos que los jóvenes confundimos en ocasiones libertad con libertinaje. Como ya dijiste, sería imposible conciliar una definición de libertad ni siquiera entre toda la ciudadela, pero es cierto también que nunca me paré en lograr una definición, en concretar qué es realmente, y en cierto modo me frustra...

—No ha de frustrarte, considera desalentador que ni siquiera alguna vez en tu existencia te lo hubieses preguntado. Es dichoso en ti que hoy surjan estas preguntas. Esto, y no tanto encontrar las respuestas, es lo verdaderamente importante, y lo que hace que los seres humanos sean eso, humanos.

—Tal vez, maestro —respondió Saifel sin entender del todo lo que había dicho Tiziano—. Sabe qué, pienso que este pilar será el que más difícil me resultará abordar.

—¡Es lógico que lo pienses! Cuando hablamos de libertad resulta demasiado abstracto adentrarse en ello. Incluso para situaciones tan insulsas, como imponerme para que vuelvas sobre tus pasos o que no entres en tu propio hogar, podrían también considerarse coacciones de la libertad. Pero si entramos en estas disquisiciones, verdaderamente daremos pie al absurdo. Veríamos represiones en mil y una situaciones cotidianas del día a día, y más grave que perder el tiempo en ello es el hecho de que no veríamos la verdadera represión que pudiera existir sobre nosotros. Ahora soy yo quien te devuelve la misma pregunta ¿somos libres, Saifel?

Le preguntaba mientras se sentaba e invitaba a Saifel a hacer lo mismo. Llevaban un rato tan centrados en la cuestión que habían permanecido de pie y con la puerta de casa abierta. Sánom, en cambio, sí que lo había notado y en silencio había entrado en la cámara contigua donde Tiziano tenía su escritorio para protegerse de la corriente de aire que emanaba desde el exterior..

—Desde luego que lo soy, yo camino a mis anchas por la ciudadela.

Con esa respuesta entendió Tiziano que iba a ser difícil asentar estos conceptos a su discípulo.

—Está bien Saifel, ¿y el rey?

—El rey también puede, lógicamente.

—No me refiero a eso, imagina que... un escriba, sí, un escriba del rey, uno de esos siervos de la fortaleza que escribe sus edictos, escribiera ofensas contra el rey.

Saifel reflexionaba su respuesta mientras Tiziano aprovechaba para ir calentando agua para preparar una infusión.

—Es lógico que se vería envuelto en represalias —respondió finalmente.

—Luego, ¿se le coartaría la libertad si acaso lo censuraran?

—Bueno, sería libre de pensar lo que quisiese, pero al escribirlo para todos, no sería libre de ello... —El tono de voz de Saifel denotaba que ni siquiera él estaba convencido de sus palabras.

—Aun así, estarás conmigo de acuerdo en que ese escriba será un privilegiado, un privilegiado por encima de la inmensa mayoría de esta ciudadela y de todas las que conforman la provincia.

Saifel le miraba absorto.

—He de haberme perdido algo, maestro. No creo que posea privilegios, pues tendría castigo que así obrase.

—¿Y aun así no es un privilegiado? —insistió Tiziano arqueando la ceja.

Tiziano quitó el agua de hervir y le hizo ademán de que le siguiese. Subió las escaleras de madera que llevaban a la planta superior, a la que Saifel no había accedido antes, en realidad tampoco se había preguntado qué habría, ya que siempre vio a Tiziano hacer todas las tareas en la planta baja. Se accedía a la planta superior a través de una extensa e inestable escalera de caracol. No había paredes visibles en ella, no al menos de empedrado, ya que en su lugar se hallaban cientos y cientos de libros. Las estanterías parecían atrapar al visitante y los libros descolocados dibujaban un sendero que Saifel seguía con cautela para evitar darle una patada a los volúmenes. A pesar de que parecían estar colocados azarosamente, Tiziano con una agilidad pasmosa no rozaba ni una de sus cubiertas hasta que llegó a un ventanal por el que entraba una luz tenue, como en los rosetones de las iglesias en el umbral del amanecer. Abrió las ventanas y el aire, ahora más húmedo, se coló de improviso en las entrañas de ambos al respirar. Tiziano miró a Saifel y señaló hacia el exterior extendiendo sus brazos. Desde allí podía observarse parte del mercado, a las gentes con carros arrastrados por bueyes más a los lejos y a través de otro ventanal, en una casa próxima, a un grupo de mujeres ordenando enormes sacos de frutas en lo que parecía ser un pequeño almacén.

—¿Qué ves Saifel?

—A mis vecinos.

—Pero no te quedes en lo mundano. ¿Ves hombres libres?

Saifel los observaba con detenimiento. Las mujeres discutían pausadamente sobre cómo ordenar aquella despensa con excedentes de los cultivos. También había otra mujer, más joven, la cual haciendo un esfuerzo inhumano trataba de abatanar frondosos paños. Pequeños zíngaros correteaban cerca de allí dando patadas a una botella de vidrio ajenos al peligro de poder hacerse daño, y a lo lejos, los carruajes con telas, alimentos y barriles, empujados por bestias, entraban y salían de la ciudadela. El movimiento y el ajetreo eran más visibles desde esta altura, lo cual Saifel observaba con sorpresa, ya que nunca había visto la ciudad desde esa perspectiva.

Tiziano se había distraído por completo curioseando lo que hacían los demás y había perdido en su mente el hilo de la conversación. Saifel continuaba pensando una respuesta a la pregunta de Tiziano, pero no sabía cómo extraer una respuesta con la mera observación de todo aquello. Entre tanto, Tiziano permanecía ajeno a los quebraderos de Saifel y se dispuso a migar un poco de tabaco para su pipa. Parecía que no quería estorbar a su discípulo, y este se sentía apesadumbrado consigo mismo por no encontrar respuesta alguna, ya no la certera, sino alguna con coherencia. Decidió dejar de tratar de concentrarse y responder con la misma sinceridad que despertó la curiosidad a Tiziano el día que se encontraron por primera vez.

—No sé qué respuesta darle, maestro... Los miro, veo que no paran de trabajar, pero...  
—De repente, le pareció dilucidar el mensaje de su maestro—. ¿son esclavos del trabajo? ¿A eso se refiere?

Tiziano guardó silencio esperando que prosiguiese.

—Todos andan trabajando sin cesar —continuó Saifel—. Y mire la mujer de los paños, sus movimientos son siempre los mismos, constantes, repetitivos. O aquellos otros dos hombres —dijo señalándoles— que los apilan en el carro.

—Antes te preguntaba por el escriba de la Corte —añadió Tiziano—. Si tuviéramos una escalera de diez peldaños, donde el diez es el hombre más libre, ¿en cuál lo situarías?

—El ocho —respondió casi instantáneamente.

—¿Por qué el ocho? —dijo Tiziano divertido por la rápida respuesta de Saifel.

—Bueno..., el diez sería el máximo y creo que nadie es completamente libre, luego el límite sería el nueve, y teniendo en cuenta lo que dijimos antes sobre el hecho de que tendrá que morderse la lengua a la hora de escribir, le daría un ocho.

—Y a aquella anciana de allá que regenta la frutería, ¿en cuál la colocarías?

—¿A Grela? En el siete; además de que tampoco podría opinar a rienda suelta en mitad de la plaza sobre lo que pensara de la nobleza, no cuenta con la capacidad económica del escriba, luego la colocaría en un escalón menos.

—¿Qué tiene que ver la economía en todo esto?

—Maestro, no me negará que disponer de más dinero te da más libertad para hacer cosas.

—¿Qué cosas, Saifel? ¿Acaso lo material te da la libertad? ¿Disponer de más bienes puede hilarse con la libertad? ¿O no es acaso al revés? Cuanto más se posee, más elementos te encadenan, no solo las deudas y obligaciones de pago que haya ante ti, sino los quebraderos de cabeza que acarrea amasar tantos bienes y fortuna.

—No lo pensé en ese modo. ¿En cuál les colocaría usted?

—Coincido en que podría colocar al escriba en el mismo escalón que tú, quizás uno o dos menos, pero a Grela... A Grela y a muchas más personas con las que nos cruzamos a diario y que desde aquí podemos observar las colocaría en el primer o segundo escalón de la libertad.

Saifel se quedó mudo por unos segundos.

—¿Por qué tanta diferencia con el escriba? ¿Por no vivir en la Corte?

—Ni por asomo, nada que ver con eso, Saifel. Verás, en los dos años que me hice cargo del porvenir de esta ciudadela, no pude alcanzar mi principal propósito en su totalidad. Lo hice, sí, en cierto modo, pero clandestino. Y no me considero un fracasado, porque lo hice cuanto mejor pude y puse en riesgo no solo mi posición de gobernante, sino mi propia integridad.

Tiziano se había ido un poco por la tangente. Se dirigió a los ventanales y los abrió de par en par. La luz se filtraba por toda la estancia, y regalaba a Saifel una panorámica casi completa de la parte norte de la ciudadela. Tiziano miró a su discípulo con una mezcla de impotencia y compasión, negando levemente con la cabeza.

—La mayoría no sabe leer, no sabe escribir, los cobradores de impuestos les hacen firmar documentos que no entienden y así se someten a condiciones que desconocen.

—¿En qué decía que fracasó?

—No dije que fracasara. Más bien no culminé mi labor. Fue vox populi en la ciudadela y en las afueras que, una vez llegado a mi posición, y pese a que guardé en sumo secreto mis intenciones, realicé labores de alfabetización. Esto llegó a oídos de las comunidades de monasterios vecinas, que informaron al Señorío de lo que estaba aconteciendo en Gendhu Kens. Algo inédito a este lado de los Cárpatos: gentes que no eran de alta cuna estaban aprendiendo a leer y escribir.

»A causa de esto, tuve serios problemas. Por un lado, los monasterios no apoyaban mi idea. En sus celdas se instruían a las gentes acomodadas. A las familias más pobres únicamente se les enseñaban oralmente sus Sagradas Escrituras. —Saifel le miraba incrédulo a la par que deseoso de llegar al pilar de la fe, pues ese «sus Sagradas Escrituras» guardaba ciertas suspicacias. No obstante, no interrumpió a Tiziano—. Hubo monjes que me apoyaban y que desobedecieron a sus superiores. Me proporcionaron cuadernos y tinteros, así como relatos para que aprendieran a leer. Algunos de ellos fueron descubiertos en el monasterio y severamente castigados, otros, a los que guardo buen recuerdo, se libraron de castigos.

»Aunque las más graves represalias vinieron desde el Señorío... Verás, vinieron alguaciles en diligencias para hablar personalmente conmigo y exigieron que cesase en mis prácticas, alegando que yo no había pedido permiso explícito y que, además, esas prácticas no se encontraban dentro de los planes de los señores. No contento con ello, también me acusaron de tratar de remplazar a los monasterios, donde todos los habitantes podían acudir a ser instruido. Eso era completamente falso y los propios alguaciles que me lo decían lo sabían, pues sus hijos, probablemente, tampoco conocerían la lectura ni la escritura, como ellos tampoco la habían conocido. Ya te dije que al pueblo llano se le enseñaba conocimientos por medio de la tradición oral. En cambio, si querían ser instruidos debidamente, se exigían monedas de oro u ofrendas de terrenos a los monasterios. En cualquier caso, los oficiales acataban órdenes y yo sabía que replicarles podría costarme caro. Me advirtieron de que tomarían medidas si no obedecía y acto seguido se marcharon. No me enfrenté a ellos. Tampoco cesé en mi empeño de enseñar todo aquello que tuve el privilegio de aprender en su día de mi maestro. Continué con mi labor, solo que esta vez de una forma clandestina. Lo llevábamos a cabo por las noches en sótanos, calabozos vacíos o incluso en esta estancia donde nos encontramos —Saifel escuchaba perplejo sin mediar palabra alguna—. Al ser de noche, mucha gente no podía ya acudir a las sesiones de instrucción, pues no podían dejar abandonar sus quehaceres matutinos para dedicarse a aprender por las noches. Querían aprender, pero necesitaban antes saciar el estómago que la mente. Los señoríos siempre han sabido muy bien algo que parece elemental: hay que comer para sobrevivir; hay que trabajar para comer. Pero es prescindible aportarles cultura alguna. Debían continuar sus vidas bajo el «vivir para trabajar» que les habían inculcado desde tiempos inmemoriales. Pero te repito, no me considero que fracasase, bastantes personas en nuestro pueblo saben leer y escribir gracias a mí, y de seguro que sus hijos ya habrán empezado a tener conciencia de ello. Solo así se consigue la más primaria de las libertades, Saifel, aprendiendo a leer y escribir. Son tan importantes como el alimentarnos, Saifel, aunque haya a quienes no les parezca así.

—¿Siempre ha sido así?

Tiziano miró hacia fuera, al horizonte, donde los árboles se abrazaban unos con otros. Saifel le había transmitido una fría sensación de vacío con aquella pregunta. Siempre había supuesto que sí, que siempre había sido así. Sin embargo, no contaba con sólidas referencias que pudieran apoyar su visión.

—Desde que tengo conciencia así fue —añadió Tiziano, disimulando que ni el mismo estaba seguro de ello.

Saifel no hizo más preguntas y comprendió que no era sino el acceso a la cultura la mayor de las libertades. Más allá de la libertad de movimiento, de actuar o de expresarse, la primordial y de la que nacían todas era, realmente, la libertad de aprender, la eliminación de obstáculos a la cultura.

Tiziano cerró uno de los ventanales, pues el viento soplaba ya con inusitada fuerza. Se apresuraron a hacer lo propio con el resto antes de que la cristalera se hiciera añicos. Bajaron la escalera y Tiziano puso de nuevo el agua a hervir para hacer más té y proseguir con la lección.

Entendía ahora Saifel que no había sido azarosa la idea de subir a la segunda planta. No solo porque allí fue donde Tiziano, a riesgo de ser descubierto, enseñó entre papiros y candiles a los aldeanos de los alrededores a ser más libres a costa de sus horas de descanso. Sino porque, en cierto modo, esta instrucción lo ponía en un plano superior que no debía ser usado para distanciarse de las gentes del pueblo y mirarles con condescendencia, sino para extender sus brazos y ayudarles a subir a aquel escalón a quienes nadie les invitó. Solo así lo lograrían. En aquel momento, Saifel creyó entender parte del cometido al que le llevaría este largo periodo de instrucción.

—Una última cuestión, Saifel, ¿por qué dijiste que nadie puede gozar del décimo escalón?

Saifel no sabía darle una razón de peso, pero tal era su convicción que improvisó una respuesta.

—Pienso que tenemos que distinguir dos libertades: la que hay en uno mismo y la que vivimos con los demás. Aquella escalera hace alusión a la primera, en la que pueden alcanzarse todos y cada uno de los peldaños que la integran, pues esto dependerá de lo que uno mismo desee aprender, lo cual va de la mano de lo que cada uno quiera esforzarse. En cuanto al segundo tipo de libertad...

—Es mejor no hablar de escaleras para el segundo tipo. Es peligroso, ya que los habrá que prefieran utilizarla para sus intereses y no para que realmente todos logren ser verdaderamente libres. Solo consiguiendo que todos suban peldaños dentro de uno mismo podrá conseguirse que las almas de todos escalen en la sociedad. Luego, ese habrá de ser el camino que tomen los gobernantes de una sociedad, si realmente desea hombres y mujeres libres.

Tiziano dio de comer a Sánom de su mano, como cuando era pequeño, y se despidió de Saifel hasta el día siguiente para seguir hablando del ya tercer pilar. El maestro había quedado satisfecho con esa respuesta. No obstante, aún quedaba mucho por discutir.

Tiziano, a solas junto a Sánom, rescató los últimos restos de una botella de tuica. Acto seguido, dispuso tres velas en la mesa, cogió un papiro y comenzó a escribir.

## Capítulo Seis: Educación

—Saifel, dile que me deje en paz! —gritó la pequeña Erein.

—¡Ha empezado ella! ¡Siempre hace lo mismo! —replicó Oriosar, la mayor de las hermanas.

Abrió Saifel los ojos como si despertara, pero se encontraba aterido y desconcertado por los gritos de sus hermanas pequeñas. No reparó en quién había empezado o continuado, y reprendió tiernamente a ambas agarrando con los dedos sus mejillas.

Pasó por delante del retrato de su madre y besó las yemas de sus dedos posándolas en los labios de ella, ya desgastados por esta costumbre diaria. Acto seguido, se dispuso a darse un baño en la tina de la cámara contigua.

Tras desnudarse y darse un enjuague poco cuidado introdujo tras de sí la ropa para aprovechar aquel jabón. Las lavó y estrujó para que después sus hermanas las pusiesen a secar en el cerco del exterior. Se vistió y volvió a su habitación donde, casi instintivamente, clavó su mirada en el papiro de Tiziano que había sobre la mesa de aquella habitación que compartía con sus hermanas: Educación.

Habían alcanzado juntos el ecuador de los siete pilares y por primera vez se detuvo a reflexionar más allá de ellos. Educación, Dignidad, Fe... ¿y después?

No se hacía una idea de a dónde conducía toda esta instrucción, cuál era su finalidad. Pretendía en vano vislumbrar el fin último de aquellos encuentros desde hace ya algunos días, pero no lo lograba reconocer. En realidad, no era algo que le hubiera robado el sueño hasta entonces.

Ya saliendo de su casa, en ayunas, vio a su padre ordeñando a una de sus cabras, ya que ésta había repudiado a una de sus crías y el cabritillo necesitaba de la leche de su madre para sobrevivir. Saifel se detuvo por un segundo y se quedó mirando a su padre, agachado y de espaldas. En esa imagen quiso ver Saifel a toda la ciudadela: agachada, cegada, ajena a lo que sucedía a su alrededor, demasiado ensimismada en sus rutinas diarias) y de espaldas al mundo, pero a la vez, noble y hospitalaria. Resultaba extraño y hasta le hacía sentir mal emplear a su propio padre para hacer símiles, pero era un hábito que había tomado a raíz de las conversaciones con su maestro. También se había percatado por aquellos días en que casi que conocía más a Tiziano que a su padre, y le daba pena que así fuera, pero hasta con sus propios hijos, Pelago podía llegar a ser en ocasiones un hombre muy reservado.

Salió Saifel deprisa de casa y se paró con los brazos en jarras. Miraba hacia delante con una expresión boba de felicidad en su rostro. De hecho, si alguien le hubiese preguntado porqué estaba tan feliz en aquel momento, no habría sabido qué respuesta dar. Suspiró y miró a su alrededor, feliz, simplemente. Volvió hacia adentro, donde sus hermanas seguían en disputa, y agarró por las rodillas a la más mayor para colocarla boca abajo.

—¡Suéltame! —gritaba su hermana zarandeando su cuerpo, mientras la más pequeña reía y aplaudía al ver a su hermana sin poder defenderse.

—Si no te gusta que aproveche mi fuerza por ser mayor, no aproveches tu astucia sobre tu hermana pequeña.

Liberó a su hermana y esta quedó atónita mirando a su hermano. Se acercó a la mesa y se tomó un vaso de leche de cabra recién ordeñada aquella mañana mientras recordaba las

últimas palabras que había dicho a su hermana, la cual no pareció comprenderlas del todo. En ese momento se percató de que su modo de hablar estaba cambiando. Su hermana no le miraba fijamente por la reprimenda, sino porque le pareció que Saifel le había hablado prácticamente en otro idioma.

Se acabó la leche, se puso ordenar el estropicio que habían dejado sus hermanas y puso rumbo a casa de Tiziano.

Educación. En realidad, consideraba que era algo irónico que fuese a tener que conversar sobre ello con Tiziano cuando precisamente había carecido de la misma durante su infancia. Francamente, tras las conclusiones a las que llegaba su mente, también había carecido de Justicia, Igualdad o Libertad a lo largo de su vida, solo que de ello no se había percatado antes de que su maestro se cruzara en su vida.

Apenas llevaba dos calles en dirección al mercado cuando vio como una figura que se aproximaba a galope hacia él. No era otro sino Sánom. Seguía siendo un cachorro, pero ya solo en espíritu, ya que al apoyar divertido sus patas delanteras en Saifel casi termina por arrojarle al suelo. Tiziano apareció por detrás apoyando su mano sobre el hombro de Saifel.

—¿Qué hace aquí maestro? ¿Vino a comprar?

—Hace un buen día Saifel. Se empieza a notar que la primavera llegará pronto. Hoy iremos a las afueras de la muralla. Traje algo de vino, queso y rahat<sup>7</sup>, aprovecharemos la mañana al sol. Vayamos a la puerta este. ¡Sánom a casa!

El perro como un resorte se fue corriendo al oír la voz de su amo. Saifel quedó encantado con la idea de Tiziano y se encaminaron hacia las afueras abriéndose paso entre las muchedumbres que se aglutinaban en el mercado. Artesanos y mercaderes trataban de venderles a las gentes que por allí pasaban, usureros negociaban préstamos y comerciantes de alimentos invitaban animosamente a los transeúntes a que palparan la calidad del género con sus propias manos y así convencerlos de que comprasen.

Atravesaron los improvisados senderos del mercado y alcanzaron las sinuosas calles de la zona este de la ciudadela. Una vez alcanzaron la puerta de la muralla, continuaron en dirección a unas pequeñas colinas que aparecían resguardadas por los imponentes Cárpatos. En apenas unos minutos habían dejado atrás el bullicio y se encontraban en una soledad plena. Los campos de cultivo y los trabajos de labrado con animales de arrastre se encontraban en la zona sur de la muralla; por este lado, únicamente vagaba el arroyo que abastecía de agua a la ciudadela. Aquella zona era desconocida para Saifel, a pesar de estar tan cerca de su casa, ya que la mayoría de las gentes no solían acercarse por esta parte de la villa. Esto se debía a que prácticamente nadie en la ciudadela sabía nadar, y temían poder caer en las aguas del arroyo, peligrosas por sus fangos en algunas zonas. También temían entrar en alguna de las cuevas y luego no recordar el camino de salida, cavernas que los proscritos y forajidos solían utilizar como cobijos en los que guarecerse durante la noche.

Tiziano andaba delante de Saifel y este iba pisando las huellas que dejaban las botas de su maestro al paso. Era una costumbre que había tomado desde pequeño, ya que era lo que su madre le decía cuando iban a los bosques a recolectar frutas para así evitar que pudiera pisar cebos.



—¿Adónde vamos maestro?

—A juzgar por tu gesto desorientado, aunque te lo dijera no sabrías dónde es. ¿Cuántas veces has pisado estas tierras? Apuesto a que ni una sola vez.

—¿Usted sí? Pensé que por aquí solo venían los forasteros que se extraviaban porque no conocen la zona. De hecho, no recuerdo la última vez que atravesé esa puerta de la ciudadela —dijo señalando torpemente hacia atrás.

—¡Claro que sí Saifel! Solía venir aquí con De Rais. De esa manera nos aislábamos de la sociedad y sin embargo estábamos a pocos metros de la ciudadela. Él adoraba estar al aire libre. Estos árboles eran el seno en el que se gestaban sus enseñanzas y por dónde fluía el conocimiento, aquí andábamos siempre resguardados de ruidos que pudieran distraernos.

—¿Y nunca tuvieron problemas con los forasteros?

—Imagina cuán imponente era la figura de De Rais que cuando vinieron e incluso trataron de intimidarnos, en cuanto lo miraban a los ojos, que eran de un intenso azul que llegaba a herir la vista, cesaban en el intento y marchaban por donde habían venido.

—Me habría gustado conocerlo.

—Lo estás conociendo conforme te transmito lo que él me dio.

—¡Sabe a lo que me refiero! —exclamó imitando la voz de Tiziano.

Tiziano rio y continuaron la andadura yendo colina arriba por una pequeña ladera de poca pendiente. Así evitaban cruzar a través de las zonas de abundantes arbustos, ya que Tiziano sabía que era allí donde solían encontrarse cebos que colocaban los proscritos para llevarse algo a la boca. Prosiguieron hasta llegar a una abertura solo visible cuando se encontraron a escasos metros de ella, y allí, Tiziano dejó caer el pequeño macuto que llevaba a su espalda.

—Un segundo Saifel.

Saifel asintió obediente. Permaneció quieto y expectante, mientras que Tiziano entraba por aquella grieta...

En el interior todo era silencio y frío. Podía casi tocarse el aire gélido a la entrada. Tiziano se adentró sin titubeos, como si estuviese entrando en su propia casa. La respiración se hacía difícil una vez había recorrido unos pocos metros, y la humedad pesaba en el ambiente. La tenue luz que lograba inmiscuirse por algunas oquedades reflejaba las gotas condensadas que había en las paredes. La penumbra y el vaho dificultaban la orientación. Tenía que encontrarlo. Posiblemente Saifel estaría desconcertado esperando fuera, pero de encontrarlo, podría ayudarlo a concebir lo que con las palabras sería mucho más difícil.

Los forasteros, en ocasiones, entraban buscando inútilmente cobijo en las noches de lluvia. Pensaban que allí también podrían resguardarse en noches de lluvia, pero la intensa humedad hacía casi más insoportable el mal tiempo dentro de aquella cueva que fuera. No era una cueva común, por eso había sido la elegida. Tiziano estaba convencido de que nadie habría llegado hasta las entrañas de la caverna donde él ahora se dirigía haciendo esos. Sabía que no podía confiarse: ni tenía ya la edad de cuando era él el discípulo, ni recordaba esas paredes tan bien como antes. Además, el suelo podía jugarle una mala pasada y acabar dentro de las heladas aguas que yacían bajo sus pies.

Se detuvo. Notó un escalofrío. Siempre lo sintió cuando cerca se encontraba y nunca

supo por qué. Era una sensación que le estremecía pero que a la vez le recordaba que estaba vivo y el valor que la vida tenía. Todos sus poros de la piel se endurecieron y se le erizaron los vellos en efecto dominó. Comenzó a percibir sensaciones que ya había olvidado, la caverna giraba en torno a él y el frío se intercalaba en su piel con un calor infatigable. Hacía años que no pisaba este sitio. Jamás sabría dibujar un mapa que mostrase el camino que hizo, ya que cuando llegaba a aquella abertura, eran el instinto y la intuición quienes movían sus pasos, como si aún viera la sombra de De Rais delante de él guiándole y oyendo el retumbar de su voz grave y solemne en las paredes.

Se hallaba inmóvil, pero era tal el aluvión de emociones y sensaciones que recorrían todo su cuerpo que incluso se le entrecortaba la respiración más de lo que ya de por sí le había provocado la humedad de la caverna. Dio un pequeño paso en falso, cerró los ojos...

Lo notó. Sabía que nadie habría podido profanarlo. El escalofrío se mantuvo por unos segundos eternos en sus piernas. Se agachó con sumo cuidado y recordó las palabras que pronunció De Rais la primera vez que ambos se reunieron allí hace años, demasiados años: «La virtud, cuando el hombre es débil, en la oscuridad de la mente humana se encuentra. No porque así haya de ser, sino porque el débil la esconde al mundo cuando sufre por primera vez. Y en su coraza halla el placer de su máscara, mas no es sino un placer superfluo. Será el hombre virtuoso cuando, sin temores, actúe eliminando las oscuridades del miedo».

Aquel día recibió una gran lección de De Rais cuando, al grabar en su memoria tales palabras, le preguntó: «¿Y qué haríamos si no tuviéramos miedo?». «Vivir», fue la respuesta que De Rais le dio.

Jamás olvidaría aquel encuentro en la caverna que, si bien no fue el último, sí marcó un antes y un después en su forma de ver la vida y el mundo.

Divisó una brillante y diminuta luz sobre sus hombros, lo que le hizo entender que se hallaba cerca. Ya de rodillas palpó la resbaladiza madera y con ambas manos la apretó fuerte contra su pecho. Se preguntaba cuánto tiempo habría pasado en la cueva porque había perdido la noción del tiempo.

Volvió cauto sobre sus pasos y pensó que, si hubiese tenido dudas sobre su cordura, habría jurado que De Rais aún estaba allí, vivo, entre la oscuridad y la humedad de la caverna.

Como siempre sucedía en los pequeños recorridos que hacía para dirigirse a otras ciudadelas, los retornos se le hacían más breves que las idas, pero también menos emocionantes. No podía creer que tuviera en sus manos aquella caja de madera que había resistido el paso del tiempo y que el destino quiso que nadie encontrase. Se alegró de verse ya fuera rodeado de la arboleda pues la respiración comenzaba a ser un poco difícil por la humedad y sus ropas pesaban demasiado. Era como si un torrencial de lluvias hubiese fijado su mira en él.

No veía a Saifel por ningún lado. Calculaba que había debido de pasar menos de media hora, y él precisamente no era un chico del todo impaciente. Su fajín, que le había dejado a su cargo, se encontraba en el mismo sitio, y la cesta con los alimentos que había preparado también. Extrañado, miró alrededor sin alejarse del todo de la caverna, y de repente sintió como si algo pellizcase su cuello. Allí estaba Saifel, sonriendo entre las

rocas, con una pequeña honda de mano, probando puntería con su maestro. Era un chico inocente e impredecible, como Tiziano, pero con mejor puntería. Bastante mejor puntería.

—¿Qué haces allí?

—¿Y qué hacías tú allá? Me dijiste que aguardara un segundo. Por un momento llegué a pensar que habría de pasar aquí la noche.

Ambos rieron. Saifel no quitaba ojo al costado de su maestro. Llevaba consigo una caja cuadrangular, del tamaño de uno de los pequeños ventanales de casa. Tiziano siguió subiendo un poco más la colina, mientras que Saifel, detrás de él, miraba con curiosidad el objeto que traía su maestro. Las gotas de humedad resbalaban por la madera, pero no llegaban a caer todas al suelo, como si también codiciaran lo que aquel estuche guardaba en su interior.

Las nubes habían vuelto a dejar paso al sol, y se oía a lo lejos el chapoteo incesante de un riachuelo. Esta música que espontánea nacía del agua solo se veía interrumpida por el roce de los arbustos con el viento, lo cual anunciaba que todo aquel paraje estaba desierto. Se hallaban completamente aislados de las miradas de curiosos y espontáneos. Llegaron a un pequeño sendero y Tiziano cubrió la caja con su capa a modo de tratar de darle una mayor protección. Continuaron con cuidado, pues el camino se iba estrechando poco a poco hasta casi convertirse en un desfiladero. De repente, unas pequeñas piedras rodaron y cayeron entre ambos desde lo alto del desfiladero. Ambos se detuvieron, pues podía ser algún animal. Tras unos segundos de espera en silencio, un irreconocible graznido los hizo entrar en calma. Debía de tratarse pues de algún tipo de ave que andaba rondando la zona.

Prosiguieron mientras que Saifel observaba los enormes árboles que emanaban desde el fondo del barranco, los cuales hacían impredecible saber la altura a la que se encontraban mientras atravesaban por aquel desfiladero. Quería preguntarlo, pero a su vez presentía que no debía hacerlo. Si una virtud innata poseía Saifel es que solía intuir correctamente cuándo debía o no hablar. Y si ya había visto extasiado a Tiziano al salir de aquella caverna, el hecho de que no hubiese vuelto la vista atrás en todo el recorrido le hacía pensar que detenerlo en medio de la travesía con una pregunta irrelevante podría en cierta medida molestarle.

El camino se tornaba más angosto y las montañas, cercanas, aparecían imponentes ante ellos, con demasiadas curvas en la senda que no permitían disfrutar del paisaje, pues todos los sentidos estaban puestos en no dar un paso en falso. Se encontraban relativamente alejados, pero Saifel no perdía de vista a Tiziano. En realidad, no era tanta la distancia, solo que al ser un camino tan serpenteante daba tal sensación. Observó que su maestro se había detenido en el otro extremo de donde él se encontraba. Trató de dar impresión de que aceleraba el paso, aunque solo era eso, una mera impresión, pues daba zancadas rápidas pero de menor distancia. Atravesó un pequeño hueco del sendero, el cual, señalado primitivamente, daba idea de que algún desgraciado habría caído al mismo en alguna ocasión antes de que se pidiese precaución. Continuó esquivando unas zarzas, las cuales no permitían vislumbrar momentáneamente a Tiziano, hasta que finalmente llegó a su lado mientras hacía todo lo posible por contener el aliento y que no se notase su cansancio.

Tiziano le esperaba con una sonrisa pícaro, se echó un paso hacia atrás sin siquiera mirar a qué distancia dejaba el desfiladero de sus talones e hizo un gesto caballeresco a Saifel para que le adelantase. El discípulo sonrió divertido y dobló la cornisa de la montaña mirando a Tiziano. Volvió a mirar de frente y fue entonces cuando quedó paralizado.

Tenía ante sí una imagen asombrosa. Durante largo camino el sendero se había ido estrechando y las montañas parecía que llegaban a besarse, reduciendo el espacio que poseían los árboles para crecer, ahogándose unos a otros. Sin embargo, ante sus ojos se encontraban los últimos abetos que le habían acompañado por tal extraño paseo, y ante ellos se mostraba un gigantesco lago. Nunca antes había oído hablar de aquel lago. Tampoco había visto antes el mar, y aquel paisaje era lo más parecido a como él lo había imaginado desde pequeño.

Tiziano le adelantó y le hizo un gesto a Saifel para que le siguiese. El camino se hacía menos estrecho y a unos metros de la cornisa había una desgastada barandilla de madera. Se encontraban muy cerca del lago, y bajo sus pies se formaba una pequeña escalera natural empedrada que los invitaba a acercarse a sus orillas, las cuales recibían ofrendas de agua desde una pequeña catarata que se alzaba frente a ellos.

El lugar transmitía una calma misteriosa. No se oían pájaros y no fluía corriente de viento alguna. Saifel se percató de que al otro extremo del lago, en la parte que aún, tenuemente, el sol se dejaba ver, había algún tipo de construcción humana. Divisó una verja y pequeños dólmenes que parecían, por su disposición, guardar un orden concreto... Tiziano se dio cuenta de las observaciones que, discreto, realizaba Saifel, y le hizo un ademán con la cabeza para encaminarse hacia aquella área. El terreno estaba húmedo y pequeñas matas de yerbajos se entremezclaban con el lodo a lo largo de los bordes del sendero, el cual parecía por su firmeza de un empedrado oculto.

Saifel volvió la vista atrás y apreció que el sendero que tomaba Tiziano estaba dibujado por la naturaleza. Probablemente, eran las lindes que un arroyo marcó lustros atrás. Continuaron circundando el lago, en el cual se formaban pequeñas ondas con el chapoteo de peces. Era definitivamente un entorno despojado de toda presencia humana, como si allí no hubiese parado el ser humano ni una noche siquiera. Se entretenía Saifel imaginando rostros entre los escarpados de las colinas que rodeaban el lago mientras Tiziano continuaba con paso firme, ralentizándolo por momentos, bien porque Saifel se entretenía en demasía, bien porque se detenía para observar a su alrededor con cierto gesto de solemnidad en su rostro. La intriga abundaba en el discípulo, pero no quería arruinar el misterio sobre qué significaría para Tiziano ese lugar, qué sería aquello a lo que se dirigían, o qué llevaba protegido en aquella caja... y ¿qué había sido del Cuarto Pilar?

La senda proseguía su trazado sinuoso hasta su tramo final, como si de un rito litúrgico se tratase, hasta que llegaron a una verja que delimitaba una porción de terreno: era un terreno cuadrangular con hierbas que, aun siendo de naturaleza salvaje, se conservaban cuidadas y era fácil percibir que habían sido cortadas recientemente. La verja, de baja altura, estaba impregnada por la humedad del ambiente. Un musgo verde intenso recorría de un punto a otro el trazado de las molduras, el cual terminaba en afilados puntales. En la entrada, las rejas se curvaban, como alentando a pasar dentro. Saifel, quizás por no saber cómo actuar, no paraba de tararear una canción desconocida hasta que Tiziano sin mirar

hacia atrás alzó su mano derecha para pedirle silencio. Saifel lo entendió al segundo. Entró Tiziano y tras él Saifel. Tiziano se apartó a un lado y quedó el discípulo en primera fila del escenario. Gruesas rocas negras limadas en sus esquinas se encontraban dentro de la verja haciendo un círculo con una perfección demasiado total para ser humana. Dividiendo el círculo había dos hileras de rocas talladas, también negras pero más pequeñas, partiendo el círculo en dos.

Saifel quedó intrigado cuando vio una especie de promontorio sobre el semicírculo izquierdo. Reposaba una losa en la que se había escrito a cincel un nombre. Intentó sin mucho éxito retirar la hiedra salvaje que impedía averiguar lo que era, por lo que Tiziano le dio un pequeño puñal que siempre llevaba consigo cuando salía de la ciudadela. Saifel se puso de rodillas y empezó a arrancar hileras de hiedra para desvelar la inscripción, hasta que por fin vio lo que estaba escrito y, atónito, comprendió lo que tenía bajo sus rodillas: era la tumba de De Rais.

El joven no comprendía nada y se levantó como un resorte. Miró a Tiziano, que contemplaba la lápida solemne como si tuviese al propio maestro ante sí.

—¿Es lo que creo maestro? ¿Estoy sobre su tumba? ¿Sobre su ataúd?

—Bueno no hubo ataúd. Su voluntad fue yacer en la tierra.

Tiziano tendió la mano a Saifel para recuperar el puñal y el maestro continuó zafando la maleza que cubría los monolitos. Entre tanto, Saifel se dio la vuelta y admiró el paisaje. El lugar era precioso. El sol bañaba con su luz los contornos de aquel paraje y la luz se extendía iridiscente por las superficies rocosas de aquella garganta. No conseguían los rayos atravesar las copas de aquellos frondosos árboles, por lo que se dibujaba un espacio único donde los vivos colores intentaban en vano reavivar un espacio húmedo y lúgubre.

—¿Por qué este sitio maestro? ¿Por qué fue enterrado aquí?

—Fue su voluntad. De Rais nunca dejó nada al azar y escogió él personalmente este lugar para que sus restos descansaran. A fin de cuentas, De Rais a la vejez llevó una vida similar a la que tuvieron los druidas. Él no tenía una casa en la ciudadela, sino que gustaba de vivir en la naturaleza, comía raíces, frutos y hortalizas que él mismo cultivaba o recolectaba. Era aquí dónde normalmente se retiraba a meditar largos ratos. Recuerdo que en los días de luna llena venía aquí en solitario y volvía a los cuatro amaneceres.

—Ya, pero ¿por qué precisamente aquí? —insistió Saifel.

Cuando amanece tras los días de Luna Llena, es aquí donde se alcanzan los primeros rayos de Sol.

Saifel se acercó a la lápida, se apoyó en ella e inclinando el cuerpo, tocó con temor las rocas talladas. Se creaba ante sí una división en la figura oval sobre la tierra que obedecía a una perfecta simetría.

—¿También fue voluntad de De Rais este dibujo con las rocas?

—Vamos hacia aquella higuera —respondió cortante Tiziano, dejando a Saifel pensativo.

Se dirigieron a una higuera cercana y Tiziano, aún con el puñal en sus manos, cortó dos higos, los abrió y los compartió con su discípulo.

—¿Recuerdas el Cuarto Pilar?

—Educación.

—¿Qué es la educación? —preguntó Tiziano mientras le acercaba el higo a su discípulo.

—Dar un trato amable a tus semejantes —respondió Saifel.

Tiziano frunció el ceño, pues dicha respuesta le dejó sorprendido.

—Cuando hablo de Educación no me refiero solo al dar buen trato a las gentes. A eso yo lo llamaría respeto, que es la otra instrucción que también ha de adquirirse desde edad bien temprana. Pero en esta ocasión yo me refiero a los valores de la didáctica.

—¿Leer y escribir?

—En principio es leer y escribir. Pero voy más allá, comamos primero y debatamos después...

Comieron rápido y en silencio mientras Tiziano sopesaba la forma de abordar a su discípulo.

—Y dime tú, Saifel, ¿crees que es importante aprender a leer y escribir? — prorrumpió Tiziano.

—Es bueno saber —respondió con rostro de circunstancia.

—Explícate.

—Es mejor saber leer y escribir que desconocerlo.

—Es mejor... —Tiziano esbozó una sonrisa, se levantó, recogió la caja de madera del suelo y la ubicó sobre sus rodillas ante la curiosa mirada de Saifel. Tras esto, continuó con sus disquisiciones:

—Cuando consideras que es mejor saber leer y escribir, a mi modo de comprenderte, ¿quieres decir que es una opción en la vida?

Llevaban ya numerosos encuentros y Saifel se estaba acostumbrando a reflexionar sus respuestas en lugar de contestar de forma impulsiva. El joven, además, ahora acostumbraba a leer detenidamente el lenguaje corporal de su interlocutor. Hacía así suya una frase que le había oído repetidas veces a su maestro: «No por nada tenemos, dos ojos, dos oídos, pero solo una boca». Tras meditarlo, se arrancó a responder..

—Puede ser una opción... Quiero decir.. imagina si alguien se ofreciese a alfabetizar a otra persona y esta se negase. En tal caso, habría sido una opción.

—Bueno... —replicó Tiziano—, no conocí nunca a nadie que, ante la posibilidad de poder acceder a algo tan elemental, se negase a ello. No obstante, estoy de acuerdo con tu respuesta, aunque contéstame a esto: ¿debemos considerar que leer y escribir son necesarios para vivir?

Saifel quedó pensativo de nuevo. Su mirada parecía perderse en el verde musgo que crecía en las rocas adyacentes al lago. Al cabo de unos segundos salió de su ensimismamiento y replicó:

—No lo es, prueba de ello es mi padre —respondió mientras devolvía la mirada a Tiziano.

Tiziano se tocaba la barba al oír sus palabras. Buscaba cautelosamente una respuesta concisa para expresar su parecer sin parecer que quisiese ofender a Saifel.

—En efecto, tu padre ha vivido todo este tiempo sin saber leer ni escribir. Ahora bien, ¿habría vivido mejor sabiéndolo y no sintiéndose indefenso cuando, por ejemplo, el recaudador de impuestos le decía lo que debía pagar, o el mercader con el que negociaba le ofrecía un contrato que firmar?

—Sí, así es.

— Pero le ha ido bien, porque gente de buena fe se halló a su paso... Si no recuerdo mal, tu padre estuvo en el calabozo en una ocasión.

—Así es, ¿cómo lo sabe?

—Tu propio padre me lo contó cuando fui por primera vez a tu casa. Aquella tarde hablamos de muchas cosas. Aunque no nos desviemos de la conversación. Dime, en ese tiempo, ¿fuiste a verlo?

—Claro que sí, iba cada dos amaneceres; le llevaba noticias y viandas que mi madre le preparaba.

—¿Tu padre te decía lo que habías de decirle en su nombre a tu madre? ¿Alguna vez estuvo antes tanto tiempo fuera de casa?

—Jamás, recuerdo que fueron días extraños por ver a madre dormir con nosotros, y no con padre... y desde luego que me lo decía y así yo lo hacía saber en casa, siempre fui obediente con sus instrucciones...

—¿Crees que en ese tiempo que injustamente anduvo encerrado en las mazmorras del castillo, no habría querido escribir una carta a tu madre?

Saifel callaba y pensaba...

—Esta vez no quiero una respuesta en la que invites a la razón. Imagina en su lugar. —añadió Tiziano.

—Sí, habría querido —respondió Saifel decidido.

—¡Y no pudo! Luego escribir no es solo una defensa para protegerse de los usureros que salgan al paso, sino que sirve para mucho más... Antes me decías que sin leer y escribir se puede vivir. Creo que te equivocas, cualquier persona que pueda preciarse de ser feliz no ha de regodearse en el desconocimiento de la lectura y la escritura. Es cierto que nadie somos para llevarles la contraria sobre su felicidad y los motivos por los cuales la alcanzan, pero sí puedo asegurar que la felicidad será mayor cuando se cuenta con estos saberes. Saifel, que te quede claro que el culto vive y el analfabeto sobrevive.

—¿Y qué me dice de quien posee conocimientos y cultura, pero no tiene un techo donde dormir o siquiera un vaso de leche que beber? —replicó Saifel.

—Nadie, ni el más erudito, está exento de cumplir con labores. Saifel, en realidad el supuesto que mencionas es inviable, ya que, precisamente, para poder meditar, reflexionar, en definitiva, construir en tu mente ideas, valores y sólidos argumentos, necesitas tener tus primeras necesidades cubiertas, desde un colchón de plumas a un cazo donde hervir la leche. Pero me abres así una buena manera de guiar esta conversación...

Dejó la caja Tiziano sobre el suelo y se incorporó. Se alejó unos pasos de la higuera en dirección a la verja que custodiaba la tumba de De Rais, volviendo sobre sus pasos hasta apoyarse en la reja que, solemnemente, encerraba en un pequeño oval el recinto sagrado de De Rais.

—Con tu intervención has despertado en mí el viejo debate sobre las posesiones materiales. Alguien con cultura, al igual que alguien carente de ella, precisarán de los mismos bienes básicos. Pero en cuanto calibremos la importancia y prioridad que le atribuya a aquellos bienes materiales que no sean básicos, podremos extraer varias cualidades de la personalidad del sujeto. A lo que voy Saifel... ¿qué ves? —dijo señalando

el terreno delimitado por la verja mientras separaba sus brazos con las manos extendidas.

—Un perfecto círculo dividido en dos partes iguales.

—¿Son iguales ambas partes?

—Así es, maestro.

—Fíjate bien.

Tiziano hizo ademán para que Saifel se adentrara dentro del perímetro. Dio paso a Saifel y éste entró en el habitáculo. A pesar de ser un recinto abierto, una vez dentro, el aire que circulaba parecía diferente. Se percibía un aura especial. Una vez se situó dentro, volvió a observar los dos semicírculos y no reparó en diferencia alguna. A sus ojos, ambas figuras eran totalmente simétricas. Miró a Tiziano y esbozó una sonrisa nerviosa, pues fuera lo que fuera que ocurría allí, escapaba de su conocimiento.

Tiziano avanzó lentamente hacia él. El círculo estaba formado por una única hilera de piedras posadas sobre tierra oscura y mojada, cerrando un perímetro. No obstante, en el corazón del mismo, donde se dividía en dos, eran dos hileras las que atravesaban la tierra. Además, mientras unas se encontraban con resquicios de musgo, la hilera izquierda permanecía impoluta, como si la textura repeliese los líquenes de alguna forma. Se agachó frente a ambas hileras e hincó las rodillas en la tierra. De espaldas a Saifel, le hizo un gesto para que apareciese frente a él, y este se postró de rodillas frente a su maestro. Permaneciendo ambos cara a cara, Tiziano levantó ambas manos y Saifel le imitó, colocando cada mano en una piedra de cada hilera. Entonces, Saifel notó diferentes texturas en las yemas de sus dedos.

—Mientras unas son ásperas y robustas, las otras son lisas y resbaladizas, quizás por el musgo.

—Levántate y colócate en mi posición —le ordenó Tiziano.

Se irguió para dejar espacio a Saifel, quien, obediente, se colocó donde su maestro. Este bordeó el círculo y se apoyó con cautela en la verja dando la espalda al lago.

—De Rais distinguía entre dos tipos de persona: los educados para tener, frente a los educados para ser. Quienes gustan de la avaricia y de acaparar bienes materiales como objetivo en vida, o quienes se regocijan únicamente con aprender, aprehender y contagiar de ese aprendizaje al resto.

Saifel escuchaba en silencio, un poco desconcertado por la situación.

—De Rais era un estudioso de la simbología y acostumbraba a inventar símbolos para explicar binomios entre valores, razonamientos o incluso sentimientos. En su lecho de muerte, en un papiro, me hizo saber sus últimas voluntades. Y una de ellas era permanecer junto a este lago, donde yo edificué este pequeño sepulcro a la intemperie y coloqué las piedras como él me pidió. Justo aquí es donde el sol despuntaba en el amanecer, y el dibujo que realizan las piedras es el que la luz crea entre la oscuridad al amanecer. Ayudado con cálculos geométricos con los que él mismo me instruyó, pude hacer este círculo con mis manos.

—Y la división responde a lo que dijo antes.

—En efecto, a la izquierda yace De Rais, pues él se consideraba que fue educado para ser, y las rocas que conforman su semicírculo son ásperas pero fuertes, impasibles al paso del tiempo. Por el contrario, las rocas que simbolizan a quienes se vanaglorian en lo



material, en poseer, son resbaladizas, como lo son en este tipo de personas ciertos valores tales como la lealtad, o cómo se comportan cuando viran sus argumentos o actos si se percatan de que cambiando sus intenciones pueden recibir mayores beneficios... El precio a pagar es la mancha en la conciencia por aceptar tácitamente el pensar para uno mismo y en beneficio de sus posesiones, como el musgo que arrecia a la piedra y acaba envolviéndola de tal modo que ya no siente, como el ser que elimina todo ápice de conciencia en sí mismo para beneplácito de lo material...

Se produjo un silencio de incertidumbre, pues la pausa de Tiziano no permitía intuir si había acabado ya su discurso.

—Creo que este modelo maestro, si bien resulta ingenioso, resulta incompleto. ¿Qué hay allá para que simbolice a quienes anteponen lo material?

—No es que antepongan siempre lo material, evidentemente no se puede presentar una bipolaridad tan radical. Sin embargo, cuando conoces a las personas, sabes cuáles de entre los que dicen que te aprecian, te venderían o te serían leales... Verás, quienes fueron educados para ser o para tener va más allá del altruismo y la avaricia. Esto compone dos grupos en los que en uno se piensa en «tú y yo» y en el otro se piensa en «tú o yo». Los primeros son quienes desprecian lo material sobre lo humano, y los segundos son quienes, salvo tratarse de personas allegadas o familiares, aunque a veces ni tan siquiera en esos casos, les da igual el dolor y la penuria ajena de desconocidos si así consiguen obtener placeres, aunque sean pequeños e insignificantes en comparación con el sufrimiento que provocan. Sé que te costará entenderlo, pero a lo largo de mi vida he conocido gentes de ambos tipos. Entonces terminé de comprender lo que De Rais, aquí donde hoy converso contigo, me hacía saber.

Saifel escuchaba con muchísima atención y respondía con asentimientos cada pausa en la charla del maestro hasta que finalmente tuvo algo que decir.

—De acuerdo, Tiziano, pero sigo pensando que esta comparación, resulta incompleta. Un lado alberga los restos de De Rais, pero ¿y el otro?

—Podría bastar con el vacío, Saifel, pues así consideraba De Rais que se encontraban quienes eran educados para tener... —hizo una pausa postrado en la verja y señaló hacia la izquierda de Saifel, donde sigilosa y junto a la higuera, reposaba la caja de madera, de la cual Saifel se había olvidado por completo por un momento—, pero tienes razón.

El discípulo abrió los ojos atónito. Tiziano se acercó a la higuera y la rodeó con sus brazos para traerla consigo al mausoleo. Sacó bajo su capa un pequeño cincel que llevaba fijo en el cinto y tomó una piedra para usarla a modo de martillo.

Cuidadosamente, comenzó a golpear las esquinas del recipiente, el cual no cedía a los embates de Tiziano. Cuando ya estaban lo suficientemente quebradas, dio un golpe seco con la piedra y logró descuadrar la tapa.

Al destaparla, no hizo gesto alguno. Tras esto, ajustó su cincel en el cinto, y se colocó guantes para sacar su contenido. Saifel, expectante, moría de ganas por acercarse a su maestro, pero no quería ser impertinente ante un momento que, probablemente, era de suma importancia para Tiziano. Éste, cauteloso, miró a Saifel y se quitó los guantes, e hizo ademán de ofrecérselos a su discípulo. Saifel se puso de pie, limpió sus vestiduras un poco embarradas y se acercó sigiloso. Una vez estuvo cerca de Tiziano, cogió los guantes y volcó

toda su atención sobre el interior de la caja. Al mirar en ella, su curiosidad aumentó más si cabe, pues un terciopelo granate ocultaba aquello que fuera lo que la caja guardase.

—¿Por qué me da los guantes?

—De Rais, a medida que me fue instruyendo, me hizo pequeños obsequios. Poseía una infinidad de miniaturas en la cabaña en que se hospedaba, la cual se hallaba a medio camino entre la caverna donde la recogí y este lago, al otro lado del desfiladero que atravesamos.

—¿Vivía entonces alejado de la ciudadela? —preguntó sorprendido, pues no conocía nadie que viviese tan alejado de las murallas. A fin de cuentas, a la única persona que conocía viviendo fuera era a Cabana, que vivía con los padres de Tiziano, pero a ellos la ciudadela solo lo distanciaba unos pocos metros.

—Así es, y jamás tuvo problemas con forasteros. De Rais era algo excéntrico. Cuando la noche caía en los bosques, era él quien, en sus paseos nocturnos, si se cruzaba o sentía la presencia cercana de algún foráneo extraviado, lo alojaba en su cabaña y le proporcionaba cobijo y alimento. Nunca sufrió robo alguno. Su bondad desinteresada trascendió fronteras y llegaba a oídos de nómadas que atravesaban los bosques. Se convirtió en una especie de protector, de mecenas de la vida, al cual admiraban y respetaban. Ya mencioné en alguna que otra ocasión que se trataba de un hombre cuya mera presencia imponía a quienes le conocían.

»Como te decía, en varias ocasiones me hizo regalos que yo, agradecido, aceptaba. Cada uno de estos obsequios venía acompañado de una historia en la que De Rais me explicaban porque eran tan especiales. Si recuerdas, en casa tengo una pequeña caja de música hecha con cedro, o el pequeño candil que tengo sobre la chimenea, ambos regalos de De Rais. Cuando me dio sus últimas voluntades, no me comentó nada sobre ellas, y tampoco me preguntaba por las mismas una vez que habían pasado a ser mías. Quedaba a mi antojo disponer de ellas a mi libre albedrío. De conservarlas, venderlas o deshacerme de ellas, De Rais, en su discreción, jamás me preguntaba. Además, jamás las tuve visibles en casa: mi madre, muy supersticiosa, hubiera sido capaz de deshacerse de ellas, yo las guardaba siempre en lo más hondo de mi desván. Tras la muerte de De Rais, los amotinamientos, desvalijamientos y ataques déspotas de alguaciles que permitían los cobradores de impuestos eran cada vez más frecuentes. Por miedo a que me confiscasen estos regalos, algunos los escondí en casa, otros los enterré en las tierras de mi padre y otros, que son estos, los custodié en la cueva que hemos visto a principios del camino. Y allí han permanecido durante años.

Tiziano se encontraba entusiasmado al rememorar tantos hechos que decidió sacar su pipa y migar un poco de tabaco.

—Aquella cueva la descubrí gracias a dejarme llevar por la picaresca y la curiosidad. En una ocasión habíamos terminado una velada cerca de aquí. De Rais me invitó a volver a casa, y al despedirse, vino aquí. Yo, embriagado de interés, le seguí a hurtadillas. Él era mucho más inteligente que yo y, como más adelante me confesó, percibió sin ápice de duda que yo le estaba siguiendo. Recuerdo que cuando entré perdí la orientación, pues la gruta es muy oscura y el ambiente demasiado denso. Cuando quise darme cuenta, él estaba a mi derecha, sentado en una especie de cúpula que la naturaleza que la

acumulación de musgo había edificado en el interior de la cueva. Me llevé un susto enorme, pero a la vez me tranquilizó saber que estaba seguro ya que él también estaba allí. Me azuzó el pelo como quien rasca las orejas a un lobo y le acompañé. No se enojó por mi desobediencia, al contrario, le agradó mi curiosidad. Anduvimos hacia el interior de la gruta hasta llegar a una zona donde el aire se hacía más liviano. Allí, se proyectaba una potente luz que emanaba del exterior. En ese mismo punto donde me senté con mi maestro, fue donde más adelante guardé esta caja, pues sabía que nadie conocería de aquel camino ni forastero alguno buscaría allí riquezas.

—¿Por qué iba allí De Rais?

—Le gustaba explorar los más recónditos lugares de la naturaleza y gustaba de introducirse en cuevas para estudiar minerales y pequeñas estalagmitas.

Saifel escuchaba atento a Tiziano, pero tanta cadencia en el relato lo impacientaba.

—Maestro, pero... ¿para qué me has dado los guantes?

Tiziano no pudo evitar sonreír y continuó mientras pasaba por alto la pregunta del discípulo.

—Es en esta caja donde guardé los últimos tres bienes materiales que me dio De Rais, y es de los que quiero desprenderme aquí. Quizás podría ganar decenas, o cientos de monedas con su venta, pero quiero que yázcán aquí, guardadas, y quiero que tú seas quien las entierre. Yo enterré su cuerpo, a la otra mitad de este binomio, y quiero, si aceptas, que tú lo termines y así deshacerme de lo material y a la vez, simbólicamente, devolvérselo.

—Quizás él no querría que hicieras eso.

—Nunca lo sabré, pero sí sé que no le hubiera importado de ser así, pues lo que hiciera con todos sus obsequios ya te dije que lo dejó a mi elección. De lo contrario, estoy seguro de que me lo habría advertido.

Saifel frunció el ceño aprobando lo que decía Tiziano con cierta incredulidad y finalmente le espetó:

—¿Puedo ver ya lo que hay en la caja?

Tiziano se la acercó y dejó sobre el suelo. Saifel sentía un cosquilleo en su estómago como si se tratase de un regalo para él. Agarró por el extremo el suave tapete de terciopelo y lo retiró con sumo cuidado.

Cogió el primero de ellos, por orden, de izquierda a derecha. Lo tenía entre sus manos, era una pirámide de cuatro caras, cada una de un color diferente. La base era muy suave al tacto y las demás caras tenían engarzada una preciosa pedrería.

—Es una pirámide. Me la regaló como amuleto de la suerte, decía que desprendería sobre mí energía positiva y que en otras civilizaciones era objeto de culto.

Saifel únicamente se había fijado en las caras triangulares. Le dio la vuelta para observar aquella base tan suave y soltó el amuleto de un respingo al ver un destello. Tiziano soltó una gran carcajada y, como si esperara esa reacción, tenía ya la frase preparada para tal momento:

—Nunca en tu vida viste una cosa como esta, ¿verdad?

Saifel lo miraba con el corazón acelerado y recogió la pirámide del suelo. Mientras se la acercaba con una mano, tocaba su rostro. Era la primera vez que veía un cristal mágico en

el que podía ver su rostro con tal nitidez.

—La base del amuleto es un espejo, un cristal que yo, al igual que tú, jamás vi antes de tener en mis manos esta pirámide. Recuerdo que mi reacción fue calcada a la tuya.

Estuvo mirándose sus ojos y el interior de su boca, ensimismado, mientras Tiziano limpiaba con mimo motitas imperceptibles sobre la lápida de De Rais. El discípulo colocó el tapete sobre la tierra y sobre este la pirámide. Era la primera vez que veía un objeto con aquella extraña forma y quería observarla con más detenimiento, pero la curiosidad por saber que más guardaba el interior de la caja fue más poderosa.

Así, alcanzó con sus manos el segundo de los presentes: era un brillante reloj, parecido a los de arena, una extraña clepsidra que en lugar de arena contenía un líquido asombrosamente ligero, el cual, si bien se deslizaba velozmente en posición horizontal, al tomar la verticalidad caía lentamente. Era una especie de prisma cuadrangular bañado en plata y elaborado en un reluciente vidrio que no atendía al hecho de haber permanecido tanto tiempo guardado. Ni una pequeña mota de polvo, ni una mínima mancha. Podía ver su propio reflejo en el cristal que guardaba la arena.

—El tiempo, el invencible elemento que derrama ríos eternos.

Saifel le miró sobresaltado. Aquella forma de hablar resultaba confusa e incluso la voz no había parecido la de Tiziano.

—¿Cómo? —preguntó.

Tiziano sonrió.

—Esas fueron las palabras de De Rais cuando me lo entregó, no me mires así —dijo mientras dejaba escapar con nostalgia una sonrisa.

Lo soltó con cautela sobre el tapete y sacó el tercero y último. Era una pieza de tela de seda muy fina. Saifel fue desdoblándolo hasta extenderlo sobre la tierra. Con hilo de oro aparecían unas gruesas letras. En este caso, sí que se podía apreciar las marcas del tiempo en el objeto: no yacía impoluto, sino que había marcas de suciedad y arrugas que hacían el mensaje ilegible. Limpió con sus manos como pudo y con sumo cuidado el bordado hasta que consiguió leer algo. Parecía escrito en una lengua desconocida, posiblemente milenaria, y seguramente ya perdida. Decía algo así:

### *La* **Travesía**

El tejido era grande, pero únicamente tenía escritas aquellas señas justo en el centro del mismo. Jamás antes, como le ocurría con todo lo anterior que custodiaba la caja, había visto algo así.

—¿Qué quiere decir?

—Muchas noches atrás hice la misma pregunta a De Rais. Su respuesta, más que aclararte, te provocará una mayor incertidumbre.

Saifel permanecía callado, rogando con la mirada a su maestro que prosiguiera con la explicación fuese cuál fueses, pues la curiosidad lo consumía.

—Lo sabrás de haberlo de saber. No elige nadie sino uno mismo cuándo.

No entendió nada, pero Tiziano estaba en lo cierto, su curiosidad solo aumentaba por momentos.

—¿Y por qué está tan sucio y deteriorado?

—En realidad, este fue el regalo que con más gratitud recibí. No supe exactamente qué quería decir, pero me lo dio durante los últimos días de su vida. Se encuentra deshilachado y viejo por los años, ya que el material en el que se bordó probablemente no estaba preparado para que se conservase tras el paso del tiempo.

Nada más había en la caja. Le devolvió los guantes a Tiziano y este los fijó en el cinto. Saifel no perdía de vista el espejo de la pirámide, se sentía fascinado por él y le apenaba enterrarlo en la tierra. Ambos se arrodillaron en el centro del semicírculo derecho y comenzaron a escarbar la tierra. El silencio no había cesado en todo momento. Cuando el hoyo superaba el antebrazo, Tiziano se detuvo y pidió a Saifel que introdujese las exequias. De pronto, el viejo maestro se incorporó y se alejó apesadumbrado unos metros y para contemplar el paisaje en silencio.

—Ahora vengo, Saifel, encárgate tú de enterrarlo.

Saifel asintió con la cabeza y se sacudió la gravilla de entre los dedos. Cogió con sus manos la pirámide y la observó de nuevo con detenimiento. Su pedrería centelleaba al contacto con la luz. Se miró de nuevo en el espejo y enmudeció. Le maravillaba verse en aquella especie de mundo paralelo. Hasta entonces solo se había visto reflejado débilmente en las cristaleras de las ventanas o en el agua del riachuelo, pero no era lo mismo, la imagen era pura, totalmente nítida. Jamás había tenido un espejo en sus manos.

En aquel momento, la mente de Saifel comenzó a hacerse varias preguntas:

«¿Por qué tenían que desaparecer bajo el manto de la tierra estos presentes?». Tiziano dijo que De Rais nunca se lo pidió, pero no quería desobedecer a su maestro, no por miedo, sino porque detestaba la traición. Quizás pareciese algo absurdo, pero una traición absurda podía dar comienzo a una verdadera deslealtad con el tiempo. Cogió la clepsidra, reluciente, y de nuevo lo puso en posición horizontal. El líquido chocaba consigo mismo a gran velocidad e hipnotizaba solo de ver cómo colisionaba velozmente de un lado a otro. Agarró el tapete de terciopelo, y sin saber por qué, lo besó y dejó plisado en el fondo del hueco en la tierra.

Primero colocó la pirámide mirándole a él para poder deleitarse con tan útil reflejo. Después, colocó el reloj tumbado en el otro extremo del hoyo. Por último, en medio, dejó espacio para el bordado. Lo dobló y colocó delicadamente. Sin querer, había tapado la pirámide. Desplazó a la izquierda a la misma, cuando de repente algo llamó su atención.

Se acercó más hacia sí mismo el telar, pero no podía ver bien ya que con su propio cuerpo estaba restando espacio a la luz. Cogió la pirámide y el bordado, y los sacó. Los miró uno frente al otro y se dio cuenta de algo... Al poner el tapiz de seda junto al espejo se reflejaban los pequeños bordados indescifrables y podía entenderse algo. La suciedad impedía poder comprobarlo, y quizás Tiziano no se había fijado en ello. Lo limpió con suavidad contra su capa y lo volvió a acercar a la pirámide. Esta vez sí podía entenderse algo, algo que solo se podía leer en el espejo de la pirámide. Debía ser magia, ¿por qué aquel cristal permitía leer lo que sus ojos no? Primero entendió «la» y la otra palabra le costaba intuirlo, ya que algunos fragmentos estaban roídos...

«La Travesía».

La travesía...

Los pasos de Tiziano comenzaban a hacerse audibles y Saifel se apresuró en volver a

introducir la pirámide y el tapiz y comenzó a enterrarlas apresuradamente muy confundido por lo que acababa de ver. Ya con Tiziano a unos metros, comenzó a alisar la tierra para que no hubiera señal de que la tierra había sido removida. Tras esto, juntos, volvieron por el mismo sendero rumbo hacia la ciudadela.

—Educar, Saifel... Nada hay más bello en este mundo, pues piensa en mi propio maestro: él yace inerte desde hace años en esos lago, pero vive en mí día tras día gracias a su instrucción y en ti, ya que yo te transmito sus conocimientos. Existe, en cierto modo pues, la inmortalidad.

Continuó Tiziano su perorata durante todo el recorrido, pero Saifel apenas le hacía caso. Estaba demasiado enfrascado en aquel detalle que hasta a su maestro se le había pasado por alto.

Así, su mente, proseguía con sus propias disputas y cavilaciones:

«¿La Travesía? ¿Y por qué estaba escrito de ese modo?» No se podía leer a simple vista, pero sí al verse reflejado en el espejo. Visto que todo lo que se exponía en las veladas tenía un significado en cada una de las anécdotas, indagaciones y divagaciones que se trataban..., esta no podía ser un cabo suelto. ¿O tal vez sí? Era la primera vez que veía un espejo y si ya de por sí lo consideraba algo revolucionario, más lo era el hecho de que pudiese descifrar allí donde los ojos no lograban leer.

Se preguntaba a sí mismo por qué no había dicho nada a Tiziano, pues podría haber llegado a averiguar qué quería decir, pero se propuso desvelar el misterio por sí mismo. Estaba convencido de que Tiziano ignoraba tal detalle. En caso contrario se lo habría señalado, expuesto y esclarecido. O quizás lo sabía, pero no era su intención dárselo a conocer en aquel momento por las razones que fuesen. Aunque tampoco tenía motivos para pensar algo así, ya que Tiziano siempre le fue claro en cada una de las dudas o dilemas que habían salido al paso desde que se conocieron...

Caminaron largo rato mientras Saifel seguía dándole vueltas en su mente. Tiziano, ensimismado, continuaba su monólogo. Podían ya verse las puertas de la fortaleza que rodeaba a la ciudadela. Iba anocheciendo y el viento retomaba su papel protagonista en las calles. Arreciaba un frío seco para el que ninguno de los dos estaba abrigado lo suficiente. A fin de cuentas, esta expedición había sido totalmente imprevista para Saifel. Aceleraron el paso y se despidieron dirigiéndose cada uno a su casa: uno, con la satisfacción de haber culminado simbólicamente el círculo de su maestro; el otro, dando vueltas y más vueltas al misterio que encerraban esas dos palabras: «la Travesía».

Al llegar a casa, ya de noche, Tiziano se abalanzó en la mitad de la noche sobre sus libros y rescató un papiro en el que, a la luz de tres velas, se dispuso a escribir.

## Capítulo Siete: Dignidad

Aún era de noche, pero Saifel no lograba conciliar el sueño. Estaba intranquilo y no paraba de moverse en su lecho.

«La travesía». El mensaje podía ser algo insignificante, aunque dudaba que así fuera. En realidad, lo realmente llamativo era que hubiese que utilizar el espejo de la pirámide para leerlo. Si era así, había de ser un comentario que, por las razones que fuesen, no había de ser accesible a todo el mundo. ¿Lo creó De Rais? Y si no fue así, ¿quién se lo regaló? ¿O quizás lo robó? Trataba de reordenar los acontecimientos y en su cabeza revivía, sin poder evitarlo, cada uno de los movimientos que hizo desde que involuntariamente dejó el tapiz sobre aquel hoyo y percibía que aquellos decorados escondían algo más. No obstante, como si de un sueño despertara, no conseguía hilar su significado.

Su inquietud se vio interrumpida cuando sus oídos solicitaron atención. Alguien, en la noche, estaba tocando un violín con una gran suavidad. De hecho, parecía que la melodía era un elemento más de la brisa que se intercalaba entre los huecos de los ventanales. La noche se encontraba en su clímax de oscuridad, y solo quedaban algunas horas para que terminase la semana y diera paso al sexto pilar.

¿Qué habrían de tratar? Se preguntaba, aunque no era lo que más le extrañaba. Conforme había ido acaparando conocimientos y creado castillos de planteamientos en su mente, hubo cuestiones sobre las que la incertidumbre reinaba. ¿Por qué estos seis pilares?

Había muchos temas que no habían hablado y que concebía igual de importantes, o incluso más. Tampoco entendía por qué habían introducido de aquella manera la fe, sobrevenida en cierto modo por una conversación en la que Saifel nombró a Dios. Tiziano no mostró entonces reparos en incluirlo, mas tampoco dio una razón de peso para hacerlo. Era como si Tiziano quisiera compartir vagamente cierto consenso.

El violín continuaba su melodía y los segundos pasaban lentos mientras la respiración de sus dos hermanas parecía que iban a compás. Con la espalda sobre el mullido colchón, Saifel observaba con la mirada perdida el techo de la habitación. Cerraba los ojos, trataba de dejar su mente en blanco, respiraba profundo. Sin embargo, no había manera de conciliar sueño alguno.

Se levantó con sumo cuidado de que no crujiese la madera y acudió al barreño para beber agua. Al salir de entre las mantas se sintió extrañado, pues hacía más calor de lo habitual. Descalzo, anduvo hasta las puertas de casa. La música proseguía. Era una canción lúgubre que parecía contar una historia, enfrascándose en suspensivas cadencias que hacía que fuese inevitable estar atento a ella. Abrió la puerta con sigilo para no despertar al resto mientras que esa ardiente sensación le recorría los huesos: ni un ápice de aquel frío que les había acompañado toda la semana. Era inaudito algo así.

Tras de sí dejó entornada la puerta y avanzó unos pasos en dirección a la fortaleza este de la ciudadela. De allí provenía el cantar triste de violín que tanto le intrigaba y que le había hecho olvidar su insomnio. Atravesó las pequeñas calles de la zona, estrechas y sinuosas como pequeñas venas de las manos. No había nadie visible alrededor, y tampoco ruido alguno que enturbiase la melodía. Melodía que, a medida que iba acercándose, hacía

sentir en Saifel un deseo irrefrenable de llegar a dondequiera que estuviese.

Ya cerca de la calle de Tiziano giró a la izquierda, rumbo a la plaza central, pasando por el mercado, en el cual, seguramente, estarían los comerciantes que clandestinamente negociaban aprovechando la nocturnidad.

Nadie. Ni siquiera vagabundos a su paso. La melodía se había acelerado y Saifel comenzaba a sentir cierto agobio sobre su pecho, pues sin darse cuenta estaba acelerando su caminar a medida que su deseo de acudir a la música aumentaba a la par que sus latidos. No sabía por qué sentía ese nudo que le fatigaba, pero era incontenible. Llegó al fin a la plaza central, deshabitada. Las hojas de la pequeña arboleda que se deslizaban por el suelo lo hacían cautelosas, en respetuoso silencio. El calor crecía en él. El arco del violinista tocaba notas cada vez más rápidas y tras unos segundos conteniendo el aliento, avistó un grupo de personas junto a la fontana que se hallaba frente a la casa del gobernador. De allí surgía aquella melodía, una preciosa melodía que juraría que no había oído antes.

Llegó a la muchedumbre y con brusquedad comenzó a apartar a quienes allí, quietos, presenciaban el recital. Nadie hacía aspavientos a sus malos modos. Saifel continuaba avanzando a empujones, sin mediar palabra. Todos permanecían impassibles, como hipnotizados por la música. Cuando se encontraba en mitad del gentío, se dio cuenta que todos iban encapuchados y miraban hacia abajo ocultando su rostro. En principio le habían parecido pocas personas, quizás treinta, pero conforme seguía acercándose le parecía interminable. Se sentía inmerso en un laberinto donde los muros eran aquellas personas inertes que no reaccionaban a sus embistes. El agobio era inaguantable y el sudor se le deslizaba por las piernas. Precisaba llegar a toda costa hacia aquel músico, quitando de su camino a quienes, como espectros, no le permitían siquiera avistarlo. Los segundos le parecieron minutos, la música había tornado a un lento Adagio. Cuando al fin consiguió echar a un lado a quien en primera fila atendía inmóvil las notas de aquel violín, tropezó y cayó sobre el empedrado. A pesar de haber corrido tanto, ahora, le temblaban las piernas y respiraba con dificultad. A ras de suelo, podía vagamente observar los pies del violinista frente a él, si bien una larga túnica no permitía observarlos si no era a ras de suelo. Iba descalzo, y recordó que también él. Sus pies tenían suciedad, y pequeñas heridas curtidas que mostraban que, quien quiera que fuese, no utilizaba calzado. Volvió a mirar hacia abajo y trató de empezar a respirar por la nariz. Se secó el sudor de su frente y mareado, se irguió de rodillas. Sentía que su corazón iba a romper en pedazos por lo rápido que latía cuando, al mirar al frente, tenía ante sí a aquel violinista. No lograba avistar su rostro en la oscuridad, pero no era alguien del todo desconocido.

Miró a su alrededor y, en cambio, veía claramente los rostros de quienes allí presenciaban el acto. Todas eran caras conocidas de la ciudadela, personas que desde pequeño habían formado parte de algún modo u otro de su vida. Devolvía la mirada al violinista y no lograba ver su rostro. Las gentes mantenían una pequeña distancia con él, pero Saifel rompió tal armonía y se acercó para verle de más cerca. El frondoso y ondulado cabello impedía reconocer su rostro completamente, inclinado sobre aquel violín en el que, ágilmente, movía sin cesar los dedos de su mano izquierda, la cual, al igual que el violín, se encontraban ocultos bajo una fina tela negra. Era imposible reconocerle, luego, sin más dilación, se acercó hacia él y le retiró su cabello de la cara.



—¡Intolerable! —vociferó alguien de entre el público, y los demás le acompañaron en abucheos y gritos. Todos aquellos que antes se habían mantenido callados y embelesados, de repente, habían entrado en cólera.

Pero el violinista no había cesado y continuaba tocando. Saifel no entendía lo que chillaban y se fijó en la cara del violinista, en la que una fina lágrima se deslizaba visiblemente.

Era Sófolen, el zíngaro. La temperatura del ambiente había subido aún más y resultaba asfixiante. Sófolen se detuvo y mirando al frente dejó caer su violín y el arco, echó atrás su melena con ambas manos y regaló una mirada desafiante al público agresivo que lanzaba máximas contra él.

Fue cuando el primer atrevido trató de abalanzarse sobre él cuando, en un hábil gesto con su capa, desapareció ipso facto tras un denso humo negro, si bien parecía que solo Saifel se había dado cuenta. Las gentes, en estampida, se abalanzaron sobre la capa y el violín, desapareciendo tras aquel humo y atropellando a Saifel quien, asustado, trataba de gritar. El pánico no le permitía hablar y por más que lo intentaba su voz no salía despedida por su garganta.

La temperatura era insoportable y sentía ser invisible al resto, que continuaba agolpándose, destruyendo el violín y quemando la capa que había llevado el zíngaro a sus espaldas. No sabía cuánto tiempo sería capaz de resistir aquella situación. Temía ser aplastado y no poder respirar de nuevo.

Un movimiento reflejo con su pierna le hizo salir de aquel letargo. Solo había sido una pesadilla. Seguía en su cama y el sosiego reinaba en la habitación al compás de la respiración de Oriosar y Erein. Se estaba haciendo de día y el frío no había cesado. Además, sentía en su cuerpo el sudor seco tras aquel mal sueño. Se echó las manos a la frente para despejársela de su cabello y recordó todo su sueño en un solo segundo. Tomó rápidamente papel y lápiz. Siempre lo tenía junto a su cama para ello. Era algo que su madre le aconsejó que hiciera desde que le enseñó a escribir, pues a lo largo del día olvidaría qué había soñado y así podría rememorarlos al ver sus anotaciones: despertar en la noche, el calor, la melodía, las calles deshabitadas, el tumulto junto al zíngaro, el drástico cambio de paz a violencia cuando las gentes dejaron a un segundo plano la música y descubrieron quién era su intérprete, el grito de «¡Intolerable!» que resonaba aún en su cabeza, como si al recordarlo de algún modo lo escuchara de nuevo... Era una voz inventada por su mente que, a su vez, le resultaba extrañamente familiar.

Dobló la cuartilla y la guardó en un pequeño cajón de la mesa. Lo que había soñado no era real y, a la vez, era la más pura realidad. Nadie, y mucho menos un grupo de gentes de la ciudadela, se detendría en su camino para escuchar a un zíngaro tocando un violín. Eran repudiados en la vida cotidiana y no iba a ser diferente porque hiciesen música. Por eso aquella fina tela sobre el violín, para que las llagas de sus manos no estuviesen a la vista y por eso la túnica rozaba el suelo, ya que así impedía que pudieran comprobar que vagaba descalzo. El cabello ayudaba a no poder distinguir su rostro y creyendo las gentes que sería algún trovador de los que iban de paso, allí pararon todos a verle, desde pudientes hasta campesinos, abrumados por la romanza que el zíngaro, oculto, tocaba para deleite de todos...

Se encontraba Saifel recostado en la cama, apoyado en el cabecero, con dolores en la espalda. Miró a su alrededor. La habitación estaba desordenada, probablemente por las peleas continuas entre sus hermanas. Se retiró las lagañas que abrazadas estaban a los ojos y respiró profundo. El olor a madera húmeda impregnaba la habitación. Los ventanales y el pequeño tragaluz del altillo que sobresalía sobre su cama tenían pequeñas fisuras que de nuevo permitían que el rocío de la noche entrase furtivo por los surcos de la vieja madera.

Despierto, miró frente a sí y clavó otra semana más su mirada en el papiro que, desafiante, se deslizaba por la suave brisa que entraba por entre los resquicios de las paredes. «El Quinto Pilar...».

Dignidad.

Como era habitual, nada había adelantado Tiziano sobre qué depararían los días venideros. Únicamente sabía algo, y es que aquel día no volvería a casa hasta el anochecer. Se habían citado al atardecer, cuando el sol comenzase a retirarse, cansado, a las montañas a reposar. El motivo de ello era que por la mañana Saifel había de recorrer la ciudadela, todos sus entresijos y callejuelas, tranquilo, despojándose del ayuno en la propia calle. Para ello, Tiziano le había agasajado con varias monedas, y cuando el sol comenzara a dirigirse hacia su retiro, entonces debía acudir a su casa, donde en la noche hablarían largo y tendido de lo que observó en la mañana, y gustosos beberían copas de pelin<sup>8</sup> de la última cosecha.

Le pidió que fuese a la plaza central de la ciudadela a desquitarse el ayuno, luego al mercado a observar las mercancías, al pequeño santuario que había junto a las murallas del norte, el pequeño bulevar al oeste de la fortaleza donde los ancianos se reunían...

—Tengo hambre.

Saifel miró a su derecha, donde su hermana pequeña, descalza, se encontraba tiritando. La cogió con ternura por debajo de las axilas y la subió a lo alto de su cama, donde por sí sola llegar habría sido un reto.

—Después comeremos. Hoy vendrás conmigo. ¿Qué haces ya despierta?

—Llevo horas despierta. ¿Jugamos?

Los minutos eran horas cuando el hambre acechaba. Sonrió por la ocurrencia de su hermana que, de jugar con ella, olvidaría que segundos antes el hambre era su prioridad. Mientras le azuzaba el pelo, en pocos minutos volvió a quedar dormida. Probablemente ni siquiera tenía hambre, sino que quería llamar la atención de su hermano mayor. Saifel la miraba con lástima. En cierto modo, él hizo las veces de madre con sus dos hermanas, pero sobre todo con ella. Aún era pequeña como para pararse a pensar en ello, pero sentía que su hermana llevaría consigo toda su vida una carga que no debería, pues aun siendo tras su parto cuando madre murió, nadie más que Erein sería quien habría querido que su madre le amamantase, arropase y educase.

También sentía compasión por su hermana mediana, pero resultaba diferente, ya que esta al menos sí disfrutó de su madre y tendría un vago recuerdo de ella, sus abrazos y reprimendas, y no solamente un retrato inmóvil, al que a veces, la pequeña Erein miraba ensimismada tumbada en el suelo, con los codos apoyados sobre la alfombra y las diminutas manos rodeando sus mejillas. Cuando la encontraba así, trataba Saifel de hacer como si no la viera, pues era en aquella fría intimidad lo más cerca a estar con su madre

que ella podría jamás imaginar.

Se llevaría a Erein consigo, no a la mayor, Oriosar, pues esta había de quedar en casa ayudando a su padre con los caballos. No era en la ciudadela algo propio para mujeres, pero su padre jamás hizo diferencia entre varones y hembras, como acostumbraban las demás familias. Ya no pasaba Saifel tanto tiempo junto a los caballos, pero solía ir algunas noches a calmarlos cuando los fuertes vientos les asustaban...

Mientras continuaba en duermevela, viendo que el día comenzaba a izarse, se destapó con cuidado de no despertar a Erein, pero de nada sirvió, pues con el primero de sus movimientos esta despertó súbito. Poseía el mismo instinto de alarma que un perro cuando alguien se acerca.

Ya en pie, salió a la entrada de casa para extraer agua del pozo que colindaba con la cuadra. Dejó el cubo junto al brasero y recogió las herraduras y cepillos dispersos que su padre olvidó la noche anterior. Mientras, Erein se desperezaba en la cama.

—¿Por qué cuando tenemos que levantarnos es cuando más cómoda me encuentro? —preguntó irritada a Saifel.

—Esa pregunta persigue al ser humano y creo que será siempre así —replicó Saifel imitando el tono de voz de su padre.

Su hermana rompió a reír y Saifel la alzó por los aires en sus brazos. La desnudó y soltó en el barreño donde, desde pequeña, la lavaba.

Tras los comunes berrinches, a veces por estar el agua demasiado fría, a veces por hervir en demasía, la secó con paños y la volvió a vestir. Hirvió leche para ella y pasando por el retrato de su madre volvió a dejar plasmados sus labios en las yemas de los dedos. Aunque fuesen a desayunar juntos, temía que su hermana saliese a la calle en ayuno. En ocasiones había comenzado a trabajar con el estómago vacío y había estado cerca de caer desmayarse, y le aterraba que por eso pudiera suceder algo a Erein.

Se vistió, tomó su abrigo del arcón que había frente a la cama y peinó con sus manos, como buenamente pudo, su enredada melena.

—¡Vamos, Erein!

Pero no necesitó ser persuasivo. La pequeña se encontraba vestida, radiante de alegría, prestando su mano a Saifel para que la llevase a las calles. No le desconcertaba tal ímpetu pues su hermana aún no conocía toda la ciudadela. Siempre hacían el mismo camino hacia las puertas de la muralla este y su padre era reacio con dejarla sola por la ciudad. Sí se lo permitía a Oriosar, aunque desde hacía poco tiempo. Parándose a pensar, era la primera vez que Saifel iba a salir con su hermana pequeña a dar un paseo por placer.

Tomaron el sendero principal que llevaba al mercado pasando por las armerías y herrerías que, con sus ruidos y metales al rojo vivo, provocaban un estado de sorpresa permanente en la pequeña, la cual, por momentos, parecía que se le iban a salir los ojos de la emoción.

Era un día despejado, idóneo para recorrer los entresijos y las sinuosas calles que, durante la noche, a veces, parecían cambiar de dirección y lugar, pues siempre tenía Saifel la sensación de que había calles que jamás había atravesado. De hecho, se encontraban en una de aquellas: una estrecha calle con paredes caldera se presentaba ante sí con una tranquilidad que no concordaba con las horas de la mañana. Entraron ambos, dejando a

Erein primera, pues no había suficiente espacio para acceder juntos de la mano. Trataba de que sus pasos fueran silenciosos, para así comprobar si era capaz de detectar algún sonido, pero resultaba difícil con los pasos de la pequeña. La calle se cerraba en una curva a la izquierda con una pequeña pendiente que impedía poder comprobar qué había más allá, pero pronto sintió qué había: el agua salpicando permitía adivinar con facilidad que una pequeña fuente se hallaba próxima. Le era familiar. Siguió caminando y a los pocos metros se detuvo, agarrando a la pequeña Erein y apretándola contra sí. El bullicio del mercado comenzaba a ser latente y vaticinaba que aquel silencio de la callejuela no se repetiría hasta bien entrada la medianoche. De repente, notó alguna presencia a sus espaldas. Al volver la mirada sintió un sobresalto, pero no hizo gesto de ello para no asustar a su hermana. Tras el manantial que la fuente hacía brotar se encontraba una persona quieta de largos ropajes azabaches que habrían desconcertado a cualquiera. Su grasienta melena de tirabuzones tomaba la misma forma irregular que las raíces de un árbol salvaje y creaban una ilusión óptica, pues parecían que ropajes, cabellera y huesos formaban un uno solo, como si el paso del tiempo hubiera hecho que hasta aquella criatura hubiese olvidado que allí se hallaba.

Erein miraba tras su hermano, curiosa, sin saber qué observaban exactamente. Quiso Saifel dar con los ojos de aquel cuerpo inerte, pero era imposible. El sueño en el que se hallaba aquel cuerpo era demasiado profundo. Volvió a mirar al frente y a seguir de la mano de Erein, pues la calle se abría un poco más hacia delante. Paró en seco y volvió la mirada de nuevo. Hubo de hacerlo dos veces pues no daba crédito. El musgo húmedo del lateral de la fuente se mostraba ante sí, perenne, concatenado con pequeñas hileras de madreSelva y salvaje hiedra que subía hacia las tejas que protegían aquella fontana. ¿Adónde había ido? No había ni rastro de aquel luto con forma humana, de aquel ente que sin movimiento alguno le había hecho girarse por instinto. En aquel momento, una leve brisa de aire frío atravesó su rostro, como si un caballo acelerase a escasos centímetros de embestirle. No pudo entretenerse en volver para tratar de dar con quienquiera que fuese, ya que Erein tiraba de su mano insistiendo en perseguir a un tendero que empujaba de un carro con pájaros multicolores enjaulados. Erein se le soltó de la mano y persiguió el carro.

Por dos segundos la perdió de vista, pero rápido dio con ella. Cuando se disponía a asestarle por su conducta vio cómo su hermana, sumisa, encorvaba su espalda esperando el golpe. La imagen le hizo ser incapaz de ponerle la mano encima.

—No vuelvas a hacerlo —le dijo moviéndole el cabello con energía— y menos cuando vengas con papá. Él no se pensará dos veces cómo hacerte llamar al orden.

Dentro de lo infantil, su hermana comprendió lo que su hermano quería decirle y no volvió a soltar la mano de Saifel en el resto de la mañana.

Compraron almendras bañadas en miel y anduvieron por el mercado. Las pieles de animales colgaban de los tenderetes y los tornos de arcilla giraban a gran velocidad mientras jarrones y tinajas eran expuestas por decenas. Una anciana terminaba de pintar un retrato hecho sobre arcilla y Erein examinaba con detalle cada movimiento que aquella mujer realizaba con su pincel. Era inquietante cuánta curiosidad podía abarcar un cuerpo tan pequeño.

Fue entonces cuando Saifel pensó que quizás aquella niña, su propia hermana, podría

en un futuro ser su discípula para así propagar la sapiencia que estaba tomando. Le gustó la idea, pero considerarse como Tiziano o De Rais era tener demasiada imaginación.

Caminaban juntos por la improvisada vereda que los comerciantes creaban en el mercado. Allí el bullicio jamás cesaba hasta la hora de retirarse para el almuerzo a las tabernas más cercanas. Saifel gustaba de ralentizar el paso para detenerse a escuchar las conversaciones de alrededor. En apenas segundos, ambos se encontraban sumidos en una vorágine, con cientos de voces hablando a un ritmo frenético. Escuchó a dos mercaderes negociando sobre el precio de un viejo arcón que necesitaba ser restaurado, al menos para la opinión del comprador, mientras que la otra parte le aseguraba que el envejecimiento del mismo era parte de su encanto. Otros dos hombres discutían sobre la calidad de unas mantas de lana que manoseaban enérgicamente mientras discutían su precio. Algunas mujeres hilaban a una velocidad de vértigo junto a aquellos mantones mientras tenían una sosegada conversación que contrastaba con la rapidez con que sus curtidas manos trabajaban sin descanso.

Divisaron un pequeño retablo en el que colgaban cientos de lámparas de aceite de las más extrañas formas, con colores difuminados y ruidosos cascabeles. Erein no paraba de señalar cada una de ellas, hasta que desistió de continuar pues todas le fascinaban.

Avistó a un hombre de menuda barba, desaliñada, un poco más alejado de las gentes, pero rodeado de niños curiosos. El hombre se hallaba en el suelo, y un manto cubría sus fauces. Parecía tratarse de otro zíngaro, probablemente no de anciana edad, pero sí de gran deterioro físico. Era arte puro lo que aquella criatura exhibía: no era posible verle las manos, pues las tenía pomposamente vendadas. No obstante, no las usaba, sino que pintaba usando los dedos de su pie zurdo, mientras que, con el derecho, sutilmente, mantenía un pequeño vidrio sobre el que mezclaba arcillas, haciendo mezclas de colores que no daban una figura uniforme pero que tenían un encanto que no era posible describir. Había que verlo. Allí se unió también Erein junto a aquellos niños boquiabiertos.

Un recaudador de impuestos apareció de la nada en escena con un mercader fornido vestido entero de negro con altas botas y un sombrero enorme de tres picos, llamando la atención de todos por el escándalo que formaban mientras andaban precipitados y se detenían cada pocos metros para proseguir discutiendo.

—¡Más no podré hacer! No se cuenta con suficiente espacio en el mercado, y todos pagaron por igual sus tenderos —dijo el recaudador.

—¡Tengo más dinero que el que pudieran darte! ¡Exijo privilegio! —vociferó aquel hombre.

—Dígame, ¿qué hago? No hay lugar al que pueda asentarle, y ya tiene su espacio, ¡solo que quiere más que ningún otro!

El mercader sacó una bolsa de monedas y se la puso con soberbia al recaudador sobre sus manos.

—Veamos qué puede hacer con esto.

El recaudador se quedó inmóvil. Abrió la bolsa y cambió su rostro. Por un momento, pareció que el solar del mercado se ensanchó en su mente por arte de magia y oteó al horizonte.

El ambiente caldeado hizo que algunos curiosos salieran de tabernas próximas y otros

mercaderes miraban temerosos de que, por todo tipo de conjeturas posibles, se viesen expropiados por el recaudador. Este miraba con los ojos entreabiertos y el cejo fruncido, cuando, poco a poco, una muesca de sonrisa fue surgiendo en sus fauces. Saifel presentía que nada bueno habría de estar pasando por la mente de aquel vasallo de los tributos. Cazó Saifel con la mirada a Erein y esta fue junto a su hermano.

—¡No tengo toda la mañana! ¡Espabile! —insistió aquel hombre del extraño sombrero.

Y es que aquel mercader no había de ser un mercader cualquiera. No solo por la bolsa de monedas que le había dado al recaudador, sino porque no guardaba reparos en gritarle en mitad de la calle. Normalmente, ya habría sido arrestado por el trato ingrato sobre un vasallo privilegiado del señorío.

—Deme cinco minutos, maese Ramallo.

El recaudador se agarró del cinto y se subió los pantalones con ambas manos. Se colocó fijo el sombrero grana que llevaba y se dirigió con paso dubitativo al inicio del mercado donde se encontraban las ancianas cosiendo, ajenas a todo lo que ocurría, hipnotizadas con el entramado de sus conversaciones y correveidiles sobre las gentes, vivieran o no.

Se paró en la esquina y comenzó a contar pasos mentalmente. Mostrando poca agilidad, caminaba tratando de trazar una línea recta. Continuó sin levantar la vista del suelo hasta alcanzar una alfombra deshilachada. «Lo suponía», dijo entre dientes, y alzó un poco la vista. Frente a sí se encontraba el virtuoso pintor sin manos, quien le observaba con mirada incrédula.

—Levanta —dijo conciso el recaudador.

—¿Por qué habría? Aquí no llega el mercado, y yo no hago negocio con mi arte.

—¡Levanta tullido! —reiteró nervioso.

El pintor no se ofendió y prosiguió calmado su defensa, mientras los niños, atónitos, presenciaban la escena.

—No me moveré, déjeme tranquilo, va a asustar a los niños.

—De no moverse puede que sus vidrieras sufran algún desperfecto.

Y sin acabar la frase golpeó una de ellas, haciéndola minúsculos trozos que, unidos a la arcilla, se entremezcló con el musgo y la arena que poseían la hegemonía del suelo del mercado.

—¡Los niños, maldito! —gritó el pintor.

—¡Cállate! —le reprendió el recaudador que, con la ayuda de dos alguaciles, lo agarraron y con rudeza se aprovecharon de su indefensión al no tener manos con las que responder ante tal abuso.

Saifel hizo ademán de acudir en su ayuda, pero le agarró un hombre viendo sus intenciones.

—Solo un tullido, no seas tonto.

Saifel ni siquiera se giró para ver quién le apremió a mantenerse entre la multitud, pero sin saber por qué, le obedeció y permaneció inmóvil. Se lo llevaron entre golpes y burlas, y cuando desapareció la gente continuó como si jamás hubiese acontecido allá lo que ocurrió.

Los niños, que despavoridos huyeron ante tal caos, no se arriesgaban a volver. Saifel agarró fuerte de la mano a Erein y se acercó a la alfombra donde los materiales y obras de

aquel hombre se encontraban desparramados, colocándolos medio de la alfombra e hizo un pequeño nudo.

El recaudador volvía sobre sus pasos.

—¡Ramallo! Maese, aquí tiene su espacio.

Ni siquiera obtuvo respuesta de agradecimiento. Aquel mercader miró de abajo a arriba al recaudador y se dio media vuelta, levantando una bocanada de arena con su capa azabache.

Acto seguido, el recaudador clavó sus ojos en Saifel.

—Tras aquella esquina está tu amigo. —Y sin más se dirigió al tumulto del mercado que de nuevo se había reanimado.

Saifel se dirigió a la esquina llevando casi en volandas a Erein, que hacía lo que podía con sus pequeñas piernas para seguir a su hermano. Antes de torcer la esquina ya podía escuchar el jadeo de aquel hombre. Se preguntaba a sí mismo por qué hizo caso de aquella voz anónima que, tras él, le exhortó a no hacer nada frente a tal abuso. Pensándolo en frío, quizás hizo lo correcto, ya que habría tenido que soltar a Erein, y quien sabe si le hubiese podido suceder algo a ella.

Allí se encontraban, inmóviles, oyendo a aquel hombre respirar con dificultad. Debía acercarse pues tenía consigo sus posesiones, pero no sabía qué decir o cómo reaccionaría. No fue él quien dio el paso. Erein se soltó y se plantó sin vacilaciones frente al pintor, sentándose a su lado. El pintor ni se inmutó, y Saifel acudió con ellos.

—Siento lo que ha ocurrido, ten tus pertenencias.

El pintor miró a los ojos a Saifel. Eran unos ojos negros con una viveza que desconcertaba.

—No lo sienta, ocurre a diario. Cosa diferente es que nos acomodemos a no ver las pequeñas injusticias que suceden ante nosotros. La ceguera facilita el día a día.

Saifel recibió cada palabra como golpes sobre su rostro. Quería contestarle, pero tampoco sabía qué decirle.

—Habría acudido a tu ayuda, pero no podía dejarle sola —dijo mientras levantaba a Erein.

—Igual con más años y sabiendo qué te habría ocurrido las tres próximas noches en los calabozos de gobernación te lo habrías pensado más, cuatro, seis veces, como todos los que allí estaban. Quietos por el miedo, cómodos en el miedo. Ese es vuestro problema, el miedo.

Esta respuesta hacía blanda la anterior. Por lo que aquel hombre daba a entender a Saifel, no era algo nuevo en su vida el trato vejatorio que había recibido.

—No tolero las injusticias —le respondió Saifel.

—¿Estás seguro? ¿Fue esta la primera injusticia que hoy tuviste ante ti? ¿Te atreves a venir conmigo? —le inquirió aquel hombre.

—¿Adónde?

—¿Adónde? No tenemos que salir de la ciudadela, ni siquiera de esta calle. Además, siendo hoy día de mercado, créeme que no nos faltarán ejemplos...

—No te pregunté tu nombre... —espetó curioso Saifel.

—Tampoco te será necesario, sígueme.

Se puso de pie ante ellos y meticulosamente tomó con sus antebrazos un fular de seda con el que cubrió allí donde otrora tuviera sus manos, dejando ocultas las vendas. Como si leyera la mente de Saifel, comenzó a hablar sin mediar pregunta de por qué lo hacía. Ahora que lo tenía más cerca podía comprobar que era bastante mayor, más que Tiziano.

—Los niños no preguntan. Los niños no se asustan. Centran su atención en los colores, en mi habilidad con los pies y con el pincel entre mis dientes. No puedo decir lo mismo de quienes dicen ser adultos, quienes quizá piensan que pueden perder sus manos al ver que conmigo no vienen las mías. Es por ello que no hago negocio de mi arte, preciso más respeto que monedas.

Aquel ermitaño de pelo largo y barba poblada poseía la cualidad de dejar sin habla a Saifel. Su lengua afilada parecía a prueba de cualquier réplica.

Se encontraban a pocos pasos de los primeros toldos que daban la bienvenida al mercado desde el lado opuesto por el que entró Saifel en la mañana. No parecía que fuese precisamente la primera vez que aquel hombre se adentraba entre aquellas gentes. Ágil a cara cubierta, esquivó a quienes trataban de detenerle y salió del pasillo principal abarrotado de exaltados comerciantes, conversaciones entremezcladas y objetos colgando sobre pequeños varales que hacían de soporte a los frágiles retablos, hasta que, de repente, detuvo su caminar, chocando Saifel con sus talones. Frente a ellos, dos niñas se encontraban sentadas entre tablas que parecían un pupitre improvisado. Concentradas en lo que tenían entre sus manos, colocaban diminutas perlas en pequeñas corazas de broches.

—Míralas, ¿qué ves? —preguntó sin dar pie a respuesta alguna—. Aprovechan que aún poseen pequeñas manos para poder incrustar las piedras preciosas, y una vista que reluce enérgica y sana para que sea esforzada a cambio de míseras monedas. Jamás tendrán un lápiz en sus manos. Pero no te quedes ahí, agarra a tu hermana y sígueme.

Aquel hombre caminaba con furia, como desquiciado por todo aquello que le rodeaba. No solo sus ojos y su lengua desprendían ira, también su caminar y sus movimientos cuando se refería a Saifel, pero a la vez era extrañamente educado y respetuoso con él. Su enfado no iba con Saifel. O quizás sí con lo que Saifel había antes representado. Esa terrible inacción.

Se encontraban en pleno corazón del mercado artesanal, donde, si no se estaba acostumbrado, los olores a incienso y lavanda impedían que pudiera permanecer allí más que unos minutos. No era el caso de aquellos mercaderes que, habituados a ello, permanecían inmunes en interminables regateos y malabares de monedas. Paró de nuevo en seco y miró fijamente los ojos de Saifel.

—Elige alguna de las cuatro direcciones.

—Hacia allá —dijo apuntando a la derecha de ambos.

—Perfecto, no quiero que pienses que algo premedité. La injusticia es fácil de hallar, solo hay que tener deseo de encontrarla.

Erein miraba atónita la escena, pero se divertía. A fin de cuentas, le encantaba correr.

Se abrieron paso con cuidado entre cerámicas y porcelanas que abundaban en los estantes de aquella zona del mercado. El paso redujo su velocidad repentinamente. Podían divisarse los últimos toldos del mercado, pero no hubieron de salir de allí. Se detuvieron



junto a una acequia que la hiedra unía con una deteriorada cornisa.

—Cógela en brazos, y cuando te diga «¡ahora!», haz como yo.

Miró rápidamente a su alrededor y, en un segundo en el que pareció que se detuvo todo, se oyó su voz ronca. Apoyó el antebrazo y saltó la cornisa. Saifel se preguntó por qué obedecía a alguien que acababa de conocer, pero se sentía cegado por la energía que le desprendía. Con Erein sobre sus brazos esperó la orden y acto seguido apoyó su mano zurda saltando tras él. No sabía adónde deparaba aquella cornisa, ni qué altura era la que había tras ella. Era poco más de un metro. El recién conocido le hizo un gesto de guardar sigilo y apartó una roída tela a la que el moho había tomado como suya. Aquel hombrecillo bajó hábilmente una pequeña escalinata que llevaba a una ennegrecida esquina en la que una cristalera producía un pequeño arco iris con el reflejo del sol. Sacó un pañuelo de entre los innumerables e invisibles bolsillos que sus harapos poseían, y limpió con cuidado uno de los pequeños cristales.

—Ella no ha de mirar —dijo señalando a Erein—. Acércate. No hagas ruido.

Esperaba Saifel tener que controlar las ansias de curiosidad de su hermana pequeña, pero inexplicablemente ella obedeció a las palabras del extraño. Saifel se acercó al cristal y vio una pequeña sala. Estaba decorada con cortinas y telares de terciopelo grana, bordadas con hilo de pan de oro en sus extremos y posadas sobre pilares jenabe. En el suelo enormes alfombras impedían ver las losas, y una puerta entreabierta permitía escuchar una lejana conversación más allá de aquellas paredes. Saifel no encontraba nada que lo sacase de su asombro. Sin embargo, consideró esperar a ver qué iba a suceder.

Se oían pasos, lentos pero contundentes, y entre aquellas voces podía percibirse un leve gimoteo, apenas perceptible como para asegurar que fuese un niño, o incluso un animal. Las puertas se abrieron de par en par y un hombre con una extensa capa negra que se unía con las alfombras se situó con presteza en el extremo de la sala. Acto seguido, se sentó voluptuosamente en un confortable diván. Sacó de su capa una pequeña campana y la hizo sonar. A los pocos segundos una mujer anciana con suntuosas vestiduras se personaba en la habitación. Tras ella, tres personas hacían presencia. De ellas, una le era familiar a Saifel, era Grela, la mujer que vivía próxima a Tiziano. ¿Qué haría allí? Junto a ella se encontraba la que parecía su hija, pero no iba vestida con los ropajes comunes a la gente de la ciudadela. Se encontraba cabizbaja, semidesnuda, con una sábana que le cubría desde los senos a los muslos. Probablemente era de ella de quien provenían aquellos hondos suspiros de la sala contigua. Una última persona cerraba el círculo de la reunión. Era un hombre con amanerados movimientos y larga melena dorada, que llevaba consigo cintas de medida que arrastraban por el suelo, serpenteando en las alfombras conforme caminaba alrededor de la joven.

No existía el diálogo, dando sensación de que se trataba de un acto protocolario que no atendía a nada negociable o que diera pie a debate alguno.

Aquel hombre inspeccionaba a la hija de Grela como si fuese a experimentar con su cuerpo. Se detuvo y acercó sigiloso, colocando la cinta de metro próxima a su axila, y deslizándola hasta su muñeca. Acto seguido, en un ágil movimiento, rodeó sus pechos hasta la espalda y apretó la cinta, sobresaliendo aquellos senos vírgenes de la sábana que los continuaba guardando aún en secreto, lo que provocó un sobresalto en la joven que,

como pidiendo ayuda, miraba a su madre, la cual evitaba contacto visual alguno, manteniendo la mirada perdida entre las cortinas que reposaban tras el diván. Continuó tomando medidas de su cintura, cadera, longitud de sus piernas y grosor de su cuello. En poco más de cinco minutos había finalizado con su hacer mientras que Saifel observaba atónito la escena. El hombre del diván se alzó y con un pequeño gesto de su mano derecha hizo ademán a la señora que había entrado en primer lugar en la habitación. Esta se posó junto a él y asintió. El hombre alzó su mano izquierda y señaló la puerta que, de nuevo, por capricho del viento, permanecía entornada. Grela hizo reverencia y con ella, su hija, quien trataba de evitar un llanto que parecía irremediable, el cual sus ojos lograban resistir, pero no su tembloroso mentón.

—Comprada —dijo aquel hombre y volvió a hacer sonar la campana.

Saifel continuaba absorto observando los hechos, tratando de no perder detalle. Había oído claramente lo que él había dicho, pero no podía estar en lo cierto.

—Hace tiempo que no se venden a personas en la ciudadela, el gobernador Tiziano lo prohibió.

Aquel hombre le miró sorprendido. Si bien en un principio andaba dispuesto, una vez más, a replicar con una de esas respuestas que su afilada lengua había utilizado hasta entonces con Saifel, fue al oír que nombraba a Tiziano cuando se redimió en su desconcierto.

—Que se impida hacer público no significa que se elimine el mal. El mal existe, es inherente a la vida, sin él no existiría el bien. Esa chica ha sido vendida. Su virginidad ha sido encomendada a las manos de algún caballero al que el señorial le deba algún tipo de favor. Solo unas monedas aprovechando la austeridad y fuertes dolores de espalda de su madre fueron suficientes para ello.

—¿Cómo sabías de este sitio?

—Aún eres joven para saber de estos sitios, pero todos quienes aquí viven tienen constancia de ello. Ahora bien, si te arropas en la imposibilidad de actuar para evitarlo, tu vida es más fácil. Podrida, pero más fácil.

Saifel no podía creer que aquello sucediera a plena luz del día tras unos ventanales.

—No estaban sino comprobando el «material», y cogían medidas para las vestiduras que el enfermo con el que vaya a compartir lecho quiera que se le coloquen sobre su liviana piel. Y esto no es nada, Saifel, fíjate qué descubriste a pocos metros de casa, si siguiéramos profundizando... Pero no podrá ser.

Saltó con la misma inusitada agilidad la cornisa y ayudó a Erein con su antebrazo. Saifel siguió tras ellos.

—He de irme. Pero antes he de preguntarte algo... ¿Conoces a Tiziano? —preguntó.

Saifel sintió un escalofrío, ya que no sabía qué había tras aquella pregunta y qué debería responder. Dudó por segundos, inmóvil, en dar su respuesta, pero, en cierto modo, el retardarla hacía que el «sí» se sobreentendiera. No tenía más remedio que asentir, y así hizo.

—Mucho tiempo transcurrió de la última vez que le vi. De hecho, yo no debería estar ahora mismo en la ciudadela. Cuando le veas, dile que de nosotros depende la tormenta y que de nada sirve que se castigue.

Saifel no terminaba de comprender sus palabras.

—Tampoco es que tenga tanto trato con él —dijo Saifel sin saber hoy aún por qué mintió—. De todos modos, tendrás que decirme tu nombre para que sepa a quién encontré.

—No creo que Tiziano conozca muchos hombres sin manos. —Saifel se quedó sin saber qué decir—. Ventura tengas. Cuida de tu hermana, será preciosa, que por ello no sea desgraciada. Parto ahora, no me sigáis. Si algún día te vuelves furtivo no dudes en buscarme. Pregunta por las tierras de Fãğaraş, me hallarás a los alrededores de la Sinca Antigua.

Aquel hombre golpeó fraternalmente el hombro de Saifel, se dio media vuelta y volvió a perderse entre el tumulto del mercado. Saifel se prometió a sí mismo apuntar aquellas indicaciones en su trozo de papel que yacía junto a su cama.

—¡Hasta pronto! —respondió Erein—. ¿Qué había allí dentro? —preguntó inquieta a Saifel—. ¿Monstruos? ¿Había monstruos verdad? Tengo hambre.

Saifel se quedó a cuadros por el misterioso mensaje que le había dado el desconocido, pues debía ser algo que él y Tiziano entenderían. Forzó una sonrisa para su hermana y le pasó el brazo por el hombro, volviendo hacia el mercado para comprar algunos bollos que apaciguaran el hambre eterna que siempre vivía en Erein. Se refrescaron en la fontana vecina a donde aquel recaudador había expulsado al pintor mutilado y volvieron sobre sus pasos para llegar de nuevo a casa. No daba crédito a lo que había sucedido aquella mañana. Ni siquiera se había despedido de aquel hombre sin manos, y tampoco había tenido oportunidad de ello, pues desapareció en cuestión de segundos y ni siquiera podría haberlo perseguido. Fue como si jamás hubiese estado allí.

Si todo ello ocurría ante ellos... ¿qué pasaba? ¿Por qué se aceptaba? Si era cierto que todos lo sabían, ¿también Tiziano? ¿Acaso no fue entonces una pantomima prohibir algo que en realidad lo único que se había conseguido es que siguiera en lo clandestino y en mayor indefensión para las familias humildes que verdaderamente lo sufrían? ¿Era una cuestión de poder y quienes lo ostentaban tenían derecho sobre los devenires de los desposeídos? ¿Quizás él también estaba vendido a la suerte de lo que dispusieran los hombres que contaban con favores del señorial?

Por suerte, la inercia era suficiente para encontrar el camino a casa, ya que su mente se encontraba ocupada por todo lo acontecido. Llegando a las puertas del establo Erein echó a correr, y Saifel continuó con su paso lento, al compás de los pensamientos que iban y venían a su mente.

Eran culpables. Lo eran todos y cada uno, pero se sentía en una encrucijada. No podía vivir machacándose por todos los males que asolaran la ciudadela por culpa de tantas injusticias que él no había provocado, pero tampoco podía evadirse de ellas. Necesitaba encontrar un punto intermedio que su juventud y su rabia le impedían descubrir.

Se aseguró de que su hermana entraba a casa y saludó de lejos a su padre, el cual trataba de apaciguar a una yegua encinta. Como quien trata de no respirar bajo el agua para aguantar más tiempo, Saifel anduvo mirando fijamente el suelo hasta la morada de Tiziano para no evitar distracciones. Necesitaba llegar, pero el camino se le hacía eterno, a pesar de que podía avistar a lo lejos la casa del maestro.

—¿Hola? —dijo abriendo la puerta sin llamar.

Al entrar, un olor invadió la nariz de Saifel, un aroma que le hacía retroceder años y años atrás. Lo había tenido que oler en la infancia, pero no sabía qué podía ser. Tiziano, que tenía la puerta entornada, ni se inmutó con su llegada. Andaba migando tabaco para dejarlo secar en el zurrón que con mimo guardaba en el altillo de la despensa, y no pudo evitar una sonrisa que no podía avistar Saifel. Lo escuchaba respirar, y no era porque hubiese venido corriendo. Iba día tras día conociendo más a Saifel, y sabía en qué se traducían aquel jadeo: resignación, impotencia...

Era por ello por lo que quería que fuese al mercado: un sinnúmero de situaciones se daban allí que al ojo común serían normales, pero que al ojo humano serían bochornosas y deleznales. Pero escapaba a su conocimiento deducir qué historia traía Saifel consigo.

—Sabe maestro, no vengo enfadado, vengo con rabia.

—Entonces sé educado y dile a rabia que pase.

Saifel quedó desconcertado, con la mirada desencajada. La sonrisa frívola de Tiziano le hizo ver que solo era una broma fácil.

—Cuéntame —continuó Tiziano— qué hizo ya Erein.

—Nada, no es con ella, es con los mercaderes, con los niños que trabajan sin descanso, con los recaudadores que abusan de su poder, con los matones que secundan con violencia lo que se les ordene, el uso de personas como mercancías.

—¿Es algo que acaso descubriste hoy?

—Ciertamente no, pero sí es algo que hoy me enfureció, quizás por quien me lo hizo descubrir.

Tiziano lo miraba incrédulo, pues escapaba a saber a quién se refería. No tuvo oportunidad de preguntarle pues Saifel, más que conversar, necesitaba vomitar todo lo que traía en su cabeza.

—No sé su nombre, no quiso decírmelo, pero sí te conocía. No te sé identificar rasgo alguno de su cara, porque apenas se podía ver entre la maraña que componían su barba y su pelo, pero que tuviera ambas manos mutiladas hacen que no necesite de otro rasgo más para que puedas saber de quién te hablo...

Tiziano permanecía inmóvil.

—“De nosotros depende la tormenta, de nada sirve que se atormente” —añadió Saifel.

A Tiziano le recorrió un escalofrío por toda la columna.

—Conociste a Diurno —le respondió con ojos de sorpresa.

El silencio se impuso por segundos. Mirándose ambos, frente a frente, de pie. Saifel no sabía si había hecho mal o bien en decirlo. De ser malo, nada le había dicho aquel tal Diurno. A la vez, ambos tomaron asiento y Tiziano sirvió cerveza de trigo. Bebió su jarra de un trago y volvió a llenarla por la mitad.

—Quién es y por qué no me dijo su nombre —preguntó tímidamente Saifel.

—No era seguro que pronunciase su nombre dentro de las murallas de la ciudadela. Hace varios años que no sé de él... Es un hombre valiente, ¿cómo diste con él?

—Se encontraba sobre una alfombra, pintando arcillas y vidrios. Un recaudador le instigó a irse de allí pues un comerciante le pagó en presencia de todos con una bolsa de monedas, ya que quería hacer un poco más grande su puesto en el mercado. No opuso

resistencia física, pero tampoco obedeció al recaudador. Los guardias lo zarandearon y cuando se acabó la trifulca puse todas sus pertenencias en la alfombra para llevárselas allí donde le dejaron como un animal. Fue él quien me hizo ver lo que a mis ojos no me paraba a observar.

—Siempre tuvo una oratoria fuera de lo común. Sacaba de quicio a quien pusiera en tela de juicio sus argumentos.

—¿Por qué le mutilaron las manos?

Tiziano volvió a beber la jarra de un trago y la volvió a llenar por la mitad. No le había visto antes beber de esa manera. Quizás se debiera a que le venían a la mente recuerdos que quizás no eran del todo agradables para sí.

—¿Recuerdas cuando hablamos de la justicia? Te dije que en alguna ocasión supe de personas que perdieron cosas muy valiosas por rebatir injusticias. Bien, Diurno fue quien vino a mi mente al replicarte, pues perdió sus manos por defender a una joven en la época que yo gobernaba la ciudadela.

—¿Qué sucedió?

—Un caballero influyente con amistades próximas al señorío trató de no saldar una deuda con un pequeño comerciante al que debía dinero y tomarse la justicia por su mano asesinándolo. Diurno poseía una gran destreza en la lucha cuerpo a cuerpo y lo evitó. Aquel hombre le denunció de haber intentado robarle y matarle.

—¿Y fue suficiente con la denuncia? ¿No hubo de probarlo? —preguntó Saifel, que no daba crédito a lo que le contaba Tiziano.

—No, pues era influyente.

Tiziano fue cortante con su respuesta. Parecía que para él fuese razonable, pero el gesto de su cara mostraba todo lo contrario. Escupía sobre aquellos abusos.

—He de confesarte, Saifel, que, años más tarde, ya no siendo gobernante, tuve planes para acabar con la vida de aquel caballero, pero fue precisamente Diurno quien me detuvo por los riesgos que podía correr de ser revelado. Como gobernante no pude impedir aquella tropelía, ya que las sentencias que llegaban de los señoríos escapaban a mi poder, por ello que me dijera que no me atormentase por aquel suceso. Ahora bien, Diurno era rebelde, como yo, y sabía de todas mis peripecias contrarias a los gustos del señorío, por ello te dijo que «de nosotros depende la tormenta», era su manera de llamar a la rebelión...

Saifel se había quedado pensativo. Tiziano le acababa de reconocer, con una extraña normalidad, que premeditó acabar con la vida de alguien. No entraba a saber si su confesión se debía a la confianza que existía entre ellos o que veía justificable acabar con una vida. Pero no quería desviar la conversación que ya de por sí andaba desviada del pilar que hoy les reunía.

—Dignidad... ¿Viste dignidad en aquel mercado? —dijo Tiziano como si estuviese leyendo la mente de Saifel.

—Claro que la vi, eran trabajadores que se ganaban la vida dignamente la mayoría de los que allí se encontraban. No vi dignidad, por el contrario, en aquel recaudador que trató a Diurno como una bestia.

Tiziano frunció el ceño.

—¿Qué entiendes tú por dignidad? —preguntó a Saifel.

—Para mí la dignidad... —Se detuvo por unos segundos buscando una frase que marcara un antes y un después—. La dignidad es progresar sin tener que por ello pisar a quienes estén en torno a ti. —En la voz de Saifel podía notarse que andaba dubitativo, pero quería dar impresión de tener una opinión firme, y es que la mayoría de las veces, las preguntas más simples eran las de respuesta más compleja.

—Te refieres a ganarse la vida dignamente —añadió Tiziano.

—Mmm... Sí, así es.

—A no aprovecharte de los que están a tu alrededor.

—Exacto, eso pienso —dijo asintiendo Saifel.

—¿No se aprovecha el mercader de las necesidades de los de a su alrededor para sacarles la máxima cantidad de monedas que pueda?

—Sí, pero es parte del negocio, no se le obliga al comprador.

—¿Tú crees? Si necesito grano para alimentar a mis animales, o leche para que crezcan mis hijos, o si me hace falta madera para los oscuros días de invierno... ¿Son compras que yo elijo? Son cosas de primera necesidad y que, igualmente, entran en el negocio, ¿no crees?

—Sí, pero no sé por qué nos estamos yendo a hablar de dinero o de necesidades, cuando hablábamos de la dignidad.

—¡Enemigos número uno! —respondió alzando la voz Tiziano mientras abría los ojos sorprendido—. Si no se cubren las necesidades más básicas, desde el trabajo, como el que tienen aquellos mercaderes, como un techo, abrigo y sustento... Si eso no se tiene, Saifel, si eso no se le facilita tenerlo a la ciudadela, se les está quitando su dignidad.

—¿Y por qué el dinero va a ser enemigo de la dignidad? Se creó para hacernos la vida más fácil.

—No se creó, lo creamos. Y es algo que a diario se olvida, que lo creamos, que se hizo para servirnos, no para servirle. Sabes, siempre me dijo mi padre que respetara y despreciara el dinero simultáneamente, y es una premisa que tuve por bandera cuando administraba los impuestos de todos. No despilfarraba, pero tampoco era rácano si se trataba de algo que incumbía a todos, también a los zingaros. Ahora bien, jamás ha de entrar en las lindes de la dignidad.

—¿Se refiere a la avaricia con la que algunos utilizan el dinero?

—Me refiero a la usura, Saifel.

Este le miró perplejo mientras Tiziano continuó hablando.

—Esa palabra se la escuché por primera vez a un monje bizantino. La usura concibe como algo despreciable el cobro de algún interés. Si algún día te dejo veinte monedas de cobre, no debería pedirte que me devuelvas treinta. Aquel monje decía que con el cobro de intereses se vendía el tiempo, pues tú deberías emplear más tiempo que yo, al tener que reembolsarme una cantidad superior, y anteponer los intereses al tiempo de alguien es cuanto menos deleznable.

»Pero yo abro esa definición a todos los campos. La usura social, el hecho de realizar el bien única y expresamente por el interés en que te sea devuelto de mil maneras que planifique tu mente. También la usura política, aprovechar influencias o hacer uso del

chantajismo en una vocación que se creó para buscar el bien común. Recuerdo algo que siempre decía Diorno: creamos las cosas para ser utilizadas y las parejas crean a personas para quererlas. Todo se viene abajo cuando empezamos a querer las cosas y utilizamos a las personas. El materialismo, Saifel, va de la mano de la usura y el dinero, si no se controla, puede corroer la dignidad, ya no solo tuya, o mía, sino de la Humanidad.

—Imagine, maestro, que alguien está dispuesto a hacer algo humillante, que carezca de dignidad, a cambio de dinero. Y no me refiero a algo que quebrante normas de convivencia, me refiero a algún acto exhibicionista o vergonzoso —concretó Saifel.

—Cada una de las veces que eso pase —le respondió Tiziano— la sociedad habrá de sumarse un fracaso. De nuevo todo giraría en torno a la educación, a los valores que se hayan aprehendido desde la infancia.

—Pero no podemos evitarlo.

—He ahí la decisión de cada uno, Saifel. Podemos evitar los errores del ser humano, pero no sus imperfecciones. A veces la línea es muy delgada entre ello, lo sé, pero tratándose de algo que no afecte a nadie, sino únicamente a ti, no a la dignidad colectiva mas a la tuya interior que estás dispuesto a ensuciar por unas monedas... No es un error, es una crasa imperfección, algo que te dice mucho de aquella persona, pues si lo hace consigo mismo, no dudará en hacerlo contigo.

—Lo entiendo... Sabe, maestro, me habría gustado que Diorno hubiera estado aquí con nosotros.

—Diorno es Dignidad. Hay quien cuando lo vea, no sabiendo la historia, pensará que es un castigo merecido; quien sepa la historia, verá una injusticia gigante, pero también dignidad. Dignidad de haber defendido al débil sabiendo las consecuencias que ello podía tener. La fuerza moral, el carisma y la conciencia que asienta en su alma Diorno no puede lograrse de otro modo, ni con todas las monedas que existan. Algo tan simple y difícil a la vez de actuar en consecuencia a los principios. Y sabes qué, precisamente por esto que te digo, por ser Dignidad, se le ha impedido su vuelta a la ciudadela y poco pude hacer por él sin el velo de la clandestinidad. De hecho, una inmensa mayoría piensa que ya murió, luego créete afortunado por haberlo podido conocer..

Saifel escuchaba atento, pero no podía guardar más una pregunta que lo carcomía por dentro.

—¿De veras pensaste en matar a aquel noble? Es cierto que a mí también me entraron ganas no de matar, pero sí golpear a aquel recaudador o a alguno de aquellos matones que le acompañaban. Pero no soy capaz de imaginarle matando a alguien...

—Lo habría hecho de no detenerme Diorno. Yo podía hacer lo que a él se le estaba negado, empuñar un arma y vengar aquella injusticia. Me aseguré de que aquel caballero no tenía hijos, tampoco esposa, nadie quedaría a merced de la indefensión. Igualmente habría respondido ante la justicia, pero ella no existía por entonces en esta tierra.

Sánom se acercó poco a poco a Tiziano hasta dejar caer su mandíbula en sus piernas y, con ella, apoyar el resto de su cuerpo flexionando las patas.

—Por más que te hable de Dignidad, no te hará más que lo que viste y sentiste en tu interior: haber conocido a Diorno vale más que toda la semana venidera conversando... Si lo ves bien, daremos paso a la fe, de la que tampoco precisaremos más que hoy...

Saifel, callado, asintió.



## Capítulo Ocho: Fe

—Tengo una sorpresa para ti —le dijo Tiziano.

Aún Saifel no había terminado de asimilar las palabras que Tiziano había dedicado a Diurno cuando de repente le sorprendía de aquella manera. Ensimismado, abrió los ojos para no perder detalle de lo que fuese su maestro a mostrarle.

Se levantó Tiziano de su butaca y cerró con firmeza el altillo del ventanal, pues el frío iba recuperando su protagonismo en Gendhu Kens a pesar de que aún no había comenzado a anochecer.

Abandonó el salón y fue hacia el reverso de las escaleras, donde un pequeño portón llevaba a otra sala en la que un horno de leña ocupaba la mayor parte de la misma. El olor de infancia que antes sintió Saifel volvía con mayor intensidad. Lo había olvidado por completo y seguía sin saber qué podía ser, pero debía de estar delicioso.

—¡Sarmale<sup>9</sup>! —gritó Tiziano haciendo entrada en el salón con frondosas coles rellenas de carne picada de ternera y arroz que invadían una enorme bandeja.

Aquel plato era el plato por excelencia en la comarca cuando los festejos navideños se acercaban. Ahora todo le encajaba a Saifel. Aquel plato no perfumaba la casa de su familia desde que su madre les dejó.

—¿Qué mejor que un plato como éste para hablar de la fe? Y lo acompañaremos con vino tinto —dijo Tiziano esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

Saifel no puso impedimento y se limitó a cerrar los ojos mientras degustaba en su paladar aquel plato que le hacía retroceder a cuando era niño. Tiziano percibió lo que significaba para Saifel degustar aquel plato, no porque lo hablaran en alguna ocasión, sino por mera lógica: la cocina elaborada era tarea de mujeres en la ciudadela y con la ausencia de su madre probablemente aquellas fechas de cuando el año concluye carecían de este tipo de manjares.

A Tiziano siempre le gustó la cocina, incluso promovió que durante su gobierno las mujeres más ancianas enseñasen a hombres y mujeres la cocina ancestral de la región, pero pocos hombres, y en todo caso siempre acompañados de sus mujeres para no reconocer que pudieran tener curiosidad o ganas de aprender, acudieron a aquellas reuniones.

Saifel masticaba pausado, desmenuzándolo todo en su boca con paciencia, como si quisiese devorarlo en segundos y a la vez no se llegase jamás a vaciar el plato. Mientras tanto, Tiziano apartaba una porción para Sánom casi igual que la que había dado a Saifel y había servido para sí mismo. Aun así, seguía quedando bastante comida de sobra.

—¿Por qué no crees en Dios? —preguntó Saifel sin mirar a los ojos a su maestro, como si se tratase de una pregunta corriente que se hiciese a diario.

Si bien Tiziano no sabía cuándo interrumpir lo que casi parecía una liturgia en la mesa para Saifel, contra todo pronóstico para él, fue su discípulo quien rompió el silencio.

—Que yo sepa, nunca te hablé de mis creencias religiosas —le espetó Tiziano a la defensiva.

—Cuando hablamos sobre la Justicia, recuerdo una respuesta que me diste.

—¿Cuál? —respondió atónito, ya que siempre fue muy discreto con este aspecto, no por temor a que los demás lo supiesen, pues cuando gobernó fue vox populi entre las gentes de poder del señorío, sino por respeto a quienes creían. Probablemente podía parecer algo no del todo congruente, pero la religión era un tema demasiado íntimo para las familias de la ciudadela, y también de las afueras.

—El Hijo del Dios que me mencionaste sí.

Tiziano no pudo evitar volver a esbozar una sonrisa mientras se ayudaba con una torta de maíz para rellenar la cuchara.

—¿Luego porque dijera eso dedujiste que no creyese en Dios?

—Al hablarme «del hijo del Dios que yo mencioné» no me pareció que estuvieras nombrándole sintiéndolo tuyo, incluso algún monje de oírte puede que pensara que estabas blasfemando.

—¿Cuántos dioses hay Saifel?

—¿A qué te refieres? —Sabía que Tiziano no era amigo de que le respondieran con preguntas, pero no pudo evitarlo. En ese momento se preguntó Saifel en qué momento exactamente había empezado a tutear a Tiziano.

—Creo que es una pregunta clara. ¿Cuántos dioses existen?

—Uno —respondió sin salir del asombro de tal pregunta.

—¿Qué es la fe? —insistió Tiziano—. O déjame formularla propiamente: ¿qué es para ti la fe?

—La fe es creer en Dios —replicó convencido Saifel.

—No es así —respondió Tiziano mirando a su plato—, aunque probablemente sea la respuesta que más recibiríamos de formular esta pregunta entre las gentes de la ciudadela. La fe, como tal, es el hecho de creer en alguien o en algo. Pero debido a cómo surgió este pilar mientras conversábamos, directamente lo has enfocado a la fe religiosa. Prefiero que discutamos sobre ella y luego hablemos de la fe en su plenitud.

—¿Luego no es fe religiosa creer en Dios?

—Fe religiosa es «la certeza de lo que se espera y la convicción de lo que no se ve». Así lo enseñan los monjes en sus escritos sagrados. Tú crees concienzudamente en Dios, aunque jamás lo hayas visto, por eso te preguntaba si podías decirme si había uno o más dioses.

—Bueno, maestro, no es algo que me preocupe, por el simple hecho de que el número que haya no es lo relevante, sino su voluntad.

Sabía de un principio Tiziano que iba a ser una dura piedra este escalón, pero a diferencia de con los demás, no quería que Saifel cambiase sus creencias religiosas, no quería ser persuasivo en algo que creía íntimo en cada cual, pero sí haría todo lo posible porque entendiera que la fe trasciende más allá de su noción en la religión.

—Puede parecer un absurdo estas preguntas, como absurdo a mí me parecen ciertos aspectos en torno a las religiones.

—¿Qué otras religiones?

—Bueno, hay zíngaros nómadas con los que en ocasiones hablé y tenían diferencias religiosas respecto a las que aquí existen. Cuando les llevé ante los monjes, mientras que algunos monjes preferían no escuchar sus doctrinas sagradas, otros se mostraban muy

interesados en aprender sobre antiguas religiones procedentes de desconocidos lugares del mundo. Casualmente, aquellos más interesados son quienes más me ayudaron en aquellas actividades clandestinas que días atrás te confesé. De todos modos, igualmente, los zíngaros hablaban también de un solo dios, solo que tenía diferente nombre y que había ordenado diferentes mandamientos sobre un diferente «pueblo elegido», pero cada uno consideraba que su credo era el «verdadero» y sus dogmas tenían más parecidos que diferencias.

Saifel le escuchaba atónito pues no sabía de otras religiones.

—Aun así —prosiguió Tiziano—, no quiero que nos centremos en la religión. Te repito que la fe es el simple hecho de creer y tener confianza en algo o en alguien. Yo puedo decir que tengo fe en ti, porque confío, igual que tú en cierto modo podrías también aplicar esta noción general a tu fe religiosa, puesto que confías y crees en Dios.

—¿Y usted? ¿Confía también en Dios?

—No quiero hacerte conocedor de mis creencias en ese aspecto como tampoco voy a inculcarte otras o a confirmarte las tuyas, es algo que quiero evitar.

Aunque pareciera que le reprendía, en su interior, Tiziano estaba orgulloso de lo que veía ante sí. Aquel Saifel incisivo no era aquel de los arándanos. Era alguien tenaz, asertivo, que no escondía su afán de saber y de llegar al fondo de la cuestión que se plantease.

—Cuando me dice que tiene fe en mí, ¿en qué se basa? —De nuevo era Saifel quien tomaba la iniciativa.

—No entiendo lo que me preguntas —le respondió Tiziano.

—Se está refiriendo a mí, particularmente, o en que tiene fe en las personas.

—¡Bravo, Saifel!, ahí quería llegar. Mi fe se cierne sobre el ser humano. Es lógico que, de un modo particular, pueda tener más fe sobre quienes conozca más profundamente y sepa la bondad de su interior, o crea saberlo, pero trato de partir de tener fe en el ser humano.

—Trata...

—Exacto, trato, no ha de confundirse la ingenuidad con la que actuemos con la buena fe que apliquemos en un principio sobre desconocidos. Es innegable que hay quienes nos transmiten malas vibraciones desde el momento en que los tenemos cerca, ni siquiera precisamos de hablarles o escucharles, a veces porque caemos en el prejuicio, a veces porque incluso esa persona quiere imponer tal imagen de sí. A veces, quienes no pueden lograr hacer valer su presencia por su carisma o su capacidad innata de liderazgo lo tratan de hacer infundiendo, indirectamente, temor sobre su entorno.

—Y si me dice que tiene fe en el ser humano —prosiguió Saifel—, ¿también la tiene sobre quienes con el temor, miedo, pánico..., como quiera llamarlo, quieren imponerse sobre los demás?

—Es algo complejo, Saifel, pero apostararía a que puede reconducirse en la mayoría de esos sujetos su conducta.

—Yo no lo creo, maestro, los hay que nacen con una maldad innata.

—Innata... ¿Crees entonces que hay hombres malos o buenos por naturaleza?

—Creo que sí.

—Sabes, Saifel, innatas existen muy pocas cosas en el ser humano y la bondad o la malicia no están entre ellas. El color de piel, nacer ciegos, sordomudos, con alguna deformación, todo ello será innato porque viene dado al nacer, pero es una incongruencia hablar de que la maldad puede ser innata en el ser humano cuando conocemos hombres y mujeres de una bondad infinita y por desgracia, viceversa. Con la ridícula cantidad de una sola persona en toda la humanidad, se resquebraja y desbarata ese razonamiento.

—¿Y el qué los lleva a hacer el bien o a hacer el mal? Porque podríamos recurrir a la Educación, pero partiendo de cuando llevan pocos años en vida, ¿cuántos niños reciben unos criterios morales y valores éticos de sus padres y sin embargo no dudan en golpear a otros niños, torturar a animales o jugar con fuego?

—Es verdad que la educación no lo es todo Saifel, como también es cierto que lo es casi todo. Hay quienes disfrutan con el dolor y la desgracia ajena viendo sufrir al vecino. Hay quienes prefieren quitarse un bien para sí por dárselo a otra persona incluso siendo desconocida. A lo que quiero que entiendas es que el hecho de tener fe en el ser humano no ha de radicar en casos particulares, en erradicarla de nuestras mentes por el hecho de que sepamos que hay malicia en muchas personas de este mundo.

—Tener fe en el ser humano, aunque sepamos que no todos la merecen —concluyó Saifel.

—Así es, Saifel, y dejar a un lado todo tipo de generalizaciones. El hombre no es malo por naturaleza, como tampoco es bueno, pero si hemos de apostar entre tener fe en el ser humano o no tenerla, yo apuesto por lo primero.

—Maestro, yo apuesto por lo segundo, prefiero que ganen mi confianza y tras ello tener fe en aquellas personas que la merecen.

—En tal caso, habrás de ser muy sensato en tus pensamientos, pues los prejuicios pueden provocar que tu trinchera frente a quienes no conozcas se convierta en un muro insalvable para personas que realmente posean buena voluntad.

—Esa batalla es diaria en mi mente, sé que los prejuicios me suceden. Sé que no soy justo con los zingaros, pero es algo que desde pequeño me infundó mi padre. Sé que a veces no he de actuar de la manera que actúo, pero aun así actúo...

Tiziano se dirigió hacia la despensa y trajo consigo una jarra de arcilla, llenó dos jarras de cerveza de trigo e hizo además de brindar a Saifel.

—No será justo con el resto de las personas quien no sepa dejar a un lado prejuicios y descubrir sin errores el interior de quienes le rodeen, quien no sea capaz de indagar sobre los demás, solo será justo quien no se acomode y se incomode en intentarlo. Ocurre lo mismo con quienes se castigan diciendo que son ignorantes porque no saben. No es ignorante quien no sabe, sino quien pudiendo saber no quiere.

Tiziano alzó su jarra. Saifel lo imitó. Se miraron a los ojos, no pudieron evitar esbozar una sonrisa y brindaron con violencia, como acostumbraban en las casas de la ciudadela cuando algo celebraban.

No habían acordado nada, no habían determinado cómo acabarían aquellos siete pilares, aquellos siete escollos que juntos habían atravesado. Pero habían llegado a aquel punto impensable un tiempo atrás.

—Brindo por este momento, Saifel.

Tiziano rescató de su chaqueta aquel papiro amarillento que conservó consigo cuando mostró los pilares a Saifel. Lo puso sobre la mesa y cogió un cuchillo. Sujetándolo con su mano derecha, cerró su mano izquierda y se hizo una pequeña herida en la palma de su mano, dejando caer unas gotas sobre el papiro. Limpió con una servilleta la sierra y se lo pasó a Saifel. Este hizo lo mismo en su mano zurda, derramando gotas de su sangre sobre la hoja.

Se dieron ambos la mano, y Tiziano cogió la lista, la arrugó y la lanzó al fuego.

Habían cerrado un pacto de sabiduría con mente y sangre. Vieron cómo crepitaba y crujía con las llamas que lo iban devorando.

—Maestro...

—Ya no puedes decirme maestro. Llámame Tiziano.

Saifel se quedó sorprendido ante tales palabras.

—¿Es que aquí acabó todo? —preguntó.

—Aquí empezó todo, Saifel. Ven mañana al mediodía. Tengo una misión para ti. Hazme también el favor de encontrarte con Cabana y pedirle que mañana venga contigo. Que traiga la carreta, arcones y bestias. Puedes marchar, te espero al amanecer.

Un escalofrío recorrió a Saifel.

Intriga, miedo y nerviosismo fueron las tres sensaciones que provocaron calambres por todas sus fibras. Acarició rudamente a Sánom y salió de casa.

A los pocos segundos, cuando no llevaba ni veinte pasos, una lluvia torrencial comenzó a caer. Ralentizó el paso, quería notar la lluvia sobre sus hombros. Vio una vela en un candil a las puertas de una casa, luchando por sobrevivir a las gotas que lograban colarse en su habitáculo. Así se sentía, como aquella vela. Tenía sensación de un buen presagio, como aquella llama, pero por momentos le venían también malos, como aquellas gotas que trataban de apagarla. Cerró sus ojos y siguió caminando, no los necesitaba para recordar cómo llegar. «Ojalá, para volver a casa, fuera tan fácil siempre como simplemente andar y cerrar los ojos».

Y con ese pensamiento fue lentamente arrastrando los pies hasta su morada.

Acto seguido, y por primera vez con la luz del día como testigo, Tiziano rebuscó en su librería y cogió un papiro en el que a la luz de tres velas se dispuso a escribir en esta ocasión para, de momento, darle fin.

## Capítulo Nueve: Enigma

La noche llegó antes de cuando acostumbraba a presentarse cada día. El rocío bañaba las tejas y solo una colilla era la luz que se podía observar. La solapa del abrigo le dejaba prácticamente camuflado mientras se fumaba aquel cigarro. Sánom, pausado, permanecía sentado junto a él como quien espera una orden.

¿Habría valido la pena? ¿Habría entendido realmente lo que se trataba de conseguir con estos Pilares? ¿Soportaría sobre sus hombros aquello que le iba a ser encomendado? ¿Estaría dispuesto?

Tiziano se sentía egoísta, pero no era momento para la autocrítica. Apagó el cigarro y entró de nuevo escoltado por Sánom. Había de dejar todo preparado para el siguiente anochecer. Necesitaría un par de arcones, pues con el suyo no le alcanzaba para empaquetar todas sus pertenencias. De hecho, aún quedaban más cosas suyas que llevar en el sótano de la casa de sus padres.

Honestamente, no sabía por dónde empezar. Sentía la mente dividida en cientos de pedazos. Quería organizarse y a la vez no podía dejar de pensar en el chico que ya era hombre. También le tentaba irse a dormir y con el amanecer ponerse manos a la obra. Miraba a Sánom, recostado, que a su vez lo observaba con los ojos cansados.

Toda la noche necesitó para recoger sus enseres, libros, artilugios y apilarlos con cierto orden. Dejó multitud de cosas que no creyó útiles, pero ni uno solo de sus libros abandonó en las estanterías de la buhardilla. Tampoco nada que le recordase a De Rais quedó fuera del arcón y de los baúles de madera que pudo encontrar en el armario de la habitación del horno de leña. Aun así, seguiría necesitando de los arcones que su hermano traería al amanecer.

Exhausto, fue hasta su lecho. Allí hizo un silbido que Sánom recibía desde cachorro, el cual le hizo levantarse cual muelle y sin pensárselo saltar sobre la cama para dormir con su amo. Los acontecimientos iban avanzando, incesables, inexpugnables, pero pequeños detalles como aquel hacían volver años al pasado sin manera de poder ser impedido.

El sol llegó sin que le esperasen, tras varias mañanas en las que se hacía de día, pero sin mostrarse en todo su esplendor. Tiziano lo notó en su rostro. Le resultaba agradable sentir la leve sensación de calor que los rayos en la lejanía le concedían al despertar. Ya alejado del sueño y consciente de que había llegado el día, sonrió. Sánom, apaisado sobre su regazo, le había dormido ambas piernas. Se repuso y lo agarró del lomo, apartándolo como pudo. Aún no terminaba de entender cómo la cama no había cedido al peso de ambos.

Tras los minutos que sus piernas necesitaron salió fuera de casa en dirección al pozo común, del que sacaría un cubo para, literalmente, echárselo sobre la cabeza. Cualquier muesca de sudor que pudiera haber surgido tras la luz del sol reflejada en su cara se había desvanecido. La gélida agua del pozo le había cubierto la cara con su empapada melena que, con un brusco movimiento de cuello devolvió a su sitio.

En la ciudadela la mañana amanecía tranquila. Los días a veces le llegaron a aterrorizar tras la conclusión de su gobierno, unos días que parecían repeticiones monótonas y apáticas del mismo día, una y otra vez, presos de la contemplación y de la aceptación tácita de lo establecido. Las gentes eran felices así, y en ocasiones lo comprendía

totalmente, a la vez que en otras no solo no lo entendía, sino que lo consideraba intolerable. Pero aquella mañana, aunque todo siguiera igual, sabía que podría cambiar todo aunque todo continuase del mismo modo. Hoy podría plantarse una nueva semilla.

Volvió a casa y subió a la planta de arriba. Entre aquel laberinto de libros llegó a una polvorienta caja de roble del tamaño de su palmo y la llevó a la planta de abajo. Entre los libros del pequeño estante que presidía la sala de estar extrajo una serie de papiros. Podía distinguirse una serie de hojas garabateadas para, finalmente, resaltar sobre los demás uno, perfectamente caligrafiado.

Aquellos papiros contenían todos y cada uno de los deseos, impulsos, desenfrenos, instintos y gritos en silencio que Tiziano había sentido tras las primeras noches de cada pilar. Solo aquel que había escrito aquella tarde sería el que llegase a manos de Saifel, que no era sino una recopilación concatenada de todo lo que habría de saber su discípulo en unas horas.

No había siquiera llegado a respirar para releerlo cuando un golpe abrió su puerta en seco, asustando a Sánom. No era otro sino su hermano.

—Nunca aprenderás a llamar a la puerta, Cabana —dijo mientras se acercaba a abrazarle.

—¡Son costumbres antiguas, hermano! Tienes tanto que aprender... —le respondió mofándose—. Saifel me dijo que precisabas de arcones. Traje cuatro y tres de mis mejores bueyes de arrastre.

—Será suficiente. Sube conmigo y ayúdame a bajar lo que resta...

Cargaron todo el carruaje hasta dejar la casa prácticamente vacía. Trabajar codo con codo con su hermano le recordaba tiempos de infancia, cuando juntos ayudaban a su padre en el molino o cuando adolescentes echaban una mano a gentes de las afueras en épocas de recogida de arándanos. A pesar de los años, mantenían trabajando una compenetración similar a la que se logra teniendo por años la misma pareja de baile.

—¿Dónde te mudas?

Tiziano le puso las manos a los hombros y mirándole fijamente le brindó una pícaro sonrisa.

—Al resguardo del tilo rojo.

Cabana le miró como si hablase una lengua desconocida.

—Me acompañarás y verás dónde es... —prosiguió Tiziano—, ¿y Saifel?

—Aquí estoy.

Ambos se sobresaltaron. Allí estaba apoyado en el carruaje, con una mirada desafiante, como quien ya sabía que no le esperaban.

—¿También le enseñaste técnicas de sigilo? —dijo Cabana.

—Más o menos hermano... más o menos. —bromeó.

Entre los tres terminaron la mudanza y llenaron el carruaje. Intentaron que todo cupiese, pero finalmente harían falta dos portes.

—Olvidé las cadenas hermano, he de volver a las afueras a por ellas. Volveré lo antes posible.

—Aquí te espero, Cabana.

Quedaron de nuevo a solas maestro y discípulo. Saifel no había vuelto a hablar desde

que les hiciese testigos de su presencia.

—¿Dormiste bien? —le preguntó Tiziano para romper el hielo.

—No dormí, pero me noto con las mismas energías de haber dormido por medio día.

—Sé lo que es vivir esa sensación. Una vez...

—Tiziano, muéstrame mi misión —dijo interrumpiéndole.

Tiziano enmudeció y, sorprendido por su irreverente tenacidad, obedeció y se dirigió con él hacia la puerta de casa. Entró y exhortó a Saifel a que tomara asiento.

Frente a él, se dispuso por última vez a releerlo, pero prefirió dárselo en sus manos y que él lo leyese en silencio. Al tendérselo para que lo cogiera, Saifel dudó, nervioso. Quería cogerlo, pero el extraño miedo a lo que tanto se desea le envolvía. Tiziano le miró fijamente y aquella sensación se evaporó, y lo tomó en sus manos...



«A las enseñanzas que yo recibí le siguieron sus pasos las que yo te di.

A los pilares les siguieron debates primero conmigo, a viva voz, y por las noches a solas contigo, en silencio.

A los debates les siguieron vivencias, les acompañaron hechos que siempre estuvieron pero al principio no alcanzabas a ver.

Los hechos despertaron conciencias, ablandaron tu alma con ternura y endurecieron tus puños con furia. Los hechos te dieron testimonios de desigualdades e injusticias y te crearon al fin la sed.

A la sed prosiguió el ansia de saber, la eterna ansia, fuente inagotable que jamás acaba por saciar a quien la prueba, pues nunca se termina de colmar.

De todo ello fructificó el conocimiento y nada es el conocimiento sin la experiencia si no afrontamos lo que decimos saber. Porque solo así lo que sabemos será conocido, y solo así la sabiduría y el conocimiento se harán uno, intrínseco, magno, verdadero.

Abrazando sabiduría y conocimiento, experiencia de lo vivido en tus entrañas y testigo de lo vivido en las de otros, todo habrá valido la pena.

Abrazando todo lo que te cuento y lo que he de callar por desconocer, abrazándolo, volverás.

Al resguardo del tilo rojo, volverás».

Saifel necesitó leerlo dos veces.

—¿Cómo viviré los Pilares?

—Quiero que hagas lo que hoy por mi edad me está negado. Quiero que salgas de estas murallas y viajes a lugares recónditos, desconocidos. Saifel, cuando De Rais me dijo en su lecho que no quiso corromperme con la Historia, sufrí una crisis existencial que hoy aún no he superado, sino que aprendí a convivir con ella. Me di cuenta que sabía de tantas cosas que en realidad de ninguna de ellas podía llegar al fondo si no sabía de los antepasados del ser humano. No sabía si mis razonamientos ya existieron antes con la certeza que yo los pudiera creer alcanzar. Tampoco nadie me empujó a esta misión que hoy te encomiendo.

—¿Quiere que viaje? ¿Adónde?

—Fuera de estas murallas, el lugar y el tiempo carecen de importancia. Recuerda aquella mañana con Diurno, no necesitaste de ningún trazado para descubrir injusticias, para ver cómo dignidad, justicia o libertad se enfrentan ante los males que nos asolan. La misión no es un lugar al que ir, sino al que volver, y el tiempo, el invencible elemento que derrama ríos eternos, créeme que sabrás dilucidar cuándo ha llegado.

Un frío gigante recorrió a Saifel, un frío que no recordaba haber sentido antes.

—¿Estás bien Saifel?

—Lo estoy —mintió sin levantar la vista mientras tragaba saliva con dificultad—. Lo estoy y lo acepto.

Clavó sus ojos en los de Tiziano y este le hizo ademán de que levantase. Entraron a la sala del horno de leña y allí había un pequeño macuto que puso en los brazos de Saifel.

—Una manta, un martillo, clavos, una cantimplora de tuica, otra de agua, cerillas, una navaja, un machete y setenta monedas de oro.

Saifel quedó boquiabierto. Su padre, teniendo un buen trabajo cuidando caballos, ganaba una media de cuatrocientas monedas de cobre, unas cuatro monedas de oro al mes, y Tiziano le estaba brindando el dinero que tardaría años en poder ahorrar. Quizás Grela jamás llegase a poder ahorrar tantas monedas juntas. O quizás para ello exhibió a su hija.

—No necesitarás más.

—Me imagino, ¿cuándo parto?

—Hoy.

—No avisé en casa —dijo temeroso.

—Tu padre lo sabe desde el primer día en que Cabana trabajó para él.

Saifel no daba crédito a que su padre jamás le hubiese dicho o siquiera insinuado algo. Por otro lado, no solían hablar demasiado, luego tampoco le tuvo que ser difícil ocultárselo.

—No te lo dijo porque prometió no hacerlo.

Tiziano le había leído a la perfección su mirada.

—¿Y mis hermanas?

—Ve y despídete, pero te recomiendo que salgas antes de que el sol deje el día.

Saifel había captado todas las instrucciones. Cogió el macuto y echó a caminar hacia casa de su familia.

Antes de que llegase a amanecer, cuando salió rumbo a casa de Tiziano, sabía que fuere lo que fuere le trastocaría su vida. No obstante, jamás pensó que fuese algo tan impreciso. No le llegaban a temblar físicamente las piernas, pero tenía la misma sensación en sus carnes. Tiziano le había agarrado fuerte de los hombros y le dio la vuelta. Mirándole, le dijo unas palabras que no olvidaría: «Trata de ver lo que los demás no vean. Lo que los demás no quieran ver, decidan no ver, por temor, conformismo o pereza. Trata de ver el mundo de forma nueva cada día, y no olvides que te llamarán soñador los que más dormidos están. Y ahora, parte con los Pilares grabados en tu mente».

No hubo abrazo, ni otro apretón de manos. Saifel asintió y siguió con paso firme. Su paso era lo único decidido en aquel joven que se enfrentaría a situaciones que desconocía por completo. Anduvo marcial hasta casa y llegó en apenas una treintena de suspiros. Sentía que ni necesitaba respirar debido a la adrenalina que su cuerpo estaba produciendo. Su padre le esperaba en la puerta de casa, junto a sus hermanas.

—Ya les expliqué, despídete.

Saifel no entendía por qué su padre había aceptado algo así y tampoco sabía qué había dicho a sus hermanas, porque mientras la pequeña Erein lloraba desconsolada agarrándose a su pierna, Oriosar, disgustada, pataleaba porque ella también quería ir.

Pero la despedida tuvo que esperar con los vivos: entró en casa y se detuvo ante el retrato de su madre que apenas unas horas antes había besado en los labios posando su dedo índice y corazón, como cada mañana desde que les dejó. No sabía cuándo lo volvería a ver, ni siquiera si lo volvería a ver. Jamás había pasado un solo día sin besar aquel cuadro. Por última vez, volvió a impregnar sus labios en sus dedos para posarlos en los de su madre. Los apretó con ternura y salió de casa, dando un abrazo a cada uno.

Después de unos segundos de desconcierto por no saber qué dirección tomar, se inclinó por no decidir puerta alguna, sino que comenzó a andar. A fin de cuentas, qué le importaba tomar una u otra salida de la ciudadela, si su camino solamente tenía la vuelta decidida. La ida era un amplio firmamento nublado de incertidumbres y presagios, malos y buenos, cambiantes como su acelerada respiración. Eran muchas las preguntas que se le agolpaban en la cabeza y el querer no olvidar ni una sola de las palabras de Tiziano al despedirse, no releer el mensaje hasta que saliese de las murallas para evitar que la congoja fuese en aumento, no pensar en su madre, en Erein, no arrepentirse de esta locura que tanto habría querido que ocurriese cuando ni siquiera conocía a Tiziano...

No se había cruzado a nadie conocido en todo su recorrido por las calles. De hecho, apenas se había cruzado gente. La mañana siempre era la parte más tranquila del día en las primaveras de Gendhu Kens, siempre y cuando no te acercases al mercado. Saifel continuaba con una eterna disputa de querer dejar su mente en blanco, pero el mero hecho de esforzarse en que así fuese le hacía agrandar el torbellino que su mente no podía detener. Se dio por vencido y continuó repitiendo el diálogo que habían sostenido al decirse adiós, esta vez en voz alta, cuando sintió un fuerte escalofrío que le hizo dejar de andar. Esa sacudida ya la había sentido conversando con Tiziano, incluso él lo notó y le preguntó si se encontraba bien. Pero ¿qué fue lo que le hizo sentir así? Trataba de recordarlo y sabía que merodeaba por su pensamiento, mas era incapaz de agarrarlo y dilucidarlo.

«El tiempo, el invencible elemento que derrama ríos eternos».

Decidió consigo mismo que no se detendría hasta atravesar las murallas de la ciudadela. Entonces, solo entonces, se permitiría quedar sobre sus pies, coger profundamente aire y reflexionar. Esa introspección se le antojaba necesaria y, con la misma desesperación de quien va a perder un barco que ve a lo lejos a punto de zarpar, corrió hacia el arco de la puerta este.

Al dejar las murallas a sus espaldas, aun cegado por su confusión, miró al frente y avistó pequeñas colinas, resguardadas por los Cárpatos, y cuando se quiso dar cuenta se encontraba al borde del arroyo.

Ya allí ni siquiera fue leal consigo mismo y traicionó sus deseos de darse unos minutos para mediar. Observando aquel paisaje percibió un olor que sacudió su mente. Sintió una fragancia que lo remontaba a un tiempo no excesivamente lejano. Aquella esencia de la tierra que caprichosamente el riachuelo humedecía constantemente por más que algunos rayos de Sol intentaran secarla cada mañana.

El olor a tierra mojada, a piedras húmedas y musgo fresco no era algo novedoso para él, pues era uno de los perfumes más comunes en la ciudadela en torno a las zanjas y las acequias, así como junto a los pozos y pequeñas fontanas de la plaza principal.

Pero aquella tierra, aquellas ráfagas entremezcladas..., aquello se antojaba diferente, quizás porque era agua pura que desde los recónditos Cárpatos surcaba incansable, quizás por las plantas que allí crecían... no lo sabía, pero sí sabía que lo había percibido antes, como también recordó en qué momento ocurrió: había cruzado aquellas murallas usando esa puerta tiempo atrás, había cruzado aquellas murallas tras las huellas de Tiziano, había...

Era él quien le había encargado una misión, una misión de recorrer, viajar, sin predicción de tiempo ni de lugar, sin mapa ni indicación, plazo o enigma...

Tiziano le había desafiado a llevar a cabo una Travesía, aquello que el espejo revelaba sobre el tapiz, aquello que él descubrió que Tiziano pudo pasar por alto, cosa que casi descartaba conociéndole, o que en tal caso se debiese a que ni siquiera sabía de su existencia.

... La Travesía... ¿cómo unirlo? ¿Cómo habría de encadenarlo? ¿Y si era todo conjeturas tuyas y realmente no había ninguna conexión entre ambos? ¿Y si De Rais se refería a otro suceso? Quizás ni De Rais tenía constancia de ello y era un mensaje oculto que él tampoco resolvió por desconocimiento. Por un momento se sintió culpable por, quizás, estar subestimando su inteligencia.

## *La* **Travesía**

Al fin y al cabo, conocía solo a De Rais por lo que Tiziano hablaba de él, pero cuando este lo mencionaba lo hacía endiosándolo, luego tampoco podía creerlo literalmente, ya que probablemente de conocer Tiziano los errores y defectos del que fue su maestro no se molestaría en hacérselos llegar a sus oídos...

Recordó de nuevo, como un rayo que colisionaba con su mente, aquel instante en el que Tiziano, espontáneamente, dijo durante su despedida aquellas palabras con las que describió al reloj líquido en antaño, pero en otro contexto...

Un deseo irrefrenable de acudir al lago le invadió. Estaba seguro de que ya Tiziano no

seguiría sus pasos, luego no tenía por qué temer que lo descubriese merodeando sin saber darle justificación alguna. En segundo lugar, Tiziano los enterró y sería necesario que enfermara de locura si algún día volviese para desenterrarlo y así corroborar que allí proseguían. Estaba convencido de que quería ir y volverlos a tener en sus manos, pero se encontraba indeciso...

Aquella indecisión no era existencial, sino que giraba en torno a recordar la senda que tomó Tiziano cuando fueron juntos. Por un lado, primero acudieron a por aquella caja que guardaba en su caverna, la cual se encontraba en dirección opuesta a la del lago. Por otro, no mostró toda la atención que debió haber mostrado. Realmente, no se culpaba porque desde pequeño su orientación era nula y de ir guiado por alguien jamás prestaba atención: de un modo innato, seguía a quien fuese. Aquello le recordó a cuando en la infancia se perdía en el mercado con su madre y ella le reprendía por ser tan despistado. Hoy, y no entonces, entendía por qué le reprendía.

Era incapaz de recordar la travesía que realizaron aquella mañana, así que lo único que podía hacer era adentrarse en el bosque y tratar de recordar paisajes que vio. Sabía que era una locura, pero también lo era la misión que le habían encomendado. Sentía la necesidad de dar de nuevo con aquellos artilugios, de desenterrarlos y ver una vez más la realidad desde aquel extraño cristal.

Anudó de nuevo su alforja, asegurándose de que, si se perdiese, al menos podría sobrevivir desamparado entre las marañas de la naturaleza. Las montañas, los desfiladeros que le invitaban a que los recorriese... Todo era demasiado homogéneo. Fue virando hacia la derecha del paisaje, recordando un pequeño surco pedregoso que yacía perpendicular al arroyo y comenzó una senda que le resultaba familiar. Tenía las hayas a su derecha y el camino se hacía paulatinamente cuesta arriba. No estaba seguro de que aquel camino fuese exactamente el que tomaron, pero el paisaje sí le resultaba el mismo. Nada lograba si continuaba dándole vueltas a ello, estaba seguro que llegaría porque aquel lago era enorme y de no encontrarlo velozmente tenía la esperanza de al menos avistarlo a lo lejos, pues no llegaría tan lejos como para dejar aquellas montañas que lo rodeaban a sus espaldas y entonces ser incapaz de poder dar con él.

Ya no recordaba las dificultades de aquel sendero, lo angosto de su trayecto y lo frío de su entorno. «Quizás podría haberlo dejado para el final del viaje», se dijo a sí mismo, pero por otro lado sabía que habría estado fuere donde fuere con aquel remordimiento perenne de no haber hecho a tiempo lo que quiso.

El cielo se encontraba completamente azul. Ninguna nube quiso acudir a tan extraño día en la vida de Saifel. Prosiguió esquivando obstáculos mientras azarosos calambres le colapsaban el cráneo. Se sentía como si no debiera estar allí, pero a la vez sentía que realmente necesitaba estar allí, necesitaba llegar al habitáculo de De Rais, necesitaba rescatar los objetos, y al diablo quien lo considerara profanar, no podía ser una profanación algo así. Menos, tratándose del mausoleo de un hombre que apostó por la búsqueda eterna del conocimiento.

Se cargó de valor y se ayudó de la pared del desfiladero para poder atravesar ciertos pasajes del camino. Definitivamente, no había tomado nunca antes aquel sendero, pero avistó a lo lejos el magenta amargo que caracterizaban a las zarzas que encontró en aquella

ocasión. Continuó en aquella dirección, pues sabía que aquellas le estaban mostrando el camino correcto. Nunca antes las vio hasta que no acudieron al lago, luego debía ser aquello el parámetro que le estaba demostrando que estaba en lo cierto y que aquella era la senda. No cejó en su insistencia y continuó caminando sin importarle los obstáculos que pudiese encontrar. Las zarzas puntiagudas y retorcidas le estaban sirviendo de guía. No pensaba en otra cosa y no atendía a más indicaciones o recuerdos que pudiera evocarle el paisaje, embaucado por la idea de creer que había resuelto el problema. Aquellas retahílas de la naturaleza se encontraban cada vez más próximas, iba a poder incluso palparlas en segundos, cuando de repente el frío se apoderó de su cuerpo. Saifel se precipitó al vacío por unos metros y observó con pánico las zarzas que le iban rasgando sus vestiduras y le dejaban arañazos allá por donde le raspaban.

No sabía qué había pasado. De estar mirando con detenimiento el cielo y las zarzas, había pasado a solamente poder observar sus manos ensangrentadas, en un recoveco caprichoso de las zarzas que había amortiguado su golpe y había evitado que la caída fuese a mayores. Algo acudió a su mente como un recuerdo hecho imagen.

Aquel tablón viejo, astillado, primitivo, que por un lado le hacía recordar que definitivamente estaba en el camino idóneo, y por otro le avisaba de que allí podría acabar si lo pasaba por alto... Recordaba un maderal que avisaba aquel vacío en el sendero, pero su entusiasmo al haber reconocido aquellas zarzas desde a lo lejos le hicieron no prestar más atención a su entorno.

Con los ropajes rasgados a la altura de las costillas y los antebrazos con pequeñas magulladuras, se encontraba rodeado de zarzas que puntiagudas impedían incluso a la luz del día entrar con notoriedad. Mirando hacia el cielo no podía entender cómo había llegado hasta ahí y no se había apenas hecho daño. Chequeó su cuerpo, buscando alguna profunda herida que por profunda que fuese su cuerpo había anestesiado el dolor. En efecto, dentro del infortunio, la suerte había estado de su lado por esta vez. Intentó erróneamente colocar sus manos en las zarzas para impulsarse, pero era imposible realizarlo sin clavar sus manos en aquel monstruo de la naturaleza. Rebuscó en su alforja qué podría usar de barrera de resistencia entre sus manos y las zarzas, pero la búsqueda fue también en vano.

Por un momento se quedó en silencio y escuchando los sonidos que le rodeaban se dio cuenta de que el bosque estaba lleno de vida. Aún entre zarzas se percibían infinidad de pájaros y el viento creaba corrientes que simulaban obuses zigzagueando entre las copas de los árboles.

Intentó moverse y se dio cuenta de que la capucha estaba enganchada a una zarza, la cual cerca estuvo de poder hacerle algo serio en su nuca de haber mirado hacia el cielo con brusquedad. Consiguió deshacerse de aquella amenaza con ambas manos cuando de repente algo frío y áspero sujetó su mano izquierda. Intentó soltarse pero tampoco contaba con suficiente espacio para oponerse a lo que quiera que fuese. Tiró de él hacia arriba y lo sacó de cuajo de nuevo hacia la superficie. Saifel, desconcertado, miraba con detenimiento la cara de quien le acababa de rescatar.

—Eres...

—Sófolen —respondió aquel hombre con fuerza.

No recordaba haber tenido jamás una conversación con un zíngaro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó asustado mientras trataba de quitarse el polvo y las pequeñas púas que su alforja y las vestiduras se habían llevado consigo.

—Podría preguntarte lo mismo, esto es territorio de forajidos, forasteros y furtivos. Es más, yo soy quien tendría que preguntarte a ti.

—No tengo por qué responder a ello, estas lindes no pertenecen a nadie, luego ante nadie he de justificarme.

—Fíjate, conoces tus derechos de a qué y ante quién responder o no libremente, pero tienes la indecencia de preguntármelo a mí. Si tratas de esquivar el darme una respuesta concreta, estás perdiendo el tiempo.

El desconcierto iba en aumento.

—¿Cómo?

—Vaya, igual ahora sería yo quien no tendría que repetirme mis palabras porque soy libre en estas lindes, ¿no?

Saifel se sentía perdido, como si de aquella conversación recordase el inicio de la misma y las últimas frases, pero cuando transcurrió lo más importante él hubiera estado ausente.

—No tengo tiempo que perder. Gracias por tu ayuda —le espetó Saifel.

Continuó caminando a la vez que se acercaba a donde estaba Sófolen. Tenía el presentimiento de que este le detendría, pero al contrario, se apartó con suma educación, con unos movimientos propios de alguien de alta alcurnia.

Sentía cierto remordimiento por la brusca respuesta que le había dado. En cierto modo, la influencia de tantos años de ver a los zingaros como una especie inferior había dejado vestigios en su alma, aunque el estudio de los Pilares le hubiese arrancado buena parte de aquella mentalidad primitiva.

Llevaba diez pasos cuando un agudo berrido le hizo detenerse. Miró hacia atrás y trató de localizar de dónde provenía. Había de ser un animal común pues no era la primera vez que lo escuchaba. Se giró y oyó de nuevo el desagradable graznido. Se dio la vuelta y clavó sus ojos en Sófolen. Este, frívolamente, le devolvió la mirada con una sonrisa.

Desde el momento en que Sófolen le había rescatado, todo era extraño, inconexo.

—Extraños animales hay por aquí, ¿verdad?

Un flash vino a la mente de Saifel, un recuerdo fugaz que le hacía tratar de recordar dónde había escuchado aquel grito. El rostro del zingaro se ensombreció y se puso un sombrero alón que guardaba en una alforja.

—Sé adónde vas, no ibais solos cuando Tiziano te mostró el lago.

Saifel se quedó mudo. No sabía qué decir o siquiera si moverse o no. Era irreprochable por parte de Saifel decirle cualquier cosa, pues aquellas tierras salvajes de furtivos no pertenecían a nadie.

—¿Por qué nos seguiste?

—Bueno, no tengo una razón culmen. Conocía a Tiziano desde que gobernó la ciudadela y fue el único que tuvo medidas positivas a nosotros y nuestros niños. Cuando se acercó a mí contigo, no temí en absoluto que se acercase y pude ver en sus ojos que él también recordaba mi rostro. Más adelante, vi que salíais de la ciudadela por aquella puerta que raramente usan los habitantes de la ciudadela. Yo siempre duermo en torno allí, ya

que si alguien me trata de atacar yo les amenazo con el río que tanto temen. Os dirigisteis al lago y os seguí por curiosidad. Vi que enterrasteis unos artilugios. Me acerqué cuando os fuisteis para averiguar qué ocultabais. Al ver que era un mausoleo a un muerto, no atravesé la verja. Días después te volví a seguir, esta vez ibas acompañado de una niña pequeña de bello rostro, tu astucia ganó a mi sigilo y tapé mi cara para que no me reconocieses.

—Saifel escuchaba ensimismado.

—¿Y ahora, de nuevo me seguías?

—De nuevo saliste por aquella puerta, llevo años viviendo aquí en este lateral de la fortaleza. Aquí estoy seguro.

—Cualquiera está aquí seguro —le reprochó arrogante Saifel.

—No quieras descubrirlo —le replicó desafiante Sófolen.

De nuevo Saifel se sentía superado dialécticamente. Sófolen avanzó hacia él y echaron a andar uno tras otro. Esto no entraba en sus planes, de hecho, no tenía ningún plan. ¿Por qué estaría acompañándole? ¿Qué intenciones tendría? Los perjuicios le punzaban sus conjeturas, tratando de guiarlo hacia el tenebroso sendero de los malos pensamientos, esos que le susurraban que solo querría hacerse con los artilugios para llevarlos a los mercaderes de estraperlo.

—Está bien. Acompáñame si es lo que quieres, pero solo hasta el lago.

—¿Tienes miedo? —le preguntó acto seguido el zíngaro.

Saifel no entendía bien la pregunta. Trataba de mirar a Sófolen para responderle, pero el camino cada vez se hacía más estrecho y angosto bajo el manto imponente de las montañas que les vigilaban.

—Lo tendría de ser de noche, pero hay suficiente luz, y tampoco pueden pillarme por sorpresa —respondió Saifel descontento consigo mismo por el simplismo de su respuesta.

Los árboles que se mostraban anclados a su derecha convertían al precipicio en una maraña indescifrable de la naturaleza, y el hecho de avistar las asombrosas hayas hacía presumir que el lago se encontraba cerca.

—No me refería al bosque.

—¿Entonces?

—¿Me temes?

Saifel sintió un nudo en el estómago.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó tragando saliva.

—Bueno, si no estoy equivocado, jamás has tenido contacto con un zíngaro, y lo tienes detrás de ti. Dime, ¿tienes miedo? ¿temes que vaya a robarte? ¿o matarte? ¿o...?

Saifel se detuvo y se dio la vuelta. No sabía qué decirle, se encontraba abrumado y a la vez indignado por esas suposiciones, pero era cierto que se le había pasado por la mente, luego no podía negarlo cínicamente.

—No, no tengo miedo. Es verdad, he pensado que podías ser peligroso, no puedo negarte lo que es cierto, pero no, no tengo miedo de que me robes, porque podrías haber profanado el mausoleo, y ni pensé que pudieses querer matarme, no hay razón para ello, ningún mal te causé.

—Mi pueblo tampoco le creó mal alguno al tuyo y por miles se cuentan las tropelías



que se dan a diario en la ciudadela. ¿Qué pensaría tu familia o tus vecinos si te viesen hablando conmigo?

—No me va la vida en ello. Pensarlo es perder el tiempo, y no tengo tiempo que perder.

Por primera vez era Sófolen quien no sabía qué decir. O más bien, no quería decir nada. No ahora.

Los pájaros habían ido desapareciendo poco a poco y el lago se mostraba imponente, enorme, como si el tiempo se hubiese detenido en aquella maravilla natural. Atravesaron la pequeña escalera empedrada que los invitaba a acercarse a la orilla y continuaron en silencio rumbo a la verja que refugiaba simbólicamente aquellos pequeños dólmenes que sobresalían de la tierra. Llegaron al pequeño mausoleo y ambos se quitaron el sombrero.

Hacía días que no llovía, pero el rocío de la noche continuaba impregnado en la tierra que, egoísta, hundía las huellas de Saifel y Sófolen mientras divisaban el entorno.

—¿Por qué estás aquí conmigo? —preguntó Saifel finalizando la frase entre dientes, como quien quiere que pase rápido lo que quiere decir, pero no quiere guardárselo.

—La curiosidad mató al gato, pero murió sabiendo —le respondió divertido Sófolen.

Saifel le miró extrañado por la respuesta del zíngaro que, orgulloso de su ocurrencia, esbozaba una sonrisa. Aquella situación era de lo más extraña. Se hincó de rodillas frente a aquel sepulcro y volvió a sentir aquel extraño aura que le invadió cuando acudió con Tiziano.

Sófolen, tras él, no había avanzado tras quitarse el sombrero.

—Ven, Sófolen —le pidió.

—Vaya, para no ser tuyo te tomas la libertad de invitarme a entrar. ¿No serás zíngaro? —dijo con un tono irónico al que poco a poco se iba acostumbrando Saifel.

—Calla y ayúdame —insistió molesto.

Mientras Saifel usaba las manos, el zíngaro le lanzó una pequeña pala de zapa y sacó otra de su alforja para él.

—Una de dos, o habías pensado en que tenías que excavar y olvidaste algún utensilio, o ni siquiera pensaste en ello.

Saifel le miraba con cierto desdén, pues sabía que si le replicaba solo conseguiría afilarle más su lengua.

Se pusieron codo con codo a desenterrar donde quedara oculto todo hace semanas. Por momentos se quedaba consternado por la situación, por donde estaban, por quién había bajo ellos, por lo que sentía sobre sus hombros, en mitad de aquel sepulcro lleno de simbolismo y misterio.

La gravilla comenzaba a dejar encharcadas las mangas de sus túnicas y los surcos de las yemas de sus dedos empezaban a ser latentes por la humedad que iba penetrando en él. Conforme más cavaban más rápido iba Saifel y la ansiedad se le contagiaba en silencio a Sófolen. Avistó la esquina de la caja y en cuestión de minutos ya veía toda la tapadera. Fue socavando poco a poco por los laterales para poder introducir las manos a los lados de la caja y devolverla a la superficie.

Sófolen hacía rato que había dejado de ayudarlo y solo miraba quieto, como si algún movimiento suyo pudiese romper la magia del momento. Expectante y sigiloso, no se le

notaba ni la respiración.

Saifel la colocó dentro del semicírculo y dudó en cómo hacer. No creía que jamás Tiziano volviese a rescatarlos, pero quizás era menos sospechoso reponer la tierra y llevarse la caja a dejarla allí sin los artilugios. A fin de cuentas, estaba volviendo a dejarlo incompleto. Sí, repondría la tierra y también dejaría fuera la caja. Mientras debatía consigo mismo mentalmente allí continuaba Sófolen, quieto, con la mirada perdida, como si no quisiera serle molesto, haciendo como si estuviera ausente, pero sin perder detalle alguno.

Ya tapado el hoyo limpió con sus manos la tapa, raspando con la pala los surcos de la caja. Solo tuvo que hacer un poco de fuerza para desencajarla, y acto seguido, la quitó con delicadeza para que no se ensuciase su interior. Tomó el terciopelo rojo y lo dobló, apoyándolo en sus rodillas.

Sófolen hacía rato que había dejado de permanecer distante, como quien quiere mostrar sus respetos cuando alguien decía su contraseña para entrar en las propiedades del señorío. Expectante, pero inexpresivo, miraba los tres artilugios. Era imposible averiguar qué deambulaba por sus pensamientos.

Con la misma liturgia que le enseñó Tiziano cogió Saifel primero la pirámide por la base.

—¿La ves? —preguntó a Sófolen.

—Sí, ¿qué tiene de especial? —respondió curioso.

Como si se sintiese un mago a punto de mostrar el desenlace de un truco nuevo, giró la pirámide y enseñó el extraño cristal al zíngaro.

—¿Cómo es posible!? —preguntó Sófolen mientras tendía las manos para poder agarrarlo. Con una era suficiente, pero quería tener el mayor de los cuidados.

—¿A que tampoco lo viste jamás? —le espetó Saifel.

—Lo cierto es que sí, pero hace mucho, mucho tiempo... demasiado tiempo. En una ocasión un guerrero me lo mostró en una acampada poco después de que quedara huérfano.

Saifel sentía que las palabras de Sófolen siempre traían una historia detrás de la que no contaba todo. Se lo dejó en sus manos y a pesar de que el espejo fue lo que más le llamó la atención, teniéndola consigo, empezó a mirar la pedrería asombrado.

—Espléndido, puedo sentir las horas que ha habido tras esto... Sabes, mis mayores tenían uno igual, pero no nos dejaban cogerlo por temor a que lo rompiésemos.

Saifel se quedó sorprendido con el comentario de Sófolen, pero era verdad que aquel tallado había debido necesitar de muchas horas de tesón y esfuerzo. A diferencia de él, Sófolen no había pegado un salto de la sorpresa, quizás no porque no fuese sorprendente, que lo era, sino porque a saber cuántas cosas impensables para Saifel habría visto el zíngaro a lo largo de su vida. Por el camino, Saifel había tratado de averiguar qué edad podría tener aquel zíngaro. Era difícil de determinar, pero desde luego era bastante más mayor que él y quizás más que Tiziano, aunque era difícil de dilucidarlo pues puede que su rostro envejecido se debiera a una vida dura sin acomodos y no al paso del tiempo.

Devolvió la pirámide a las manos de Saifel y este lo dejó fuera sobre el tapete. Cogió el segundo objeto y esta vez sí que Sófolen no pudo retener su asombro. Al pasárselo a sus

manos, trataba de moverlo con una lentitud que era imposible alcanzar para que aquel extraño líquido se deslizase pausadamente. Saifel, teatralmente, carraspeó e imitando la solemne voz de Tiziano dijo:

—El tiempo, el invencible elemento que derrama ríos eternos.

—¿Tiziano decía eso?

—Sí, y también De Rais.

—¿Quién?

—De Rais, fue el mentor de Tiziano.

Sófolen escuchaba clavando la mirada y asentía como si tragase y se ocupase de digerir lentamente lo que le decía Saifel. Se entretuvo más con este segundo objeto y le fue dando vueltas buscando algún detalle que pudiese llamarle la atención, sin cejar en el intento de que aquel líquido se quedase en total equilibrio dentro del cristal. La plata permanecía brillante, ajena a los deterioros del paso del tiempo.

Lo dejó Sófolen sobre el terciopelo y Saifel, sincronizado, sacó el tercero. Una vez la caja estuvo vacía se preguntaba en su interior por qué estaba allí, o por qué aquel deseo irrefrenable de hacer suyo aquellos objetos que no lo eran. No quería realmente que fueran suyos, sino que le acompañasen.

«Estar de rodillas sobre una tumba desenterrando una caja frente a un lago en compañía de un zíngaro...», se decía para sí. «¿A quién habría creído meses atrás si alguien se lo hubiese predicho?». Le gustaba a Saifel jugar con este tipo de análisis sobre su situación en momentos impensables como aquel.

Se le había ensombrecido el rostro a Sófolen como si hubiese visto o escuchado algo y tratase de encontrarle conexión alguna. Era difícil descifrar lo que sus ojos expresaban. Estaba allí y no estaba a la vez.

Saifel sacó el último de los misterios que habitaba la caja mientras el zíngaro no perdía detalle de cada uno de sus movimientos. El telar se encontraba doblado y, con cuidado, ayudándose de su regazo, fue deshaciendo los dobleces hasta extenderlo. Podían verse aquellas extrañas caligrafías para Sófolen, aquel mensaje oculto para Saifel. No hicieron falta más que unos segundos para que a Sófolen le cambiase el rostro. Apartó con cierta brusquedad a Saifel para verlo de cerca.

—¿Por qué? ¿Qué es? ¿Sabes lo que es?

Saifel le escuchaba sin entender qué le llamaba tanto la atención de aquella tela que, de no ser por su descubrimiento, sería con diferencia lo que menos habría de sorprenderle. Solo era un trozo de tela frente a una pirámide de extraño cristal y un brillante reloj con un líquido jamás antes visto. Sin embargo, allí estaba impresionado, tocando con la yema de los dedos los bordajes de la caligrafía.

—¿Qué sucede?

—No puede ser, ¿por qué? —continuaba preguntándose Sófolen para sí.

Saifel sabía que Sófolen no esperaba que él tuviese la respuesta a aquellas preguntas tan vagas e imprecisas. Prefirió guardar silencio hasta que el zíngaro atravesase esos momentos de desasosiego que ahora se vertían sobre él.

Saifel giró la cabeza y se miraron. Comenzaba a preocuparse del vuelco que, sin motivo aparente, había dado la situación.

De repente, Sófolen se quitó la alforja y agarrándose del cuello de su túnica, volcó su melena hacia la izquierda dejando visible el torso.

—Esto sucede.

Saifel se quedó callado con los ojos abiertos de una manera sobrehumana. Aquellas extrañas caligrafías del telar eran las mismas que las que aparecían tatuadas en la clavícula de Sófolen. Idénticas, sin ninguna diferencia visible al ojo humano, lo que daba a entender que su extraña forma no se debía a un deterioro del mismo.

—¿Te dijo algo Tiziano sobre ese bordado cuando te trajo al lago? —le preguntó Sófolen.

—No, ¿sabes qué significa tu tatuaje? —le respondió Saifel incisivamente.

—No exactamente.

—¿Exactamente? ¿Lo sabes o no lo sabes? ¿Tienes un tatuaje que no sabes qué es?

—Es tu padre quien decide entre nosotros el tatuaje que se te graba cuando cumples la mayoría de edad. En mi caso, mi padre murió años antes de tal día, y lo eligió mi hermano una noche que sufrimos una emboscada donde vivíamos y no sabíamos si nos volveríamos a encontrar. De hecho, hizo bien, pues no nos volvimos a ver nunca más y es esto lo único que guardo de mi estirpe.

—¿Y qué es?

—Yo era pequeño, nunca he sabido qué es, pero sí que significaba algo en la estirpe de la que procedo, he ahí mi sorpresa.

—Entiendo..., ¿y sabes lo que dice?

—Sé que es con lo que me quisieron identificar, para no olvidar de dónde vengo. ¿De veras que Tiziano no te dio más información?

—No, nada, pero quiero enseñarte algo que yo descubrí y algo que él me entregó...

Lentamente, Saifel acercó su mano a la pirámide y se la entregó a Sófolen.

—Coloca el espejo mirando a tu grabado.

Este le miró incrédulo, pero obedeció sin mayor reparo. Temeroso, como si pudiera recaerle algún conjuro, cogió la pirámide con ambas manos y se la colocó con el espejo mirando para sí, descubriendo lentamente que se trataban de letras...

—La Travesía —dijo Sófolen.

Saifel le miraba expectante, como esperando que él sacase algo de escuchar a su garganta decir el mensaje oculto que guardaba.

—No entiendo nada —reconoció—, ¿qué dices que te entregó Tiziano?

Le hizo entrega del papiro.

—Es mi misión. Quiere que viaje más allá de la ciudadela, me explicó por qué y que cuando terminase habría de volver. Pero no me explicó nada más, adónde ir, cuándo volver, qué hacer en él...

Mientras Saifel continuaba vomitando todos los pensamientos que le habían atormentado desde que se despidiera de su maestro, no se percató de que quizás Sófolen necesitaría algo de silencio para entender todo lo que leía...

—Él quiere que hagas una Travesía. Eso es lo que quiere, y es lo que mi piel tiene grabado y lo que ese telar posee a merced del reflejo de la pirámide.

—¿Entonces?

—Dices que Tiziano no te mostró esto, sino que tú lo descubriste y que tampoco te dijo de volver al lago, ¿no es así?

—Así es.

—Es innegable que esta caja guarda relación directa con tu misión.

—Y tú también guardas relación... —dijo Saifel mirando el torso aun al aire de Sófolen—. Todo parece unido, pero desconozco por qué.

—Aún todo no —dijo Sófolen mientras dejaba la pirámide y sostenía el reloj—. Qué hacemos contigo...

—El tiempo, el invencible elemento que derrama ríos eternos —dijo Saifel casi sin pensarlo de tantas veces que oyó aquella frase. No sabía bien qué quería decir, pero le gustaba desde la primera vez que se la escuchó a Tiziano.

Sófolen se quedó callado, agarrando el reloj con ambas manos y colocando su boca cerrada sobre el mismo. Saifel trataba de darle orden a un caos que ahora se veía agrandado con la entrada en escena del zingaro. Era una enorme casualidad que tuviese ese tatuaje.

—Repite esa frase que te dijo Tiziano.

—El invencible elemento que derrama ríos eternos.

Sófolen se apartó del rostro el reloj y lo miró. Se quedó observándolo en silencio mientras le daba vueltas.

—¿Qué buscas? ¿Algún mensaje? —preguntaba curioso Saifel.

Sófolen no respondía, sino que continuaba girándolo y mirándolo. Le dejó un poco más de margen, pero la impaciencia lo carcomía en su interior.

—¿Sófolen?

De repente paró, lo cogió como quien descorcha una botella y con una perfecta mezcla de rudeza y delicadeza desencajó en dos aquel reloj. Saifel le miraba atónito y asustado porque podía haber roto aquel artilugio y quién sabe si escondía alguna maldición tras de sí.

Sófolen dejó junto a la pirámide el soporte superior que había desencajado y, sosteniendo el otro que contenía aquel extraño líquido, lo vertió sobre el telar. Si bien antes se movía con gran rapidez dentro del artilugio, ahora había perdido aquella cualidad al contacto con el mundo y caía con una viscosidad que no podía compararse ni con la más densa de las mieles.

Saifel le miraba horrorizado. No tenía sentido lo que Sófolen estaba haciendo: no solo despedazaba uno de ellos, sino que ensuciaba otro.

—¿Se puede saber qué haces? ¡Vas a deteriorarlos! —gritó Saifel temeroso.

—¡Fíjate bien! —le respondió Sófolen con entusiasmo y un brillo en los ojos que no había visto antes.

Saifel observaba cómo el líquido caía sobre el telar, lento, como una serpiente que reptaba pesada tras engullir su última presa.

El elixir, transparente al tocar la tela, se iba expandiendo por el mismo, pero de una manera precisa, como si tuviese vida propia. Había adoptado poco a poco un extraño orden, deslizándose suavemente, pareciendo que aquello realmente tomara vida. No rebasaba los límites del telar y se iba extendiendo por todos y cada uno de los poros de

aquel trozo de tela. El líquido se detuvo y no pasó nada, aunque era muy extraño comprobar que el líquido no se saliese del telar. Sin embargo, no sucedía nada más...

Hasta que sucedió.

Tras las marcas de aquel mensaje empezaron a aparecer unas líneas negras descoloridas que poco a poco iban tomando mayor color y se deslizaban entrecruzadas unas con otras, como por arte de magia, dibujando algo imperceptible. El telar comenzó a levantarse en pequeñas ondas del suelo mientras no cesaban de surgir más y más trazos. Ambos miraban sorprendidos por lo que estaba sucediendo.

—¡Era un reloj! —dijo Sófolen—. Conteníá líquido, luego iderramé ríos eternos! Fíjate que no para de caer y da la sensación de que sigue igual de lleno.

Sófolen había soltado el frasco y Saifel, atónito, no era capaz ni de asentir. Era cierto lo que decía: el líquido continuaba cayendo, pero no daba sensación de estar vaciándose, y la tela sufría pequeñas convulsiones conforme miles de manos invisibles pintorreaban sobre el mismo y llenaban de un profundo color negro el símbolo que le unía al torso de Sófolen.

—¿Es esto el mapa que has de seguir? —preguntó Sófolen.

—Tendría sentido... —dijo no muy convencido Saifel—. No sé, no vi nunca uno antes así que tampoco sé cómo y dónde ubicarnos...

De repente el líquido frenó en seco y un mapa se cernía sobre ellos expuesto en el telar. Era un mapa que, si bien aparecían montañas, ríos, islas y bosques, no mostraba siquiera un solo nombre. Sófolen no llegaba a creer lo que tenía ante sí.

—Esto colgaba en las paredes de mi casa —reconoció Sófolen ante la mirada incrédula de Saifel—. No volvimos a verlo tras aquel día. ¿Cómo es posible? Esto...

Nadie sino la naturaleza le hizo enmudecer: miró alrededor y vio que el viento cada vez soplaba con mayor violencia, pájaros, inexistentes por allí donde siempre reinaba el silencio, revoloteaban en manada huyendo de la zona, el lago se iba embraveciendo cada vez un poco más creando un remolino en el epicentro, y el telar, como poseído, volvía a moverse bruscamente. Saifel, aterrado, miraba a Sófolen.

—¡Guárdalo todo en la caja y vayámonos! —le ordenó a Sófolen.

Saifel cogió la pirámide y la introdujo.

—¿Qué hacemos con el reloj? —gritó con nerviosismo.

Sófolen cogió el soporte superior y cuando fue a unirlo una extraña fuerza le impedía cerrar el artilugio. Lo intentó varias veces, pero sentía una fuerza de resistencia superior incluso a la de dos imanes opuestos. Mientras, Saifel trató de doblar aquel telar, ahora mapa, pero cada vez que lo intentaba se le escurría de las manos y no lograba sostenerlo. Sófolen trató de ayudarle con la mano que no sujetaba el reloj y algo extraño sucedió: al estar ambos tocando el mapa, los árboles comenzaron a moverse con violencia, la tierra empezó a vibrar, las nubes alcanzaron una velocidad contra natura y el lago había olvidado aquella calma que lo caracterizaba. De repente, el líquido dejó de producir aquella extraña ilusión óptica y vació el reloj, el cual, una vez vacío, se soltó despavorido, como tomando vida propia, de la mano de Sófolen.

Fueron apenas unos segundos los que pasaron cuando un enorme estruendo les sacudió y de repente, todo cambió: el lago estaba en calma, los árboles se zarandeaban traviesos con lentos movimientos y el cielo brillaba azul.

Pero algo había cambiado en el paisaje respecto a unos segundos antes... No había rastro de ellos. Sófolen y Saifel se habían volatilizado, habían desaparecido de la escena. Tampoco la caja continuaba allí. Ni una sola huella de pisadas. Como si nunca hubiesen estado allí, como si jamás hubieran perturbado la tranquilidad de aquel sepulcro.

## Capítulo Diez: La Travesía

Nada fueron porque nada eran. Habían llegado a algún lugar que desconocían, y escapaba a su saber cómo habían llegado a caer allí. Siguieron sendas, selvas conversas, llegaron a grutas de polvo y sal, donde los labios se cortaban y el respirar era una batalla. Iban de la mano, ignorando a tantos que identificaban. No veían rostros, eran manchas entre tinieblas que se disipaban conforme iban acercando sus cuerpos, mustios, cansados por lo que la intriga les ofrecía sin pedirles a cambio, preocupados por la incertidumbre de lo cierto, por la pureza de lo ambiguo, símbolo inequívoco de vida, como cuando la luz de la luna embelesa al nostálgico que recuerda la última vez que le prestó atención entre neblinas y estrellas muertas que, caprichosas, siguen centelleando.

No hablaban entre ellos, cruzaban la mirada cuando los obstáculos acudían a su bienvenida o el peregrinaje se antojaba angosto... Caminos de zarzas, arenas densas, ojos enrojecidos y llagas tomaban su trozo de protagonismo en manos y pies. ¿Por qué la Travesía? ¿Por qué un espejo? ¿Por qué los enigmas?

Sentía cuándo Sófolen clavaba sus ojos en él, a pesar de que no podían verse por la densa niebla que se respiraba. También Sófolen debía estar cansado, pues los jadeos aparecían cuando las rocas escarpadas propiciaban la escalada y una suave brisa ardiente rozaba la mejilla siniestra de Saifel.

Una fogata se avistaba sobre unas rocas, sin arbustos alrededor. Tampoco había retales de vida humana. Era un fuego huérfano en mitad de la nada. Sófolen apretó exhortativamente la mano de Saifel, alcanzaron la hoguera, y aprovecharon su luz para iluminar el tapiz. Qué querría decirles De Rais...

De aquel fuego emanaba una extraña fragancia. Llevaban inhalando su humo varios minutos, pero no se habían percatado hasta ahora. Era como si alguien hubiese esparcido romero y lo hubiera dejado carbonizar. Allí estaban observando el crepitar de las llamas, cómo en un pequeño espacio las ascuas se devoraban entre ellas, ensañándose unas con otras, siendo testigos de la llamarada en los ojos de cada uno, sintiendo cómo las cenizas se acurrucaban en las cavidades que sus frentes, arrugadas, delineaban por el calor en sus rostros. Pequeñas gotas de sudor se deslizaban por las sienes de Saifel. Colocó sus manos bajo la incipiente barba que le asomaba tras varios días fuera de casa, llevándose impregnada la ceniza en sus manos, rescatándola de caer sobre el fuego y desapareciendo en segundos hechas vapor. Continuaban, inútilmente, mirando aquel sucio tapiz.

No debían detenerse por más tiempo, pues aquellas señas eran confusas: líneas trazadas, sinuosas, sombreadas... Sentía Saifel que todo escapaba de su entender, y eso le asustaba.

Fue ahora él quien tomó fuerte de la mano al zíngaro y continuaron pendiente arriba. El viento iba contra ellos y la arena, caprichosa, iba a parar a los ojos de los dos.

Se alejaban del fuego, pero lo sentían dentro. Aquella fragancia se había introducido de lleno en las entrañas de ambos, llegando a lo más hondo de sus pulmones y pasando a la sangre, esparciéndose así por todo el cuerpo. Sentían como si caminasen con una robusta armadura, cuando en realidad solo de harapos era su vestimenta. Una vorágine invadía sus mentes y el viento arreciaba violento. A veces siendo un leal compañero, en ocasiones un



feroz enemigo.

Sófolen llevaba consigo un artilugio para determinar dónde se situaba el norte. Hacia allí caminaban, incesantes, elocuentes, con calor, oscuridad, atravesando bosques, paisajes lúgubres, taciturnos, perdiendo la cuenta de las horas que caminaban ambos agarrados de la mano, en silencio, comprobando cada uno si el otro estaba en óptimas condiciones, deteniéndose si el cansancio arreciaba el ánimo de alguno de ellos.

La vorágine iba en aumento. Saifel notó un frío intenso recorriendo su espalda. Se escuchaban gritos a lo lejos, la niebla se atenuó y pudo ver los ojos de Sófolen, que tampoco daban crédito a lo que podían apreciar.

Gentes vociferaban, pero no sabían de donde provenían. Las montañas hacían que resonase en todas direcciones. No separaban sus manos, manteniendo la compostura pero aterrados. Jamás habían presenciado una guerra, pero de imaginarla en sus mentes, así eran los alaridos que servían de prólogo a una batalla, y probablemente estaban en medio de la misma. Una milicia del imperio que fuera venía, notándose cada vez más cercana a sus huellas. Los estruendos iban a más.

—Escondámonos —dijo Saifel ronco.

—¿Por qué escondernos? No hemos hecho nada por lo que ocultarnos.

—¡Pero alguien viene! —dijo sin poder parar de toser.

—Sí, pero, ¿quiénes? Tampoco podemos tener miedo de lo que no conocemos. Pensar lo contrario fue y es el problema de vosotros, los que os hacéis llamar ciudadanos.

Saifel estaba angustiado. No tenía la suficiente tranquilidad que precisaría para conversar y replicar a Sófolen. Estaba de acuerdo con Sófolen sobre aquella manera de pensar, pero no llevándola literalmente a situaciones así de extremas. Algo venía, alguien venía, lo que quisiera que fuese acudía a ellos y no de manera pacífica...

Todo sucedió rápido, sin sufrimiento, como la perdiz que se desnuda de un golpe seco. Su mano sintió el deslizar de las uñas de Sófolen, tratando de agarrarle. Tras tantas millas sus manos se separaban, solo el sudor que sus manos entremezclaban los continuaba uniendo...

Estruendo y silencio.

Una penumbra aletargaba a Saifel y le impedía orientarse. Sentía un dolor intenso por todo el cuerpo, incapaz de focalizarlo.

Al recuperar la conciencia, y sin abrir los ojos, se encontró recostado entre sacos sobre un carro, y el traqueteo de las ruedas no ayudaba precisamente a mitigar el dolor.

Temía abrir los ojos, pues de estar alguien vigilándole, se percataría de que despertaba. Abrió un poco su ojo derecho, dejando entrar la luz entre sus pestañas. Frente a él estaba Sófolen, dormido, sin aparente señal de violencia en su cuerpo. Abrió un poco más el ojo para observar su pecho: respiraba con naturalidad. Miró tímidamente a su alrededor y no encontró a nadie más. Las copas de los árboles se inclinaban haciendo referencia a aquel carruaje, el cual conducía una mujer de la que solo podía ver sus frondosos tirabuzones, pues un maderamen impedía divisarla al completo. Aquella mujer movía los brazos armoniosamente, sin gritar a las bestias que, obedientes, mantenían un ritmo homogéneo.

Sin haberse percatado, su dolor se había mitigado, sin tampoco poder recordar de

dónde procedía.

No podía reconocer donde estaban. La claridad les alcanzaba entre las miles de hojas que los árboles tendían sobre ellos, pero no podían avistarse montañas ni algo más que el bosque. Pensó en coger el artilugio de Sófolen, si bien de poco le iba a ayudar reconocer si andaba hacia el norte o al este.

Aún aturdido, se dio cuenta de que no había prestado la atención que debía al nuevo personaje que había en escena. Aquella mujer continuaba capitaneando el carruaje, sin siquiera mirar hacia atrás para asegurarse de que todo iba en orden. Puede que ni siquiera le importase que hubiera o no, que siguieran o no en aquel carro...

¿Y el escuadrón? ¿Y todos aquellos alaridos? ¿Y...?

El dolor volvía, esta vez más agudo. Sentía que alguien tocaba su cara. No podía abrir sus ojos ni mover sus manos. Sí podía abrir la boca para pedir auxilio a Sófolen, pero algo más allá de unas manos que pudieran oprimirle su necesidad de gritar le impedía hacerlo.

Una deliciosa voz le susurró su oído...

«De tanto a tu alrededor que no ves, de todo lo que perdiste vivir, de lo que aprenderás...».

Estruendo y silencio.

## I- Astutiam (Praga, región de Bohemia, 1154)

\*...inspirado en una leyenda popular...

—¡Eh, Saifel, vamos, despierta!

No sabía cuánto llevaba dormido. De hecho, cuando escuchó su nombre de la voz de Sófolen, tampoco sentía la sensación de que fuera un dormitar lo que acompañaba su letargo. La dulce voz de aquella mujer, su mano izquierda mullendo con ternura su cabello mientras que la derecha le sostenía firme la cabeza, aquella sensación de estar rodeado de madre selva... Abrió los ojos y vio que amanecía.

—Sófolen, ¿dónde estamos? —preguntó dolorido llevándose las manos al rostro.

—No lo sé, Saifel. No sé cómo llegamos aquí, lo último que recuerdo es perder tu mano y aquel fuego que crepitaba sobre el despunte de aquella montaña.

Era cierto, Sófolen había permanecido dormido en el carruaje, luego no había visto a aquella mujer. Se encontraban aún en el mismo carruaje, solo que ya los caballos no tiraban de él. Tampoco ella estaba allí, ni las marras de arrastre. Varias personas iban caminando a un ritmo acelerado, todos en la misma dirección. Estaban en una pequeña plaza empedrada en la que Saifel jamás estuvo antes.

Sófolen también se mostraba desconcertado, pero más que por el lugar, por las gentes. Sus raíces nómadas le hacían preocuparse poco, o más bien nada, acerca de dónde podrían estar.

Una mujer anciana que caminaba con dificultad hacía por andar más rápido, pero con su esfuerzo daba la sensación de que andaba más lento.

—¿Adónde van todos? —le preguntó Sófolen sosteniendo su hombro con cuidado.

La mujer apartó la mano de Sófolen y ni siquiera se detuvo a mirarle.

—¡Lo van a ahorcar! ¡Han de ir! ¡Es una injusticia que debe evitarse! —vociferó.

No sabían de qué hablaba, se miraron y no hicieron falta palabras. Saltaron del carro y siguieron a las gentes. Nadie caminaba en la dirección opuesta. Las calles eran totalmente diferentes a las de Gendhu Kens. Eran anchas, y en el suelo no había huella de albero o de tierra de cultivo que el viento hubiera dispersado. Era una calzada de piedra, perfectamente cuadrada, en cuyos laterales continuaba, pero con una plataforma a modo de bordillo. Probablemente por allí era por donde habían de caminar las personas, y la calzada que ahora pisaban era para los carruajes. Pero a nadie le importaba que se violase esta norma de convivencia, pues conforme más seguían al resto más gentes se encontraban a su paso. Sófolen escuchó unos gritos llenos de rabia y miró hacia atrás, pudo ver que quien los soltaba era aquella señora que, si bien había ralentizado sus piernas, no desfallecía a la hora de gritar «¡Injusticia!» cuando su respiración se lo permitía. Continuaron caminando hasta llegar a una esquina en la que un imponente reloj se mostraba sobre lo más alto del edificio. Cinco campanadas les recibieron cuando tuvieron ante sí una pequeña plaza en la que cientos de personas se aglutinaban. Unos guardias acordonaban el epicentro, donde un escenario de madera se alzaba imponente. Allí, un vasto mostrador con tres altas sillas se encontraba presidiendo la escena, mientras que una horca yacía a la derecha, en la que una soga deshilachada se dejaba llevar levemente por el viento. Probablemente, no era la primera vez que aquella cuerda iba a arrebatarse la vida a

una persona.

Un hombre con elegantes ropajes subió los cuatro peldaños que llevaban al escenario. Llevaba consigo un pergamino que se dispuso a abrir ante la multitud que no cesaba su bullicio.

—¡Silencio ruego!

Su ronca voz tuvo un efecto instantáneo entre todos que allí se encontraban reunidos. El orador, exultante por su autoridad sobre quienes allí presenciaban el acontecimiento, se dispuso a mostrar las credenciales de lo que iba a suceder:

—Ella no merecía un final así...

—¡Él tampoco! —gritó alguien aprovechando la muchedumbre. El orador hizo ademán de localizar a quien le había interrumpido, pero de nuevo un bullicio atronador de alaridos de rabia sembró la pequeña plaza.

Esta vez, el orador no volvió a gritar, sino que miró fijamente a quienes gritaban que, al cruzarse con su penetrante mirada, callaban, contagiando el efecto a los que les rodeaban y recuperando de nuevo el mutis en el ambiente.

—Ella no merecía un final así. Con tan solo catorce años fue arrebatada de la vida, no sin antes robarle su pureza virgen de hija del Sagrado. Además, su familia cargará con tal pena hasta la muerte, y es algo que no podremos eliminar... Pero sí intentará este tribunal sofocar el dolor haciendo justicia...

Saifel no podía evitarlo y necesitaba saber qué era exactamente lo que estaba sucediendo... Avistó a un hombre de mediana edad que, evadiéndose de lo que estaba sucediendo, proseguía en su oficio, limando enérgicamente las patas de una silla. Dio un golpe en el hombro a Sófolen para dirigirse a él, quien lo entendió intuitivamente, y se acercaron ambos. No fue difícil abrirse paso entre las gentes que, hipnotizadas, querían grabar cada palabra que el orador decía.

—¿Caballero? —dijo tímidamente Saifel al pasar el portón.

El carpintero levantó la vista sorprendido.

—¿Me habla a mí?

—Claro, caballero, a quién si no —refrendó Sófolen.

—No recuerdo la última vez que así me llamaron, aunque creo que fue el joven Badía. En realidad, qué importa... de todos modos, aunque se lo agradezca, le hago saber que no lo soy, y que no encontrará cerca del castillo de Vyšehrad a ningún otro. Llámeme Draémola, que así llamáronse mis ancestros, pero no me diga caballero, que los que cabalgan por aquí no responden a lo cortés de su intención...

—¿Qué castillo es ese? —preguntó de nuevo Saifel extrañado susurrando a Sófolen.

—Es igual —le replicó Sófolen con aires de enfado, retomando acto seguido la conversación con aquel hombre—. ¿Qué está sucediendo allá fuera? Eres el único que no está con la muchedumbre.

—No soy el único, soy el único en el que se han fijado, que no es lo mismo. Aun así les contestaré: es lo de siempre, alguien violó, o robó, o mató y quien lo hizo pertenece a una alta alcurnia, como todos los «caballeros». Pero pagará por ello un vagabundo, mendigo... alguien que jamás habrá visto al muerto, pero que ajusticiarán como el responsable de los hechos. Y para demostrar a estas gentes incultas su culpabilidad, usarán las más ingeniosas

y esperpénticas artimañas que jamás hayan visto antes. No se lo pierdan, es llamativo para los que vienen de fuera, y como pueden ver, también para muchos que, en vez de personas, habríamos de llamar meros espectadores, pues una persona piensa.

«Si Tiziano viera esto...», pensó para sí Saifel.

—¿Sucede esto a menudo? —preguntó.

—¿Qué es para ti a menudo? ¿A diario? No, suelen guardar unas semanas de «luto», entendiendo como luto que calmen sus hormonas por un tiempo. No es a menudo para los «caballeros», lo es para quienes se hacinan en chabolas, quienes pagan los corsés rotos por las manos de otros...

De repente, una jauría de gritos inundó el negocio del carpintero y ambos salieron como un resorte a ver qué sucedía, mientras que el carpintero, indiferente, continuaba mimando aquel mueble.

Aquellos tres grandes asientos estaban ya ocupados por tres hombres vestidos con largas túnicas negras, caras arrugadas y cabelleras blancas. Parecían los tres exactas réplicas de una misma persona. No se movían, ni se inmutaban. Lo que había causado la eclosión entre los allí presentes eran dos guardias que, yendo cada uno a un lado, subían a un hombre de pequeña estatura, barbilampiño, de endiablada melena pelirroja y unos ropajes ajados verdosos que dejaban al trasluz ciertas marcas de arañazos en su pecho y cuello. Casi que no podía por sí solo. La ayuda de aquellos dos hombres se antojaba indispensable para que pudiera subir los peldaños.

Ya sobre la tarima, hizo un débil gesto de que le soltaran, como queriendo dejar entrever que allí estaba porque él allí quería estar. Se repuso como pudo, y se trató de aderezar los trapos que impedían su desnudez. El hombre que se hallaba en el asiento central se puso de pie y dijo:

—Martin Grosso, vasallo de las Torres Denial, hoy aquí presente para la justicia que ante el pueblo de Praga se reúne...

Miró a su derecha bajando la vista hacia el magistrado y este, tras hacer una reverencia formal que exigía esta parafernalia, se levantó llevando en sus manos dos pequeñas cajitas de madera envejecida. Simultáneamente, uno de los guardias bajaba los peldaños y volvía rápidamente, como si lo hubiera olvidado, para colocar un pequeño taburete frente al vasallo que, maniatado de manos, seguía todo con la misma atención que cualquier espectador, como si no fuese con él lo que estaba sucediendo.

—Se lo preguntaremos una vez más... —dijo el magistrado retomando el discurso—, ¿cómo se declara usted ante esta vil agresión?

—Inocente —respondió con una tranquilidad inusitada.

El rostro de aquel hombre mostraba un sosiego que no era entendible cuando era su vida la que estaba a punto de acabarse. Su calma solo hizo que la vena de la sien de aquel viejo juez se hinchase hasta que se pudo ver cómo latía con una explícita nitidez.

—Veamos si usted dice la verdad... —dijo el juez que, sentado a la izquierda, se había mantenido en silencio hasta ese momento.

Entre tanto, el magistrado posaba las pequeñas cajitas en aquel roído taburete y el otro guardia se situaba al lado de Martin. Volvió a su sitio el magistrado y el guardia le quitó a Martin las cuerdas dañándole las muñecas intencionadamente, pues no se precisaba de

tanta rudeza para poder desatarlas.

—La justicia humana no es perfecta —dijo el orador que rogó silencio a los inicios mientras movía la gran capa que lo escoltaba—, pero sí lo es la divina, y será la divina quien decidirá... ¡Uno de los cofres posee un trozo de pergamino! ¡En él puede leerse «Inocente»! ¡El otro cofre también esconde un trozo de pergamino, y es «Culpable» lo que tiene grabado!

Mientras iba hablando se retorció sobre sí mismo, elucubrando con las manos como si fuese pasando suavemente una bola de cristal invisible de una mano a la otra, queriendo hipnotizar la visión de aquellos que, temerosos, oían sus palabras.

—¿Qué escogerá? No lo decidirá él, sino Dios. Será su eminencia, el Todopoderoso quien hará que su mano escoja uno de los cofres y nos muestre su inocencia y libertad, o su culpabilidad y muerte...

El magistrado de la derecha se inclinó disimuladamente hacia el que presidía la mesa y, con la mano cubriendo sus labios, dijo:

—No me gusta este proceder..

—No seas imbécil... —dijo interrumpiéndole—. No existe margen de error posible, yo personalmente escribí ambos papiros... Será culpable escoja lo que escoja.

Sonrió cínicamente al magistrado y le empujó paternalistamente para que nadie sospechase que andaban murmurando algo extraño.

—Quiero pedir algo —dijo Martin.

La plaza se llenó de un leve bullicio, nadie esperaba que interviniese. El magistrado central levantó su ceja derecha pues la petición solo era posible cuando ya siendo culpable se preguntaba la última voluntad, y no dejaba de ser un formalismo, ya que nunca se tenía en cuenta.

—Escogeré una de ellas, pero podré cogerla, y no solamente será mostrada. De ser Dios quien guie mis actos, quiero ser yo el protagonista de ellos, y que ninguno de estos guardias sea quien lo haga.

—Está bien —dijo el magistrado de la izquierda, adelantándose al central que, irritado, le acuchillaba con la mirada—, pero primero señalará una de ellas y alguno de los guardias alejará de sus manos la otra.

Este magistrado temía que en aquella petición estuviese oculta otra intención, que no podía ser otra que abrir ambas cajas y deslegitimarles.

—Lo acepto —dijo sonriendo educadamente a los magistrados y regalándoles con sorna una reverencia que provocó la carcajada nerviosa de algunos de los espectadores.

—Tras esta impertinencia propia de quien quiere retrasar su encuentro con la justicia y pagar por sus pecados, llegó el momento de que escoja uno de los cofres, ¿por cuál se inclina? —dijo el orador devolviéndole aquella reverencia, que esta vez, para decepción suya, despertó solo la risa de los magistrados y guardias.

—Este —dijo a la ligera, señalando el izquierdo.

—Elige el siniestro... ¡Guardia! —dijo el magistrado central.

El guardia se acercó y, como le habían prometido, cogió el cofre derecho y se volvió a su puesto sin perder la vista de Martin.

Martin se acercó a este y lo cogió entre sus manos. Lo desenchajó y miró a los

magistrados fijamente, sin perder un ápice de frivolidad en su rostro, algo que al magistrado de la izquierda traía sin cuidado, pero que no tranquilizaba a los otros dos.

Apartó la tapa solo el espacio que necesitaba para introducir la mano, sin inspeccionar antes su interior. La sacó con aquel pequeño papel que decidiría su destino, en tan solo unos centímetros de papiro se hallaba la disyuntiva entre su continuación de la vida o su fatalidad prematura...

Lo mantuvo en la mano sin mirarlo. Nadie producía el más mínimo ruido, siquiera los niños, y solamente el traqueteo de carruajes y herraduras de caballos a lo lejos impedían el silencio total. Cerró el puño arrugando el papel y se lo llevó al pecho. Abrió la mano y cuando todo el mundo expectante esperaba que lo leyese... lo introdujo en su boca y lo tragó, lo que provocó que todos los allí presentes no dieran crédito a por qué lo había hecho. Rápidamente, el caballero que había dado inicio a aquella especie de enjuiciamiento alzó su capa y gritó a la vez que se ponía en pie:

—¡Todos lo han visto! ¡Ha engullido su destino, lo único que podía demostrar su culpabilidad! ¡Ni siquiera ha tenido la suficiente gallardía como para reconocerlo ante la ciudad de Praga!

El joven Martin mantenía una calma inusitada para unos momentos así, mayor incluso que desde que entró en escena, y le respondió:

—Se equivoca su excelencia. Aquel papel es lo que la divinidad me hizo escoger, y por tanto esclarecer mi inocencia o culpabilidad, ¿no es así?

Los tres jueces se mantenían en suspense, como esperando que continuase su alegato. Por primera vez, el que se sentaba a la izquierda dejaba claro en su rostro que aquello le había dejado fuera de juego.

—Bien, veo que vuestro silencio excluye réplica y la excluye porque no hay lugar a ella...

El andrajoso hombrecillo se relamía en sus palabras. Si bien podría haberse pensado que aquello era premeditado, las artimañas que se hacían para estos casos no eran nunca conocidas por el reo hasta el momento de ser enjuiciado. Luego no era sino un genio en el arte de la astucia.

—No podremos ver lo que yo escogí, pero su excelencia —dijo señalando al guardia— nos podrá mostrar a todos qué es lo que no cogí, y lo contrario será lo que la divinidad me empujó a escoger.

El guardia se sintió desnudo ante cientos de miradas que se clavaban en su ser. Como si de un impacto de bayoneta se tratase, retrocedió un par de pasos, mirando al tribunal sin saber qué hacer.

—¡Vamos! ¡Muéstrelo! ¡El chico tiene razón! ¡Qué esconde la otra caja! ¡Justicia! —se escuchaba entre los gritos que se entrelazaban, y resultaba casi imposible poder deshilar los comentarios que se agolpaban en aquella jauría.

Los jueces se miraron entre ellos, sin mediar palabra, con los ojos desencajados de las córneas. En un pequeño palco a la derecha se encontraban algunas autoridades de señoríos vecinos y de la ciudad en la que se encontraban. Ellos también se miraban sin saber qué estaba sucediendo, pero no se unían a los gritos del resto. El guardia no pudo contener la presión y miró al otro guardia. Este se acercó a él y abrió la caja. Cogió el papel, lo

desdobló y gritó levantándolo...

—¡Culpable! ¡Es inocente!

Toda la plaza formó un enorme alboroto y los guardias que rodeaban el escenario no pudieron hacer absolutamente nada ante la marea humana que empujaba para acercarse a él. Los jueces, despavoridos, bajaron por la escalinata de atrás. Sófolen agarró a Saifel y trató de reconocer a dónde iban, pero un pequeño pasadizo con lindes de madera y piedra impedía poder reconocer hacia dónde iba aquel sendero. Ambos se agarraron a un mástil y levantaron la mirada: la plaza era mucho más grande de lo que se habían creído, y no solo la plaza, sino las callejuelas vecinas también estaban abarrotadas. Dirigieron su mirada hacia el taller del carpintero, pero este no se encontraba allí. Quizás se había unido a las masas que, desbocadas, llevaban en el aire a Martin de Grosso, y todos juntos se aunaron en el grito de «¡Justicia!». Pocos se paraban a pensar en cómo había sucedido todo, y por qué aquella extraña calma desde el principio de quien estaba a tan pocos minutos de la muerte como pasos le distanciaban de la horca.

Conforme proseguía la fiesta ambos sintieron una extraña sensación, se miraron y no hicieron falta palabras, pues era lo mismo que antes los dejó en inconsciencia.

Se giró Saifel tras de sí y a sus espaldas, sobre un muro, un pequeño tapiz colgaba. De este empezaron a surgir veloces líneas entrelazadas. Ambos se miraron, sabían qué era, pero no tuvieron tiempo para acercarse. Miró Saifel por instinto a la derecha donde por una pequeña cavidad alguien les estaba observando. Solo pudo diferenciar una pequeña barbilla blanca cuando...

Estruendo y silencio.



## II – Perla Aguavérura (Ciénaga Grande, Santa Marta, 1392)

Esta vez, ambos despertaron a la vez. Y la razón no podía ser más inesperada para ambos: unos aplausos interrumpieron el silencio. A su alrededor, los pequeños objetos que reposaban eran extrañamente salvajes. El entorno era un paraíso natural en el que la naturaleza había impuesto su bella dictadura: roquedos, árboles, diminutos arbustos y el fondo de aquellas aguas cristalinas estaban pobladas por aquellos insignificantes seres, casi involuntarios, de la Madre Naturaleza. Se trataba de una pequeña cabaña con un minúsculo techo que hacía las tareas de proteger del sol y de las gotas de lluvia a quienes se cobijaran bajo su sombra. De hecho, eran visibles las inmensas hojas que, sobre el pequeño tejado, de manera parpadeante, se dejaban mover por la brisa pausada y tibia que golpeaba dulcemente sus rostros. Era un aire extraño, como viciado. Acaso podría ser que fuese la expiración de Tláloc la que ellos inhalaban como si de aire nuevo se tratara.

Se miraban aturridos, si bien antes los dos, como si fuera parte de una estrategia sobre lo impredecible, analizaron detalles de su alrededor que si compartieron entre sí no fue mediante palabras. Puede que aquella mirada les hiciese predecir el caos que dejaban yacer en su interior...

Pero todo había comenzado desde aquel aplauso espontáneo. Se estaban ayudando ambos para ponerse en pie cuando al mirar hacia atrás comprobaron que ambos estaban recostados sobre unas alfombras de infinitos colores, unas gruesas y preciosas telas hilvanadas de algún material desconocido. Un mullido almohadón les sujetó la cabeza mientras anduvieron dormitando. De nuevo no era posible hallar respuesta al por qué de encontrarse en un lugar desconocido. De nuevo volvían a ser recorridos por la sensación de que eso era lo menos importante, al menos más en Sófolen que en Saifel.

—¿Cuánto lleváis despierto?

Se miraron incapaces de reconocer esa voz. Era femenina, enérgica. Ni se movieron, como esperando que las ondas de aquella voz volvieresen a escena.

—¿Acaso olvidaron las palabras? ¡Qué tragedia sería despertar un día sin recordarlas! Bueno, pensándolo bien, ya son muchas las veces que no encontramos las precisas.

Conforme iba diciendo estas palabras, un travieso chapoteo les avisaba de que aquella persona se acercaba. Divisando el horizonte de la sala de estar improvisada en la que se encontraban en mitad de la selva virgen, Sófolen tuvo la sensación de que aquella cabaña estaba incompleta, pues lo que habían de ser las paredes no eran sino finas lianas a veces, costados de gruesas ramas otras. Todo ello se hallaba expuesto a finas rendijas de un tragaluz imponente que les hacía poder sentir la fuerza de los rayos de claridad, aunque trataran de ser ajenos a su voluptuosidad.

Los chapoteos cambiaron por pisar de hojas y crujir de ramas hasta que la parte dorsal de una mano morena con uñas roídas se agarraba a uno de los troncos que rodeaban la estancia. Tras impulsarse apareció el resto del cuerpo que capitaneaba aquella mano diminuta. Era una chica joven, de piel tostada que emanaba brillo por las gotas que caprichosas anidaban su cuerpo a causa de su caminar despreocupado entre las aguas de aquel precioso manglar. Tenía unos ojos enormes y negros como la noche que rebosaban expresividad.

—No os esperaba, pero aquí no solemos esperar a nadie. A decir verdad, cuando no esperas lo que pueda suceder es cuando en realidad se producen las más grandes incertidumbres, ¿no creéis?

Ambos se miraban perplejos. Era sorprendente que alguien de unas dimensiones tan pequeñas les pudiera imponer de tal manera que no sabían qué decir. Tampoco es que aquella persona necesitase que le replicasen para continuar hablando y planteando reflexiones a los vientos. Sin saber por qué, Saifel esbozó una sonrisa que no era capaz de reprimir, empezando a reír frenéticamente y contagiando en segundos a ellos dos.

Los tres se miraban sonriendo, creando una complicidad que quizás habría necesitado varias veladas para conseguirse.

—¿Qué es esto? —preguntó Sófolen mientras trataba de abarcar a lo lejos hasta donde podía llegar su mirada.

—Es un refugio, diría que es mi refugio, pero no es verdad, es de quien en él se siente como en casa. —Sófolen se inclinaba para poder ver las aguas paradisíacas que se hallaban a lo lejos con otros tantos manglares flotando en derredor—. Si te refieres al paraje, vinisteis a despertar a la Ciénaga Grande.

—Veo lo de grande, pero... ¿ciénaga? No es esto a lo que yo relaciono una ciénaga... —respondió el zíngaro.

—A veces en lo más sucio está la mayor de las pulcritudes, y en lo más impecable la mayor de las miserias. ¿No sucede así de donde venís? ¿De dónde venís?

Aquella mujer embaucaba con su timbre de voz y con aquellas reflexiones sencillas que no era posible dejar desapercibido a quien las oyera.

—Pues venimos de visitar las entrañas a la injusticia, aunque allí llegamos tras visitar un lago —dijo Saifel a riesgo de que le tomara por un desquiciado.

Miró a Sófolen y se rieron. También aquella mujer, y es que no tenían intención de ahondar en ninguna especie interrogatorio. Le había gustado aquella respuesta y con eso era suficiente.

—¿Quiénes aplaudían? ¿y por qué? —preguntó Sófolen.

—¡Amaneció! —dijo ella abriendo los brazos—. Gentes de río abajo nos trajeron esa tradición: aplaudimos cada día cuando el sol vuelve a reconciliarse con las aguas, las hojas y nuestros cuerpos. Es nuestro gesto de gracia, de brindar virtud a la virtud, de recibir un nuevo día.

Conforme hablaba cogió un pequeño cuenco y les ofreció frutos secos tostados con sal que con deleite saborearon poco a poco.

—No lo había oído antes, pero me gusta —dijo Sófolen relamiendo en su boca la sal sin morderla.

—¿Cómo te llamas? —preguntó curioso Saifel.

—Me hacen llamar Perla Aguavérura —dijo ella mientras flexionaba las piernas y se agarraba sus pies descalzos con las manos.

—¿Te hacen llamar? —cuestionó extrañado Sófolen—. ¿No es tu nombre?

—Dicen nuestros chamanes que has de llamarte como aquello que deseas. Yo siempre deseé vivir aquí y de pequeña me alejaba de mi familia para pasar aquí las tardes. A veces en compañía de amigos o de mi hermana, a veces en compañía de los árboles, las

llamativas libélulas, la brisa y estas aguas que son tan cristalinas y transparentes como las almas de los indefensos. A ellas, dice la leyenda, les debe su pureza la Perla Aguavérura, una ofrenda de los dioses a este anónimo lugar. Y en el ritual de niñez, como su ofrenda, me hicieron llamar por las largas tardes que aquí venía a sonreír en paz.

—¿Ritual de niñez?

—¿No lo tuvisteis? Prometemos mantener vivo al niño cuando llegamos a la edad adulta. Para entonces, tras ser testigos de tus instintos y tus inquietudes te ponen un nombre. Antes te llaman mediante un silbido, cada niño tiene el suyo hasta la noche del ritual.

Escuchaban pasmados: rituales, chamanes, silbidos, aquel ambiente, aquella magia que se podía respirar y sentir viva en el entorno...

—¿Vives aquí? —preguntó Saifel poniéndose de pie con cuidado del techo—, ¿no tienes vecinos?

—No vivo aquí, pero porque jamás duermo en el mismo sitio. Sin embargo, aquí es extraña la noche que no duerme algún transeúnte, como hoy vosotros. Aquí entran quienes quieren. Aunque tenga rudimentos de la mano de los seres humanos, no deja de ser un espacio natural, salvaje, parte del todo, de la fauna y flora que aquí reina, la madre naturaleza no tiene extraños entre sus hijos.

—No todos somos iguales para la Naturaleza —replicó Sófolen con tono sombrío.

Saifel sabía de lo que hablaba el zingaro, precisamente por su condición, y asintió cuando ella le miró a los ojos.

—Claro que lo somos —respondió ella sonriendo como si de una obviedad se tratara—, ¿o no podemos cualquiera morir en cualquier momento por la picadura de algún insecto mortal? ¿O no nos da frutos a todos sin mirar qué manos los arrancan? ¿O no limpia con sus árboles el aire para todos?

—Pero la Naturaleza no es justa, no lo es. Es permisiva con la crueldad, y castiga siempre a los más indefensos, ¿o no es así? —respondió Sófolen indignado mientras no paraba de mover su pierna izquierda de un lado a otro sin parar.

—No es culpa de ella, ella actúa así porque responde a lo que hace el ser humano. — Aquella joven contrastaba su madurez en sus palabras y lo resolutivo de sus argumentos con una juguetona sonrisa en su rostro que hacía sentir que lo que decía eran siempre nociones sencillas, solo que no nos dábamos cuenta.

—¿Y a qué seres humanos son a los que provoca sufrimiento? —dijo Sófolen cruzándose de brazos, como sintiendo que aquella batalla dialéctica estaba inclinándose a su favor.

—Pero no es la Naturaleza quien no los considera iguales, sino los propios hombres quienes crean fronteras entre ellos. El hombre conoce dónde responde la Naturaleza a los ataques del propio hombre, y es el hombre el que margina en aquellas zonas a quienes considera inferiores.

—Entonces, ¿nos echamos la culpa a nosotros mismos?, ¿ahí nos quedamos? A veces me divierte el «mea culpa» sobre la Humanidad, porque esconde más holgazanería epicúrea que verdadero sentimiento de culpabilidad... ¿Cuánto hace que vive aquí? —dijo cambiando radicalmente de tema; no quería discutir, pero sí contar con la última palabra...

—Siempre viví aquí —respondió ella con una sonrisa burlona.

—Te diría exactamente de dónde venimos si supieras averiguarnos adónde vamos —dijo Saifel con suficiente ironía como para que a la vez que Sófolen reía, ella supiese que un mensaje en clave, como una estrella fugaz que solo uno ve, estaba atravesando la habitación.

—¿Por qué culpas a la Naturaleza? No me quedó claro —preguntó ella dubitativa volviendo a la anterior conversación.

—No creo que quieras saberlo... —responde Sófolen queriendo evitar el tema.

—¿Por qué? —insiste ella.

—¡Mírame! ¿por qué crees que te pregunté tus orígenes? Quizás no sabes de mi raza, pero sé qué es la desigualdad, y de ello opino yo que digo yo que si yo la sentí no andaré desencaminado si en mi opinión es la Naturaleza la responsable y culpable. De igual modo, de ella misma viene el propio ser humano. ¿A quién culparías si no? ¿Sabes qué? Ni siquiera importa, de nada sirve hacer esfuerzo en tanto culpable si redimir el daño no es el fin de todo esto. ¡Y no creo que arreglemos nada en esta cabaña...! —remató ofuscado Sófolen.

—No estoy de acuerdo, y tampoco entiendo de razas. Habrás vivido el sufrimiento de la desigualdad, pero no por eso creo que sea más válida tu opinión. ¿No podría denunciar el hambre porque tuve la suerte de no compartir jamás mi lecho y mi despertar con su compañía? ¿Solo los hambrientos pueden denunciar el hambre? ¡Es absurdo!

—El debate se antojaba extenso y Saifel se levantó para echar un vistazo. Ni ella ni él se percataron o más bien no quisieron dar muestra de ello, pues suficiente difícil era ser sigiloso entre tanta naturaleza, y salió de allí ayudándose de troncos y lianas.

Era cierto que la Perla Aguavérura había hecho un trabajo fabuloso pues era posible dilucidar todos y cada uno de los minúsculos detalles que, caprichosos, se movían divertidos en el fondo, fondo cuyos roquedos escondían fugaces bancos de peces que de mil colores y tamaños se desperdigaban en una armonía difícil de entender si no se observaba con los ojos propios de cada uno.

Saifel oyó un ruido tras de sí y cambió su dirección. Un ligero chasquido con el agua le había avisado de que por allí alguien más andaba. Al agarrarse de unas cañas de juncos nada fiables, vio que no era nadie sino una fina cascada la que se perdía entre las raíces de los manglares y era ella culpable era de aquel chasquido, de aquel chapoteo fulgurante que al interior de aquel extraño reloj de Tiziano le hizo recordar..

Un mareo, una fatiga de décimas de segundo le reclamó atención dentro de su cabeza, una fría sensación que ya había experimentado en otras ocasiones. Volvía sobre sus pasos hacia donde probablemente continuarían enzarzados su compañero de viaje y su anfitriona por azar, caminando con el cuidado que uno tiene en lugares que desconoce. En su andar les avistó ante sí y observó a ambos en silencio, mirándose, agarrándose las manos uno al otro.

Saifel pensó que aquella situación ante sí hacía de él un testigo inoportuno. Sófolen, en su instinto audaz de sentir que era observado, aunque no diera directamente con los ojos que fueren, se apartó de ella y se giró hacia la izquierda, despidiéndose y acercándose a Saifel, mirándole sosegadamente conforme se acercaba. Este, confuso, ni siquiera le dijo

adiós y siguió los pasos de Sófolen.

—¿Adónde vas? ¿qué sucedió? —preguntaba intrigado Saifel.

—Nada, le dije que nos teníamos que ir —le espetó en seco Sófolen.

—Os cogíais las manos —dijo acabando la frase con siquiera un hilo de voz.

—Sí, son cosas que a veces suceden entre las personas cuando una de ellas siente frío, incluso entre quienes se acaban de conocer.

—Saifel sentía no terminar de entenderle y guardó silencio...

—¿Pero a dónde vamos? —insistía.

—¿Qué más da? ¡Pregúntatelo cuando sepamos dónde estamos! Reacciona con locura ante la locura Saifel, porque locura es esta vivencia, y si acaso esto no lo es, espero entonces, por mi salud, no conocerla nunca en persona.

Saifel escuchaba tratando de asimilar la situación. Continuaron andando y de repente hallaron un maderamen a lo lejos, flotando, dentro del agua. Prosiguieron por el sendero entre algas y piedras embadurnadas de musgo hasta que se encontraban más cerca de la madera flotante. La distancia era apenas de unas zancadas, pero se hacía farragoso el poder desplazarse en aquellas condiciones. Al llegar vieron de qué se trataba: una pequeña barca en la que viajaban un pequeño cubo y una caña rudimentaria se había desmenuzado entre las aguas del manglar. Algo heló el alma de Saifel.

—¿Viste bien? —le dijo Sófolen que, como por el aura, sintió el frío interior de Saifel como si una mano fría se le posase en su costado—. A esto me refería...

Un cuerpo de un joven que apenas llegaría a la decena de inviernos se encontraba en el fondo de aquellas aguas nítidas, boca abajo, sumido en la narcosis eterna.

—Pero no llegué a entenderos —dijo Saifel con el mayor tacto que sabía—, si la Naturaleza o el ser humano. Culpamos al agua por no poder hacerse pie en estas aguas o al ser humano por no enseñarle a nadar a ese muchacho a tiempo, pero de todos modos no encuentro espacio a la igualdad en esto.

—Bueno, estarás conmigo de acuerdo en que no era la diversión sino el buscar peces para alimentarse o bien vender lo que a esta criatura hizo adentrarse en estas aguas tranquilas.

Saifel asintió vacilando en su respuesta.

—Como también lo estarás de que el hijo de los señoríos, de querer pescado en su cena, jamás tendrá que arriesgar a perder su vida de esta manera.

—¿Y es culpa de la Naturaleza?

—No hago de la Naturaleza el peor de los verdugos, sino que es ella el principio y fin de todo, del mal y el bien, de lo virtuoso y de lo grotesco...

Saifel se sentía cansado para adentrar más en aquellos páramos que Sófolen le exponía, y aquel mareo volvió a su mente, y pudo comprobar que también a la de su compañero. Un revoltijo de pensamientos y palabras apelmazadas unas con otras le producían una extraña evocación de pensamientos y sentimientos encontrados en insólita ceremonia de reencuentros. Sófolen se arrodilló con los ojos cerrados como meditando por aquel niño que yacía bajo las aguas, mientras que Saifel alzó el rostro al ver unas ondas de agua moverse desde algunos pasos hacia ellos: lentas, serpenteantes, como desafiantes.

La confusión en su pensar iba a más y se enredaban su calma y tempestad en una sola

espiral de júbilo, ternura y vesania, cuando de repente, de las aguas aparecieron dos manos sujetándose sobre las raíces fuertes de un manglar cercano que sobresalían imponentes sobre el nivel de las aguas. Como si de un ejercicio de solemnidad se tratara, se impulsó suavemente y dejó entrever una frondosa cabellera castaña que cubría con mimo la espalda desnuda de aquella criatura y por ella resbalaban innumerables gotas de Aguavérura. Al salir de espaldas, se detuvo por unos segundos y se giró con sigilo. Saifel permanecía expectante, siendo Sófolen ajeno a tales acontecimientos. Ella, de quien por sus movimientos era imposible esclarecer si sabía o no que estaban justo tras ella, prosiguió moviéndose hasta que era posible advertir la curva perfecta de su pecho izquierdo que, mojado, devolvía rezumando a la ciénaga su perla. De nuevo aquellas gotas que hipnotizaron a Saifel le hicieron recordar aquel misterioso reloj que Sófolen dejó pasar a mejor vida y, en medio de aquel maremágnum en el que el silencio se apoderó de ellos, la presión de sus cabezas entró en vorágine hasta ambos volver a recaer en la incertidumbre de lo equívoco, el recelo a lo incierto, la duda de lo evidente. La colisión de sus cuerpos con el mantón tibio de aquellas aguas fue lo último de lo que Saifel tuvo constancia...

Ruido, sumersión, y silencio...

### III – Die Gleichgültigkeit des Todes (Linz, Alta Austria, 1940)

Le despertó el crepitar de un diminuto fuego, parecido al de noches atrás. Siempre se había jactado Sófolen de tener un sueño ligero, más que el resto de los seres humanos. Era una cualidad que siempre estuvo orgulloso de poseer, cualidad que todos los zingaros poseían. Quizás el hecho de siempre hallarse en constante peligro, o de vivir como forasteros ya fuese dentro o fuera de las murallas de las ciudadelas, era lo que les había agudizado el instinto de alarma.

Estaba junto a otros hombres que esperaban, todos sentados. Ninguno de ellos levantaba la mirada. De pie los había con elegantes trajes, o solo con andrajos y suciedad a partes iguales. Era una mezcla rara de gentes, pero todos compartían rastro de hollín, grasa y polvo de carbón en sus rostros...

El dolor de cabeza le hacía sentir que latía su cerebro, Saifel estaba aún inconsciente. La magia, hechizo, maldición, o lo que fuese que aquel tapiz les había contagiado era algo que no solo jamás habían experimentado, sino que tampoco habrían podido concebir que existiera. No tuvo mucho tiempo para pararse a pensar sobre ello...

—¡Vamos! ¡Arriba escorias! ¡En silencio! ¡Inútiles!

Unos hombres vestidos de negro azabache irrumpieron y apagaron el fuego con un cubo de agua sin mediar en que podían mojar a quienes, helados, se encontraban postrados junto a las llamas. Saifel despertó y en décimas de segundo le atizaron en las piernas con una estaca. A Sófolen también le golpearon y sin poder siquiera hablar los empujaron fuera del techado a golpes junto con la treintena de hombres que allí esperaban. Llovía de manera incesante y los acercaron a solo unos pocos metros un extraño carril con tablados de madera e infinitas vigas de hierro.

—¡Mi viola! —dijo uno de aquellos hombres volviendo sobre sus pasos.

—¡Detente! —le gritó uno de los militares, pero a la vez que gritaba empuñaba el arma y le disparaba por la espalda. El hombre cayó de rodillas y recibió dos disparos más que lo hicieron desplomarse sin vida con su rostro embarrado y los anteojos hechos trizas.

—Manuel... —Oyó susurrar Sófolen casi sin fuerzas a uno de los hombres que permanecía momentos antes junto a él en el fuego.

Ambos se quedaron petrificados. Aquello había de ser otra época, o quizás no. Simplemente podía deberse a que en otras zonas del mundo a las que habían ido a parar por «capricho» del tapiz había evolucionado mucho más el arte de la guerra. ¿Pero en qué cabeza cabía poder acabar ipso facto con una vida de esa manera?

Sófolen observó una humareda negra acercándose entre una arboleda próxima a ellos. La lluvia no cedía ni un milímetro en su ahínco por encharcar los humedales y el suelo enfangado en el que estaban esperando no sabían qué. La masa de humo era tan espesa que podía distinguirse claramente. Ardía Saifel en deseos de preguntar a los que les rodeaban, pero sabía que podía correr la misma suerte que aquel viejo músico que ahora se unía en uno con el barro y las gotas de agua.

A la humareda empezó a acompañarla un traqueteo de una maquinaria que avanzaba hacia el punto en el que ellos se encontraban. Pronto descubrió de qué se trataba: definitivamente estaban en otra época, ya que jamás había visto algo así. Un inmenso

gusano de oxidados herrajes se acercaba agresivamente, obedeciendo sumiso al camino que delineaban aquellos raíles. Saifel seguía absorto mirando el cadáver de aquel hombre que solo había querido rescatar el instrumento que olvidó bajo el tejado. Había sido asesinado y ninguno, ni quienes permanecían en ese grupo, ni el militar que le apuntó con la pistola se inmutaron en absoluto. Temió por sus vidas al asimilar lo que había pasado delante de sus ojos, pero no daba tiempo a pensar mucho más. Aquel enorme ciempiés estaba reduciendo su marcha...

—¡Vagón 14! —gritó el mismo militar que había acabado con una vida hacía unos minutos.

Debía de ser un superior, pues los demás empujaron a todos hacia el vagón que les habían ordenado, como el pastor que lleva al rebaño a las lindes de sus tierras. Abrieron las compuertas del compartimento, en el cual había ya personas y parecía que no cupiese nadie más. Sin embargo, entraron a empujones mientras los viajeros que allí permanecían de pie les ofrecían sus huesudas manos para ayudarles a subir. Saifel y Sófolen pudieron subir de un salto sin que nadie les ayudase: fue cuando comprobaron que no solo todos tenían en común la falta de higiene de varios días, sino que probablemente también de alimento.

Necesitaron los soldados de seis brazos para poder cerrar las compuertas oxidadas del vagón de aquel monstruo de hierro. Un bufido de la maquinaria sonó con estridencia y segundos más tarde comenzó bruscamente a caminar.

Se miraban uno al otro, pegados como siameses sus torsos entre sí y con otros tantos desconocidos. El olor era insoportable y solamente se escuchaba hablar de un modo casi ininteligible a quienes habían entrado con ellos. Saifel no sabía si ya podría hablar, ya que el silencio poseía casi la hegemonía total de aquella extraña reunión, pero conforme su respirar era cada vez más desagradable por la mezcla de orín y vómito que reinaba en el aire viciado del habitáculo, no podía borrar de su mente a aquel hombre que acaba de ser asesinado. Entre tanto, miraba curioso a otro hombre con la intención de que este no se diese cuenta, hasta que se percató y sin pestañear le devolvió la mirada desde unos ojos cuyas pupilas se iluminaban en la penumbra que sus cuencas y ojeras producían. Fue incapaz de mantenerle la mirada por apenas unos segundos.

—¿Dónde nos llevan? —susurró Saifel con cautela, como si alguien que no debiera pudiese oírle.

Un silencio sepulcral invadió el breve espacio, pero aquel hombre seguía mirándole fijamente.

—¡Al infierno! ¡Camino del infierno! —gritó una voz ajada que se desgarraba en una garganta rota.

—Venimos de Dachau, estamos en Linz, vamos a Mathausen —respondió junto a ellos otro hombre de mirar obnubilado con una voz fría, sin entonación perceptible.

—¿Por qué te empeñas en preguntar sitios si jamás antes saliste de la ciudadela? —preguntó molesto Sófolen.

—Eh, te recuerdo que yo no pregunté dónde estábamos en la plaza —replicó Saifel.

—¡Claro que lo hiciste! —respondió Sófolen temeroso al darse cuenta de que había alzado la voz.



Se produjo un breve silencio hasta que alguien preguntó:

—¿Qué plaza?

Era impredecible averiguar quiénes hablaban entre tanta oscuridad y con tantos cuerpos apretujados unos con otros. Solo quien estuviese próximo al que hablase podría saberlo con certeza por el vago hecho de sentir el aliento al hablar.

—Nos llevan a morir. ¿Es que no lo sabéis? ¿Dónde habéis estado? —alguien espetó resignado.

Sófolen miró a Saifel y con sus ojos se lo dijo: «Silencio, yo hablaré».

—Somos furtivos, escapamos de una prisión y topamos con su grupo. Iban armados y decidimos no oponer resistencia, sobre todo al ver cómo se lo pensaban a la hora de matar a alguien. Hemos estado incomunicados desde ya no sabemos hace cuánto...

—Él parece demasiado joven para haber estado encerrado muchos años —le respondió aquel que había fijado en Saifel sus ojos.

—A él lo encontré en mi huida, es mi rehén —dijo Sófolen firmemente.

—Pues al peor de los purgatorios le fuiste a traer... ..le contestó aquel hombre.

—He oído que nos llevan a una cantera —prosiguió alguien—. Condiciones inhumanas, trabajar hasta desfallecer. Todos acaban en un sitio que llaman el muro de los paracaidistas, hacinados como ramas muertas... —Era imposible saber quiénes hablaban, siquiera saber si la voz venía de delante o detrás de ellos, pues se convertía en una peculiar rapsodia acompañada por el ruido de los herrajes.

—Oí decir a un soldado que un tal Speer había propuesto alimentarnos y darnos momentos de descanso en la jornada, les era más rentable que el combustible que envía más sacas desde otras zonas...

—¡Vaya! Espero poder estrechar la mano de ese tal Speer antes de que me hundan el cráneo con una maza por no poder continuar en la cantera.

Las voces seguían siendo inidentificables.

—¿Qué delitos cometieron? —preguntó Sófolen sin entender qué sucedía.

—Al parecer, nuestro delito fue nacer —replicó una voz joven.

Sófolen y Saifel se miraban sin entender qué sucedía.

—¡No os creo! ¿Habéis venido a burlaros de nosotros? ¿De verdad queréis que crea que no sabéis lo que está sucediendo? —gritó alguien desesperado.

—¡No seas idiota tú tampoco! ¿Crees que firmarían voluntariamente su propia muerte solo para venir a reírse de ti? Creo que te valoras más de la cuenta amigo mío... ¿No saben qué es Mathausen? —les preguntó una voz con una calma no acorde a la situación.

Sófolen miraba a Saifel y éste fijaba su vista en el suelo, tratando de darle algún sentido a lo que esos desconocidos decían... ¿Firmar su propia muerte? ¿Qué hacían en ese tren y adónde iban? ¿Por qué ya no estaban con aquel tal Martín? Le habría gustado conocerlo... Sófolen negó con la cabeza sutilmente, como si de hacerlo bruscamente pudiese ser insultante para quienes se apretujaban en torno a él.

—Nos llevan a realizar trabajos forzados. Estamos haciendo exactamente el mismo itinerario que hace seis años hicieran otros prisioneros. Nos llevan a extenuarnos, a trabajar en canteras, a cargar grandes piedras por las escaleras de la muerte, a morir como animales. ¿Qué animales? Ojalá muriéramos como animales... A algunos nos harán trabajar

hasta desfallecer, y cuando lo hagamos nos flagelarán, o puede que nos encierren en zulos para morir de inanición. Otros, más afortunados, serán fusilados en cuanto llegemos, algunos quedarán disecados, extrayendo toda su sangre si es que hace falta en el frente. El resto... hasta donde llegue la imaginación de quienes llevan el campo de trabajos: duchas heladas, cámaras de gas, experimentos médicos... ¿quieren saber algo más? —dijo un hombre muy cerca de ellos en un estado mental que daba escalofríos solamente de escucharle, pues parecía que ya ni siquiera sentía las tragedias que describía.

Sófolen comprobaba que no todos tenían aquel grado de insensibilidad, y los había que entre los haces de luz que entraban desde el exterior hacia la penumbra del vagón dejaban ver a los demás el pánico grabado en sus miradas. Como pudo, agarró a Saifel y se fue acercando hacia aquel hombre que había descrito lo que había sucedido, el cual se situaba junto a quien aún seguía observando a Saifel.

—¿Cuánto tiempo llevan siendo prisioneros? —les preguntó Saifel.

—Me recuerda a mi hijo —dijo sin dejar de observar a Saifel, el cual, levantando la mirada del suelo sintió otro escalofrío desde lo más profundo de sus entrañas.

—Tu hijo... Todos los jóvenes te recuerdan a tu hijo —le reprochó quien viajaba junto a él—. Solo Dios sabe si volverás a verle, hemos perdido la noción de cuánto tiempo llevamos separados de nuestros seres más queridos, pero también hace tiempo que dejó de importarnos. Todos los que estamos aquí vivimos sin saber si nuestros familiares siguen vivos, y de estarlo, quién sabe si volveremos a verles. No seguirán vivos... Todos incurrimos en engañarnos, pero es inútil...

—¿Se conocen entre sí? —susurró Sófolen.

—¿Todos los que estamos aquí? Es imposible, hay personas de diferentes países... Nosotros tres sí, y al que visteis fusilar también... Él es pianista —dijo señalando a otro hombre que, pálido hasta unos extremos fantasmagóricos, aún no había hablado, y si lo había hecho, fue consigo mismo— y a quien mataron era su compañero de cámara, le salvó no tener que cargar con su instrumento y dejárselo olvidado... —La frialdad con que comentaba y parodiaba los hechos dejaban boquiabiertos a ambos—. Yo era orfebre y él era panadero, cuántas bolas hicimos de migas y oro... ¿para qué? Para nada, no pensamos en lo que importaba.

Sófolen escuchaba y temía detenerle, parecía que aquel hombre llevaba meses deseando que alguien le hiciese preguntas...

—Me doy asco —prosiguió— y podría decir que me lo dais todos vosotros, pero empiezo por mí y que se dé por aludido quien tenga hombría para darse. Nos creemos el pueblo elegido, pero vienen a nuestras casas, nos despojan de ellas, matan a nuestros ancianos delante de nosotros, violan a nuestras hijas, nos llevan detenidos, nos separan de nuestros nietos y cuando todo esto era inminente, ahí estábamos él y yo, haciendo migas de pan y oro.

El silencio se hizo con el vagón, incluso los ruidos del traqueteo del vagón perdieron fuerza. Este silencio era diferente a los demás, pues parecía asfixiar a quienes allí lo estaban presenciando.

—¿Y qué querías que hubiéramos hecho? ¿Atacarles desarmados? —dijo alguien que tampoco tenía mucha intención de que se reconociese su rostro.

—¡Morir! ¡Morir defendiendo lo nuestro! ¡Mírate, quien quiera que seas! ¡Mírame! Soy un esqueleto y tú eres otro, y todos lo somos, y pobre del que no lo sea, porque le esperan noches en la que olvidará qué era dormir, noches en las que no se detendrá ni un segundo porque tendrán que dejarse la vida en la cantera alargando la hora en que lo lancen al vacío desde ese barranco que gustan en llamar la «pared del paracaidista». ¡Oh sí, creedme que lo harán, y sé de qué os hablo! Para suerte de vosotros, muchos no sabéis alemán y no podéis saber qué hablaban... Oh sí, creedme...

—¿Por qué no tratamos de abrir la compuerta? —preguntó Saifel.

—Imposible —dijo el pianista.

—¿Cómo lo sabe si nunca lo intentó? —dijo Saifel siéndole inevitable revivir a Tiziano en sus pensamientos—. Vamos Sófolen, intentémoslo.

Sófolen aceptó la propuesta y miró al pianista que, resignado, movía la cabeza como si negase algo hablando consigo mismo.

—¿Se le ocurre algo mejor que hacer? —le preguntó desafiante Sófolen.

Apenas contaban con espacio para analizar qué podían hacer. Era visible a la altura que estaba el cerrojo, pero tampoco podían contar con suficiente espacio para coger fuerza y golpear.

—Necesitamos hacer palanca. ¿Tienen algo de hierro?

Alguien daría una fina barra que de mano en mano llegó hasta donde ellos estaban. Era como si hablaran con personas que tenían allí sus cuerpos por vicisitudes del destino, pero que en realidad no pertenecían a aquel vagón. No estaban allí, bien porque ya murieron hacía tiempo sus almas, o porque veían tan cerca la sombra de la muerte que se habían arrodillado frente a ella.

—Yo también tuve un sinfín de ideas para salir de aquel infierno de Dachau. Pero cuando ves tanta gente morir, cuando eres consciente de que a quien ves hoy mañana es más posible que no esté a que esté. Cuando evitas planear nada o siquiera hacer una diminuta amistad con alguien porque sabes que la guadaña recaerá en cuestión de amaneceres sobre alguno de los dos. Cuando...

No pudo proseguir su desahogo: un fortísimo ruido despertó la poca vida que pudiera quedar dentro de aquellas criaturas que, como espectros, miraban a todos lados sin saber qué sucedía. El chirriar de los raíles era insoportable y las miles de chispas que producía hacían que pequeñas llamaradas intermitentes iluminaran el suelo del compartimento. De repente, tuvo que producirse algún impacto ya que la velocidad sufrió cambios de una brusquedad que no se podía explicar de otra manera. La colisión provocó que todos por igual cayesen hacia la pared derecha del vagón y en un efecto contrapeso hizo que, habiéndose perdido hacía tiempo el sentido del equilibrio, el vagón se descoyuntase de aquel enorme gusano y se volcase hacia el lado derecho.

«No hay tiempo», pensó Sófolen. Se apoyó en el resto que apenas podía articular movimiento y llegó escalando al mismo punto en el que se encontraba antes del estruendo. Agarrándose de una de las pequeñas vigas que hacían de escuadra al techo del vagón comenzó a propinarle patadas. El tren estaba muy deteriorado y aquellas chapas oxidadas no resistirían mucho tras aquel golpe. Saifel trató de imitarle, pero no hizo falta, los golpes salvajes de Sófolen hicieron que la puerta cediese y, por instinto, tiró de ella

con todas sus fuerzas. Saifel se hallaba a su lado como podía haciendo fuerza a la vez, mientras pedían al resto que les ayudasen.

Por un segundo, Saifel se detuvo y miró hacia atrás: eran crías de gatos horrorizadas cuando a un ser humano ven pasar cerca de ellas. Revolcados unos con otros, entre harapos, suciedad y miedo. Un profundo olor a quemado les llegaba desde el exterior a mayor intensidad conforme conseguían abrir más y más la compuerta del vagón. Tras varios intentos angustiosos la puerta se abrió violentamente y pudo divisar arboledas a lo lejos entre grumos de una espesísima niebla. Sófolen temía que pudiese haber llamado la atención de algún soldado, pero no había tiempo que perder.

—¡Huyamos! —gritó—. ¡Escalad por esta pared! —dijo señalando a su derecha.

Nadie se movía.

—¿A qué esperáis?!

—¡He de buscar a mi hijo! —dijo el panadero, que fue el primero en escalar.

Sus palabras tuvieron un efecto de despertar del trance en los demás que continuaban sus pasos. Reconoció al pianista, aún severamente pálido, y al orfebre que, si bien tenía una disposición superior al resto a la hora de pronunciarse, era uno más a quien le habían desgajado de carácter a la hora de actuar.

Fueron tratando de salir y aquel hombre que vio en Saifel las fauces de su hijo no había logrado alcanzar a Sófolen que mantenía su brazo extendido para alcanzarle. Sacó un momento la cabeza y entre tanta nieve solo veía polvo y humo. Volvió a mirar hacia el interior y agarró su antebrazo. Tiró de él y este, absorto, se puso de pie apoyándose con las manos en la comisura del vagón.

—Corre hacia los bosques, y no mires ni te detengas —le dijo Sófolen mientras le agarraba del cuello de la camisa.

Conforme iban llegando, Sófolen y Saifel, que ya se habían colocado para ayudarse mutuamente sin estorbarse uno al otro, los agarraban y alzaban al exterior. Puede que los estuvieran llevando a una muerte segura, pues desconocían si había soldados en torno al vagón. No importaba. Proseguían incesantes, agarrándoles de donde podían: ropajes, piernas, cabello... Habían de salir de allí.

La situación parecía que iba por buen camino cuando... sonó el primer disparo. Quienes aún quedaban dentro lejos de detenerse continuaron como si aquella melodía de ráfagas fuese parte de sus rutinas. No era así para Sófolen y Saifel, que trataban de continuar con la misma eficiencia, pero se veían entorpecidos por el miedo. Conforme salían del vagón continuaban oyéndose disparos. Siete, cuatro, dos... Ya no quedaba nadie en el vagón, solo ellos... y por poco tiempo.

Las ráfagas se hicieron más continuas y resultaba imposible descifrar qué gritaban fuera. ¿Qué habría pasado? Quién sabe. Allí fuera del vagón corrían todos, desatados, igualados a la vida y a la muerte. Lo que fuera que había provocado aquel descarrilamiento les daba la oportunidad de poder-disponer de una pizca de esperanza y seguir con vida, aunque algunos en sus miradas no parecían importarles mucho. Músicos, obreros, joyeros... todos corrían semidesnudos y se habían ayudado entre sí, frente a anónimos de otras tierras que desconocían por completo pero que se agarraban y entrecruzaban sus brazos y miradas sin pensar en intereses, favores o en migas de oro. ¿Serían liberados?

¿Morirían en el intento? Quizá el mero intento ya era la libertad que jamás creyeron volver a sentir.

Intentaron Saifel y Sófolen avistar qué sucedía en el exterior, pero el humo, los gritos y el intenso olor a quemado sobre el mantel nevado hacían que aquello fuese un escenario espeluznante. Sófolen agarró del brazo a Saifel y guardó en su alforja la pequeña barra que le habían dado. Quisieron vislumbrar qué sucedía cuando vio Saifel que alguien se acercaba a ellos. Era imposible determinar quién era. Por momentos ni siquiera podía saberse si se estaba acercando o alejando, cuando al fin la polvareda fue disminuyendo levemente por la zona en la que aquella figura iba avanzando... Saifel trataba de reconocer su rostro, mientras Sófolen estaba más atento a sus manos, no podía sacar de su mente aquel arma que mató en décimas de segundo a aquel hombre antes de entrar en aquel habitáculo... Solo logró Saifel distinguir un frondoso mechón de pelo dorado que escapaba de la neblina tras mover el cuello aquella silueta, como despejando sus fauces de su cabello. Estaba a punto de verle los ojos cuando fue consciente de que había perdido la concentración y por ende el equilibrio. Estuvo cerca de caer de nuevo al interior del vagón, pero logró recuperarlo y, al mirar de nuevo, allí ya no había ninguna figura. Intentó buscarla alrededor cuando de repente volvió a sucederle lo que iba convirtiéndose en hábito. Una sensación de mareo y vértigo le hizo perder la noción de siquiera acertar en afirmar o negar si estas vivencias eran reales o no.

#### IV – La pérdida de los muiscas (Tierras de Bacatá, Altiplano Cundiboyacense, 1538)

—... avisarán cuando haya indicio de peligro alguno. No os separéis del grupo, y no perdáis la vista de los refugios. Si nos organizamos, continuaremos todos con vida tras cualquier emboscada. Estad tranquilos, todo va a ir bien.

Una enorme selva de frondosa y exuberante vegetación había abierto, caprichosa, un espacio en el que allí una pequeña multitud se reunía para absorber de la voz de aquel hombre con extrañas vestiduras la calma que tenía que transmitirles. Sobre el suelo, troncos tumbados y una tierra que era imposible de tocar por la cantidad de hojas que desde los gigantescos árboles habían caído en las últimas noches de cristalino rocío sobre el suelo. El cielo era imposible de alcanzar a ver, pero el Sol violentamente se hacía notar, no tanto por sus rayos sino por el inmenso calor al que acompañaba una salvaje humedad.

Saifel había escuchado por más tiempo aquella voz, pero no estaba seguro de si eran fruto de aquel extraño trance que los desplazaba en lapso y lugar.. Solo esas fueron las únicas palabras que llegó a comprender. Sófolen reposaba a su lado y yacía con los ojos abiertos, pero el desenfoque de su mirada le hacía hesitar si sería o no consciente de que estaban recostados entre aquellas gentes. Ambos se encontraban mugrientos, sucios. Las quemaduras estaban latentes en sus rostros y sus cabelleras se entrelazaban con su barba tras tantos anocheceres fuera de la ciudadela en los que no la habían rasurado. Apenas podía notarse que poseían un origen diferente al de aquellas gentes. Además, las manchas de hierba y tierra en sus ropas hacían dudar de dónde acababa la selva y empezaban sus cuerpos. En cierto modo, pudiera deberse a que era tal el peligro que corrían todos los allí reunidos que no tenían tiempo para mirar el rostro a quienes tenían a su alrededor. Las pieles de quienes allí habían permanecido escuchando eran tostadas, sus prominentes narices resaltaban en aquellos rostros y los ojos rasgados se clavaban en quien con sus miradas se cruzase.

Los niños, obedientes y casi desnudos, estaban sentados junto a las mujeres. Los hombres estaban divididos: algunos, como Saifel y Sófolen, rezagados, se encontraban recostados en el suelo; otros, de pie y con el torso al desnudo, iban homogéneamente vestidos y, como si de un ejército rebelde se tratara, llevaban un arco en las manos, una pequeña alforja con varias flechas a la espalda y una daga en el cinto de cuero. Estos estaban subidos a las ramas de los árboles, y solo eran posibles de localizar a aquellos que habían perseguido con la vista hasta que se camuflaban entre la maleza. Los más ancianos tenían un plumaje en torno a las raíces de la comisura del pelo, y las mujeres mayores, a diferencia de las más jóvenes que llevaban sus senos al descubierto y unos pequeños pareos, se encontraban arropadas con elegantes vestiduras de entremezclados colores vivos y brillantes que solo dejaban a la vista el reflejo de la vida: sus caras y sus manos.

Saifel siguió mirando a Sófolen hasta que pareció que este volvió en sí. Sófolen le miró y no pudo evitar brindarle una sonrisa. Saifel había cogido aire para susurrarle algo cuando el zingaro se le adelantó.

—No vayas a preguntarlo.

Saifel se trastabilló y no lo hizo. Le era irremediable preguntárselo, no sabía si por insaciable curiosidad o por lo poco que le gustaba sentirse nómada.

—Pero ¿qué es? ¿Qué es esto? —insistió Saifel.

—Te recuerdo que vengo contigo —le respondió el mientras sacaba la cantimplora de sus alforjas y bebía.

Se la lanzó a Saifel a su regazo y este también bebió unos sorbos.

—¿Les hablamos? —le preguntó el zíngaro.

Estaban junto al grupo, relativamente cerca, ajenos a la multitud, pero sí lo suficiente como para poder dialogar sin que nadie supiese qué hablaban.

—No creo que sea lo más apropiado —dijo Sófolen mientras miraba de reojo a aquellos niños que correteaban cerca de donde ellos estaban—, por lo que me pareció oír, de alguien se ocultan.

—¿De veras? ¿Fue real? Creí que era algo ilusorio que había creído escuchar pero que más bien había imaginado... Entonces, no estabas ausente sí lo oíste igual que yo, está bien. Bueno, si es así tienes razón, en momentos en los que sabes que tu enemigo está cerca no te detienes a entablar nuevas amistades. Sí, me parece bien, nos mantendremos en alerta, pero sin establecer contacto. Sí, es lo mejor sin duda.

Sófolen arqueaba su ceja derecha viendo que Saifel estaba claramente nervioso, como queriendo autoconvencerse en una situación en la que estaba más asustado que otra cosa. Descartó pedirle que callase, y prosiguió inspeccionando a quienes con sus arcos y flechas deambulaban por entre las ramas con sigilo. El dolor de cabeza hacía que le molestase cualquier sonido que no fuese el de los finos silbidos que el viento emanaba por entre las pequeñas e invisibles escorrentías que dibujaban las plantas en aquel maremágnum de especies atadas al suelo invisible.

Entre los diferentes grupos llamaba la atención uno de ellos. Había solamente ancianos, y podía verse cómo hablaban entre ellos de un modo apaciguado y con una solemnidad pocas veces vivida en sus ojos. Saifel, observando la escena, se dio cuenta de que cuando alguna de las ancianas allí presentes tomaba la palabra antes de comenzar elevaba lentamente sus dedos índice y corazón, y como por instinto, quien estuviese hablando en aquel preciso instante se reprimía en un silencio que no parecía provocarles resignación, sino que entendían y aceptaban obedientes, como si supiesen que si ellas querían hablar había de permitirse a toda costa. Sin embargo, no era posible llegar a dilucidar sobre qué conversaban.

Sófolen se entretenía tumbado en la maleza con una pequeña flor de vinagreta cuyo tallo iba mascando, y Saifel intercalaba momentos de duermevela con búsquedas entre las ramas de los árboles para identificar a los que, camuflados, protegían a aquel grupo. Escapaba a su saber de qué les protegían, o por qué, pero era lo que hacían. No obstante, dejó de escapárseles por poco tiempo: las primeras bocanadas en el orificio de un ture<sup>10</sup> les hacía saber que alguien a lo lejos informaba de nada grato.

Saifel esperaba que todos se alzasen al instante, que la reacción del grupo fuese de alarma y que empezasen a corretear alocados de un lado a otro como las hormigas que ven su camino obstruido por una hoja que la gravedad deslizó al suelo.

Sin embargo, no sucedió así. Entre el grupo anciano se alzó una mujer, quizás la mayor de todas. Saifel se percató de que todos los hombres que se encontraban alrededor del cinturón protector que habían conformado en torno al grupo humano estaban mirándola,

como esperando alguna señal.

Alzó ambas manos con las palmas abiertas y las bajó suavemente pidiendo calma.

—Cuádrense.

Con sus manos, mientras aquella voz impoluta no acorde a la vejez corpórea que mostraba se tornaba sobre los allí presentes, mantenía un hilo de suspense que denotaba un atisbo de preocupación.

—Partamos a los escondites, repartid a los niños.

Todos se levantaron y acto seguido fueron agrupando a todos los niños que breve tiempo antes correteaban entre ellos persiguiendo a las coloridas libélulas que caprichosas por allí pululaban.

Saifel se disponía a levantarse también cuando Sófolen lo agarró del hombro.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó perplejo el zíngaro

Era tal la contundencia de la mirada de Sófolen que Saifel iba a responderle, pero se entrecortó en el habla y no supo qué decir. Hizo un gesto con sus brazos señalando al grupo, como haciéndole ver que habían de ir con ellos a resguardarse.

—Estas gentes probablemente no es la primera vez que se ocultan. Tampoco parece que se trate de personas como las de aquel mugriento habitáculo donde se hallaban hacinados por decenas. Se conocen, y mírales —decía señalándoles mientras se distribuían de una manera casi marcial—, a saber cuántas veces han realizado simulacros para estar preparados ante situaciones como la de ahora.

—¿Entonces? ¿Qué propones? No sabemos qué viene.

—Y volvemos a lo mismo, a escondernos sin saber de qué.

—¡Pero Sófolen! Está bien, guardé silencio aquella vez porque nada nos alertaba del peligro, ¡pero estas gentes se esconden! Y no sabemos dónde diablos estamos, tú me dirás... ¿no hay razones para temer?

«Igual me pasé de listo», pensó Sófolen. Agarró con fuerza a Saifel y lo agachó entre las pequeñas zonas pedregosas que habían servido de sitio de remanso para aquellas personas. Agazapados, agarrados uno al otro pasando los brazos por el hombro de cada uno, veían cómo se sucedían los movimientos de todos ellos. No tardaron en descubrir que aquel suelo poseía unos poderes sobrenaturales. O bien eso, o bien tenían a sus pies una majestuosa obra de ingeniería: en el suelo introducían sus dedos, después algo sujetaban con ambas manos y detrás iban entrando primero los ancianos, luego desaparecían los más pequeños, y por último, los adultos. Los dos pensaron que lo idóneo sería guarecerse en uno de aquellos oscuros subsuelos, pero hallar las palancas, manivelas, o lo que quiera que fuese que izaba aquellas enormes hojas algunos palmos por encima del suelo era imposible de detectar por mero azar. Posiblemente respondían a ciertos parámetros de orientación que indicaban dónde estarían situados. O quizás eran tantas las veces que se veían abocados a esconderse como ardillas en sus madrigueras que ni siquiera necesitaban ya de referencia alguna para localizarlos.

—No sé quiénes son, pero sé quiénes no son, síganme.

La voz llegaba por detrás de ellos, causándoles la misma sensación que un jarro de agua helada sobre sus espaldas. La mujer que les había hablado no detuvo su paso lento y, sin siquiera mirarles a los ojos, pasó por la izquierda de ambos y con solemnidad les indicó



moviendo la mano que siguieran sus pasos. Como hipnotizados, obedecieron sin pensárselo y fueron tras ella, mientras un joven fornido con el torso al descubierto levantaba de las entrañas del suelo una especie de polea que les abría a un pequeño zulo. Ni siquiera les miró a la cara, como si para ellos no hubiera extraños, lo cual no lograba entender Saifel, pues si de alguien se escondían no concebía que no les provocara recelo o un mínimo de desconfianza mostrar sus escondites a completos desconocidos. Tampoco tuvo mucho tiempo para meditar sobre ello porque de repente todos continuaron con aquella maniobra de esconderse bajo el suelo a una velocidad y coordinación desmedidas. En menos tiempo del que hubiesen imaginado, casi todo el grupo había desaparecido de aquel pequeño roquedo y solo quedaron fuera algunos arqueros vigías camuflados entre la maleza.

Aquella mujer, para desconcierto de Saifel y Sófolen, entró de las primeras en la oscuridad, seguida de otros ancianos y de los más pequeños. Ellos quedaron fuera, de los últimos, junto con aquel joven que había abierto la tapadera o lo que quiera que fuese aquel sitio, el cual les miró por primera vez y, tras contemplarles por unos segundos, les indicó con el cuello que siguiesen al resto.

El escondrijo olía a hierbas secas, cuando lo más probable hubiera sido que la humedad se hubiese hecho con la fragancia de aquel diminuto rincón de la selva en la que se hallaran. Pero no, quien había ideado aquel espacio también lo había preparado para estancias largas. ¿Cuántos lugares habrá que nadie conoce como este que estaba justo bajo sus pies? ¿Cuántos? ¿Cuántas personas habrá ocultas a unos pasos de nosotros y no lo sabemos? ¿Cuántas paredes existen que por ser tan grandes ni siquiera las vemos?

Saifel se encontraba allí creando estas divagaciones en su mente y recordando lo que Sófolen le espetó cuando se le ocurrió acercarse a aquellas personas para hablarles. Había tenido razón en la opinión que compartió, pero el hecho de que les hubiesen aceptado como unos más y que no hubiesen sospechado de ellos, que les hubieran dado cobijo y no necesitasen nada para demostrarles que no pertenecían a aquellos de los que se escondían... En cualquier otro momento así, por prevención, habrían caído fulminados al suelo en lo que tardara una flecha en salir despavorida del arco de cualquiera de los que allí se deslizaban entre las gigantes ramas de aquellos árboles.

Las pupilas, perezosas, fueron adaptándose a la penumbra de aquella guarida. Había rendijas en aquel techo que al menos permitían que la luz se adentrara en aquel foso, como las ranuras de aquel tren que permitía absorber algo de luz en las entrañas de aquel vagón en el que viajaron sin rumbo.

Nadie hablaba. Permanecían inmóviles, en silencio. Sus facciones no mostraban temor alguno, más bien resignación, una mansedumbre que los hería por dentro. Únicamente se les escuchaba, de manera aislada, algún pequeño suspiro ante el que el resto no se inmutaba. Eran unas doce personas las que estarían allí dentro. Colocados en dos filas, y con las rodillas flexionadas mirándose de frente, con las paredes apoyadas a los muros horizontales del foso. Sófolen y Saifel se tenían uno frente al otro.

Si bien antes parecía que estaban en silencio, un silencio sepulcral hizo parecer que no había estado presente hasta ese momento, silencio que anticipó que había algo nuevo allí arriba.

Tambores. Un leve resonar de tambores llegaba acompasado. Quienes vinieran desde luego que no andaban atemorizados. Prueba de ello era que se engalanaban con música marcial para hacerles saber a toda la selva que allí estaban, acercándose, en aquella dirección, sin estrategias para pillar a nadie por la retaguardia y sin sobreaviso.

Allí se encontraban. Escondidos con diez desconocidos en un lugar oculto a la vista de cualquiera que por allá pasase para no ser encontrados por otros desconocidos. Saifel sentía que en cualquiera de estos días su cabeza estallaría.

A los tambores comenzó a acompañarles los sonidos de hoces que iban cortando plantas a su paso por la densa selva. «¿Cuántos serían?», se preguntaba mirando a Sófolen que, como si no fuese con él, se entretenía en limpiar la alforja. Mientras trataba de hacerse una idea, pensaba que qué más daba de cuántos serían, ¿por qué se le venían a veces preguntas tan insulsas? Quería dejar de pensar y concentrarse, pero el obligarse a dejar la mente en blanco le producía totalmente lo contrario, un aluvión de conjeturas que no le dejaban tranquilo y le aceleraba sus pulsaciones.

Los tambores habían cambiado el ritmo y duplicado su velocidad. Lo que tratara de ponerles nerviosos solo y únicamente funcionaba con él. Podía entender que aquellas personas hubiesen pasado antes por esa situación, pero ¿Sófolen? ¿Por qué ni se inmutaba? De nuevo no podía hablar, en esta ocasión porque quién sabe dónde estarían aquellos que avanzaban cercando su ubicación. No parecía que anduviesen aún cerca, pero podían tener vigías especialistas en el arte de la discreción.

Las ultimas azadas eran cada vez más sonoras, y las pisadas provocaban que pequeñas motitas de arena y polvo cayesen del suelo selvático al foso, prueba irrefutable de que ya andaban cerca. Saifel sintió nacer un miedo que antes no había experimentado, un miedo tibio que solo le hacía desear a toda costa no estar allí dentro, miedo que hubo de contagiar a uno de los pequeños que estaba en el regazo de una mujer joven, quizás su madre, pues se apretujó a los pechos de ella como si también quisiese desaparecer de la faz de la selva.

Los pasos sonaban demasiado cerca. Ya estaban allí, podía notarse. El olor a pólvora recorría el ambiente. Una abrasante esencia a hollín y ceniza se incrustaba dentro de sus narices y los tambores habían vuelto al ritmo inicial, pausado pero no por ello menos escandaloso.

Aquel niño comenzó a gimotear, a pesar de que aquella mujer trataba de que se tranquilizase. Sófolen, de manera instintiva, dirigió su mirada a los otros dos pequeños que había en el escondrijo: si el niño comenzaba a llorar, el llanto sería una epidemia en cuestión de segundos. A pesar de los esfuerzos que hacía la madre removiendo el cabello de aquel pequeño, a cada paso que retumbaba, cada reducto de arena que caía sobre sus cabezas, cada golpe de tambor y cada grito aislado de alguno de quienes ahora se encontraban a una distancia escasa de ellos, solo provocaba que su gimoteo fuese a más y más. Todo se había aunado en detrimento de aquel sosiego que se le pedía a un niño que tranquilidad necesita si tranquilidad se le pide, ya que no era tranquilidad sino sangre fría la que le estaban exigiendo. Los otros niños le miraban, pero no se movían. Permanecían quietos con el pánico reflejado en sus fauces. Sófolen seguía prestando una mayor atención a aquellos dos niños, pues un trío de lágrimas sería fatal para descubrirles. Los

pasos se escuchaban sobre ellos y cada vez era más arena la que en finas cascadas caía sobre los allí reunidos. Quizás no darían con la manera de abrir aquella pequeña compuerta que se ocultaba a la vista, pero probablemente la fuerza bruta compensaría su falta de audacia. Aquella mujer apretó más contra su pecho a aquel niño de apenas meses de vida que, nervioso, intentaba débilmente forcejear con sus brazos, forcejeo inútil a la vez que incesante. Los ojos de aquella mujer reflejaban un miedo que Saifel no había visto antes. A pesar de la penumbra, podía ver el miedo clavado en sus ojos. No todo eran malas noticias pues no daba sensación de que nadie en el exterior hubiese percibido ni un ápice del gimoteo inocente que procedía de las entrañas de la selva, y los pasos continuaban de largo. El peligro, con sus tambores, se iba alejando. Pero el niño no respondía a raciocinios y seguía queriendo llorar más y más. La madre, en un intento desesperado y no siendo su pecho suficiente mordaza, colocó su mano en la cara de aquel bebé, presionándola en imposible ecuación: ternura y firmeza no eran posibles de conciliar. De repente, los más rezagados de aquel grupo empezaron a correr y a gritar como llevados por el diablo. El niño se escabulló de aquellas manos y lloró a viva voz. La madre, en un movimiento reflejo, reaccionó imprimiendo toda su fuerza sobre el pequeño. El jaleo iba a más y parecía que se multiplicaban allá fuera. Ya no eran solo gritos. También comenzaban a escucharse sonidos sordos y estridentes que venían acompañados de un intenso olor a pólvora. Eran muchas las situaciones que uno podía imaginar que estaban sucediendo fuera. Quizás habían dado con algún grupo que no había logrado ocultarse, o simplemente trataban de infundir pánico a quienes se mantenían ocultos. El niño dejó de ser el centro de atención y todos miraron hacia arriba. También los dos pequeños, como si una lluvia de fuego hubiese dado comienzo sobre ellos. Todos menos el niño, que la madre, llorando, agarraba abrazando fuertemente. Los gritos y disparos se iban alejando, y los pasos ya apenas se podían percibir. Sin embargo, el llanto, esta vez diferente, seguía siendo la sinfonía que resonaba en aquel habitáculo. Esta vez nadie hacía por detener las lágrimas, por acallar la rabia y el horror, porque aquel sollozo ya no venía de la mano de la turbación, el pavor o el espanto infantil a situaciones de desasosiego. Aquel pesar era diferente. Otra garganta era la que se resquebrajaba y otros los sentires que devenían de ella: la resignación de la vida, la claudicación a lo que sucede, la culpa que queda grabada en las venas de una madre era escupida en un llanto ante quien ya poco le importaba su propia existencia.

Un joven abrió la pequeña compuerta y, al entrar aquella profunda y brillante luz verde que los rayos creaban con las hojas de los árboles, todos fueron testigos de lo que había ocurrido: aquella madre lloraba desconsolada con un inocente bebé de piel añil. Un vástago índigo que ya no volvería a llorar con su propia garganta. Un llanto que jamás se detendría de nuevo en los oídos de aquella madre, quien por siempre se vería a sí misma como el verdugo de lo que más quiso en vida y muerte

Aun sentados, nadie se atrevía a moverse, y eran varios los pequeños grupos que habían comenzado también a salir de debajo de la tierra. Un hombre anciano, actuando como movido por una premonición, como si hubiese logrado escuchar aquel hilo de voz que trataba insistentemente de llorar, se acercó y levantó la voz de un modo que podía incluso ser oído por aquellos de los que se escondían...

—¿Veis? —dijo mientras agarraba a aquella mujer y la levantaba forcejeando con ella contra su voluntad—. Ven, no quiero arrebatarte a tu hijo...

Ella seguía con la mirada perdida, obnubilada, como si la parca, al haber acudido a la llamada, hubiese rozado con su túnica el rostro de aquella mujer que ahora, a la luz del día, era más niña que mujer. Aquella madre prematura apenas alcanzaría los quince años.

—Ha tenido que morir esta criatura para que percibamos el hedor de nuestra dignidad, matada y rematada cada vez que nos dejamos tratar como a ratas, cada vez que nos escabullimos de huir de este mundo desparramando sangre, sí, pero sangre digna. Cada vez que el ture nos avisa de que los españoles se acercan y aceptamos ocultarnos en las tierras de nuestros ancestros, a la vista de nuestros dioses, perdemos toda dignidad, y yo no pienso permanecer más así en vida.

Acabó de hablar, cogió por el hombro a aquella niña y se la llevó, apartándola del resto.

Todos habían salido de aquel habitáculo salvo Saifel y Sófolen, y en realidad tampoco nadie les echaba en falta. Saifel fue el primero en intentar salir, pero cuando se encontraba con medio torso fuera una sonrisa burlona de Sófolen fue lo único que recordaría.

Saifel miró tras de sí, pues sentía que alguien le observaba. Al girarse rápidamente, preso del ansia, le pareció ver algo que no necesitaba observar de cerca para reconocerlo: un níveo antebrazo se balanceaba armoniosamente, como si estuviese presenciando la iniciación de alguna danza propia de un ritual. Sobre su brazo reposaba un pequeño trapo que se dejaba deslizar por la brisa, una brisa que aumentaba por segundos. No cabía duda de quién era aun no sabiendo su identidad, así como tampoco el averiguar qué era lo que sobre ella se posaba: no tenía ningún dibujo sobre sus hilos, pero aquel tapiz pertenecía al mismo telar del que De Rais regalase a Tiziano. Poco más dio tiempo a pensar, pues al volver a mirar a Sófolen, sus ojos entraron en un torbellino de imágenes girando en torno a él que pudieron con su estabilidad y, en apenas segundos, pasó de permanecer erguido a desvanecerse entre recuerdos y un olor a pólvora que bien le costaría poder olvidar...

Silencio.

## V - Hija de los vertederos (Calcuta, India, 1949)

Aquel engranaje que trataba de hacer las veces de frenada chirrió de tal manera que parecía ser el grito de un gato arrollado por aquel cochambroso cúmulo de chatarra con ruedas. Saifel despertó y vio que Sófolen, despierto, sonriente y con la espalda firme, se encontraba sentado a su vera. Sus cuerpos se mecían arriba y abajo entre que se decidía o no aquel extraño transporte a detenerse finalmente.

De nuevo volvían a un lugar remoto. Sin embargo, no era eso lo que mantenía inquieta la mente de Saifel: algo comenzaba a intrigarle, algo que no parecía tener pies ni cabeza...

Aquella sonrisa. No podía olvidar aquella expresión que varias veces había notado en la cara de Sófolen. Aquella mirada transmitía una certeza imposible de lo que iba a acontecer.

Mientras seguía dándole vueltas y trataba de recopilar en su mente los momentos en los que Sófolen había, de algún modo, controlado situaciones que en realidad eran completamente insostenibles, o que había mostrado un sosiego inusitado, aquella decrepita nave dejó de dar tumbos por tierra y finalmente paró en seco para bien de los viajeros y mal de sus equipajes.

—¿Vamos? —le preguntó Sófolen mientras le azuzaba el pelo.

Su voz surtió el efecto como de un muelle en la espalda de Saifel. Tras haber quedado en trance por unos segundos que le habían parecido horas, volvía en sí.

—Saifel, vamos.

Se levantó bruscamente y cogió las alforjas. Las puertas se abrieron violentamente y todos los pasajeros se sobresaltaron con el golpe. Así, se apresuraron en salir antes de que el resto de compañeros de viaje comenzaran a coger sus bultos del altillo e hicieran del pasillo un sendero de obstáculos infranqueables.

Llegaron al asiento del conductor y Saifel hizo por despedirse, pero aquel hombre de rostro preocupado no dejaba de mover entrelazados sus dedos mientras murmuraba de un modo ininteligible, por lo que decidió que lo más cauto era dejar los buenos modales a un lado aquella tarde.

No tardaron mucho en detenerse al bajarse de aquel cochambroso invento para trasladar personas como mercancías. No se debía a otra cosa sino al paisaje desolador que se abría ante ellos, el cual era imposible percibir desde las translúcidas cristaleras, y mucho menos imaginarlo: un paraíso de basura, residuos y chatarra brotaba de todos los puntos donde era posible ubicar la vista. No se encontraban ante un vertedero desolado y solitario, sino que aquello parecía el más poblado de los bazares que jamás habrían podido encontrar. Muchísimas personas, por cientos o quizá miles, se apretujaban unas con otras rescatando cosas del suelo, salvando atolladeros y empujones, abriéndose paso a pie, en carreta o con caballos. Aquello podía ser de los mayores mercados de pobreza que existieran al menos para siempre en sus retinas, museos de la miseria que invitaban a fijarse en el comportamiento de solo una persona de las allí presentes, pero resultaba imposible pues la curiosidad mataba a sus ojos que, como felinos, saltaban de uno a otro que se cruzaba a su mirada. Era tal la pobreza de aquella panorámica que incluso ellos, vestidos con harapos, posados sobre destartadas sandalias y con roídas alforjas a sus hombros, se sentían avergonzados por el buen estado de sus pertenencias en comparación

con los que allí estaban. Pero nadie, absolutamente nadie, se había fijado en ellos. Hasta Saifel trataba de mirar con descaro a algunos de los que pasaban cerca para ver si conseguía atraer su mirada, pero era una causa perdida pues iban con la mirada ida, como si el Santo Grial o la tumba de Horus estuviesen a un paso de ser descubiertas por sus desnudas manos.

—¡No se asusten! —gritó el conductor antes de cerrar las puertas con la misma violencia con que abrieron—. ¡Acaba de llegar el camión de basura desde el centro de Calcuta, la calma volverá en horas!

Efectivamente, como ambos esperaban, las puertas cerraron con el mismo frenesí y aquello echó de nuevo a andar, o eso pretendía, entre vaivenes. Saifel, con el intenso deseo de preguntar acerca del lugar al que el conductor se refirió, y si guardaría relación alguna su nombre con la cicuta o con los envenenamientos. Se controló y se mantuvo en silencio.

—Recogen la basura —dijo Saifel.

—Estás últimamente de lo más observador —le respondió con burla Sófolen.

—Pero fíjate bien, recogen basura. Cada uno selecciona qué se queda, sea para lo que sea, para hacerlo suyo, venderlo o llevárselo a la boca. Pero recogen y vuelven a cogerlo cuando alguien ya no lo quiso. Y nadie pelea por algo que ya otro eligió.

Sófolen se guardó su sarcasmo y en silencio observó que era cierto. Ningún altercado se daba. Es cierto que el ruido era enorme pero apenas se distinguían voces. Ni siquiera trapicheaban allí para sin más preámbulo vender cuanto antes lo que habían encontrado. Era como una liturgia de Diógenes que les impedía dejarse deslizar por la ansiedad. Nadie arrebatava a nadie algo que ya hubiese despojado del suelo yermo.

Todo lo que quedaba ante ellos era pionero para sus vivencias. Nada pertenecía a lo que ellos acostumbraban a experimentar en sus recuerdos salvo aquel pequeño puestecillo que regentaba un anciano descamisado junto al punto en el que les dejaron bajar a tierra firme.

De repente, Saifel, casi en un movimiento reflejo, soltó lateralmente su puño más cercano contra el costado de Sófolen y con la otra mano señaló con su índice.

—No sé qué pretendes que mire, pero no me moveré de aquí hasta pasadas las horas que hagan falta. ¿Viste el caos que hay ante nosotros? —le recriminó Sófolen.

—No fue el quedarme quieto lo que me hizo ir al lago. Ni aquí. Ni a ningún sitio —le contestó tajante Saifel.

Y con estas palabras se despegó de Sófolen y comenzó a andar como bendecido por alguna deidad. A paso tranquilo, en línea recta, ninguno de los que se cruzaban llegaban a tropezar con él. Sófolen lo veía separarse varios metros y su orgullo le impedía mover un solo pie tras ver cómo alguien de la ciudadela se creía con suficientes tablas como para desafiarle. No obstante, tal orgullo se diluyó en los pocos segundos que tardó en recapacitar y pensar que era Saifel y no él quien llevaba las alforjas de ambos.

—¡Espérame! ¡Saifel! —gritaba mientras trataba de no empujar a nadie mientras avanzaba. Era sumamente extraño, pero nadie se agolpaba sobre nadie a pesar de la velocidad y ansiedad con la que se creaban las filigranas de aquellos cuerpos tristemente sedientos de basura.

Eran bastantes los pasos que les separaban, y es que Saifel parecía acudir obstinado hacia algo que había llamado su atención. A lo lejos, Sófolen divisó algo que no había visto antes: una enorme maquinaria sacudía con una zarpa todo a su alrededor, y le hacía sentir que, de haber Dios, siempre se durmió cuando miraba hacia aquellas tierras. Una enorme pala, como si se tratase de una columna que izasen entre cientos de esclavos, se abalanzaba sobre los cielos dejando caer miles de residuos ante los que otras tantas miles de criaturas esperaban a que se detuviesen entre la polvareda para hacerse con lo que aún pudiera ser útil. Temía el zíngaro que fuese aquello lo que hubiera llamado la atención de Saifel momentos atrás y hacia allí se dirigiera. Seguía avanzando todo lo rápido que podía. Al menos no había perdido de vista a Saifel, pero con la muchedumbre en aumento que iba llegando por segundos podría desaparecer de su vista de un momento a otro.

Saifel comenzó a estar más visible. No porque su marcha se hubiese aletargado, sino porque había comenzado a subir una pequeña pendiente que lo distanciaba del amotinamiento azaroso en el que se veían inmersos. Miró al fin hacia atrás para acto seguido localizar los ojos de Sófolen. Dio media vuelta y continuó creando el sendero. «¿Qué habrás visto?», se preguntaba el zíngaro mientras se mesaba las barbas con resignación...

Al fin Saifel se detuvo, o eso parecía. Sófolen no terminaba de entenderlo: si Saifel se había dirigido hasta allí era porque había podido ver algo desde el lugar en el que estaban, pero algo le resultaba desconcertante, se le estaba escapando algún elemento que envolvía a este viaje, a este vertedero, a las piezas inconexas que entrelazaba el viejo tapiz...

Jadeante, más por el calor que por la caminata en sí, llegó Sófolen bañado en sudor hasta donde estaba Saifel.

—¿Y bien? —dijo Sófolen mientras hacía todo lo posible por recuperar el aliento.

Saifel estaba frente a él, sin mirarle a los ojos, oteando el horizonte, irradiando expectación, agasajando a sus ojos de no perder detalle alguno. Sófolen estaba convencido de que algo le estaba pasando a Saifel, pues no era normal el trance en el que se había imbuido. Sin girar el cuerpo entero volteó su cuello para comprobar con sus propias pupilas lo que su compañero observaba con detenimiento. Ante ellos había una enorme isla de vergüenzas y despojos, de la más mísera de las miserias. La desazón y el desasosiego reunidos en santa compañía por una jauría de escombros y desechos que agolpaban a miles de manos en humillante comunión. Era una inmensa panorámica que abarcaba todo cuanto podía alcanzar su visión, un espectáculo del que las almas deberían evadirse y censurar los escalofríos que suponía ser partícipe indirecto de aquella escena. No hablaban, ni se movían. Solo Sófolen reaccionó después para girar el cuerpo entero. Era tal la impresión que ahora entendía el trance de Saifel: ser testigo de ello podía despertar muchísimas emociones a la vez, sea tristeza, cólera, resignación, rabia, exasperación... Ningún idioma contenía suficientes palabras que describieran a aquellos espectros buscando penurias y desdichas entre la broza de la humanidad. Se mantuvieron mudos, asistiendo a funerales diferentes donde solo se velaban vivos, deshilachando las vergüenzas de quienes habituados a nada tener no añoran la dignidad, no porque no la deseen, sino porque no les dejaron conocerla.

Entre tanto que ver, Saifel miró con cuidado a Sófolen: por primera vez aquel zíngaro no parecía prever algo, claro que también esta vez fue él quien hubo de seguirle y no al revés. En cierto modo Saifel pensaba que había hecho las veces de Diurno, como si enseñara un camino trazado en antaño para igualmente enseñar lo que nadie muestra de su ciudad. Sófolen se percató a los pocos segundos de sentir sobre él los ojos de Saifel quien, levemente, se encontraba en un diminuto montículo sobre su posición. En un intento de disimular, como si algo le hubiese llamado la atención, miró un poco más abajo, y «bendito momento en el que lo hice!», se repetiría Saifel más adelante...

Justo a unos escasos pasos alejados de ellos se encontraba una niña junto a un cachorro del color de las trufas, el cual hacía de aquella niña un pasadizo de infinitas puertas abiertas que atravesar con la magna ansiedad de quien quiere librarse del cautiverio. Todo a compás de una cola nerviosa que no paraba de agitarse. No había ningún adulto alrededor de ambos. Esa niña, despreocupada, iba cogiendo cosas del suelo con una mano mientras dos de sus dedos de la otra mano permanecían eternos en su boca como el caramelo que ni siquiera sabría que existiera. Ambos se acercaron y aquella niña, acostumbrada a estar rodeada de desconocidos, ni siquiera notó nada extraño.

—¿Qué buscas? —le dijo Saifel amigablemente.

La niña le miró frunciendo el ceño y le espetó:

—¿Cree usted señor que alguien aquí sabe lo que busca?

Saifel se quedó perplejo: una niña que podría tener unos seis años de edad lo acababa de dejar completamente desnudo con solo diez palabras.

—Me gustas —decía Sófolen sonriendo, orgulloso de ser testigo de una frase tan poco locuaz y sin embargo tan incisiva.

—¿Qué te gustaría buscar? —dijo Saifel haciendo caso omiso a los intentos del zíngaro por ridiculizarle.

—Oh, eso es otra cosa: me encantaría encontrar nueces.

—¿Cómo se llama tu perro? —le preguntó Sófolen.

—No es un perro, es hembra, y se llama Noah. La recogí en brazos cerca de aquí y es mi confidente.

Ambos se miraron divertidos: ¿dónde habría oído la palabra confidente?

—¿Y tú? ¿cómo te llamas?

—Az —dijo exagerando la consonante sin separar aún sus dedos infantiles de la comisura de sus labios.

—¿Az? Eso no es un nombre —le dijo Sófolen incrédulo arqueando la ceja.

—Tampoco esto es vida y respiro, ¿no es así? —le respondió ella mirando a su alrededor. Les dejó estupefactos mientras ella volvía a sus quehaceres sin perder detalle de lo que pudiera rescatar de entre la maleza.

—Está bien —prosiguió—, me llamo Azgalena Nónzcala. El nombre de mis orígenes es el primero, porque hace mucho tiempo mi familia se dedicaba a despojar a la tierra de un mineral de nombre parecido. Mi nombre es Nónzcala, y no sé si eso tendrá significado alguno. Pero prefiero que me digan Az, o Azgalena. Ella se llama Noa.

A su lado, divertida, permanecía una pequeña perra canela con un incesante movimiento de cola. Mientras, ambos permanecían callados, sorprendidos por el



desparpajo que mostraba aquella pequeña criatura.

—Ahora vengo, quédate con ellos —dijo Sófolen.

—¿Dónde dices que vas? —le preguntó Saifel tratando de que aquella niña no percibiese lo entretenido que estaba siendo para ellos el hecho de haberla descubierto.

—No lo he dicho. Dame mi alforja, vuelvo enseguida.

Allí quedó el que fuera discípulo con Azgalena y su pequeña Noa. No sabía qué decirle a aquella niña, ya no solo por su manera de desenvolverse impropia de su corta edad, sino porque no se le ocurría de qué hablarle a una niña tan diferente a sus hermanas. Se prometió en aquel preciso instante que hablaría más con ellas cuando volviese a Gendhu Kens. Como un haz de luz le vino a la mente la idea de convertirse en uno más y rebuscar, aunque era tan escrupuloso que realmente ni siquiera llegó a tocar nada. No había mentido Sófolen con aquello de enseguida...

—Toma —dijo a Azgalena regalándole una sonrisa sincera que Saifel estaba seguro no haberle visto antes.

Una pequeña bolsa opaca le entregaba a Azgalena, quien sin desconfiar de su contenido adentró la mano sin mayor miramiento.

—¡Nueces! No es posible, ¡nadie tira las nueces!

No había salido de su asombro cuando empezó a coger un puñadito con su mano izquierda y una a una con su mano derecha, la cual se había decidido a abandonar la boca por el tiempo que durase aquel manjar entre sus manos. El puñado era para Noah, mientras que ella era feliz cogiendo una a una. Aquella cachorra engullía como si no hubiese comido en días. Acto seguido, vaciada su ofrenda, volvía a coger otro pequeño puñado para «su confidente».

—Baja el ritmo o ella se las comerá todas —le aconsejó Saifel.

—Es normal, a ella le encantan, a mí me gustan, pero no tanto.

Ambos la miraban atónitos, le habían preguntado qué le habría encantado hallar en aquellos retales de basura y su respuesta había sido una de las comidas favoritas de su perra. En apenas segundos habían desaparecido todas las nueces.

—Quisiera yo también probarlas —dijo Saifel a Sófolen—. ¿Dónde diste con ellas?

—Ven conmigo, ¿vienes con nosotros, Azgalena?

—No, he de buscar más. ¡Gracias por las nueces!

—De nada —le contestó Sófolen mirándole con ternura.

—No me lo diga a mí, se lo decía Noah, solo que yo le ayudo, no sabe hablar aún.

Sófolen rio y haciendo una reverencia mirando a los ojos de Noah se despidió.

Bajaban la pendiente y Sófolen le contó que las compró a cambio de una porción de māmāligā en aquel pequeño puestecillo que dejaron a sus espaldas cuando llegaron a aquel extraño lugar. Hacia allí se dirigían a un paso ligero propiciado por la pendiente que ahora descendían. Estaban ya al lado de aquel anciano cuando Saifel notó que se agotaba el tiempo en aquel lugar: las dimensiones empezaban a escudriñarse y el estómago a apretarle las entrañas, miró hacia atrás para ver por última vez a Azgalena y su confidente, pero no estaban justo donde les había dejado. No tardó en dar con ellos, aunque esta vez estaban con alguien más que acariciaba a Noah. Quien quiera que fuese quien estaba con Noah... de nuevo la misma silueta, de nuevo aquellas manos... de nuevo... No le dio

tiempo a hilar su memoria con aquellos tirabuzones de los que sus pupilas estaban siendo de nuevo testigos...

## VI – Lo tenue de la esperanza (Mar de Alborán, 2008)

Aquel extraño sortilegio no necesitó dejar entrever tapiz alguno. Había sido uno de los más fulminantes que habían experimentado. Permanecían aún en plena inconsciencia y quién sabe si estarían preparados para el lugar al que le depararía .

### Ln Travesía

Sus cuerpos se mecían, era como si se encontraran en una enorme cuna, pero aquel lecho gigante tenía algo de peculiar. Era una extraña sensación la que, sin haber despertado, invadía el letargo de ambos: no se encontraban en los aires, porque no es que sintieran que levitaban, pero donde seguro que tampoco se hallaban era en tierra firme. Un sorpresivo pero apacible céfiro les despertó a ambos asustados en la negritud del crepúsculo: abrieron los ojos y la sensación era la misma que de no haberlo hecho, pues una inmensa oscuridad les rodeaba hasta tal punto que de no ser porque estaban ambos cuerpos con cuerpo habría creído cada uno que estaba allí sin el otro.

La brisa que recorría sus auras venía desde todas direcciones. La espesa nocturnidad mantenía a todos los allí presentes bajo el secreto oculto de sus facciones. Sus pupilas comenzaron a redactar un digno armisticio con la luz del noctívago astro que sobre ellos se alzaba en suntuosa plenitud. Fue así como se empezaron a esclarecer los primeros contornos en derredor.

A Saifel le invadía la misma indisposición que solía sentir cuando su cuerpo le avisaba de que aquellos misteriosos vaivenes en espacio y tiempo iban a proceder a tomar las riendas, pero apenas llevaban allí tiempo y creyó que se debía más bien al vaivén continuo de aquella habitación.

—¿Qué ves? ¿Cómo son? —preguntaba Saifel con un hilo de voz. No sabía aún si había alguno cerca que pudiera escucharle.

—No te asustes... —le respondió con cautela Sófolen.

—Decirme que no me asuste ya me asusta, ¿qué sucede? —decía Saifel trastabillándose.

—No hay nada de lo que asustarse, pero como cuando escuchamos una jauría entre tinieblas, los que os autoproclamáis civilizados tenéis la manía de asustaros con lo que no conocéis, por indefenso que sea.

—Si pudieras ir al grano y dejar de darme lecciones, ¿o te traigo a Azgalena? —No detenía Saifel su cuello mientras se dirigía a Sófolen, sacándole una carcajada por su ocurrencia.

—Ahí has andado agudo. Ves, no te subestimes, tú también eres original a veces —le decía paternalmente mientras removía la cabellera de su testuz—. Son negros Saifel, negros.

—Lógico, y tú, y yo, nadie va a resplandecer en esta cerrada noche...

—Negros, Saifel, como la noche, pero también cuando el sol se impone y desadormece a la ciudadela: negros, de tez oscura. Sabes que soy más oscuro que tú, pues digamos que soy un eslabón entre tú y ellos.

Saifel ya había enfocado la silueta de Sófolen y sus ojos resaltaban sobre toda aquella

oscuridad. En estos momentos sentía un desasosiego que le hacía plantearse, de nuevo, una vez más, qué pasaba. Era sorprendente que Sófolen y él hubiesen alcanzado cierta complicidad siendo tan distintos y por el mero hecho de haberse visto encauzados en un viaje que no podría explicar a Tiziano... Solo quien lo vivió, solo quien lo sintió en sus carnes podría entender de qué hablaba sin pensar que estuviese loco, que se tratara de un pródigo desquiciado que había perdido la noción de la vida, las mañanas y las noches.

Los movimientos acompasados de donde se encontraban eran escurridizos a sus espaldas y respondían a una métrica que hacía que ya no percibiese que estaban en continuo movimiento, hasta que uno de aquellos vaivenes fue más brusco de lo habitual, provocando que de la nada una intempestiva cascada mojará la hombrera de Saifel.

—Habría dado mi alforja por ver el pánico en tu cara —dijo Sófolen antes de que Saifel gimiese de sorpresa— estamos en alta mar mi querido oriundo de Gendhu Kens.

Cuando se dirigía a él con aquellos redundantes modales no terminaba de saber si lo hacía sarcásticamente para burlarse de quienes así hilaban sus conversaciones o por razones que escapaban a su conocimiento.

—¿Estamos en el mar? —preguntó con la voz temblorosa—. ¡No sé nadar!

—Así es. Esa fragancia que respiras no es otra cosa que el sudor del mar, el despojo a su esfuerzo de mover las mareas que sala nuestras encías. Y el movimiento no es más que su peculiar manera de recordarnos que estamos vivos mientras él lo desea.

Las palabras de Sófolen asustaban al que fuera discípulo, pero más le asustó querer ponerse de pie. Sófolen, atisbando su intento, lo agarró del hombro cuando, apenas habiéndose levantado, estaba cerca de desequilibrarse.

—El problema no es que tú te dañes, sino que volquemos por tu irresponsable gallardía.

—Está bien —contestó Saifel—, creo que no te sienta del todo bien estar rodeado de agua... ¿Habías visto antes el mar?

—¿Cómo habría sabido que es donde nos hallamos en mitad de la oscuridad si no fuese porque ya he estado antes? —le respondió el zíngaro—. Así es, llegué a tu ciudadela por mar y tierra, hace muchos años...

Recordó una vez más Saifel lo poco que conocía a su compañero de expedición, y no era la primera vez que sentía ganas de preguntarle sobre su pasado. Ni siquiera sabía si sería reservado o por el contrario no tendría reparo alguno en revelárselo, pero jamás daba con un momento propicio en el que pudiesen hablar.

—¿Qué hacen? —dijo Sófolen cuando vio que algo resplandecía intermitentemente junto a ellos.

Aquellos cuerpos se deslizaban sinuosamente por la nave, sin apenas levantar un palmo del suelo. Todos se acercaban a aquello que había llamado la atención de Saifel. La brisa comenzaba a arreciar.

—Déjame observarles — le susurró el zíngaro.

Agazapados seguían acercándose unos pocos y algunas chispas combatían por vencer al viento heroicamente, mientras uno de ellos sostenía algo que trataban de alumbrar.

—Si es lo que creo, Saifel, esto es una genialidad.

—¿Qué? ¡Dime! —soltó casi todo el aire en el intento de hacerse escuchar sin

despertar la atención de quienes hacia la luz acudían sigilosos.

—No sé qué hacen aquí, pero sí creo que sé lo que están haciendo...

—Se detuvo en la explicación pues habían logrado que una pequeña llama fulgurase de entre la noche, con la cual alumbraron tres pequeñas virutas que, al alumbrarse, por unos segundos, parecían estar sobre una especie de pequeña bizcotela que le servía de base.

—Sí, Saifel, no siendo la Luna llena testigo, nosotros sí lo estamos siendo de Artemisa.

—¿Artemisa? —repitió perplejo Saifel.

—Así es... Hace muchísimos años hubo una civilización que veneraba a varios dioses. La luna tenía el suyo propio y así se llamaba, Artemisa. A ella se le ofrecían dulces redondos sobre los que se colocaban virutas como las que ves que ellos encienden.

—¿Para qué? —preguntó inseguro, como si algo se le estuviese escapando de aquella situación que para Sófolen estaba siendo de lo más normal.

—Prefiero que primero lo veas.

Aquellas virutas trataban de mantenerse encendidas, pero el viento se negaba a abandonar la embarcación. Fue cuando de repente una enorme bola de fuego parecía surgir de aquellas chispas. Aquellos que antes reptaron colocaban sus manos en torno al pequeño pastel, creando una muralla con la que contrarrestar a los vientos mediterráneos que correteaban inciertos y egoístas. Era el resplandor en aquellas manos lo que acrecentaba la luz de aquellas tres virutas que se escondían tras sus callosas y deterioradas palmas y dedos. Se sobresaltaron ambos cuando el mar enmudeció para dar paso a un canto melodioso y repetitivo que entonaban los allí reunidos... Las virutas se acercaron a una pequeña nariz más achatada que cualquier otra que Saifel hubiera visto antes. Le acompañaban unos mofletes de cacao seguidos de unos enormes ojos negros llenos de vida y un endiablado pelo rizado que le protegía sus orejas. Aquella niña los miró llena de alegría y sopló las virutas. Los presentes aplaudieron y continuaron aquella infantil melodía.

—¿Por qué las ha apagado? ¿No vio lo que costó encenderlas? —preguntaba extrañado Saifel.

—Al soplarlas su humo asciende hasta la luna, y transporta el deseo que haya pedido quien sopló.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Bueno... —Miró fijamente a los ojos de Saifel con la poca luz que emanaba de la luna—. Tras aquella noche en la que no volví a ver a mi hermano...

El diálogo se rompió inesperadamente cuando una ola invadió la cubierta de la embarcación para sorpresa de los allí presentes. Aquel cayuco comenzó a tambalearse más que nunca, pero aquellas personas seguían cantando, esta vez otra canción a la que acompañaban sus desnudos brazos, los cuales se levantaban frenéticamente señalando el negro firmamento que los observaba. Saifel se irguió un poco y miró más allá del borde, quería ver con sus propios ojos el mar, algo que jamás creyó pudiera llegar a conocer. Acto seguido a lograr mantener el equilibrio sobre sus botas, un rayo irrumpió en el mar y le hizo soltar un gemido de sorpresa al haber visto la inmensidad ante la que se encontraban. En el último destello que se reflejó en las aguas le pareció ver un cuerpo bajo las profundidades, un cuerpo que mantenía el destello que aquel centelleante haz de luz

había propagado por el mar. Reconoció aquel cuerpo al instante: era ella, era quien se aparecía ante ellos momentos antes de...

Estruendo y silencio

## VII – Juicios a la masacre (Córdoba, Argentina, 2015)

\*Cecilia Suzzara, Silvina Parodi & Sonia Torres in memoriam...

—¡Silencio en la Sala! Continúe la testigo...

Saifel y Sófolen se encontraban apoyados a una robusta y fría pared, en pie, con los cuellos estirados mirando al techo. Aquel grito los despertó. No entendían cómo no despertaron antes con el revuelo que ya de por sí había. Se encontraban en un amplio corredor de mármol y preciosas columnas, pero el bullicio venía de la sala cuya puerta se erigía frente a ellos. Sin saber cómo ni dónde se pusieron rectos y se fueron acercando a los ventanales de translúcidas cristaleras que hacían reverencia al gigantesco portón.

Era difícil escuchar exactamente qué decían si no gritaban, he ahí que hubiesen podido escuchar con claridad a quien mandaba guardar silencio. Allí llegó tras ellos un hombre con una gabardina, calvo pero con poblado pelo blanco en sus parietales. Se colocó tras ellos.

—Llegaron tarde, ya no podrán entrar —les dijo.

—¿De qué se trata? —preguntó Saifel.

—De juzgar a monstruos, a quienes creyeron que podían desaparecer personas, a quienes trajeron el infierno. En La Perla estábamos todos, el martirio no queda solo en las entrañas de quienes lo sufren, y a quienes sufrimiento trajeron hoy se les aplica una justicia que maldita sea la justicia cuando tanto tarda y no alcanza... Yo sí puedo entrar, poseo acreditación y me entretuve en el deceso. Además, conozco al guardia, pero no podré hacer nada por vosotros... —Se paró a meditar—. Bueno sí, trataré de que quede la puerta entreabierta, así oirán lo que se dice...

Así hizo aquel hombre de extrañó acento y brillantes y celestes ojos que ni siquiera deparó en las ropas de ambos. Entró con cautela, habló con un hombre con un prominente casco y uno de los bigotes más poblados que jamás Saifel había presenciado. Les miró extrañado y dejó la puerta débilmente entreabierta. Hablaba una mujer con una voz débil, apenas perceptible...

—... no aguanté el sufrimiento, no aguanté más torturas, la picana, los golpes, las amenazas, el submarino... supieron doblegar mi voluntad... —La voz de aquella mujer hacía por no romperse a llorar, y ni Saifel ni Sófolen daban crédito a qué atestiguaba—. Fui yo —prosiguió ensombreciendo su rostro con la mirada al frente—. Un 26 de marzo yo guié a los criminales, a los verdugos de mi mejor amiga, les funcionó la tortura, las vejaciones, la humillación. Yo les señalé la casa en la que se encontraba ella, embarazada, y su marido Daniel. Yo vi cómo la sacaban de allí, a empujones, culatazos y patadas. Yo la escuché gritar...

A la salida del tribunal estaban Saifel y Sófolen quietos, pálidos tras escuchar aquel y tantos otros testimonios de torturas, asesinatos y desapariciones de inocentes. Dieron con aquella mujer, cuyo testimonio fue el primero que escucharon, cuando pasó cerca de ellos y aquel hombre que llegó tardíamente a la reposición del juicio se puso justo delante de ellos y le preguntó:

—Y después de eso, ¿cómo hizo usted para seguir viviendo?

Todos los que allí se habían agolpado saliendo, tanto presentes en la sala, como curiosos y allegados que por allí rondaban se quedaron callados creando un profundo

silencio. Ella le miró y fugazmente Saifel y Sófolen sintieron que aquellos ojos habían atravesado a aquel caballero y le había helado el alma...

—¿Y quién le dijo a usted que yo estoy viva?

Aquellas palabras resonaron en el interior de Saifel y un profundo escalofrío recorrió sus fauces. Nunca antes había oído una respuesta tan breve que dijera tanto. Aquel hombre agachó la mirada, vencido por esas palabras.

—Eso no es traición, no puede considerarse traición, aunque nadie podrá jamás hacérselo sentir así... Su vida asegura que acabó aquel día porque la traición mata al alma — el periodista se giró y encaró a quienes allí estaban presentes, dejándolos a su espalda—, pero no tolero que le digan traidora porque es la traición parte de la cobardía, y la misma cobardía es quien niega a la conciencia que el alma murió, por eso quien traiciona una vez, ya se muestra inmune para volver a hacerlo. Y esta mujer sí está segura de que su alma murió aquel día, luego que nadie se atreva a llamarle traidora, que nadie se atreva...

Ambos se miraron tras aquel caballero y no supieron qué decirse. Unas inmensas ganas de abrazar a aquella mujer se apoderaron de Saifel, pero a su vez le imponía acercarse a alguien que llevaba tanto sufrimiento dentro. Era una excusa totalmente absurda, pues nunca sabemos el sufrimiento que guardan quienes caminan a nuestro alrededor y son quienes probablemente más precisen del abrazo. Sin embargo, aquel pensamiento encontrado no pudo vagar mucho tiempo más por los pensamientos de Saifel, pues frente a aquel maremágnum de gente que se agolpó ambos se desvanecieron, esta vez de una manera totalmente diferente a las que habían experimentado.

No fue un golpe drástico. No hubo estruendo alguno, tampoco silencio, pues el sonido del viento inundaba sus oídos y se introducía pícaro por las costuras de sus ropajes. Esta vez se sentían etéreos, como si levitaran, y no parecía nadie percatarse de que ellos estaban allí, o que siquiera habían estado. Solo aquel hombre de ojos claros y pelo blanco a los lados de una prominente calva.

Ambos alargaron los brazos instintivamente, sin mirarse, como si todo estuviese ya previsto, premeditado, respondiendo a una trama que pareciera que ambos acordaron tiempo atrás. La nebulosa los engarzaba en una vorágine estrepitosa pero calmada, una tolvanera que les dificultaba hasta el mero hecho de que sus pupilas no conquistaran sus ojos y sus puños no vencieran sus manos.

Una vez más era ignorado el destino, pero allá donde fuese les envolvía una dulce tranquilidad. Ya con los ojos cerrados en una narcosis común volvieron a abrir los ojos y miraron hacia arriba, donde todo lo que encontraban alrededor no era más que una profunda niebla. Entre aquella espesa neblina pudo Saifel distinguir unos cuerpos que hacían ademán de acercarse a ellos suavemente. Eran las copas de los árboles quienes se inclinaban haciendo referencia ante ellos, árboles que cada vez eran un poco más nítidos. Saifel trató de flexionar el cuello para echar un vistazo, pero no pudo. Un imponente rayo de luz superior a cualquier niebla le hizo mirar de nuevo bruscamente hacia arriba, impidiéndole toda tentativa de moverse. De repente, notó que algo tocaba su cara...

«De tanto a tu alrededor que viste, de todo lo que obtuviste al vivir, de lo que aprenderás...». Aquellas palabras se repitieron en su mente mientras auguraba que estaba en lo cierto. , fuere lo que fuere, llegaba a su fin, que no era más que otro comienzo. Y



esto, que debía tranquilizarlo, le hizo sentir un miedo nuevo que nunca antes había entrado en él.

## Capítulo Once: Erase que se era

Sobria. Tranquila y sobria era como aquella mañana paría un nuevo día que las vicisitudes decidirían más adelante si había o no valido la pena aquel amanecer. Como una acuarela de luciérnagas impactaba la luz en la opaca visión de Saifel, el cual, lejos de orientarse entre vidrieras que se aglutinaban en sus párpados, respiraba agitadamente sin poder conciliar la deseada calma que hacía tiempo que añoraba.

Ambos estaban boca arriba revolcados entre infinitas hojas que, caprichosas, habían venido a reunirse allá donde sus cuerpos reposaban entre delicadas sombras que en ofrenda derramaba la enramada de los árboles. Saifel abrió los ojos y solo necesitó escuchar el chillido de un águila calvo y divisar aquella espesa neblina enclaustrada en aquel rojizo paisaje para saber que estaba cerca de casa. Le vino la efímera sensación de que aun persistían retales de aquella pólvora que se incrustó en las paredes de su nariz tiempo atrás, pero fue su mente quien quería estar presente en aquel momento y hacer una caraba del reencuentro con lo oriundo, con lo suyo. De aquellas veces que el cerebro toma las riendas del pensamiento y se desprende de la voluntad humana por décimas de segundo, como creando un cisma incorpóreo entre dos que son uno.

—¿Lo sientes?

La pregunta de Saifel se escurrió de sus labios serpenteando en el aire sin hallar respuesta. Se irguió y vio que a su lado no estaba Sófolen. Miró a su alrededor dejando de fondo a los imponentes Cárpatos y le encontró junto a las lindes de un sendero en cuclillas, camaleónico, con los brazos cruzados. Saifel se acercó a él silenciosamente, pues tenía aquella sensación que se crea en el ser humano cuando sin necesidad de que nadie se lo diga sabe que lo mejor que puede decir es el propio silencio. Fue acercándose sigiloso tratando de no producir el inevitable crujir de ramas y hojas bajo sus botas. Sófolen no se inmutaba del acercar de su amigo, en una especie de trance que se priorizaba sobre el resto de hechos que pudieran suceder.

—Sófolen, volvimos —dijo, dudoso de si colocar o no la mano en el hombro de su compañero de tan inconexas vivencias.

Sófolen permanecía callado como si nadie le hubiese mencionado. Saifel se sentó junto a él guardando esa respetuosa distancia no escrita que protege la intimidad de uno. A cada puñado de segundos que pasaba sin recibir respuesta, más inquieto se sentía Saifel. Habían llegado. Ahora, debían seguir la senda hacia Gendhu Kens, la ciudadela se avistaría a lo lejos desde allí. Solo tendría que buscar a Cabana y preguntarle por aquel árbol en el que Tiziano se encontraría, si es que aún allí permanecía. Entre tanto, revoloteaba en su pensar cómo explicarle a Tiziano todo lo que había vivido para bien y mal, lo que comprobó que era como ellos conversaron, lo que brilló por su ausencia y lo que superó toda expectativa frente a las divagaciones que compartieron.

—Azgalena —dijo al fin Sófolen.

—¿Qué sucede con ella, amigo mío? —le contestó Saifel mientras pasaba su brazo sobre su hombro.

—Es lo que yo me pregunto, qué es lo que sucederá con ella, adónde irá. ¿Sabes? Me repito una y mil veces por qué me despedí de ella, por qué nos despedimos, por qué le

dijimos adiós. ¿Por qué no le ofrecí mi mano para que en el siguiente devenir que experimentáramos con nosotros viniese?

Saifel estaba tan impaciente por partir que prefería no responder ni siquiera para consolar la sensación de vacío que recorría la conciencia del zingaro. Tras apretarle el hombro le dio un pequeño manotazo en señal de levantarse. Sófolen cerró fuerte los ojos negando con la cabeza algo que solo él sabría para siempre y obedeció a Saifel.

Comenzaron a andar ambos y sus cuerpos fueron estrechándose poco a poco hasta parecer que uno solo se hiciera en el sendero. Ambos caminaban errantes, seguros cada uno de que el otro sabía hacia dónde se dirigían. Era innegable que estaban cerca de Gendhu Kens, pero no como para alcanzar las puertas de la ciudadela antes de que anocheciese. De todos modos, no era allí donde habían de ir, sino que habían de buscar aquel lugar que nombrara Tiziano.

—¿Sabes diferenciar los árboles? —preguntó Saifel como si aquella duda se debiera a solo buscar amenizar aquel angosto paseo.

—¿Tú qué crees? Digamos que amanecí más veces en mi vida viendo sus ramas que un techo. ¿Contesto a tu pregunta?

—No realmente, pero me sirve. ¿Sabes dónde hay tilos cerca de aquí?

—¿Estás hablándome en serio? Querrás decir dónde no hay tilos cerca de aquí...

Saifel dejó caer hasta yacer el suspense de las palabras de Sófolen y, pálido, comenzó a pensar dónde podría encontrarse Tiziano, si es que realmente volvería a verle o era uno de tantos acertijos.

—¿Y bien? —prosiguió Sófolen.

—¿Y bien qué? —replicó Saifel.

Saifel le miró absorto, a la espera.

—¿Me vas a decir por qué lo preguntas? ¿Qué les pasa a los árboles?

—Cuando me despedí de Tiziano, la misma mañana que me sacaste de entre las zarzas, él me dijo dónde nos veríamos a mi vuelta, dónde habría de encontrarle.

—¿Y eran los tilos el punto de encuentro?

—El tilo rojo —respondió indiferente mientras se masajeaba una de sus muñecas. Algún golpe había debido de darse mientras dormía.

Sófolen detuvo el paso percatándose tardío su compañero. Giró sobre sus pasos y comprobó que le miraba frunciendo el ceño.

—Sabes, hace mucho que no lo escuchaba.

Tras esas palabras, torció su camino y giró a la izquierda.

—Vamos, habrá que acelerar el paso si queremos llegar antes de que caiga la noche.

Cogió impulso y subió sobre un peñasco tras el que se postraba un sendero que tenía semejanzas a poderse tratar de lo que en antaño fue un río.

—¿Por qué te desvías de la ciudadela? ¿Te dice algo el tilo rojo?

—Y a ti te lo dirá también... —respondió sonriendo—. Mira allí, el sol virará al este. Démonos prisa y entenderás por qué. No me mires así, no seas impaciente.

—Si todos los que pedís paciencia hubierais de tenerla al menos en la mitad de las ocasiones que la requerís... —le espetó Saifel con sorna.

Recorrieron un largo trecho donde aquel río permanecía en una tranquilidad inusitada y

sometida a los caprichos de las aves. Subieron una pequeña colina escarpadas ayudándose mutuamente y llegaron a su cima. Saifel presentía que era allí donde encontraron aquellas llamas en la neblina tiempo atrás. Se antojaban lejano en el recuerdo aquellos momentos.

Anduvieron en silencio. Por momentos Saifel le miraba y a la vez oteaba en el horizonte, tratando de encontrar algún árbol de hojas rojas para saber adónde se dirigían. Sófolen se percataba de que la intriga le podía a su joven compañero y le era imposible disimularla.

No obstante, antes de cuando pudiera esperarlo Sófolen fue disminuyendo el paso y mirando alrededor como si algo buscara. Miró a Saifel y le hizo ademán de seguirle con un guiño.

—¿Cómo podías conocer dónde hemos de ir? —preguntó Saifel.

—¿Cómo podías tú desconocerlo?

—No habría de conocerlo, a fin de cuentas, antes de todo esto no había permanecido tan lejos de nuestras murallas.

—No estamos tan lejos de ellas, Saifel. Y ahora, sube conmigo ahí arriba, donde aquel ramaje.

El sol brillaba fuerte a lo lejos y el calor amainaba muy lentamente. Unas pequeñas piedras verdosas que invitaban a la gravedad a entrar en escena llevaban a un pequeño ramaje que sobresalía sobre la pared pedregosa que se cernía sobre ellos de un modo extraño, como si de un momento a otro fuesen a desprenderse sobre ellos. Se alzaron allí y usaron el ramaje como baranda para guardar el equilibrio.

—Aquí estamos —dijo divertido Saifel, cuyo rostro denotaba que estaba convencido de que, si en alguna ocasión podía considerarse que el destino le ubicaba en una situación surrealista, jamás debería infravalorarlo y pensar que no lo podría ser más aún. Allí estaban, sobre una piedra en alto, divisando pequeñas montañas repletas de árboles desperdigados, creando un paisaje difuso que invitaba a ser observado por horas, pero no concordaba este receso en el camino con el paso acelerado de hacía unos segundos. Prefirió no preguntar pues en la cara de Sófolen se reflejaba la certeza de quien sabe lo que va a suceder.

—¡Y aquí está! —dijo Sófolen esbozando una sonrisa mientras señalaba el sol.

El astro había acelerado sus movimientos y se blandía agitado sobre las comisuras que entrelazaban unas montañas con otras. Conforme se dejaba caer rindiendo culto al ocaso del atardecer algo comenzó a cambiar en el paisaje: un ondulante destello caía sobre las laderas más cercanas y lentamente se iba alejando, cambiando la tonalidad del paisaje. Como si se deshiciese la naturaleza de una falsa lámina que la luz revelaba, de entre toda la arboleda surgió una sorprendente caterva de hojas que al resplandor del sol respondían con un rojo intenso.

—Ahí hemos de ir —le dijo Sófolen golpeando el hombro de Saifel para que levantara—. Son los más longevos de cuantos conocí, quizá a ello se deba que al atardecer se vean tan diferentes...

—Qué manía la nuestra de creer que podemos explicar todo lo que sucede en los designios de la naturaleza. No me mires así, Sófolen, sabes que por más que avance la sabiduría del hombre siempre existirán misterios de la naturaleza inalcanzables para

explicarlos.

—¿Un poco elocuente afirmar algo así no te parece?

—Míranos, ¿acaso crees que alguien nos creería si contásemos lo que hemos vivido? ¿O que podrá ser explicable? Y te lo digo porque es lo primero que vino a mi mente. ¿Acaso no son tantas las cosas que desconocemos? ¿No son tantos los inventos que hoy disfrutamos que fueron impensables generaciones atrás? Y los que vendrán que seguro que no somos capaces siquiera de imaginar. En cambio, la naturaleza siempre tuvo ahí la materia prima para que los creáramos. Me está comenzando a doler el costado, creo que estoy hablando demasiado...—reconoció Saifel riéndose de sí mismo.

Aquellas reflexiones que les emanaban de sus mentes no parecían desconcertarles, pero eran inconexas: el recuerdo de Azgalena por parte del zingaro, la desidia del discípulo por la insistente manía humana de querer explicar por qué sucede todo... Quizás la madurez que sin saberlo les había dado estas vivencias, quizás el haber aprendido a dar voz a los pensamientos que antes quedaban en sus mentes enjaulados por temor a lo que se creyese oyéndolos, o quizás el mero aturdimiento por todo lo vivido...

El silencio en el camino que les iba acercando adonde les aguardaría Tiziano sirvió a Saifel para disfrutar del frío y lento aire que acudía a su cara y su áspera cabellera mientras meditaba sobre el reencuentro inminente que iban a vivir maestro y discípulo, dos ayer que hoy se contaban por miles... Las hojas del tilo mostraban un ardor intenso que jugaba al engaño con los ojos y por momentos parecía que tuviesen lava volcánica en su interior, un candente carmín que aumentaba conforme más cercanas eran las milenarias raíces de sus cansados pasos...

Intentaba identificar en el interior de la arboleda algún atisbo de vida, alguna cabaña, pozo o la presencia de alguna luz que diese señales de que había alguien viviendo allí, pero fue en vano. A la maraña de frondosas ramas entre todos los árboles cuyos troncos yacían estrechamente unidos unos de los otros se le había unido una notable presencia de arbustos de baya que se agolpaban a los pies de los árboles.

Comenzaron a caminar por entre los inicios de aquel salvaje laberinto acariciando los cuerpos de aquellos árboles tratando de no perder el equilibrio. Era tal la exuberancia latente que Saifel, que iba tras Sófolen, no lograba verle plenamente a pesar de estar a poco más de un metro de distancia. Ahora, viendo de cerca las hojas, el cariz rojizo que tanto resaltaba en la lejanía apenas se percibía, como una mala pasada que los ojos les habían jugado. Saifel iba tocando las hojas y mirándolas de cerca, quedando impregnada la fragancia en sus manos. Jamás había estado allí, nunca aquellos árboles le dieron cobijo, pero se sentía extrañamente en casa.

Atravesaron la colosal entrada en la que apenas había espacio para poder caminar y encontraron ante sí un estrecho camino que acercaba a un pequeño arroyo el cual en algún lugar remoto había de llevar sus aguas a alguna cascada pues conforme obedecían al empedrado en su andar más se escuchaba aquel chapoteo. Si aquel camino estaba allí era porque había sido hecho por el hombre, y si era así, no era descabellado pensar que Tiziano podría andar por allá... El sendero remontaba una pequeña colina tras pasar sorteando rocas sobre el leve caudal que empujaba en pendiente aquel sinuoso arroyo y al llegar a la diminuta cima una catedral de la naturaleza se erguía ante ellos en reverencia.

Era inexplicable comprobar que aquel enorme tilo no destacara a lo lejos desde la roca en que se quedaron contemplando en el ocaso del sol.

Siguieron caminando hacia allá, como hipnotizados, pues solo alcanzaban a observar la copa de aquella maravilla. Sincronizados, aceleraron levemente sus pasos. Sófolen se detuvo y Saifel, desconcertado, tropezó con él. El zíngaro le miró de frente y esbozando una sonrisa colocó su mano apretando el hombro de Saifel. Este le miraba expectante. Sófolen se apartó de su campo de visión y aspiró sorprendido, como si lo que tenía ante sí hubiese conseguido sobresaltarle: una cabaña idéntica a la de su maestro en la ciudadela se hallaba allí, bajo aquel árbol, protegida, con unas dimensiones tan perfectas que parecía ser parte del árbol, una protuberancia que podría pasar desapercibida perfectamente.

Se acercaron solemnemente a la casa y apenas unos segundos después de empujar la pequeña verja de la entrada un golpe abrió la puerta de la cabaña: más grande y viejo corría hacia ellos el ya no tan pequeño Sánom. Como si supiese que estarían al venir, no extrañó la presencia de Sófolen y se agolpaba sobre ambos mientras ladraba de felicidad.

Uno de los ladridos sobresaltó a Tiziano en su butaca donde su letargo había comenzado tras el almuerzo. Vio la puerta abierta y reconoció que alguien estaba hablando a Sánom. Puede que fuese lo que quería que fuese. Al salir de casa comprobó que estaba en lo cierto.

—¡Saifel! —se dijo a sí mismo entre dientes, como dudando de qué hacer. Había estado esperando aquel momento muchos atardeceres y ahora la situación le confundía sobre cómo reaccionar ante tal reencuentro. Se levantó por instinto y avanzó a la puerta.

—¡Eh! ¡Furtivo! —gritó sonriendo Tiziano.

Saifel le devolvió la alegría en su rostro y le dio un abrazo. Fue entonces cuando Tiziano se percató de la presencia de Sófolen, de la que si bien se sorprendió no le hizo virar su alegría del momento que había relegado a la confusión inicial.

—¿Qué haces aquí...?

—Sófolen —concluyó el zíngaro.

—Sófolen, ¿os encontrasteis en el camino? —preguntó Tiziano señalando a ambos.

—Me rescató de entre unas zarzas —respondió ágil Saifel antes de que Sófolen quizás dijese más de lo que debía. No había planeado cómo hablar con Tiziano aquella velada, pero sí tenía claro que habría de ser cauto dando detalles y desmenuzando sus vivencias para que las pudiera comprender en la medida de lo posible...

—Si es así, te lo agradezco como si fuese yo el rescatado —le dijo Tiziano solemnemente—. Y ahora, entremos en casa. Vamos, Saifel. Tú primero, Sófolen, por favor.

Y tras entrar ambos en la cabaña, Tiziano, como un resorte, cogió una de las velas polvorientas y secas que reposaban próximas al portón, la introdujo en el candil y encendió la mecha con cierta dificultad, tal y como aquella mujer le pidió que hiciera llegado este día... Puede que estuviese cometiendo una imprudencia, pues no sabía nada en absoluto acerca de quién le envió aquel telegrama, pero necesitaba disipar con presteza la curiosidad y la intriga que le había albergado todo este tiempo.

—Traté de intuir cuándo llegarías, cuándo andarías cerca de estas tierras, pero mis ansias de reencontrarnos fueron menguando por mor de la espera, aunque no me

malinterpretas, al despertarme Sánom reviví toda aquella vorágine de adrenalina que me nacía de pensar en este momento. ¡Tanto tiempo esperando y, sin embargo, no saber ahora por dónde empezar! Qué extraños somos cuando sentimos que disfrutamos más de la cuenta atrás que del momento culmen. ¿Viajasteis juntos?

Saifel y Sófolen se sentían abrumados. Tiziano hablaba a una velocidad de vértigo, atropellando las palabras en sus labios, como si hubiese hecho voto de silencio desde la partida de Saifel.

—Sí, viajamos juntos —respondió Saifel mirando a Sófolen con la confianza que da el vivir peligros y virtudes con otra persona.

—¿Qué sendero tomasteis? —preguntó Tiziano con una curiosidad solo comparable a la de un niño cuando su intelecto decide despertar.

—El sendero nos tomó a nosotros —le contestó divertido Sófolen cruzando sus brazos ante la incredulidad que hacía inclinar sus ojos a Tiziano—. Fuimos nómadas en tiempo y espacio. Sí, creo que es la mejor manera de explicarlo.

La expresión de Tiziano era cada vez de mayor interés, pero también su desconcierto crecía, ensimismado con aquellas palabras del zíngaro. Saifel, conocedor de ambos, prefirió tomar la palabra.

—En realidad, no es algo que tenga interés, no importa adónde ni cómo viajamos, sino lo que vimos y vivimos, al fin y al cabo, esa era la misión. Y de eso Tiziano, créeme que mucho podremos hablar.

—¿Viste darse vida a los pilares? ¿Cómo entienden allá fuera la Libertad? ¿Fuiste testigo de la Justicia? ¿Qué Educación profesan? Ha debido de ser maravilloso experimentar todo esto y más que seguramente no alcanzo a imaginar.

Saifel se sentó y su rostro se ensombreció. Posó sus brazos sobre la mesa entrelazando sus dedos, mirando el tablero de la mesa giró su cuello y clavó sus ojos en Tiziano.

En otros lugares donde seres humanos viven como tú y como yo seguramente habrá tantos Tizianos, Saifeles o zíngaros de mil razas que merodean entre la salvaje naturaleza... Pero no se entiende la Libertad, sino la Esclavitud, ni la instrucción sino el instinto, más a la Injusticia que a su melliza benévola...

—¿Tan avaro es el mundo que viste? —preguntó Tiziano con incredulidad.

—También ha de verse así Tiziano —dijo Sófolen mientras echaba para atrás su cabello enraizado con la barba—. Es el mundo que vio, es el mundo que yo vi junto a él, que no es el mundo porque nadie al mundo puede ver, pues no hay tantos amaneceres como para lograrlo y porque aun habiéndolos jamás veríamos todo: veríamos lo que pudiéramos y dentro de lo que pudiéramos lo que quisiéramos. Pero en esta travesía, por ser cuatro los faros que veían todo, habría de dar la razón a Saifel, si no fuera por ciertas personas que se cruzaron en nuestro camino.

—Luego, aunque la maldad reinase, sí visteis personas que esperanzaban a nuestra especie, ¿no es así? —preguntó exaltado Tiziano. Era incapaz de creer que tras la filosofía y miscelánea que había aprehendido desde el primer día que hablase con De Rais no existiese aquello más allá cuando creía universales tales enseñanzas.

—Creo que deberíamos ordenar las experiencias para contártelas y hacerlas así tuyas... — reflexionó Saifel.

—¡Qué dichosa manía con ordenar! ¿Buscáis que salga un compendio de todo esto? ¿Algún manuscrito que sirva de método a quienes tras nosotros vengan? Está bien, no me mires así y perdona mi insolencia, empezaremos como dices, pero no interrumpas como fluya, te lo advierto. —Dejó de mirar a Saifel y clavó su mirada en Sófolen—. Pásame tu pipa, no sé dónde dejé la mía...

Sófolen se la entregó y le preguntó:

—Respóndeme... ¿Qué pensarías de jueces que sabedores de que no practican justicias no cesaran en su mal hacer?

—¡Que han de ser castigados! —respondió Tiziano extrañado por una pregunta tan obvia.

—¿Y qué me dirías de todo un pueblo testigo y conocedor de ello que permanece impasible y permite la horca del inocente?

—También habrían de ser castigados —volvió a decir sin tener que meditarlo mucho.

Saifel le miraba ensimismado, no dando crédito.

—¿Castigarles? —le preguntó a Tiziano.

—El silencio los hace cómplices Saifel. Usaremos mi tabaco Sófolen, coge cuanto quieras... Como te decía, pienso que habrían de ser también castigados. Sé que no lo serán porque de los poderes dimana el aliento para que sucumban...

—Entonces... ¿Por qué me hablabas a mí de justicia si muestras pasividad a lo que te dice él? —le pregunta molesto Saifel—. ¿Qué hay de aquella igualdad?

—Aquí también hemos tenido jueces corrompidos o que actuaban con un temor reverencial que prostituía a la justicia. Es por ello que no me sorprende...

El silencio se hizo en la sala mientras Tiziano se levantó para hervir una extraña infusión cuya fragancia embaucaría el ambiente del salón...

—Vimos hacinamiento de personas inocentes —confesó Saifel—, también grupos de primitivos que se escondían de la muerte bajo tierra, supimos de horribles torturas que gozaban de bochornosa impunidad...

—¿Por qué andaban hacinados?

—Bueno, digamos que para otras personas cometieron el crimen de nacer —dijo Sófolen.

—En algunas personas se cumple... —prosiguió Saifel.

—No digas eso, Saifel, ¿a qué te enseñé si no es a tratar de extirpar de las entrañas de cada uno lo que podamos rescatar? Hasta el peor de los villanos...

—Basta, Tiziano, lo vi, con estos ojos vi que no es así. ¡Aquel hombre solo quería su maldito instrumento! De hecho...

El resonar de unas herraduras hicieron callar a Saifel e hizo que se miraran unos a otros: Saifel y Sófolen desconcertados, Tiziano tratando de ocultar un brillo en los ojos que era incapaz de contener.

—¿Esperamos a alguien? —le preguntó Saifel.

No obtuvo respuesta de Tiziano que continuaba mirando tras la ventana, si bien aquel mastodóntico tilo impedía campo de visión alguno. Las caballerizas no venían solas, sino que el traqueteo de un pequeño carruaje se estaba acercando a las lindes de la casa de Tiziano.



—Vivimos en eterna espera, al fin y al cabo... —dijo suspirando Sófolen mientras se mesaba con solemnidad su barba.

El picaporte se giró con una suavidad y dulzura tan latente que ya anticipaba quién había tras aquel viejo portón. Los tres se giraron y vieron entrar en la sala una mujer. Su cabello, recogido de manera que a lo lejos podía parecer un muchacho, era dorado como el más novicio de los hilos de oro que los señoríos llevaban en sus vestiduras, en consonancia con unas enormes pestañas que escondían dos zafiros que se clavaban allá donde por capricho se posasen, escoltados por unos rosados pómulos en los que la acuarela de atardeceres tomó prestado un bello muestrario de colores. Sófolen había desatendido la pipa y la miraba ensimismado, como si jamás hubiese visto alguien así. Era una persona, pero no era común. Sus ropajes eran sutiles, posados en una delicada silueta donde se engalanaban aquellas telas descoloridas, y un broche esmeralda con forma de estrella era lo que mantenía sobre el hombro el eje de aquel vestido que guardaba un cuerpo digno de la más meticulosa de entre todas las esculturas. A pesar de que el aire jugueteaba entre sus bordados era posible entrever la prominencia de sus senos y la perfecta silueta de su cintura. Sus pies, semidesnudos, reposaban sobre sandalias de cuero que como la madreselva iban entrelazadas hasta el nacimiento de sus muslos.

—Le agradezco, señor gobernador, que encendiese el candil... —La voz de aquella mujer entraba a lo más profundo de la mente como gotas de carmín que se dejan caer en aguas cristalinas y crean su particular batalla.

—¿A qué se refiere? —preguntó Saifel mirando a Tiziano.

—Bueno, en todo este tiempo solo recibí visitas de Cabana y de un recadero que me trajo un mensaje: que encendiese un candil a vuestra llegada, y así hice...

Sófolen continuaba mirándole como quien se deleita ante una obra de arte. No daba crédito a tanta belleza junta y por primera vez sentía que sería capaz de perdonar cualquier mala acción a alguien, por maligna que fuere, si era ella quien se lo pedía, cosa que no lograba entender, pues apenas un minuto llevaba siendo consciente de la existencia de esta mujer.

—¿Por qué se lo pidió? —preguntó Saifel a aquella mujer.

—Dejen que me presente primero... —respondió mientras miraba a los tres—. No acostumbro a tratos mundanos, luego tampoco tengo un nombre común que usen para a mí referirse. Soy la Dama del Éromo de Aras, y sinceramente no esperaba la presencia suya —dijo mirando a Sófolen y este nunca supo cómo pudo mantenerle la mirada a aquel divino ser que lo embelesaba conforme veía el movimiento de sus labios, pero lo hizo.

—Bueno, Dama del Éromo, ¿así se dice? La cuestión es que jamás me esperaron en ningún lugar. ¿Nos hemos visto antes? —preguntó el zíngaro.

—¿Se imagina la pesada tarea de tener que recordar a todos quienes viéramos? —le respondió ella con cierta altanería—. Vine para hablarles, o más bien, para discutirte a ti Tiziano.

—Tome asiento y cuéntenos por qué honrar con su presencia a estos «mundanos»... —dijo con tono irónico Tiziano, invitándola, acto seguido, a una taza de infusión. Seguidamente, se acomodó en su butaca

—Ustedes están más cerca de lo espiritual que de lo mundano. Tengo certeza de ello.

Pero cometieron un craso error —dijo ella interrumpiéndose con un pequeño sorbo.

—¿Qué error? —preguntó Tiziano indiferente.

—El más grande de todos. Sí, hablaron de Justicia, Igualdad, Educación...

—¿Cómo sabe usted eso? —Esta vez la indiferencia había huido del rostro de Tiziano.

—No me pida que le muestre por qué estoy aquí si piensa interrumpirme continuamente —le espetó dejando clara evidencia de que tras aquella inusitada belleza se escondía un fuerte carácter.

Tiziano calló y le mantuvo fija la mirada.

Le habló de valores, de conceptos que hacen a los humanos que humanos sean, y no entra el reproche entre los sentimientos que nacen en mí con esto que digo. Pero se olvidó del padre de todos. De hecho, si se transcribiera todas y cada una de sus conversaciones, este brillaría por su ausencia.

—¿A qué se refiere? —preguntaba Saifel con cierto temor, pues le imponía la presencia de aquella mujer que desprendía una embriagadora esencia cuando movía sus brazos o su cabello.

—¿Qué a qué me refiero? ¡No te habló del Amor! —dijo ella mostrando su enfado.

Por un momento pareció que iba a perder los modales. Dándose cuenta de la extraña impresión en sus rostros, se recató en la pasión que había derramado en sus palabras.

—No, no se lo mencionaron —prosiguió— y no me refiero a otro amor que al que se ha de tener a cada uno de esos pilares que tomó para instruir su alma. De reescribir todas aquellas veladas que pasaron juntos, ¿recuerda que hiciera alusión a ello?

—No, francamente no —le respondió confuso Tiziano llevándose la mano a su mentón —, pero antes de que siga respóndame... ¿De dónde aparece?

La mujer sonrió y volvió a dar un sorbo a la taza dejando impregnada la huella de sus labios mientras no le perdía la mirada a Tiziano.

—Del Éromo, veo que no me prestaron sus oídos tanta atención como sus ojos.

A Tiziano no le gustó aquella indirecta, si bien Sófolen y Saifel no pudieron evitar esbozar una sonrisa que se antojaba inevitable.

—Concrete —le respondió carraspeando Tiziano mientras se ensombrecía su rostro.

—Al Éromo van los recuerdos que queremos borrar de la mente y en ese intento solo conseguimos que estén más presentes. Allí van las lágrimas que se secan. También las palabras que no se dicen en el momento que debían ser compartidas o todas aquellas muestras de cariño a nuestros más queridos que sin motivo nos guardamos. En el Éromo encuentran refugio nuestras más bajas pasiones que jamás reconoceríamos a viva voz, la música que solo oímos en la intimidad o la mayor de las melancolías que hemos vivido en soledad. Allí, al Éromo, van el primer desamor, la claudicación ante el fracaso y el manantial de energía que nace en nosotros cuando triunfa el afán de superación, y es que vive en el Éromo la alegría de vivir.

»Es el Éromo como aquellos bosques que solo disfrutamos en lienzos preguntándonos qué estaría sucediendo allá cuando fue minuciosamente grabado. Del Éromo cada uno dispone de sus propias llaves y así cada uno las guarda para sí como el más valioso de los amuletos. Muchos conocen a la parca sin haber entrado jamás en su propio Éromo, y es este el mayor de los fracasos que una persona puede cometer en su vida consigo mismo.

Ensimismados, los tres escuchaban en sagrado silencio a aquella bendición que los hipnotizaba con cada vibrar de su garganta, con el leve movimiento de sus brazos mientras hablaba, con el risueño pestañeo de sus párpados en los que, con la tonalidad verde que reflejaban, pareciese que el musgo a los pies de los tilos caprichosamente se hubiese alojado bajo las finas cejas doradas de la dama.

—¿Cómo puedes saber lo que conversé o no conversé con Saifel?

Mientras, Sánom se acercaba sin miedo a aquella mujer extraña para olfatearla y se posaba a dormir bajo su regazo.

—No vine para que se me interrogue sino para hacerles una revelación. Pero no se preocupe, tendrá su respuesta, solo que quizás se la deba dar más adelante, señor gobernador..

«¿Cómo sabe quién soy?», se preguntó Tiziano, y es que de permanecer indiferente había pasado a estar interesado para ahora sentirse un poco asustado.

—Yo lo veo correcto —intervino Sófolen mientras se levantaba de su silla y cogía algo de leña—. Permita, Tiziano, que avive la chimenea...

Tomando la excusa de reavivar el fuego aprovechó para acercarse más a aquella mujer, a la que no dejaba de examinar cada poro de su piel... Había algo en ella, más allá de lo misterioso, que le provocaba una extraña incertidumbre.

—¿Viste lo que aquí hablaste? —dijo ella mientras sus ojos se clavaban en los de Saifel como dos agujas ardiendo—. Aquella Libertad, aquella Justicia, Dignidad...

—En ocasiones fue latente, en otras brilló por su ausencia.

—Explícate...

Mientras Sófolen no perdía de vista ni un detalle de la dama, Saifel fue tratando de ordenar en su mente todo lo que tenía por decir. En ocasiones, la Dama parecía mostrar una apenas imperceptible mueca de sonrisa que Sófolen relacionaba con su descaro, pero era demasiado suponer.

Antes de comenzar a hablar, Saifel miró a Tiziano, y volvió a mirarla con serenidad.

—No encontré a la justicia cuando un hombre estuvo cerca de ser castigado con la muerte sin merecerlo. Hallé las ansias de libertad de inocentes hacinados como bestias que lograban salir de sus mazmorras. No encontré Dignidad ante gentes que se escondían en zulos frente a la llegada de enemigos, pero sí la hallé en el testimonio de quienes reclamaban una Justicia prostituida tiempo atrás. Topé con la Fe en la Humanidad en el crisol de los ojos de una pequeña niña abandonada sobre los peligros de un vertedero. También fui testigo de los bellos retales de una acertada Educación en las palabras de una chica que le hacían llamarse como aquello que deseamos...

Absorto de su alrededor, como si estuviese en trance, prosiguió enhebrando recuerdos y pensamientos que le nacieron durante

...

*La*  
**Travesía**

—En aquel vagón también había una triste igualdad, que no es otra que aquella que oficia la parca, así como vi dignidad en las palabras de aquel hombre que, denunciando lo indigno, se lamentaba por la muerte de un niño a manos de su madre evitando que su

llanto lo oyesen quienes sobre sus cabezas rastreaban. Pero tampoco existía libertad en quienes aprisionaban a los demás únicamente porque acataban órdenes sin cavilar sobre lo justo o no de llevarlo a cabo, aquellos guardias desconocidos para la piedad...

Conforme Saifel hablaba aquella sorprendente mujer le miraba con un haz de luz en su rostro como si fuesen aquellas las palabras que quisiera escuchar. Frente a ella, Tiziano, atónito, no daba crédito a cómo era capaz ella de enlazar todos y cada uno de los comentarios inconexos y para él sin sentido que Saifel iba relatando.

—Creo que he debido de perderme algo. Sí, definitivamente debo haberme perdido algo... —decía Tiziano hablando para sí—. ¿De qué habla? Es decir, entiendo que de sus vivencias, pero ¿y su rostro? ¿Y sus ojos? ¿Cómo sabes de qué te está hablando?

Sófolen, en la esquina opuesta junto a la chimenea, escuchaba expectante. Ella no respondió. Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¡Pero no se vaya! — le rogó Tiziano temiendo haber sido irrespetuoso.

Ella, mirando a la puerta y en un delicado movimiento, se deshizo de una diminuta horquilla de nácar que dio rienda suelta a una preciosa cabellera dorada que jamás habrían podido ellos imaginar que anduviese bajo aquel recogida. Una larga melena que, como una cascada, se deslizó por la espalda desnuda de la dama...

Saifel no pudo evitarlo y soltó un gemido de sorpresa.

—¿Qué pasa? —le preguntó Sófolen.

Saifel se echó hacia atrás en la silla y señaló su espalda. Ella, como si supiera todos y cada uno de los capítulos que iban sucediendo, se dio la vuelta con una pícaro sonrisa en sus rosados labios y le regaló una mirada a Saifel.

—Necesito salir. Sí, necesito salir un momento... —Y antes de acabar de hablar estaba yéndose precipitadamente de la cabaña.

—¡Saifel! —gritó Sófolen yendo tras él.

Ella se quedó observando a Tiziano mientras ambos salían de allí, en silencio, mirándose fijamente. Aquello era muy extraño, y en las entrañas de Tiziano habitaba una enorme intranquilidad.

—¿De veras no la recuerdas? —respondió Saifel devolviéndole la pregunta a Sófolen ya fuera en el cobertizo.

—¡Claro que la recuerdo! Lo que no sé es dónde la vi.

—¿Cómo no la recuerdas? ¡En cada uno de los parajes a los que fuimos a parar! Ella siempre estuvo allí.

—¿Qué diablos dices Saifel? No puede ser.

—¡Es así! No me percaté cuando entró, quizás porque me quedé obnubilado al verla desde tan cerca. Ella estuvo en cada uno de los lugares en los que despertamos. No me cabe la menor duda...

—¿Y por qué has esperado a que hiciese ademán de irse? Saifel, no te entiendo...

—¡No esperé a nada! No la reconocí, pero fue al darse la vuelta... Esa espalda, esos tirabuzones cayendo sobre ella, su mirada hacia el suelo y el pequeño resalte de su barbilla... ¡Nunca nos miraba de frente!

Sófolen no entendía qué estaba diciendo su compañero.

—¿Nos miraba? Me estás diciendo que la viste en todos y cada uno de los lugares

donde estuvimos, que yo no la llegué a ver, ¿y nunca me dijiste nada?

—Sé que te suena extraño, Sófolen, pero siempre aparecía segundos antes de que nos quedásemos inconscientes con aquel estruendo que se propagaba en los oídos. En el despertar, el aturdimiento y el desasosiego que en mí nacía por no saber dónde estábamos... Tampoco sabía si podía ser fruto de mi imaginación, no sé la razón, porque no hubo, pero créeme, ella estuvo con nosotros... ¿Viste cómo me miraba? Tiene razón, Tiziano, imírale a él! No entendía nada porque a la llegada de ella no le habíamos desmenuzado aún cada una de las vivencias, se sentía perdido oyéndome. No obstante, cuando ella me preguntó, su musicalidad me embriagó y comencé a hilar los pilares con lo que vivimos, sin divagar en si sabría o no de qué hablaba... ¡Ella no necesitaba que se lo contase al detalle porque ella fue testigo! Un momento, Sófolen, si dices que no la viste cuando yo sí... ¿Cómo que la recuerdas?

Sófolen guardó silencio y mirando al vacío prefirió no hablar de ello.

—Entremos, mejor será que entremos... —le exhortó a Saifel.

Volieron a la cabaña y allí permanecían Tiziano y la Dama tal y como les habían dejado. Ni siquiera el viejo Sánom había corrido tras ellos, relajado a los pies de ella. Se sentaron uno junto al otro ante el desconcierto de Tiziano y el placer que parecía estar produciendo aquella escena a la Dama del Éromo.

—Nos seguiste. Estuviste con nosotros. Lo sé, y sabes que lo sé. — Saifel temía que Tiziano le tomase por loco, pero era tal el descontrol sobre la situación que su maestro ni se inmutó con sus palabras.

—Claro que estuve —respondió ella mientras cruzaba sus piernas.

Sófolen hacía un enorme esfuerzo por recordarla, pero en ningún momento vio a aquella mujer durante los saltos en espacio y tiempo que habían vivido juntos.

—¿Por qué nos seguiste? —insistió Saifel tratando de persuadirla, pero era en vano.

—No os seguí... —Y acto seguido se levantó con cuidado de no pisar a Sánom—. En cierto modo os protegí, es más, habría de rectificar y decir que es cierto, que estuve, solo que sin estar... Extraño, ¿verdad, Saifel?

Sentía este que habría podido estar toda su vida escuchando su nombre viniendo de aquella garganta. Él no respondió, sino que se quedó mirándola. Ella anduvo hacia Tiziano y posó su mano en un pequeño estante. Allí, polvoriento, había una pequeña cajita de cedro sobre la que colocó suavemente su mano.

—De tanto a vuestro alrededor que no veáis, de todo lo que perdisteis vivir, de lo que aprendisteis...

Y diciendo estas palabras quedó Saifel como catatónico. Era aquella mujer quien había permanecido siempre detrás de todo, contemplando lo que les sucedía, calculando los tiempos... ¿Cómo era posible? De aquella sensación despertó cuando la mujer giró el broche de aquella cajita y la abrió con cuidado, saliendo de ella una melodía que tras costarle arrancar puso de punta los vellos de Sófolen. Como un resorte el zingaro se puso en pie y se alejó de la chimenea.

—Tened cuidado, es un valioso regalo —advirtió prudente Tiziano.

Sófolen se acercó como poseído y la tomó en sus manos. Cogiendo aire se dispuso a decir algo que hacía mucho, muchísimo tiempo que no decía...

—¡Cómo no me he fijado! ¿Por qué está aquí esta caja de música? No sé si será la misma, pero era la que tuviera él, es como la de Collin...

Y seguidamente una lágrima se deslizó despavorida hacia el nacimiento de sus barbas mientras la observaba entre sus manos. Tiziano, envuelto en preguntas hasta ese momento, comenzaba a faltarle el aire.

—Quizás se la hiciese el mismo artesano a quien dices, esa cajita fue un regalo de De Rais a Tiziano —añadió Saifel.

Tiziano tragó saliva y concluyó:

—De Rais, Collin de Rais —Tiziano hablaba como podía, superado por los acontecimientos.

—¿De Rais se llamaba Collin? —preguntó Saifel.

—¿Era De Rais quien me mencionaste como maestro de Tiziano? ¿Era de Collin de quien me hablaste a lo largo de nuestro viaje? Ahora empiezo a ver la luz a esta vorágine, aunque sigue siendo translúcida... ¿Todo este tiempo me hablaste de Collin? Craso error el mío, quizás debí recordarlo porque lo escuchara alguna vez, pero no fue así... —concluyó Sófolen.

—Poca gente le llamaba por su nombre —le interrumpió Tiziano dubitativo, pero alzando la voz— porque pocas veces lo daba a conocer... ¿Habláis de la misma persona? De ser así, te ruego que me digas cómo conociste a De Rais... —Aquella situación le estaba fatigando por momentos.

Pero Sófolen no le prestaba atención, sino que clavaba sus ojos en ella, en la Dama.

—¿Por qué esta música? Si es cierto lo que dice Saifel, ¿cómo es posible? ¿Quién eres? ¿A quién escondes bajo tu seudónimo? —espetó Sófolen.

Ella tomó la caja, sonrió y la cerró con el mismo cuidado que la abrió.

—Quizás no son tus ojos sino tu mente quien ha de esforzarse, pequeño zíngaro...

Volvió a abrir la caja y una preciosa melodía, diferente a la anterior, comenzó a sonar lentamente.

—Pequeño zíngaro... —repitió la Dama del Éromo mirándole fijamente mientras le dedicaba una de tantas sonrisas de aquella noche.

Fue entonces cuando Sófolen salió de su ensimismamiento y escuchando aquellas palabras que repetía la Dama junto con aquella melodía recordaba dónde había visto a aquella mujer muchos años atrás. Sus piernas, como la primera vez que asistió a la violencia en vivo, le temblaron igual que a un niño...

—¿Podrías explicarme cómo conociste a De Rais? ¿Y por qué sabías su nombre? —preguntaba de nuevo de un modo incisivo Tiziano como si sintiese suyo a su mentor y le molestase el hecho de descubrir que otros también lo disfrutaron.

Pero Sófolen, de nuevo, no le respondería, sino que desvelaría uno de los mayores secretos que De Rais tuvo frente a la humanidad. Tanto, que muy pocos sabían de su existencia...

—Tiziano, esta mujer, que dice llamarse la Dama del Éromo de Aras, esta preciosa mujer... es hija de Collin De Rais —sentenció.

Tiziano quedó boquiabierto, estupefacto, como quien ha recibido una de las noticias más impactantes de su vida. Le era imposible asimilar todo lo que había oído allí, pero

todo, en cierto modo, podría llegar a tener algún sentido de ser cierto aquel disparate que no tenía pies ni cabeza. En cambio, aquella mujer que estaba presenciando las palabras de Sófolen guardaba silencio ante tal afirmación, mirándola Tiziano como obligándole a que rectificase al zíngaro.

—¡No sabía que tuviese una hija! —respondió sorprendido y alegre Saifel.

—¡Porque jamás tuvo una hija! No tuvo descendencia, todo esto es una broma de mal gusto... —respondió enfadado Tiziano mientras buscaba por la desordenada mesa su pipa.

La Dama del Éromo cerró bruscamente la caja y le respondió tajante:

—¿Y por qué te hice encender el candil que te regaló? ¿Y por qué conocía los Pilares? No deberías afirmar negaciones que se sustenten en tu desconocimiento, señor gobernador...

Tiziano la escuchaba con la soberbia que nace cuando se desmoronan ideas y pensamientos que viven en la identidad profunda de cada uno. Aquello debía de ser una pesadilla.

¡Coincidencias! ¡Y tú! ¡Responde de una vez! ¿Cómo conociste a Collin de Rais? —gritó a Sófolen.

—Me llevó con él hace muchos años, cuando solo era un «pequeño zíngaro», como él me llamaba. Era guerrero por entonces y me llevó consigo cuando asaltaron mi casa y las de toda mi casta...

Tiziano le escuchaba pensativo pensando cómo razonar y quitarle hierro a todo lo que se había revelado...

—Es cierto que recorrió mundo y puede que sea cierto lo que dices, y que te acogiera, era algo propio en él, su virtud de ayudar sin esperar nada a cambio... —Mientras hablaba movía las manos como encajando piezas—. Pero no, no puede ser, ¡me lo habría dicho! no eres su hija... —insistía Tiziano refiriéndose ahora a ella.

—Te digo que sí... —le replicaba Sófolen.

—No hace falta que entréis en un debate de la palabra de uno contra el otro —dijo tajante la Dama— si podemos valernos de hechos que hablan por sí solos... ¿Tienes el telegrama que te envié? —le preguntó a Tiziano

—¿Para qué lo quiere? Sí, ha de estar por aquí... —Se acercó a su escritorio y comenzó a buscarlo con ímpetu, derramando tinta en uno de sus torpes movimientos sobre papiros en blanco que quedaban inútiles de un modo ipso facto—. Lo tengo, aquí está...

—Léelo... —le invitó la Dama mientras posaba su mano sobre el hombro de Sófolen que se hallaba a su lado junto a la caja de música que aún seguía retomando en bucle aquella triste y contagiosa melodía...

Lo toma en sus manos y lee solemnemente: «Templanza requiere acción, voluntad, esfuerzo, sangre instruyendo almas...».

—Así es... Saifel, saca el espejo de tu alforja —le pide solemnemente la Dama.

Un escalofrío recorrió la espalda de Saifel en ese preciso instante mientras metía la mano en su alforja y obedecía a la Dama...

—¿Qué haces con eso? —le preguntaba Tiziano sin dar crédito a lo que veía—. ¿Qué está pasando esta noche? ¿Por qué tienes lo que enterraste a mi vera? ¿Acaso tú le dijiste que lo hiciera? ¡Desde que esta mujer ha aparecido en mi cabaña nada tiene sentido! —

dijo llevándose las manos a la cabeza.

Sófolen, que seguía consternado, le corregía susurrando...

—O quizás es que ahora todo lo tiene...

—Todo aún no, pero lo tendrá —le respondió ella mientras quitaba la mano de su hombro—. Tiziano, dame uno de esos papiros que manchaste junto con la pluma y el tintero...

Tiziano se sentía como un muñeco de vudú al que retorció la Dama a su antojo y contra la que de nada servía oponer resistencia.

—Templanza requiere acción, voluntad, esfuerzo; sangre instruyendo almas... —dijo mientras escribía cada palabra debajo de la anterior en el papiro. Tiziano la observaba atónito mientras que Saifel se acercaba y leía una y otra vez queriendo comprender qué quería decir aquel telegrama. Colocó el espejo en el tatuaje de Sófolen y ante los ojos de todos pudo leerse su mensaje especular.

—La Travesía —dijo Tiziano—, ¿y bien?

La Dama escribió cada palabra de su telegrama en vertical e hizo lentamente un círculo sobre la primera letra de cada una de las palabras destapando un anagrama oculto...

—Travesía —repitió Tiziano confuso.

—No queda aquí, señor gobernador... Saifel, dame el tapiz...

—¿También lo llevas contigo? —El enfado de Tiziano era mayor que el que jamás Saifel había presenciado—. ¿Y el reloj? ¿Por qué tienes estas cosas contigo? Te confié su escondrijo, te llevé allí ¡y te cobras mi confianza traicionándome! ¿Por qué Saifel?

—¡Ya está bien! —gritó Saifel a Tiziano—. ¡No te traicioné! No traicioné a nadie. ¿Qué valía podían tener allí escondidos? ¿Por qué iba a querer De Rais que los dejases allí? Tú lo interpretaste de aquella manera, pero más útiles pueden ser a la luz de todos. Asumo tu decepción, pero no que me digas que soy un traidor.

—No he terminado Tiziano... —dijo la Dama tajante. Extendió el tapiz en la mesa, colocó el espejo frente al mismo y se pudo leer de nuevo "Travesía". Acto seguido, levantó sus ropajes a Sófolen y pudo desvelar su idéntico tatuaje....

—¿Cómo sabes lo de mi tatuaje? —preguntó Sófolen.

—¿Y esto qué explica? —preguntó Tiziano.

Las dudas aparecían y se agolpaban unas con otras ante la Dama del Éromo.

—Todo gira en torno a ella, la Travesía. No es sino la travesía por todos los caminos que entre el hombre y la naturaleza se crearon la mejor manera de aprender. Ese fue siempre el mensaje de mi padre y el mensaje que, a mí, al igual que a ti, me dejó poco antes de morir: nada enriquece más que el eterno viaje...

Tiziano la miraba como quien mira al verdugo pidiendo compasión. ¿Dónde había estado aquel mágico ser todo este tiempo? ¿Cómo que jamás supo de ella? ¿Por qué De Rais nunca la mentó? En la vorágine de pensamientos se produjo un claro cuando volvió a irrumpir la voz de la Dama del Éromo...

—Era este el mensaje de Collin de Rais. Tiziano, así era como realmente podía estudiarse la Historia y tú supiste interpretarlo dando esta misión a Saifel. Y la grandeza surge de que supieras descifrarlo de la necesidad de difundir este mensaje por parte de mi padre, pero a su manera, sin ser explícito, pero lanzándote señas...



—No trates de calmar este hastío que llevo en mí... —manifestó Tiziano con cierto pesar.

—Tiziano..., de nada sirven los libros y el divagar si no se viaja, se conoce, y se observa y actúa en favor de la virtud y en detrimento de la injusticia allá por donde se pase...

—¿Y por qué no me encomendó a mí que lo hiciera? —preguntó Tiziano impidiendo a toda costa que ni el más mínimo sollozo se escapara de sus adentros.

—No puedo responderte a ello...

—¿No tienes respuesta? Vaya, creí que tenías para todos y cada uno de los hechos que aquí se han revelado: el seguimiento de las vivencias de ellos, tu prueba de ser hija de mi maestro, el mensaje cifrado en tu telegrama, su relación con el tapiz... ¿Y tú? —dijo dirigiéndose a Sófolen—. Conocerías a De Rais cuando vivió tu familia aquella emboscada que cuentas, pero ¿por qué ese tatuaje? Sigo sin comprender, ¿por qué no pude ser yo a quien De Rais encomendara que viajase si ese era su mensaje? ¿Acaso no fui lo suficientemente inteligente como para captar su mensaje? ¿Murió con esa decepción y sin la certeza de que finalmente comprendería lo que deseaba?

—Cálmate maestro, no te atormentes así... —le respondió Saifel tratando de apaciguar la frustración que nacía dentro de Tiziano.

—Como no atormentarme, ¡a mi edad ya no podría aventurarme en vivir lo que viviste!

—El tiempo, el invencible elemento que derrama ríos eternos —le dijo la Dama ante la mirada atónita de los tres, dando una prueba más de que efectivamente se trataba del linaje de De Rais—. Y precisamente por ser eterno no acaba hasta que el tiempo lo decide con el manto de la muerte. No digas que no podrías aventurarte..., puedes, Señor Gobernador, solo debes no compadecerte.

—No me diga lo que no debo hacer, como tampoco lo que debo —le respondió Tiziano con cierto enfado—. No quiero serle insolente, no lo sea tampoco conmigo. ¿Por qué tu tatuaje Sófolen? ¿Te cuesta responderme o son cosas mías?

—Créame que a mí también me está superando toda la agitación que estamos aquí viviendo —le contestó nervioso—. El tatuaje... Del tatuaje solo sé lo que le conté a Saifel: me lo hizo mi hermano siendo pequeño...

—Te lo hizo mi padre —le interrumpió la Dama.

—¿Cómo? ¡No puede ser su hermano! —dijo alzando la voz Tiziano—. ¡Os estáis volviendo locos! Y volviéndoos, me volvéis a mí...

—¡Déjame acabar, Tiziano! —le espetó la Dama perdiendo por primera vez los modales desde su llegada—. Nadie dijo que fueran hermanos, solo digo que se lo hizo mi padre. A él y a tantos niños que quedaron abandonados aquellas noches de emboscadas sobre los poblados zíngaros... ¿Recuerdas a tu hermano haciéndote aquel tatuaje?

—No, no puedo recordar quien me lo hiciera, del dolor me desmayé —reconoció con cierto pudor—. Pero sí que estaba mi hermano presente y siempre viví con el pensamiento de que fue él quien lo hizo.

—Y fue el hecho de tatuártelo un homenaje a la condición de los que, como ancestralmente tus orígenes, hacen del nomadismo su religión humana sin mayor deidad que la sencillez de uno mismo. Y fue tu hermano mayor quien le encomendó tu cuidado, pues él era perseguido...

El rostro de Sófolen, cabizbajo, no estaba a la vista de nadie. La Dama se acercó a él y lo tomó por la barbilla oculta tras aquella desdeñada barba.

—Tengo una última misión para ti.

Los tres miraban sus labios esperando a que pronunciase lo que les tenía en vilo.

—No está muerto.

—Sófolen le mantuvo la mirada por segundos, pero no pudo contenerse más y rompió a llorar desconsolado en sus brazos. Eran demasiadas emociones las que se habían venido a reunir.

—¿De quién hablan? ¿Quién vive? —preguntaba Tiziano poniéndose de pie.

—Su hermano sigue con vida, y tú bien le conoces Señor Gobernador.. De vosotros dependía la tormenta, ¿recuerda? —dijo ella mirando cómplice a Tiziano.

—¿Son hermanos? ¿iEs Diurno tu sangre!? —contestó sorprendido.

—¿iEs tu hermano!? —repitió contento Saifel— ¡Sabía que me recordabas a alguien cuando me hablabas afilando tu lengua!

—Pero él no es zíngaro — dijo escéptico Tiziano.

—Los zíngaros lo son de sangre. No es solo la piel el reflejo de nuestros orígenes... —le respondió la Dama.

Sófolen se secaba las lágrimas y no salía de su asombro.

—¿Le conocían? ¿Cómo diablos le conocen? ¿Cómo es posible que yo jamás le viese en todos estos años y todos vosotros le conozcáis? Más de dos décadas sin saber de él, pensando que su cuerpo estaba enterrado entre tantos otros huesos de desconocidos iy hoy resucita mi hermano! ¿Cómo decís que le llamaron? ¿Diurno? Ni siquiera recuerdo cómo se llamaba, quizás era así, a veces cuando la mente quiere borrar pasajes de la infancia fulmina también recuerdos que no debería pasar por alto... ¿Cuánto no sabremos uno del otro? ¿Y dices que te recordaba a él? ¿Dónde tengo que ir?

Saifel, mientras le escuchaba, no podía evitar pensar en que aquel gran hombre no tenía manos que pudiera su hermano pequeño besar y apretar, que de nuevo la justicia quedó dormida cuando debía pasar por la vida de uno de tantos hombres que jamás la conocieron más que por su ausencia.

—Disculpadme que me retire, necesito descansar y recapacitar... —dijo Tiziano.

Se puso en pie, besó la mano de la Dama mientras le clavaba los ojos en sus pupilas, y acto seguido, abrazó tímidamente a Saifel y Sófolen. Cogió el tintero donde reposaba la pluma y unos de los papiros limpios que se libraron.

—Yo iré contigo, Sófolen. No hace falta que nos guíe Dama —dijo cuando ella procedía a hablar tras retirarse Tiziano—. Sé dónde estará, solo dígame qué camino tomar..

La Dama le escuchaba y le entregó unas monedas de oro.

—Seguid el camino al sur, llegareis a la Sinca en dos noches...

—¿Dónde es eso? ¿Cómo lo conoces? ¿Dónde dices que está? —preguntó Sófolen a Saifel.

—Creo recordar que era yo quien preguntaba esas impertinencias —le respondió bromeando y azuzándole el pelo—. Te lo contaré por el camino, vamos, en breve empezará el amanecer, será mejor que salgamos. Quizás lleguemos allí en siete noches... Volveremos aquí pronto, al menos yo, igual quieres quedarte más tiempo con tu hermano.

Sí, seguro que sí... Nos vamos Dama, sabemos que dejamos en buenas manos a Tiziano... —dijo regalándole una sonrisa.

Ambos le hicieron reverencia, besaron su mano y salieron antes de que los primeros rayos invadieran el firmamento.

Allí se encontraba la Dama viendo desde la puerta cómo aquellos dos hombres partían sin pensárselo. Uno para ver a quien creía muerto, otro para ser testigo de aquel mágico momento. El silencio era sepulcral en la cabaña. Tomó el último sorbo de la taza y disponía a servirse un poco más cuando tuvo un extraño sentimiento que recorrió su espalda hasta el génesis de su cabello. Cerró los ojos por unos minutos, respiró profundamente y dejó que la fragancia del tilo penetrase suavemente en sus pulmones...

—¿Tiziano? —dijo al cabo de un rato cuando cayó en la cuenta de que él no había abandonado la cabaña.

No recibió ninguna respuesta hasta que llegó la peor que podía obtener en el crisol de aquel húmedo atardecer: un pequeño gímoteo de Sánom llegaba desde los aposentos de Tiziano y la Dama se apresuró a cruzar el salón. Al terminar de abrir la puerta que este se había limitado a entornar, el peor de los presagios se mostró ante ella: en el suelo, quieto, con un hilo de sangre bordeando la comisura de su labio se encontraba Tiziano sin vida. Ni un ruido había alarmado a los demás de que estuviese preparando su propio final, y es que para evitar que trataran de hacerle vomitar el veneno antes de que surtiera efecto se había tumbado en las tablas de madera de la habitación... La Dama lo miraba espantada, pero nada podía hacer ante tal fatal desenlace. ¿Por qué anticiparse de esta manera a lo irreversible? ¿Por qué quitarse la vida? Se arrodilló junto a él y una pequeña gota llamó su atención. El tintero, de nuevo, estaba volcado sobre el escritorio de sus aposentos. Al levantarse para ponerlo en pie vio que una hoja de papiro con tinta fresca estaba firmada por Tiziano. Era aquello sus últimas palabras...

## Capítulo Doce: Póstumo

No es mi muerte lo que ha de desconcertar.

No es la muerte en sí la que viene a dar lecciones. Ni tampoco mi cobardía quitándome la vida antes de que mi destino decida por mí.

No busco comprensión porque nadie comprende a los muertos, y es mi egoísmo mi mayor defecto del que hoy hago la mayor de las muestras. Quizás el avergonzarme de este defecto es lo que hace que lo exponga cuando ya no estoy. Mi familia llorará mi muerte, y también gente que no conozco, y de existir infierno bien lo merezco yo y todos quienes causan sufrimientos innecesarios. Pero necesitaba liberarme de esta vida y no os sintáis culpables nadie y que a nadie castiguen por mis actos.

Muero porque me niego a vivir rezumando en mi propio fracaso, y siento el fracaso mío cuando compruebo que me tenía a mí mismo sobre un pedestal cuando nada sabía. Y me doy cuenta ahora, cuando la vejez llega a mi cuerpo, vejez que detesté siempre cuando la comprobé en las arrugas de los más ancianos, en las canas de las más longevas, en los problemas de desplazarse que se agravan a cada invierno que sobreviven. Pero no es el hacerme viejo lo que me lleva a este desenlace, sino comprobar que no di tanto como pude, y darme cuenta tarde. Sé lo que muchos pensarán, que podría dar el resto de los días de mi vida como penitencia a todo este tiempo, pero mi frustración me haría tener esta idea revoloteando por siempre mi mente por las noches cuando en soledad me hallase.

No quiero que ninguno de vosotros tome como ejemplo este acto de cobardía del que soy protagonista. Me mató ya hace horas el darme cuenta de que no había aprovechado verdaderamente mi vida, que no había ayudado todas las veces que pude ni combatí injusticias cuando sabía que se estaban produciendo, solo me limité a concluir este final con el formalismo del envenenamiento, veneno que ahora mismo recorre mi cuerpo mientras estas letras escribo... Pensé que con mis dos años de gobierno había hecho suficiente, cuando no fue un sacrificio por los demás sino un ejercicio de alimentar mi narcisismo lo que me llevó a ello.

Que quede mi ejemplo en vida, que nadie recuerde mi muerte.

De mi puño y letra, Tiziano.

Terminaba de leer la Dama del Éromo sin poder contener la emoción de leer las últimas palabras de Tiziano. Al dejarlo de nuevo en el escritorio no pudo evitar coger la mano de aquel hombre que yacía en la soledad de su muerte y apretarla contra su pecho. Ni siquiera en lo más tenebroso del Éromo, se aceptaba que la parca llegase en soledad a quienes no la merecían.

## Capítulo Trece: Soflama al silencio

No acepto subterfugios, no debo tolerar excusas para evadir responsabilidades si esas excusas no provienen de razones de fuerza mayor.

De nada servirá lo que se escriba si ello deriva en pereza, dejadez y holgazanería. Que la lectura alimente a cada uno por dentro, pero que también cargue enérgicamente las piernas y las manos de todos los que queriendo debatir hagan del debate una herramienta que dé pie a la acción.

Y cuando se diga acción muera quien con ella llame a la violencia irracional, siendo ella el peor de los inventos del ser humano. Mi más sincero desprecio a quien goza de la horrible cualidad de no matar únicamente para comer sino también para su regocijo de venganza o sus intereses materiales. ¡Qué error de la naturaleza hacer la vida tan vulnerable como para que otro ser humano pueda acabar con algo tan bello! El hombre solo debería ser dueño de poner el fin a sus propios días, y no a la de los demás...

Con la llegada de un telegrama que me envía una mujer que no conozco se me anuncia la muerte de mi viejo amigo Tiziano, la cual lamento enormemente, si bien esta tristeza raramente se me entremezcla con la felicidad y el nerviosismo que me recorren al leer el resto del mensaje, en el cual se me anuncia no solo esta pérdida sino también la inexplicable llegada de mi hermano a donde me hallo...

Cuando me arrebataron mis manos jamás pensé que volvería a escribir mis pensamientos, pero la ocasión bien lo merece como para hoy hacer uso de mi boca...

A la espera de mi hermano pues, en una noche cualquiera en la que, tras tantos años de Humanidad, no hemos aprendido nada y siguen existiendo moribundos de hambre y sed, niños indefensos a la intemperie y trágicas desgracias fácilmente evitables...

Para concluir esta soflama que por impulsos escribo y que quizá nadie llegue a descifrar o ni siquiera leer, no se me ocurre mejor manera de resumir la virtud de lo humano que reescribiendo un extraño mensaje que me brindó horas de muchas divagaciones, el cual, para mi sorpresa y desconcierto, me llegó hace tiempo enviado sin remitente alguno, y es que es el eterno viajar la entraña del conocimiento, ese eterno viajar de las vidas en el que la templanza requiere acción, voluntad, esfuerzo, sangre instruyendo almas...

Diorno

### \*Aclaraciones

Al inicio del capítulo VII, el hecho de que Saifel tuviese aquel sueño lo interpreta la oniromancia del siguiente modo: Soñar con música de violines es símbolo de una tristeza nostálgica, de un recuerdo feliz del pasado. El hecho de soñar que es otra persona (y no la que sueña) quien toca el violín indica que tras una etapa de tristeza y angustia se encontrará consuelo en alguien inesperado.

### \*Agradecimientos

A mis padres y mi hermana por ser sus primeros lectores y por apoyarme siempre incondicionalmente.

A Antonio García Maldonado por su ayuda en los comienzos, sus consejos iniciatorios y su amistad literaria.

A Francisco Pérez Chacón, por su excelsa profesionalidad, por el cariño mostrado a la obra, por su entrega, tiempo y dedicación que puso en ella durante su edición en el Reino Unido.

A mis familiares, amigos y amigas que se interesaron por ella durante su creación y, en especial, a quienes de ella también forman parte, ellos saben quiénes son.

Y por último, y no por ello menos importante, a la editorial, por hacerlo realidad.

---

- <sup>1</sup> Destilado de orujo de uva.
- <sup>2</sup> Pan elaborado con harina de maíz y sémola.
- <sup>3</sup> Té rojo chino que se fermenta en barricas de bambú
- <sup>4</sup> Bebida alcohólica artesanal elaborada a base de ciruelas.
- <sup>5</sup> Queso amarillento que se elabora con leche de oveja.
- <sup>6</sup> Planta aromática muy popular entre pastores y campesinos.
- <sup>7</sup> Pan dulce con nueces
- <sup>8</sup> Bebida aromatizada a base de vino e hierbas.
- <sup>9</sup> Plato típico de Rumanía: rollitos de carne envueltos en hojas de repollo.
- <sup>10</sup> Instrumento musical indígena de la Amazonia.